

This electronic thesis or dissertation has been downloaded from the King's Research Portal at <https://kclpure.kcl.ac.uk/portal/>



Acerca del canon historiográfico chileno del Bicentenario teoría, escritura y algunas voces fuertes

De Mussy, Luis

Awarding institution:
King's College London

The copyright of this thesis rests with the author and no quotation from it or information derived from it may be published without proper acknowledgement.

END USER LICENCE AGREEMENT



Unless another licence is stated on the immediately following page this work is licensed

under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International

licence. <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

You are free to copy, distribute and transmit the work

Under the following conditions:

- Attribution: You must attribute the work in the manner specified by the author (but not in any way that suggests that they endorse you or your use of the work).
- Non Commercial: You may not use this work for commercial purposes.
- No Derivative Works - You may not alter, transform, or build upon this work.

Any of these conditions can be waived if you receive permission from the author. Your fair dealings and other rights are in no way affected by the above.

Take down policy

If you believe that this document breaches copyright please contact librarypure@kcl.ac.uk providing details, and we will remove access to the work immediately and investigate your claim.

RESUMEN

Al usar el pie forzado de “clásicos”, esta tesis titulada *Acerca del canon historiográfico chileno del Bicentenario. Teoría, escritura y algunas voces fuertes*, lo que se pretende es explorar las actuales posibilidades de la disciplina histórica a partir de una doble exigencia: profesional y ciudadana.

En términos metodológicos, esta es una tesis que amplió los límites del formato tradicional hacia una integración entre el texto escrito y lo que hoy se conoce como TICS o Tecnologías de la Información y Comunicación. Para ello se escribió un ensayo de siete capítulos a partir de una hipótesis y una delimitación de fuentes primarias, y se complementó el texto escrito con la construcción de un “Ambiente Virtual de Investigación” o AVI. En otras palabras, dos pilares metodológicos para atender la propuesta de reflexionar y dialogar sobre los clásicos: un ensayo interpretativo tradicional acompañado de un entorno de investigación en la web 2.0

Podríamos pensar en una suerte de *cyborg historiográfico* donde se complementan un modo de trabajo tradicional y bastante historicista, con algunas de las nuevas herramientas digitales que permiten las tecnologías vigentes.

Podríamos también hablar de una inicial cartografía, ya que gran parte del recuento que aquí se pretende, ubica y da coordenadas claras y precisas sobre las actuales preferencias y las intensidades en la forma de entender y delimitar el oficio historiográfico, específicamente, en sus dimensiones teórico prácticas, escriturales y político-ciudadanas. Está claro que una revisión de este tipo, es realmente desafiante, pero también está más que a la vista, la posible opción de mantener el gesto de interrogación en alto: historizar e historiar siempre. Y sobre todo, a la misma institución historiadora.

Luis Gueneau de Mussy
Santiago. Agosto, 2013.

King's College London

Department of Spanish, Portuguese & Latin American Studies

*Acerca del canon historiográfico chileno del Bicentenario.
Teoría, escritura y algunas voces fuertes*

A Thesis submitted to obtain the Degree of Philosophy Doctor in Spanish and Latin American Cultural Studies

Luis de Mussy

London
2013

A María Teresa, siempre.

A Isabella y Luis, ellos son los verdaderos
superhéroes de esta historia.

Al Tatá y la Tatá, a Perico, a Chin-Chin, al *Chou*, a
Luciano y a todos los que vinieron antes...

Agradecimientos

Desde el mismo momento en que pensé por primera vez hacer este doctorado, tuve la fortuna de que se comenzaron a sumar –casi demasiados– gestos de buena voluntad y apoyo; he aquí el momento de hacer el reconocimiento público y sincero. En primer lugar me gustaría agradecer al King's College, *London* y al British Council por la ayuda recibida a través de la Beca ORS; y al Departamento de Español, Portugués y Estudios Latinoamericanos por los permanentes apoyos para viajes a conferencias y otros asuntos afines al doctorado. Especialmente quisiera manifestar mi infinito aprecio y admiración a Catherine Boyle con quien estos últimos diez años de diálogo y amistad me han permitido adentrarme (y también salir) de las más sutiles, desafiantes, sugerentes e incluso dolorosas *telarañas* de la historia y la cultura. Mi más sincera gratitud por la confianza, el respeto y por sobre todo, el ejemplo de vida. También quisiera recordar a Luis Rebaza-Soraluz por su ánimo y entusiasmo en cada uno de los seminarios de metodología; especialmente en aquellos que celebramos en Room G. A todos mis compañeros y compañeras de Doctorado vaya un gran abrazo. A Robin, Dominique y Tamara Holland-Martin por haber confirmado una vez más que Londres es uno de mis lugares preferidos y más cercanos.

A su vez, un gran saludo a mis amigos Aldo Yávar, Sofía Correa y Alfredo Jocelyn-Holt por su constante estímulo y apoyo; especialmente cuando más lo necesité. A Miguel Valderrama y Alejandra Castillo por la amistad y la permanente búsqueda de la *différance*. Vaya también mi agradecimiento a Keith Jenkins, Alun Munslow, Hayden White y, especialmente, a Frank Ankersmit por su generosidad, apoyo y rigor profesional. Gracias a la conversación con todos ellos y a su ejemplo individual que este proyecto pudo visualizar y asumir los requisitos de ejecución que configuraron su forma presente. Todo desvarío, obviamente, es falta del que escribe estas líneas.

Quisiera mencionar también a la Universidad Finis Terrae la cual fue clave en el desarrollo y proyección que adquirió el Ambiente Virtual de Investigación donde se alojó esta tesis titulado www.historicachilena.cl. Desarrollo y experimentación tecnológica que sin duda fue posible gracias a la asesoría, buena voluntad y al apoyo de Horacio Hevia. Oportuno resulta mencionar a la Universidad Diego Portales por la Beca de Perfeccionamiento Académico.

Y como es sabido, al rededor de todo profesor están sus ayudantes: son ellos quienes hacen posible la dedicación y el tiempo, pero más nada, permiten la continuidad en el trabajo y la escritura. Vaya a todos ellos, a Rodrigo Fernández A., Juan Pablo Pinilla, Claudio Véliz R., Carlos Rojas S., e Ignacio Sarmiento P., mi más sincero saludo y reconocimiento.

Y por sobre todo, vaya mi cariño y agradecimiento a mi padres: a Luis Gueneau de Mussy M., y a Verónica Roa; a los Letelier Undurraga por haber cuidado de mi familia cuando no estuve. A Isabella y Luis, por ser los más valientes y cariñosos hijos. Muchisisisimirisisisimisisimisisimas gracias por haberme regalado su tiempo y sus veranos. Finalmente, y una vez más, a María Teresa, por que sin ella muy poco sería posible. Zapallar primero, y Ranco después, siguen siendo el inicio de todo.

Amsterdam - Groningen, Febrero 2010.

Ancianos: Nosotros hemos sido guerreros muy fuertes.
Jóvenes: Nosotros lo somos: si tenéis gana - miradnos a la cara.
Muchachos: Pero nosotros seremos mucho más fuertes todavía.

Plutarco, *La vida de Licurgo*

Índice

Introducción.....	8
- Diálogo con los clásicos	
- Consideraciones	
- Método	
- Descripción general de los capítulos	
1. Historiografía y postmodernidad: la pregunta por el canon.....	30
1.1 Marco teórico	
1.2 ¿Qué define nuestro <i>Zeitgeist</i> historiográfico?	
1.3 Citar a los grandes o prescindir de los nombres	
1.4 Canon y cánones	
2. Comentario bibliográfico.	46
3.1 El gesto	
3.2 La medición	
3.3 El trazo	
3. Otra historiografía intelectual chilena para el SXXI.....	88
2.1 Lenguas de hierro	
2.2 Tres opciones	
2.3 De cánones, batallas y combates	
4. Historiografías comparadas. El total cero de la historiografía chilena actual.....	105
4.1 Del hoy	
4.2 ¿Oficialismo o revisionismo crítico?	
4.3 Historicidad y reflexión	
4.4 Total cero	
5. Literatura y política.....	128
5.1 ¿Historiografía?	
5.2 Política y acción	
5.3 Literatura y mito	
5.4 ¿Qué debemos hacer?	
5.5 Allá afuera. De lo nacional a lo literario	
6. Escribir en la voz media.....	149
6.1 <i>Justemilieu</i>	
7. Conclusiones.....	155
7.1 AVI	
7.2 Alfabetización histórica	
-Bibliografía.....	160

Introducción

“Creo que el principal defecto de nuestra historiografía es el positivismo documental. Contra eso no hay más remedio que una gran formación filosófica y teórica, basada en los clásicos de la historiografía y en los filósofos de la Historia”.

Mario Góngora.¹

DIALOGAR CON LOS CLÁSICOS

En una entrevista, quizás la primera como ilustre Premio Nacional de Historia del año 1976, Mario Góngora fue capaz de hacer –como aparece en el epígrafe de esta introducción– una síntesis analítica de gran profundidad y realismo, todo un dictamen: la historiografía chilena había topado con un techo o límite en su desarrollo y evolución, por lo que debía encontrar alguna manera de legitimarse y así poder darle algo de continuidad al gesto de seguir escribiendo el pasado como historia; fuese este un ayer nacional, institucional, grupal, individual o como se le circunscribiera temporal y espacialmente. El argumento es tan simple como indiscutible y desafiante. Para superarse, la historiografía chilena debía ser capaz de avanzar desde su mayor defecto: a saber, el exagerado “positivismo documental” y entrar en una fase formativa y reflexiva que fuese estructurada en base a autores “clásicos” de la historiografía y de la filosofía de la historia. *Dicha sentencia es nuestro punto de partida.* No obstante, valga la aclaración inmediata que en esta tesis no intentaremos seguir la obra de Góngora, sino exclusivamente esta específica intuición. Lo hacemos porque en gran medida esa es la problemática a la que nos enfrentaremos: la búsqueda de la esencia efervescente que hace del ejercicio historiográfico y de la formación de historiadores, un permanente diálogo con los clásicos que nos obligan

¹ Entrevista a Mario Góngora D., en *El Mercurio*, Santiago, Jueves 26 de agosto, 1976, p. 20 El énfasis es nuestro.

a exigirnos y a estimular la interacción con aquellos nudos de discusión esenciales y riesgosos de las historias que narramos.

Para nuestro caso, la intensión es totalmente local: en otras palabras, la interrogante que nos interesa responder en esta tesis es: ¿Qué historiadores, o qué conjunto de obras, pueden ser considerados como exponentes, o referentes esenciales -un “clásico”- de la historiografía, de la teoría, o de la filosofía de la historia en Chile durante el último cuarto del siglo XX? Puntualmente, estamos frente a una entrega que, hoy, a comienzos del siglo XXI, y frente a las exigencias del desafío postmoderno, la celebración y las interrogantes acerca del Bicentenario como nación, los avances (o entrapamientos) de la historia social y cultural, los logros de la teoría crítica y los estudios culturales, entre otros muchos avances, más que necesaria, se torna en una entrega esencial.

Por de pronto, el intentar un perfilamiento o prospección de ese sustrato reflexivo esencial, donde los historiadores enfrentan el reverso de la página en blanco, es decir, donde deben decidir la teorización de sus supuestos, la práctica y aplicación de su tramado invisible, la orientación ideológicas de sus adjetivos, es que se levanta y visibiliza el esqueleto -o más bien el corsé- del discurso historiográfico chileno reciente y de una parte del siglo XX. Hablamos de corsé, ya que al buscar el perfilamiento de ese espacio imaginativo y abstracto -el de las vinculaciones entre escritura, historiografía, teoría y filosofía- más que hablar de lugares de reflexividad o fluidez lúdica y/o autocomplaciente, se nos ocurre que el verdadero contacto con los “clásicos” en la práctica historiográfica implica reconocer el lugar de las contenciones, de las amarras, de los cortes, de los sacrificios estéticos y, sobre todo, de las mutilaciones. Como ya es sabido, de imposiciones forzosas: en las estructuras narrativas, en las hipótesis, en la elección de las fuentes, en la justificación de los métodos, en la ordenación del relato, en la jerarquización de las argumentaciones, en la exégesis, entre otras muchas variables. Y, esto, a diferencia o desmedro de lo escasas que son las verdaderas proyecciones teórico-interpretativas certeras o ajustadas, dentro del ejercicio historiográfico. De ahí que nos interese investigar cómo pretender o acceder -hoy- a esa selección de libros, ensayos, artefactos o escritos realizados por historiadores chilenos, en cuanto canon o selección de “clásicos” de la historiografía y de la filosofía de la historia en Chile. Ejercicio teórico y metodológico que resulta clave para la renovación del diálogo actual sobre representación, praxis (académica y política) como también acerca de las diferentes escrituras de la historia que debaten el

pasado chileno al finalizar la primera década del siglo XXI. A su vez, esperamos que este ejercicio sea de gran utilidad para la formación de historiadores y, por sobre todo, en la formación de buenos profesores de historia.

Algunos años después, en otra entrevista, Mario Góngora volvió sobre el tema de la importancia de dialogar con los “clásicos” y a cerca de la especial relevancia de algunos autores en su obra y para lo que el consideraba debía ser la formación de futuros historiadores. Esta vez, su interlocutor, era el también historiador Simon Collier: inglés, especialista en historia latinoamericana y chilena especialmente. Frente a la pregunta de “¿quiénes serían los maestros chilenos y europeos que Ud. admira?”, la respuesta fue amplia y diversa. Queda claro que el entrevistado quiere distanciarse de lo que se asocia a la escuela chilena positivista y busca abrirse hacia una visión del trabajo del historiador como un ejercicio esencialmente reflexivo. De hecho, una de las cualidades que destaca el entrevistador es el “trasfondo decididamente filosófico” de la obra del historiador chileno. Con respecto de historiadores Góngora menciona a Spengler, García Morente, Vico, Herder, Hegel, Nietzsche, Heidegger, Ranke, Burkhardt, Michelet, Huizinga, Meinecke, Braudel, Altheim y Dilthey. En el mismo nivel, aunque vistos como hobby se destaca a Mann, Proust y Rilke. Con respecto de historiadores chilenos menciona a Benjamín Vicuña Mackenna y Alberto Edwards. Ahora bien, lo más llamativo de este diálogo, es el comentario que da Góngora a la pregunta sobre ¿Cuál ha sido, a su juicio, su mayor satisfacción como historiador? La respuesta es nuevamente sensible hacia lo reflexivo y estético: “Haber leído a tantos historiadores y filósofos de la historia, tanto por deber como por placer.”²

Si bien queda claro que cuando Góngora hablaba de una formación de historiadores basada en clásicos de la historiografía y de la filosofía de la historia, lo hacía teniendo en mente autores mayoritariamente extranjeros, esto no quita que podamos recoger el guante y reorientar la intuición y el diagnóstico de este Premio Nacional de Historia 1976 hacia la escena nacional. Señalamos esto, basados en tres supuestos: i) el primero, dice relación con el hecho de que el cultivo y estudio cualquier autor o obra considerada como un “clásicos” siempre ha sido parte clave de la formación de historiadores profesionales, sin las grandes referencias no hay posibilidades de avance y autonomía; ii) en segundo lugar, nos parece posible plantear que la postmodernidad historiográfica chilena debe ser entendida en

² Entrevista de Rosario Guzmán en revista *Qué Pasa*, Santiago, 9 de septiembre de 1976.

términos de una discusión a cerca del concepto canon y cómo la búsqueda o selección de los clásicos historiográficos chilenos genera una serie de repercusiones prácticas que deben ser evaluadas: ejemplo de ello es el contexto vigente –el de una batalla de la memoria– que obliga a que la legitimidad histórica se visualice en la confrontación de los distintos recuentos disponibles; o por otra parte, cómo la discusión a cerca de la naturaleza de la disciplina debe repercutir en la alfabetización histórica de sus practicantes como de aquellos usuarios del pasado escrito como historia. iii) Y en tercer lugar, la discusión sobre si ha habido algún teórico, historiógrafo o filósofo de la historia en Chile, permite y reactiva fuertemente la comprensión de las posibilidades de la disciplina. Especialmente, en el actual contexto en que las proyecciones de este debate implican discutir simultáneamente cómo la formación teórica y filosófica de los historiadores, repercute en la profundidad imaginativa de su trabajo, y por lo tanto, también determina de forma proporcional en las posibilidades de quién haga uso de dicho relato, sea un ciudadano de a pie, un político o un historiador.

Cuando los historiadores nos hacemos preguntas del tipo: ¿cuáles pueden ser las cronologías en disputa a la hora de entender las diferentes transformaciones históricas e historiográficas chilenas durante el SXX?, ¿bajo qué criterios de validez y legitimidad se evalúan las múltiples historias de Chile que hoy se disputan la fragmentada historicidad?, ¿es posible pensar en un cultivo de la historia académica que sea capaz de terminar su ensimismamiento cientificista, y salir a la calle a conseguir la atención que merece? Lo que estamos señalando en términos prácticos y cotidianos, es simplemente la conceptualización de la experiencia diaria de todo lector que se enfrenta al estante de cualquier librería o biblioteca dedicada a la historia de Chile, en la que es perfectamente posible encontrar una interpretación marxista de la historia de Chile al lado de una conservadora, otra liberal y posiblemente alguna visión postmoderna. Hoy en día, lo que se necesita es la capacidad de alfabetizarse histórica e historiográficamente; es decir la habilidad de entender cómo el uso y manejo del pasado, determina radicalmente nuestro espectro de experiencias posibles. Y para ello, el debate en torno a lo que puede ser un clásico resulta de grandísima utilidad. Ya no cabe duda, que el escenario reflexivo, de diálogo con los clásicos que intuyó Góngora, y que posteriormente se materializó desde los encuentros de historiadores, con las aportaciones de la nueva historia social, con la publicación de grandes y diversas obras durante los últimos treinta años, con el perfeccionamiento de la academia, es que se pudo

enfrentar la brutalidad del quiebre histórico-epistemológico que se sucedió al Golpe de Estado y a la transformación radical del país. El “nuevo piso histórico” sigue abriendo el debate, donde la batalla de la variadas memorias y las distintas historicidades aún se disputan la legitimidad de sus relatos históricos.

En base a lo anterior, nuestra proposición central o hipótesis, es que más allá de la subjetividad de los nombres propios que se puedan escoger a la hora de buscar un canon o al hablar de cualquier conjunto de “clásicos” de la historiografía chilena, -ya sea en cuanto obras, autores, hipótesis, fuentes, etc.-, lo que sí se debe establecer es que la respuesta considere especialmente las variables del último cuarto del siglo XX y de comienzos del XXI. Esto ya que sólo después de ese periodo es que nos parece pertinente hablar de un contexto o situación historiográfica lo suficientemente crítica -madura han señalado algunos- como para pensar en una disciplina histórica medianamente consciente de sus límites y posibilidades epistemológicas. Incluso, aunque sea sin un reconocimiento explícito.

En síntesis, al usar el pie forzado de “clásicos”, esta tesis titulada *Acerca del canon historiográfico chileno del Bicentenario. Teoría, escritura y algunas voces fuertes*, lo que se pretende es explorar las actuales posibilidades de la disciplina histórica a partir de una doble exigencia: profesional y ciudadana. También podríamos también hablar de una inicial cartografía, ya que gran parte del recuento que aquí se pretende, ubica y da coordenadas claras y precisas sobre las actuales preferencias y las intensidades en la forma de entender y delimitar el oficio historiográfico, específicamente, en sus dimensiones teórico prácticas, escriturales y político-ciudadanas. Está claro que una revisión de este tipo, es realmente inconmensurable, pero también está más que a la vista, la posible opción de mantener el gesto de interrogación en alto: historizar e historiar siempre. Sobre todo, a la misma institución historiadora.

CONSIDERACIONES

Dentro de esta lógica recientemente planteada, resulta clave la idea de que las distintas variables de la historiografía chilena académica contemporánea: ya sea postmoderna, social, cultural, antropológica, e incluso las versiones más tradicionales, aún puedan ser incluidas dentro de un mismo encuadre, donde todas funcionen –unas más otras menos– acorde de límites post históricos o de superación de la crítica actual (1973-2013). Marco histórico-epistemológico que sería, a su vez, el determinante final a la hora de hacer, como de escribir historiografía y de recuperar el pasado en cuanto narraciones que deben disputarse el trazo que recuerda la historicidad en fuga. Imagen nacional, colectiva, institucional o individual que debe además estar en constante construcción y ajuste. No por nada, desde algunas décadas, que cada una de estas formas de ejercer el oficio historiador, ha ido definiendo y estableciendo cuáles deberían ser las referencias legítimas o esenciales (autores, obras, debates, hipótesis verdaderas, manipulaciones, silencios) de todo relato verdadero del pasado chileno. De ahí que se haga tan útil y urgente el reconocer cómo algunas de estas hebras operan, constituyen y administran la posibilidad de percibir primero, e identificar después, a alguno, o a varios, de los “clásicos” de la historiografía, la teoría y de la filosofía de la historia en nuestro país.

En base a lo recién dicho, es pertinente considerar la discusión que hoy hace frente –con todo lo que eso significa– al desafío y debate postmoderno; a ese nuevo *zeitgeist* del que hablaremos en el capítulo uno. Y con esto no estamos adscribiendo a su conocido totalitarismo subjetivista, sino constatando que ya no se puede ser tan ingenuo como para seguir dándole la espalda a los avances de la teoría crítica y literaria, a la filosofía del lenguaje, a los estudios sobre visualidad, a los estudios culturales y a cuánta disciplina es capaz de fortalecer el malabarismo histórico. ¿Cómo podemos pensar un pasado (cualquiera), si se oblitera del proceso, la discusión acerca de las dificultades histórico epistemológicas del contexto y del sujeto cognoscente? En pocas palabras, apreciamos la urgencia por sincerar las formas de entender, hacer, escribir y practicar la historia, y que se demuestre el más alto grado de profesionalismo y autoconciencia posible. Horizonte filosófico y teórico que motiva a pensar, además, en la posibilidad de estar frente a una especial variante o umbral en lo que se conoce como historia intelectual en Chile. Variante, la historia intelectual, que funciona, además, paralelo y complementariamente al estudio

aplicado de muchas formas o especialidades de escritura histórica. Praxis que permite también poner atención en cómo se seleccionan los recuerdos e imágenes que mantienen y dan vida a las producciones discursivas y las consiguientes prácticas sociales; especialmente en relación a la profundidad imaginativa e identitaria de toda comunidad que asume la existencia de distintas narraciones o memorias sobre un pasado reciente común.

Ya lo decían hace más de treinta años Jacques Le Goff y Pierre Nora en la introducción de su conocida antología, hoy clásico libro *Faire de l'histoire* de 1977: el estatus epistemológico de la historia, su propia esencia y sentido, ya no eran un terrero estable y soberano, sino un espacio de disputa y experimentación. La triple novedad de los nuevos problemas, los nuevos enfoques y los nuevos temas además que fragmentar la historia en migajas, lo que provocó fue una obligatoriedad reflexiva que reincorpore la significancia del saber histórico como una herramienta de perplejidad y asombro que se sabe reconocer en su propia fragilidad. No se trata de teorizar por el gusto de hacerlo, sino bajo el convencimiento que todo ejercicio honesto del trabajo historiográfico, requiere de una cuota de permanente interrogación gremial, en equilibrio con una autonomía disciplinar.

Nos parece que la novedad resulta de tres procesos: *nuevos problemas* ponen en tela de juicio a la misma historia; *nuevos enfoques* modifican y enriquecen, trastornan los sectores tradicionales de la historia; *nuevos temas* aparecen en el campo epistemológico de la historia. Lo que *obliga a la historia a redefinirse es, ante todo, la toma de conciencia por parte de los historiadores del relativismo de su ciencia...* Este carácter singular de una ciencia que no dispone más que de un sólo término para su objeto y para sí misma, que oscila entre la historia vivida y la historia construida, sufrida y fabricada, *obliga a los historiadores que han tomado conciencia de esta relación original a interrogarse una vez más sobre los fundamentos epistemológicos de su disciplina.*³

Si para Mario Góngora la clave era una formación basada en los clásicos teóricos y filosóficos de la disciplina, y para los historiadores franceses aludidos se trata de un nuevo escenario donde interrogación acerca de las variables epistemológicas retoman un espacio central en el ejercicio de la disciplina, para nosotros se trata de ver cómo ese nuevo piso histórico y epistemológico, es capaz de pensar un nuevo horizonte de expectativas donde la selectividad de los “clásicos” se torna obligatoria.

³ Pierre Nora y Jacques LeGoff, *Hacer la Historia*, Barcelona, Editorial Laia, 1978. Vol 1., p. 8. El énfasis es nuestro.

Otra clave de lectura de esta tesis es la noción de revisionismo como un requerimiento clave a la hora de asumir y reconocer las capacidades imaginativas como las limitantes epistemológicas del “orden del discurso” historiográfico chileno actual. Ímpetu o “política de la sospecha” urgente a la hora de legitimar una narración o reconstitución de escena, el concepto de revisionismo lo hemos derivado de lo discutido por Jacques Rancière en su libro *Los nombres de la historia* y se levanta como una herramienta clave en el debate sobre los conceptos de canon y de “clásicos de la historiografía y de la filosofía de la historia”, ya que obliga a una doble atención sobre quién habla, lo que se dice y a cerca de lo que ha sido dicho.

El revisionismo en historia no es la consecuencia de los prejuicios políticos o del gusto intelectual por la paradoja. Es el término de esta *política de la sospecha* mediante el cual las ciencias sociales deben exhibir su pertenencia a la ciencia con tanta más fuerza cuanto mas discutida resulta.⁴

Es así como la apropiación de este revisionismo historiográfico chileno, como la clave de lectura del orden simbólico (ya sea una suerte de canon o una selección de clásicos) permite hacer inteligibles algunas prácticas que las leyes de formación de los discursos no han logrado gobernar del todo. A su vez, es posible entender esta particular versión de revisionismo de forma ecléctica y funcional, aún a riesgo de considerar figuras opuestas ideológicamente como miembros de un mismo conjunto; incluso como un total cero o esencia crítica neutra de la historiografía nacional. En el capítulo cuatro de esta tesis se desarrolla en detalle esta noción de “total cero”.⁵ Si bien la renovación epistemológica de la historia en Chile se puede rastrear a las propuestas hispanistas y marxistas de la primera mitad de SXX, la renovación disciplinar llegó con la nueva historia social y cultural de los ochentas y noventas. No obstante, hoy se hace patente que la gran cantidad de vertientes de la “nueva historia” chilena ya no son capaces de contener y avanzar -exclusivamente- desde las perspectivas desde abajo, popular, subalterna, poscolonial, decolonial o marginal. Situación que nos obliga a seleccionar; y por ende, a hacernos

⁴ Jacques Rancière, *Los nombres de la historia. Una poética del saber*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1993, p. 49 El énfasis es nuestro.

⁵ Para conocer un contrapunto, ver también la visión conservadora del término desarrollada por Julio Retamal Faverau en, “Aspectos del revisionismo histórico”, *Intus Legere*, No. 6, Santiago, Universidad Adolfo Ibáñez, Vol. I. 2003, pp. 69-77

cargos de los diversos elementos que han sido considerados por las distintas versiones en competencia.

En tercer lugar, nos parece importante considerar que cuando hablamos de contornos del “orden del discurso” estamos señalando aquellos límites de lo que es posible enunciar como *algo* histórico, y que permiten asumir y sentir un lado de la distancia que nos separa de lo que ya no está con nosotros, con aquello que dejó de ser parte de nuestro actual sentir de época. Así mismo, es oportuno sugerir que esta identificación de las fronteras estructurales –tanto interiores como exteriores– de la disciplina, permite evaluar una arista clave de la profundidad discursiva e imaginativa de toda comunidad que ha vivido experiencias histórico-epistemológicas traumáticas que la amarran antinómicamente y/o positivamente al pasado. De ahí que la evaluación de cómo operan algunos contornos del “orden del discurso” o canon de la historiografía chilena actual, haría posible la identificación de la pertinencia y significancia del discurso histórico sobre esa malla infinita que es el cuerpo social chileno; y lo que es más complicado aún, podría dar luces si es que “lo que hacen los historiadores cuando hacen historia” tiene alguna relevancia ciudadana. Así también, otro beneficio fundamental sería la consideración de aquellos silencios y vacíos que cualquier historia siempre ha de asumir a costa de ver la luz y conseguir algún instante de visibilidad. No ha modo de cobranza, ni cómo conflicto social cultural insoslayable, sino como un ejercicio en que la praxis de la “operación historiográfica” trata de ser acorde al ejercicio de sincerar las posibilidades vigentes.

Supongo que en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad... En una sociedad como la nuestra son bien conocidos los procedimientos de exclusión. El más evidente, y el más familiar también, es lo prohibido. Se sabe que no se tiene derecho a decirlo todo, que no se puede hablar de todo en cualquier circunstancia, que cualquiera, en fin, no puede hablar de cualquier cosa. *Tabú del objeto, ritual de la circunstancia, derecho exclusivo o privilegiado del sujeto que habla*: he ahí el juego de tres tipos de prohibiciones que se cruzan, se refuerzan o se compensan, formando una compleja malla que no cesa de modificarse.⁶

⁶ Michel Foucault, *El orden del discurso*, Argentina, Tusquets Ediciones, 1992. pp. 11- 12 El énfasis es nuestro.

La *triple novedad* planteada por Jacques Le Goff y Pierre Nora en *Faire de l'histoire*, se debe entender a la luz de la también *triple* problemática que plantean el revisionismo y “el juego...de prohibiciones” de las que nos advierte Foucault. Hoy, a comienzos del siglo XXI, el historiador debe dar cuenta –explícita y permanente– de la construcción misma de su discurso dentro del orden canónico dominante, de cómo ejerce su práctica (individual o colectivamente, y en términos político académicos); en breve: de cómo entiende las limitantes de representación –todas esas prohibiciones que mencionaba Foucault: objeto (documento), ritual de la circunstancia (hecho), derecho exclusivo del que habla (sujeto) – que asedian su ejercicio de acercamiento y dominación a todo pasado/presente. Acercamiento que siguiendo la metáfora con que Roger Chartier asume el trabajo de Michel de Certeau, se sitúa siempre al borde del acantilado que circunda toda ilusión comunitaria. En esta línea, hoy en día resulta casi imposible pensar un historiador, al menos en Chile, que no incorpore una fuerte carga de reflexión sobre la naturaleza de su oficio y de las particulares condiciones que enmarcan el precipicio desde donde se sujeta el pensamiento y la acción que permite cualquier “operación historiográfica”.

El discurso, por más que en apariencia sea poca cosa, las prohibiciones que recaen sobre él, revelan muy pronto, rápidamente, su vinculación con el *deseo* y con el *poder*. Y esto no tiene nada de extraño: ya que el discurso –el psicoanálisis nos lo ha demostrado– no es simplemente lo que manifiesta (o encubre) el deseo; es también lo que es el objeto del deseo; y ya que –esto la historia no deja de enseñárnoslo– el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse.⁷

Y para cerrar estas consideraciones y conectarlas con la formulación del problema de la tesis, dos preguntas y una breve reflexión. ¿Cuál es la comunidad de sentido que podemos reclamar como proyecto social incluyente a nivel nacional? ¿Cuál (es), o son, las distintas historias e historiografías que configuran el marco-orden-canon de la actual situación disciplinar? La reflexión: es urgente identificar qué es lo que realmente hace ser lo que se designa como pasado en común o posible futuro compartido. Y si ésta, o aquella versión es por deseo o poder. Todas las versiones de la *nueva historia* ya no dependen de sí

⁷ Michel Foucault, *op. cit.*, p. 12 El énfasis es nuestro.

mismas, sino de lo oportunos que sean sus próximos comienzos como de lo transgresores que logren ser sus exponentes por venir. En pocas palabras, el control del discurso historiográfico chileno actual está abierto y expectante de quién o quienes lo llevarán al SXXI.

Siguiendo a Foucault, y añadiendo la necesidad de una formación filosófica e historiográfica que pedía Góngora, quizás lo básico sea siempre cuestionar el estatus epistemológico de la disciplina y así entender, en parte, los distintos niveles y articulaciones, como también las suturas, del orden que constituye cualquier intento de realizar un recuento historiográfico. Haciendo que la historiografía se piense como una transgresión necesaria de la misma historiografía, se logra superación de sí misma en cuanto depósito candente e incombustible. Y para ello, para perpetuar la irreverencia del pasado, es esencial dialogar con los clásicos. Esto, en el caso chileno, se explica por la necesidad permanente de poder catapultar la coherencia de la reflexión historiadora que si bien se vio interrumpida brutalmente, hoy, parece haber aprendido nuevamente a levantar los párpados.

MÉTODO

En términos metodológicos, esta es una tesis que amplió los límites del formato tradicional hacia una integración entre el texto escrito y lo que hoy se conoce como TICS o Tecnologías de la Información y Comunicación. Para ello se escribió un ensayo de siete capítulos a partir de una hipótesis y una delimitación de fuentes primarias, y se complementó el texto escrito con la construcción de un “Ambiente Virtual de Investigación” o AVI. En otras palabras, dos pilares metodológicos para atender la propuesta de reflexionar y dialogar sobre los clásicos: un ensayo interpretativo tradicional acompañado de un entorno de investigación en la web 2.0

El primer pilar, se orientó a evaluar las implicancias de la discusión planteada por Mario Góngora sobre la historiografía chilena, esta vez a la luz del Bicentenario. Con respecto de las sub-estrategias que se desarrollaron para configurar la escritura de los siete capítulos, las opciones fueron dos: i) el análisis comparado de la obra de historiadores chilenos contemporáneos de distintas generaciones e interesados en la historia de la escritura histórica y, ii) se dedicó un capítulo completo a mediciones bibliográficas sobre la

existencia y dedicación voluntaria de algunos historiadores para con la filosofía y teoría de la historia en el Chile.

El segundo pilar, lo constituye una plataforma o espacio interactivo donde es posible encontrar un depósito de información en línea que complementa el ensayo, un buscador bibliográfico, un registro sobre revistas a fines, una galería de imágenes, estadísticas, gráficos y un blog.

Podríamos pensar en una suerte de *cyborg historiográfico* donde se complementan un modo de trabajo tradicional y bastante historicista, con algunas de las nuevas herramientas digitales que permiten las tecnologías vigentes: bases de datos especializadas por áreas de interés, por épocas, por personajes, por temáticas; los buscadores en línea, los depósitos de fuentes primarias y secundarias en “nubes” virtuales y de acceso gratuito, los blogs, las aulas “digitales”, los journal electrónicos, entre otras varias opciones. Y esto, que no hemos ni siquiera incluido las mentadas “redes sociales”. Cruce metodológico que a todas luces percibimos débil e inseguro, pero no obstante lleno de posibilidades y desafíos. Como en algún momento la historia –y la historiografía también– se toparon con la calculadora y la historia serial, hoy en día estamos frente a un nuevo quiebre de paradigma: donde el computador y la web 2.0, han vuelto a poner la atención en el piso sobre el que los historiadores equilibramos la forma ó formato y el contenido de nuestras investigaciones. Si bien la vinculación de la tesis escrita con el AVI (www.historicachilena.cl) se genera a partir del trabajo que le quiera dar el usuario de la plataforma, es recomendable pensar que la dinámica opera en ambas direcciones y sin una dirección de flujo preestablecida. Decimos esto, ya que durante la escritura de la tesis utilizamos permanentemente el AVI ya sea para necesidades técnicas y bibliométricas, como también para la interacción con usuarios de la plataforma; fueran alumnos o investigadores interesados en el campo de la historiografía chilena contemporánea y del SXX.

A continuación, explicaremos en detalle el desarrollo e integración de estos dos pilares metodológicos y sus estrategias particulares de trabajo.

Pilar 1 (primera parte): Análisis del discurso e historiografías comparadas

Para la escritura del ensayo, se asumió un método de análisis discursivo que permitiera identificar y hacer el cruce entre las concepciones historiográficas, teóricas, filosóficas y políticas de los autores chilenos considerados. Continuando con Foucault y su debate sobre el “orden del discurso”, este esquema nos permitió estar atentos a varios elementos esenciales del trabajo y la praxis historiadora: los a priori, los esencialismos corporativistas, las voluntades políticas, las capacidades, las agendas explícitas e implícitas, las opciones estéticas entre otros.

En esta línea, el complemento de la historiografía comparada –entre dos y en algunos casos tres o más autores– fue la herramienta recurrente del análisis de los distintos discursos. Lo primero que se respondió fue: ¿cómo hablar de objetos comparables? La respuesta que planteamos es simple pero arriesgada: comparar a través de cercanías que no deberían producirse. Si bien la propuesta parece inicialmente confusa, ésta busca desarrollar la discusión de una serie de supuestos que esperamos la liberen del asedio y de las primeras impresiones. En cuanto a lo que define un ejercicio de historiografías comparadas, trabajamos fundamentalmente a partir de los textos de Chris Lorenz, “Historiografía comparada: problemas y perspectivas”, Marc Bloch, “Comparación”, y Marcel Detienne, *Comparar lo incomparable, Alegato a favor de una ciencia histórica comparada*, Barcelona, Península, 2001.

Valga la distinción entre historia comparada e historiografía comparada; como es sabido, la primera categoría compara relatos sobre objetos comparables; por su parte, la segunda, además de comparar versiones o relatos sobre algo similar o en común, permite desarrollar otro nivel de análisis, donde los autores trabajados abren la comparación y el proceso analítico exponiendo sus voluntades de poder y sus opciones teórico metodológicas. Para ello, fueron muy importantes conceptos como “rasgos de contraste” y “situación de comparación” ya que permitieron ajustar el ejercicio y centralizar las posibilidades interpretativas. Si bien la intuición inicial en toda tesis puede resultar de extrema naturalidad en una primera etapa, es el control metodológico el que define y permite ejecutar la comparación de manera simple pero filudamente eficiente.

Con respecto de los autores considerados en el primer y sexto capítulo, su elección se justifica en la medida que todos ellos plantean dentro de sus trabajos, una atención especial hacia los distintos tipos y grados de conciencia histórica actualmente en disputa. Tanto Hayden White, Reinhardt Koselleck, Frank Ankersmit, Dominick LaCapra, Martin Jay, Frank Kermode, François Dosse, Maria Grever y Siep Stuurman, han pensado el debate historiográfico actual considerando algunas de las variables, preguntas y conceptos que hemos desarrollado en esta investigación: canon, narrativismo, modos de producción del registro histórico, orden del discurso, giro reflexivo, alfabetización histórica⁸, condiciones y posibilidades de escritura, ¿qué queda del historicismo durante el siglo XXI?, historicidad y legitimidad de las memorias, integración entre textualidad y entornos virtuales de investigación, entre otras. También fueron considerados los conceptos de campo intelectual y proyecto creador del sociólogo francés Pierre Bourdieu para entender e interpretar la situación de la historiografía chilena contemporánea. Es decir, en cuanto marco teórico que articulara la historicidad y relevancia de esta tesis, en un contexto epistemológico más amplio.

Visto de otro modo, corresponde considerar estas referencias, en la medida que los temas y discusiones enunciadas más arriba, configuran el marco teórico y conceptual con el que se contextualizó la pregunta específica sobre si hoy en día el debate historiográfico chileno puede ser entendido y analizado utilizando el concepto de canon como cuerda de tensión. Usando la metáfora, serían estos autores los que harían de “vasos comunicantes” en el diálogo sobre teoría y filosofía de la historia, los que nos ayudarían en la autocrítica disciplinar, en la actualización epistemológica y por sobre todo, en la eventual rearticulación del discurso historiográfico con las experiencias nacionales y la posibilidad de plantear un futuro compartido.

En tercer lugar, se justifica el considerar a estos historiógrafos, teóricos y filósofos de la historia, en el entendido que son sus posiciones las que hoy en día estructuran gran parte el debate global de las posibilidades de la disciplina, tanto en términos disciplinares y académicos como también en términos contingentes y ciudadanos.

Por otra parte, la justificación metodológica para la selección de los autores chilenos analizados en el capítulo tres, se apoya en el argumento que todos son voces significativas

⁸ La traducción es nuestra del concepto “Historical Literacy”.

en el debate actual sobre historiografía chilena: tanto Sergio Villalobos, Cristián Gazmuri, Julio Pinto y Miguel Valderrama han escrito importantes libros sobre el tema, constituyendo una suerte de campo de fuerza o estado de la cuestión esencial. Además, todos ellos han generado puntos de debate en torno a qué autores explican las cronologías, los debates, las hipótesis, y otros asuntos propios de la naturaleza e historia de la disciplina desde el quiebre de 1973 hasta el presente. No obstante lo anterior, esta tesis constituye el primer trabajo en el que analizan todas estas posturas de forma conjunta.

El caso de Gabriel Salazar y Alfredo Jocelyn-Holt, a quienes dedicamos los capítulos cuatro y cinco, el análisis y la consideración se explica ya que ambos autores han manifestado una permanente dedicación –desde incluso sus tesis de Licenciatura– hacia los asuntos relativos a la epistemología histórica y a sus implicancias ciudadanas. De ahí que puedan ser vistos como dos “voces fuertes” pero a la vez –y quizás– las más dialogantes del medio histórico nacional; y como si fuera poco, ambos autores han sido capaces de superar los límites de la producción académica convirtiéndose en fuentes muy accesibles tanto desde la academia como desde la sociedad en general.

Otras apreciaciones técnico metodológico que vale explicitar y que desde lo formal definen varias opciones de método son las siguientes: lo primero tiene relación con el uso de largas citas para que el lector pueda apreciar de forma más amplia el debate en cuestión; metodología que busca marcar las pautas para un diálogo siempre por avanzar. Considerando además, que muchas de las fuentes trabajadas en esta tesis no son de acceso fácil fuera de Chile. A su vez, en varios capítulos el uso de las cursivas y del destacado es simultáneo y busca diferenciar explícitamente las posiciones tanto de los autores discutidos como la nuestra.

Pilar 1 (segunda parte): Bibliometría básica

Sumado al análisis de discurso, otra sub-estrategia metodológica que se implementó en el capítulo dos de la tesis, fue un ejercicio de medición orientado a cartografiar bibliográficamente el tema. Frente a la magnitud de las eventuales fuentes a considerar, lo primero que se quiso definir fue el cómo hacer un estado de la cuestión en temas de teoría de la historia, filosofía de la historia e historiografía chilena SXX y de ahí intentar desprender una selección de clásicos o canon tentativo del contexto de cambio de siglo.

Consideración que nos llevó a asumir una propuesta progresiva y experimental: definir pequeños conjuntos de autores que pudiesen compararse de forma interna, grupal, entre los mismos segmentos, y en cuanto universo general.

Como primer grupo o categoría a evaluar, se eligió la producción de todos los 17 Premios Nacionales de Historia (a la fecha del estudio). El supuesto tras esta selección bibliométrica, era que los más connotados exponentes de la disciplina serían quienes tendrían la *capacidad* o *voluntad* de entender y reflexionar sobre la naturaleza de su propio oficio. En segundo lugar, se definió un grupo aleatorio de otros 11 historiadores. En este caso, el supuesto era más general y buscó relacionar autores de distintas épocas, contextos ideológicos y experiencias socio culturales. Finalmente, se sumaron todos los autores en un gran conjunto. El resultado del proceso de medición que se llevó a cabo fue un catastro detallado y exhaustivo acerca de la estadística bibliográfica sobre temas de historiografía, teoría y filosofía de la historia chilena durante el SXX.

Luego de sistematizar toda la información en un archivo maestro con más de 3500 títulos –es decir incluyendo las fichas bibliográficas completas de los 28 historiadores considerados– se procedió a la selección de aquellos TÍTULOS que se consideraron de interés en relación a temas de filosofía y teoría de la historia. Dentro de esta primera selección, se hizo una diferenciación entre el tipo de interés considerado como directo, y el considerado como indirecto. El criterio de estructuración de los descriptores se relacionó con si el título contiene o no referencias explícitas –es decir voluntarias– a trabajar conceptos tales como filosofía(s) de la historia, teoría(s) de la historia, historiografía, comentarios acerca de la trayectoria/obra de algún historiados y/o algún análisis sobre escuelas, tendencias, cruces disciplinares y discusiones teóricas. Respecto de lo anterior, el proceso de construcción de la información contenida en la estadística (sobre la base de la disponibilidad de los listados bibliográficos correspondientes) separó a los títulos en función de si sus términos expresan una relación de interés directa (o frontal) respecto de estos temas (a los cuales se les denomina “obras de interés directo”), o si expresan una relación de interés indirecta (o diagonal, a los cuales se les denominó “obras de interés indirecto”) Para ejemplificar de manera concreta este procedimiento, tomemos dos títulos.

El primero es “*Del sentido de la historia*”, artículo escrito por Ricardo Krebs y publicado en 1943; el segundo, “*Interpretación de Vicuña Mackenna: un historiador del siglo XIX*”, artículo escrito por Guillermo Feliú Cruz y publicado en 1949.

Con respecto del artículo de Krebs, es claro que la motivación apunta hacia una reflexión filosófica y amplia sobre el registro del acontecer humano en el tiempo. Situación que permite suponer que existe una suerte de relación frontal respecto de temas de teoría o filosofía de la historia. Sin embargo, y a pesar de lo anterior, es probable también que el contenido del texto no de cuenta final de una relación frontal (por sentido y por historia pueden entenderse variados significados), pero su título ya permite localizarlo en función de sus componentes.

De modo contrario, en el caso de la segunda obra evocada, el conjunto de información que opera del campo semántico “duro” respecto de estas temáticas lo constituye el hecho de que es un artículo destinado a la obra de otro autor. Esto no significa que se prejuzguen a priori las consideraciones reflexivas de un texto o de un historiador, (asunto que perfectamente puede ser desarrollado desde el análisis de la obra de otro autor) pero –y recordando una vez de que esto se trata aquí de una prospección estadística– si observamos las componentes de su título, vemos que la referencia no es autónoma en relación al tema, sino heterónoma (que requiere de otra instancia al margen para ser definida).

Es importante tener en cuenta el hecho de que la pertinencia metodológica de este tipo de procedimientos está anclada en la idea de que es posible localizar los espacios hegemónicos de producción de obras relacionadas con temas de filosofía y teoría de la historia dentro del campo historiográfico chileno del SXX; lo cual, a su vez, permite construir analíticamente el espacio de producción observando quienes producen (más o menos), desde qué lugares y –por sobre todo– cómo se distribuye el volumen total de esta particular producción historiográfica lo largo del tiempo. Si bien no es la muestra ideal ni la más completa, también es cierto que es bien representativa del tema en discusión y, creo, permite seguir evaluando, cuestionando el inicial supuesto. De hecho se incluyen las ilustres “3 E”⁹ de la historiografía conservadora, hay exponentes de las escuelas conservadoras y marxistas, se incluyen diletantes y académicos. Un problema evidente es la falta de historiadoras.

Valga la reiteración de que los procedimientos de medición fueron básicamente de carácter descriptivo, es decir, sólo intentan dar cuenta de una *cartografía* de las obras consideradas de interés para temas de historiografía, filosofía y teoría de la historia, y no

⁹ A. Edwards, F. Encina y J. Eyzaguirre son los tres más conocidos y polémicos historiadores conservadores de la primera mitad del SXX.

ser un evaluador de la calidad de dicha producción. Lo anterior es sustancial y determinante de las expectativas que se tengan de estos ejercicios, pues siempre se tiende a la confusión acerca del real papel que pueden desempeñar este tipo de procedimientos. La medición, como tal, no pretende dar cuenta de “la cosa en sí”, es decir, no pretende ser la última instancia de conocimiento de nuestro objeto, sino solamente la construcción de un primer mapa objetivo sobre éste, lo cual se traduce concretamente en este caso, en el hecho de que la producción bibliográfica relacionada con temas de filosofía y teoría de la historia puede –y por lo tanto debe– ser identificada. Hay memoria y registro de ella.

Pilar 2: Tecnologías de la información, ambientes virtuales de trabajo, buscadores en línea y algunas cuestiones de azar

Como segundo pilar metodológico, y aprovechando las posibilidades actuales de almacenamiento, organización y puesta en línea de contenidos, decidimos complementar el ensayo y sus dos estrategias: el análisis discursivo y la medición bibliométrica, con un Ambiente “Virtual de Investigación” (AVI) o entorno interactivo y abierto a otros posibles interesados.

Con respecto del uso de las TICS, esta tesis parte de la base que el sitio fue construido desde la necesidad y pragmatismo de los procesos que se fueron generando al recopilar y clasificar las fuentes. Es así como siempre se planteó el complemento web en cuanto plataforma gratuita que centralizara la gran cantidad de información bio-bibliográfica sobre la escritura de la historia en Chile durante el SXX, y específicamente en el contexto del Bicentenario. También se asume que el sitio como su integración con el ensayo escrito aún constituyen herramientas experimentales y sujetas a mayor ajuste.

Si definimos que un AVI o ambiente virtual de investigación es un entorno digital donde se exponen y analizan resultados de investigaciones, y donde el flujo y el intercambio de conocimientos como de argumentos relativos a un tema constituye su gran objetivo, nuestra propuesta es que esta innovación metodológica incrementa sustancialmente la productividad de las revisiones bibliográficas, y puede llegar a implicar la posterior eliminación de suposiciones heurísticas e inclusive de hipótesis carentes de

valor o historicidad. A su vez, también es posible apreciar avances didácticos a través del uso de las herramientas del AVI; ejemplo de ello son la interacción y empatía en la puesta en común de experiencias y problemas similares, la posibilidad de sustituir la evaluación individual por un ejercicio con multiplicidad de evaluaciones en sincronía, la generación de pre-informes sin costos ni mayores restricciones, la validación o refutación de hipótesis bibliográficas de forma acelerada, la revisión de fuentes y pruebas, el intercambio de documentación, la exhibición de evidencias, etc. No por nada, existe una gran cantidad de sitios dedicados a la utilización de herramientas o aplicaciones para el nuevo ejercicio de revisión bibliográfico en línea. Nombres como: www.muse.jhu.edu; <http://www.history.ac.uk/>; <http://www.outofthewings.org/>

En términos específicos, nuestro interés dice relación con la voluntad de insertar esta investigación y su material bibliográfico, en un entorno donde el volumen de fichas bibliográficas, pudiese reutilizarse de forma, democrática, permanente y sin costo para el usuario. Esto, como ya lo discutimos, bajo el supuesto que la base de datos utilizada en las mediciones bibliométricas –al corresponder a autores muy significativos: esencialmente Premios Nacionales e historiadores ampliamente aceptados por su rigor como por su obra en general- es una “muestra” tremendamente ilustrativa del tipo y cantidad productiva de la institución historiadora nacional. Por de pronto, este buscador opera como un universo en el cual es posible ir corrigiendo los componentes y añadiendo o eliminando elementos semejantes que complementen el modelo de análisis e interpretación.

Como señala Carlo Ginzburg, la experiencia de enfrentar un buscador o catálogo en línea, nos remite a pensar una heurística para el siglo XXI, obligándonos a estar atentos a si es que verdaderamente nos encontramos preparados a enfrentar o aceptar, cualquiera que sea ese “cielo análogo” que hoy envuelve el trabajo historiográfico: ya sea desde las bases de datos, los journals en línea, los archivos con accesibilidad remota, los variados tipos de “networks” de trabajo y apoyo a la investigación, o de otro tipo de plataforma. Lo importante, es estar conscientes de cómo, a partir de qué material y bajo qué motivaciones se da inicio a una investigación histórica. Movimiento que sin duda implica un balance entre el efecto multiplicador de las aplicaciones de búsqueda y el azar de toda interrogante.

La computadora multiplica la posibilidad de que seamos sorprendidos por un dato que es de hecho imprevisto. Pero esta sorpresa, ¿es intelectualmente fecunda?, y ¿por qué?... En la investigación, lo mismo que en el ajedrez, las

apreturas o comienzos de la partida son importantes, a veces hasta decisivas, y en cualquier caso pesan a la larga sobre el resultado final. La responsabilidad de quien trabaja en la investigación comienza ya aquí.¹⁰

La velocidad y aceleración de la crítica heurística actual, en conjunto con la multiplicación exponencial de las posibilidades de búsqueda, verificación, accesibilidad, y para qué hablar de la democratización implícita en la virtualidad del conocimiento, hacen que las humanidades aprovechen y complementen a las tecnologías de la información. Quizás la entrega y sinceridad del “objeto encontrado” surrealista sugerido por Ginzburg, ese ejercicio de prueba y error sin vergüenza ni a priori, y que es propio de estos espacios de investigación constituya una posibilidad de avance en el aprendizaje y uso de estas nuevas herramientas.¹¹

Dinámica que además avanza en la superación del “positivismo documental” propio del paradigma autosuficiente. Quizás el mensaje sea, al igual que con la imagen estática y la imagen en movimiento, que la heurística historiográfica del SXXI sea capaz de recuperar el movimiento: aunque sea un vagabundeo¹².

El Ambiente de Virtual de investigación www.historicachilena.cl da cuenta de una serie de variables sobre la producción reflexiva de los historiadores chilenos durante el siglo XX y el contexto del Bicentenario: frecuencias productivas, estadísticas bio-bibliográficas, énfasis consciente por la reflexión, entre otras variables. Este portal cuenta con seis secciones a disposición de nuestros visitantes.

A través de la sección *Historiadores* podrán acceder a la base total de datos que se encuentra aquí contenida. Existen a su vez diversas subsecciones para facilitar la búsqueda y el acceso a la información. En la categoría "Historiadores chilenos" se encuentra la

¹⁰ Carlo Ginzburg, *Tentativas*, México, Prohistoria, 2003, p. 235

¹¹ “La poética de la investigación que estoy describiendo está ciertamente inspirada indirectamente en la poética del siglo XX (sobre todo surrealista) del *objet trouvé* [del *objeto encontrado*]. Carlo Ginzburg, *Ibid.*, 236

¹² “El vagabundeo del historiador a través de los Catálogos (electrónicos o impresos) no es muy diferente del trabajo del fotógrafo que camina por una ciudad, listo para captar en una instantánea una realidad contingente y fugaz. La palabra “click” –el clic de la cámara fotográfica– ha sido usada por Leo Spitzer para definir la intuición del crítico que de golpe capta el trazo revelador de un texto que ha leído y releído cientos de veces. Pero quien ha mirado las instantáneas de Henri Cartier- Bresson o de Robert Capa (y se podrían agregar otros nombres) sabe que detrás del disparo del obturador hay toda una memoria, y una elección: en una palabra, una construcción. Lo que permite reaccionar de manera fulmínea al azar es la lenta acumulación de la experiencia. y en todo caso, al reconocimiento de un tema de investigación promisorio (la instantánea) debe seguir necesariamente la película: o para hablar sin metáforas, la investigación”. Carlo Ginzburg, *Ibid.*, 239

información total de los historiadores e historiadoras presentes en este sitio. A su vez, existe la categoría "Premios Nacionales" (separada por la década en que se obtuvo el premio); luego, la categoría "Historiadoras chilenas" presenta una selección de las historiadoras más destacadas de nuestro país. Finalmente, la categoría "Extranjeros" expondrá los más destacados historiadores internacionales que han vuelto a nuestro país un objeto de estudio importante dentro de sus trabajos (parte de las últimas secciones están en estado de construcción).

En la sección *Publicaciones* podrán encontrar un registro de las principales revistas de Históricas, Humanidades y Ciencias Sociales que han sido publicadas a lo largo del siglo XX en nuestro país, muchas de las cuales continúan vigentes hasta hoy.

Por su parte, la sección *Mediciones* nos indica por medio de estadísticas y gráficos desplegados de forma interactiva, importantes datos que se han obtenido por medio de la presente investigación. Esto es una parte fundamental del proyecto Histórica Chilena ya que hace pública información de altísima relevancia en torno a la publicación de los principales historiadores chilenos del siglo XX.

A su vez, hemos recolectado una importante cantidad de imágenes en torno a los historiadores aquí seleccionados y sus principales obras. Pudiendo tener acceso a todas ellas ingresando a la sección *Galería*.

Finalmente, y por medio del *Buscador* se puede acceder a una búsqueda específica en torno a autores, títulos y contenidos de la producción de los 50 historiadores seleccionados. Es importante recalcar que la búsqueda se realiza sobre los TÍTULOS de las publicaciones y no sobre temáticas o contenidos específicos. En la sección *Tutorial* podrán obtener más detalles con respecto al uso del Buscador de Histórica Chilena.

DESCRIPCIÓN DE LOS CAPÍTULOS

En cuanto al contenido mismo de esta tesis, todos los capítulos apuntan en la dirección de lo planteado por Góngora: definir una suma esencial, una selección de *clásicos* que impliquen la superación del esencialismo positivista y permitan avanzar hacia una historiografía chilena para el SXXI. El primer capítulo, "Canon y teoría", hace referencia a cómo el contexto postmoderno exige de la historiografía chilena actual adaptaciones teóricas y filosóficas que puedan reconfigurar la matriz disciplinar de una forma más

honesto y menos ingenuo frente a la transitoriedad de todo recuento o narración que está buscando su pasado o, incluso, su presente. Así mismo, este capítulo opera como marco teórico para entender la situación presente de la institución historiadora autosuficiente y el retraso respecto de su propia muerte y renovación.

Y es en cuanto marco teórico de esta tesis, que el primer capítulo delinea cómo la situación actual obliga a incorporar las variables de la lingüística, canon, teoría, narrativismo, filosofía de la historia como también los avances en cuanto al debate sobre la noción de acontecimiento. A no ser de que la institución historiadora vea que su *wake* está en el soltar el paradigma autosuficiente, muy poco se puede esperar del futuro de la historia como disciplina académica y como herramienta social. Para ello se trabajó con los autores Frank Ankersmit y sus ideas acerca de la sobreproducción historiográfica como sobre los movimientos de la conciencia histórica moderna; a Martin Jay y Frank Kermode y sus aportaciones en cuanto a la asignación de valor a las obras de artes como también a las consideraciones sobre la pertinencia crítica de las fuentes de referencia; y a Dominique LaCapra en virtud de sus grandes avances sobre cuáles pueden ser las relaciones conceptuales y la utilidad de trabajar el concepto canon a la luz de la historiografía, los estudios culturales y la teoría crítica.

Conceptualmente la discusión de este capítulo se planteó en términos de cómo modelar –siguiendo la cita de Mario Góngora– la posibilidad de una selección de clásicos chilenos en historiografía y filosofía de la historia que ayuden tanto en la superación y emancipación epistemológica, como en la capacidad de definir los límites sensibles a la experiencia humana. Al discutir sobre la aplicabilidad del concepto canon, la historiografía se obliga a transgredir los epístemos que ya no la satisfacen.

Una vez definido el espacio general dentro del cual se inserta esta tesis, en el capítulo dos, titulado “Comentario Bibliográfico” se realizó un ejercicio bibliométrico que intenta evidenciar un mapa (o posible canon) bibliográfico. Por ello que se haya pensado como una prospección o cartografía que se hace esencial al momento de la eventual selección de esos clásicos. En otras palabras: se desarrolló un acucioso y sólido estado del arte sobre historiografía, teoría y filosofía de la historia chilena durante el SXX. Una vez hecha la explicación del gesto de medida, es decir, de la justificación del rito heurístico, es que se puede interpretar las posibilidades del trazo de todo modelo de análisis. En cuanto a la organización visual en este capítulo, se privilegió la disposición de los gráficos y tablas

de las mediciones por sobre el texto, dado que estos elementos requerían de mayor espacio o porque técnicamente nos vimos obligados a desplegarlos de esa manera.

El capítulo tres, “Otra historiografía intelectual chilena para el SXXI”, compara –también persiguiendo la posibilidad de un canon– el corpus esencial de publicaciones recientes sobre historiografía chilena del SXX y del Bicentenario en particular. Específicamente, la intención es proyectar ciertas líneas de tensión entre estas metanarraciones disciplinares y sus selecciones narrativas, conceptuales, cronológicas, autorales y temáticas; especialmente cuando se intenta narrar la historia de la escritura y del pensamiento histórico chileno contemporáneo. Suerte de tri-comparación entre Sergio Villalobos, Cristián Gazmuri y Julio Pinto. Hoy es evidente que la cantidad de historiadores y las dimensiones de la producción historiográfica es única, el asunto entonces es la búsqueda de una definición mayor o filosófica que nos vuelva a permitir el avanzar. Para ello, se cuestiona la posibilidad de configurar una suerte de *campo intelectual* o espacio propiamente constituido en torno a la reflexión y autoconciencia disciplinar. Así también considera la noción de proyecto creador como la base de lo que se discutirá en los capítulos cinco y seis a través de la noción de total cero.

En cuanto al capítulo cuatro, “Historiografías comparadas. El total cero de la historiografía chilena actual”, este desarrolla un complemento del capítulo anterior al plantear cómo la *esencia crítica neutra* o el *total cero* de la historiografía chilena actual, es la base de la capacidad y legitimidad que implica la visualización del giro crítico de la escritura de la historia chilena hoy. Para ello, se reflexiona acerca de la construcción de objetos comparables y cómo dos historiadores punta: Gabriel Salazar y Alfredo Jocelyn-Holt, si bien representan polos opuestos en términos metodológicos, académicos, políticos y discursivos, comparten varios elementos esenciales en su trabajo como historiadores al pensar, experimentar, escribir y usar el pasado. Cuando hablamos de “historiadores punta” lo hacemos en el entendido de que son autores que abren el espectro de posibilidades epistemológicas y por ende son capaces de articular en torno a la discusión histórico académica, la profundidad de la memoria y las problemáticas de la contingencia.

Por su parte, y continuando con la comparación historiográfica, lo discutido en el capítulo cinco, “Literatura y Política”, avanza en el contrapunto crítico entre Gabriel Salazar y Alfredo Jocelyn-Holt; esta vez, a partir de dos textos en los que ambos autores desarrollan visiones generales sobre la historia de la historiografía chilena y a partir de los

cuáles se analizaron sus propuestas en cuanto si lo que escriben, defienden y promueven estos autores es historiografía. Así también, se tensionó la discusión a partir de la postura desafiante de Miguel Valderrama sobre si verdaderamente es posible preguntarse, y para qué decir aventurarse con una respuesta sobre historiar nuestra historiografía reciente. Además se desarrolló el concepto de alfabetización histórica como una primera alternativa para avanzar desde el total cero –o centro canónico– hacia otra matriz disciplinar. En pocas palabras, el punto en debate es cómo dar un paso desde lo nacional a lo literario y por ende abrir las posibilidades para que todo historiador –y es de esperar que en algún momento todo individuo– esté consciente de cuán agente y sujeto es de su propio oficio o narración identitaria; como lo planteamos al comienzo: conciencia del peso de las producciones discursivas en las prácticas sociales.

El capítulo seis, “Más allá del canon”, considera cómo las aportaciones de Hayden White en su texto “Escribir en la voz media” (1992), implican un apoyo teórico metodológico para aprovechar esta situación crítica o total cero y asumir un rol radicalmente activo en la construcción de cada uno de los componentes de nuestro discurso historiográfico: epistemológica, estética y políticamente. Para algunos, se trata de una neurosis obsesiva que nos obliga a situarnos en el borde del acantilado y mirar hacia un pasado sabiendo que nuestro instinto por saber y poseer algún tipo de control sobre nuestros orígenes, nos hace arriesgar una visión sin capacidad de escapatoria.

Por último, en el capítulo siete de esta tesis, se explicitan algunas conclusiones a cerca de las posibilidades y los desafíos que un primer comentario general sobre la historiografía chilena del bicentenario debiera cumplir. Para ellos se enuncian dos grandes espacios de discusión:

-La capacidad de selección, de acceso y uso de los registros con los cuales se quiere construir un relato del pasado como historia –sean libros, artículos, objetos, imágenes– debe transparentar desde un comienzo a qué agenda responde y debe estar abierta al uso todo tipo de formatos.

-De los debates sobre la memoria a la capacidad de alfabetizarnos históricamente.

1. Historiografía y postmodernidad: la pregunta por el canon.

¿Cómo puede estar la institución historiadora retrasada respecto de su propia muerte? ¿Cómo puede la práctica historiográfica organizar el *wake* de su escritura, si, aturdida por el nudo entre literalidad y acontecimiento, no logra advertir el fin de una práctica de escritura?

Luis G de Mussy- Miguel Valderrama

1.1 Marco y Teoría

La historiografía de ser y pensarse como una ciencia certera y bastante infalible durante el siglo XIX, pasó a ser considerada por sus críticos y por muchos de sus practicantes –desde fines del SXX y comienzos del SXXI– sólo como un discurso más sobre el pasado: ya sea este individual, institucional, colectivo o nacional. ¿Qué pasó en dos siglos para que la rigurosa historia científica y metódica de las escuelas historicistas de Ranke, Humboldt, Fustel de Coulanges, Langlois, Lavissee, Seignobos y Monod dieran paso a la historia en migajas que hoy –al finalizar la primera década del nuevo milenio– sigue caracterizando la postmodernidad historiográfica? ¿Cómo se pueden enfrentar las dudas y las posibilidades actuales de escribir sobre el pasado, sea este colectivo o personal? ¿Qué autores, escuelas, paradigmas o modelos han realmente logrado hacerse cargo de la crisis de representación que originaron las experiencias extremas –de todo orden: históricas y epistemológicas– durante el SXX y de la modernidad en general? Y en un sentido aún más desafiante: ¿Qué puede hacer un historiador que no se da por enterado de los avances en filosofía del lenguaje, del estructuralismo, la teoría crítica, de la semiótica, de los estudios culturales, de la cliometría, de la historia de género, del psicoanálisis, de la deconstrucción, del giro lingüístico, de las nuevas forma de entender y proyectar la experiencia humana, de la historia de la conciencia como de muchos otros asuntos? ¿Puede competir un relato o narración histórica (del paradigma tradicional-autosuficiente) con cualquier serie de televisión, con algún video-ensayo o video-montaje de www.youtube.com? He aquí algunas ideas del marco teórico que acabamos de enunciar sobre las certezas e

incertidumbres de pensar *una/otra* historia-grafía para esta nueva época que recién se abre ante nuestros ojos.

Lo que postula este primer capítulo es que una alternativa frente a la acechanza postmoderna y la supuesta imposibilidad de escribir historia, se visualiza cuando asumimos que la certeza está en el romanticismo de la pregunta honesta y no en la precisión de la respuesta correcta e inmediata. De esta forma, la historia –y cualquiera de sus versiones gráficas– pueden intentar separarse del mero ejercicio de mancharse las mangas con la tinta de otros en el gesto de eternos escribientes, eruditos y amanuenses. En esta línea, que la proposición aquí sea entender que el control del mito por la vista de Heródoto, las referencias de Tucídides, la erudición y la gramática histórica de J. Mabillon, el historicismo de Ranke, Humbolt, Monod, Lavissee y Meinecke, el estructuralismo de C. Levi Strauss y *Annales*, la historia total y la larga duración de F. Braudel, la historia de las mentalidades y las reflexiones epistémicas de Bloch, la narración densa de C. Geertz, la metahistoria de Hayden White, la útil categoría de género de J. Scott, los estudios culturales de R. Williams, la operación historiográfica de M. De Certeau, la historia conceptual de R. Koselleck, la experiencia histórica sublime de Ankersmit (por nombrar sólo los menos) son *una/otra* versión del concepto de historia y de su correspondiente forma de escribir el pasado como historia durante los últimos 2500 años. De lo anterior que podamos suponer que ha llegado la hora de asumir la necesidad de revisar y reconocer los necesarios ajustes de la matriz disciplinar.

Es así como dentro de este nuevo encuadre conceptual –o marco teórico– se nos hace posible plantear la discusión sobre la postmodernidad como la discusión por el *canon*, cualquiera que este sea. Por de pronto, la utilidad de usar el criterio *regla o summa* como problemática, se entiende en la medida que permite estructurar un “campo de fuerza” ficticio y esencialmente inestable pero muy útil a la hora de hacer un balance de lo que son (y pueden llegar a ser) las operaciones historiográficas en el Chile post Bicentenario. En otras palabras, la búsqueda de cualquier canon historiográfico se entiende hoy a comienzos del siglo XXI, como un gesto-provocación –un umbral ficticio– que se materializa y sólo puede ser, a través de la soberanía del instante y la aporía. Por eso, si bien puede responder a diferentes criterios –autores, textos, ideas, propuestas programáticas, escuelas, movimientos, etc.– lo único que importa es que este o ese canon pueda ser rebatido y ampliado, como también cercenado y restringido, para de ahí volver

a su lugar en una nueva forma. Desafío e incertidumbre que nos obligan a la apuesta o compromiso por un cuestionamiento nostálgico y auto-crítico que explore las implicancias que se generan al vincular los conceptos de: teoría, canon e historiografía (chilena) en un gesto analítico-soberano frente al devenir o flujo postmoderno y su gigantesco caudal de movimientos y dudas.

Es decir, cuando hablamos del criterio canon, estamos entendiendo el concepto no como la selección, exclusión o consagración de un determinado agente(s) cultural, sino como la esencia misma por el debate sobre la asignación de valor y el reconocimiento de la historicidad y canonicidad, que todo historiador o crítico cultural debe considerar y evaluar previa la aplicación de sus métodos para escribir y reconstruir el pasado como Historia. Y este asunto tiene implicancias que van desde la reflexión filosófico historiográfica a la profundidad imaginativa de la comunidad social. Lo que los historiadores sean capaces de imaginar, relatar y legitimar, será proporcional a la capacidad de esa comunidad de incorporar su pasado como factor determinante y condicionante de todo presente que se vaya generando. De ahí que resulte tan interesante lo planteado por María Greever en su libro, *Beyond the Canon*, en el cual se hace referencia a la superación más que la celebración de cualquier conjunto de referentes a la hora de proyectar una identidad particular: sea nacional, institucional, grupal o simplemente, individual. No por nada, se define “canon histórico” como una narrativa en la que figuras, eventos, líneas argumentativas, ideas y valores son coaligados por tramas y perspectivas explicativas que siempre vienen limitadas a priori.

In our post-Enlightenment culture, these assumptions are not so obvious as they were in pre-modern societies. The Enlightenment severed the link between tradition and authority. A tradition may still have validity, but not in virtue of its venerable age, and only when it has withstood the test of critical reason. Today, a “canon” is subject to intellectual scrutiny and public debate. In political terms, this means that a history canon may simply be the winning horse in the contest between different versions of collective memory...*Applied to history, we might define a canon as follows: it is a historical grand narrative, consisting of selected figures, events, story lines, ideas and values, colligated by definite plots, perspectives and explanations.* In the context of modern national history, it is what textbook histories, historical commemorations and the dominant collective memory have

in common...A canon frequently privileges significant political events and great personalities rather than gradually changing patterns, trends and forces.¹³

En otras palabras, el tema es cómo limitar y asumir la selección valórica y su permanente e involuntaria predeterminación analítica e ideológica. Dinámica que sabemos será dominante a la hora de la definición o discusión sobre la memoria “colectiva” de cualquier comunidad de sentido. Es así como también estamos al tanto de los privilegios y las exclusiones, y de cómo seguir adelante en esta carrera que de seguro será de largo aliento y donde el debate intelectual y público estaría iniciando una época postilustrada. Al definir –desde una historiografía crítica de sí misma– quiénes han sido los historiadores que han pensado el oficio (además de aplicarlo monográficamente), se puede revisar la validez y pertinencia, el valor, de todo registro o evidencia histórica, más allá de su ubicación dentro de un tramado narrativo.

1.2 ¿Qué define nuestro *Zeitgeist* historiográfico?

The concept of history includes a concept of historical knowledge that knows itself to be always provisional and open to revision.

Hayden White.

“Pensado como un texto experimental y para provocar debate al interior de un seminario”¹⁴, el paper del filósofo de la historia holandés Frank Ankersmit, “Historiografía y Postmodernismo” no ha dejado de provocar resquemor e incomodidad. Publicado por primera vez (1989) en la revista *History and Theory* No. 27 y posteriormente en el libro *Historia y Topología* (1994), este ensayo fue clave para la discusión histórica de la década pasada, y aún creemos oportuno extrapolar dicho debate en vista de la utilidad y

¹³ Maria Grever y Siep Stuurman, *Beyond the Canon. History for the Twenty First Century*, Great Britain, Palgrave Macmillan, 2007, p. 3 Para otras definiciones ver Chris Baldick, *Oxford Concise Dictionary of Literary Terms*, New York, Oxford University Press, 2004; Michael Payne (Comp.) *Diccionario de Teoría Crítica y Estudios Culturales*, Paidós, Buenos Aires, 2002. p.76. Otro libro muy útil al respecto es el de Mónica Szurmuk y Robert Mckee Irwin (Coord.), *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*, México, Paidós, 2009.

¹⁴ Luis G de Mussy, “Entrevista a Frank Ankersmit”, inédita, The Hague, Febrero 2007.

significancia para la escena chilena que aún sigue simplificando la crítica contemporánea con la adjetivación de *posmo*, relativista, fragmentaria y sin sentido práctico. Fundamentalmente reconocemos tres niveles de reflexión en este capítulo. El primero tiene que ver con las nuevas condiciones de época (la postmodernidad) frente a las cuales debe ser re-pensado el texto histórico y la figura del historiador; en segundo lugar nos parece interesante el trabajo desarrollado en torno a los movimientos de la conciencia histórica desde su profesionalización a comienzos del SXIX hasta el presente; y por último, destacamos la definición de la teoría y el texto historiográfico postmoderno como a-científico y no como anticientífico.

Con respecto de las nuevas condiciones de época en las que debe ser pensado el movimiento de la conciencia histórica y del texto historiográfico, los puntos de partida de Ankersmit son la sobreproducción actual en la historiografía, el cómo se le debe y puede hacer frente y, qué actitud se debe tomar ante esta marejada de historiadores, de nuevos títulos y trabajos sobre el pasado. De ahí que vea como mecanismo para superar la crisis de la historia el generar un nuevo vínculo con el pasado donde se comience por el reconocimiento “completo y honesto” del lugar o “posición” en la que se encuentra todo historiador al escribir historiografía y cuando se involucra como tal en el espacio social. Es por esto que la necesidad imperiosa de exigir una relegitimación teórica del escrito histórico y la voluntad de intentar liberarlo de cualquier esencialismo que lo subordine, se levantan como algunas propuestas significativas del holandés para reubicar el trabajo del historiador en su nuevo espacio post histórico. En cuanto a la renovación teórica planteada por Ankersmit en particular, su trabajo ha estado bajo las influencias de Hayden White, Richard Rorty, Arthur Danto, John Dewy y D. Davidson, como él mismo lo ha manifestado. En pocas palabras, la postura teórica de Ankersmit entiende el texto histórico como una suerte de artefacto o construcción estética mucho más pictórica que científica, pero analizable en cuanto conjunto de proposiciones lingüístico-rationales. Sin embargo, lo que más nos importa –más allá de la opción ya descrita– es la *necesidad prioritaria*, aunque no última, por la renovación y el ajuste epistemológico que plantea este historiador.

Mi punto de partida en este artículo es la sobreproducción actual en nuestra disciplina... La pregunta crucial ahora es *qué actitud debemos tomar respecto de esta sobreproducción* de literatura histórica que se disemina como un cáncer en todas

las áreas (...) Debemos darnos cuenta de que no hay forma de volver atrás. Se calcula que en este momento (1989) hay más historiadores que efectúan investigaciones históricas que la cantidad total de historiadores desde Herodoto hasta la década de 1960 (...) Sin embargo, *lo que sí ayuda y tiene sentido es definir un vínculo nuevo y distinto con el pasado con base en un reconocimiento completo y honesto de la posición en la que ahora nos vemos a nosotros mismos como historiadores... El escrito histórico hoy rompió su saco teórico tradicional y auto-legitimador y, por tanto, necesita ropa nueva.*¹⁵

En segundo lugar, muy provocativa y desafiante resulta la proposición de este historiador para justificar el cambio y ajuste de “ropa” teórica; para ello, postula pensar el movimiento de la conciencia histórica moderna a una postmoderna, a partir de la imagen de un árbol que atraviesa por un cambio de estación. Transformismo filosófico que según el autor se explicaría, ya que el texto histórico postmoderno estableció *otra* tendencia sostenida con respecto de la tradición esencialista de la Historia y con el pasado escrito como historiografía racional, científica y autosuficiente. Ya no es posible entender, visualizar o decodificar la realidad y el pasado como si estos tuvieran una esencia última o una explicación en clave y fija. Hoy ya sabemos que hay pasados, e incluso, futuros-pasados. En esta lógica, y en paralelo con un esquema sobre la modernidad, primero habrían sido los filósofos de la historia quienes fijaron su interés en el tronco y la naturaleza de la historicidad, para que posteriormente los historicistas se ubicaran en las ramas del árbol y en sus diversas variedades y formas, y así quedó la atención en las hojas para los postmodernos.¹⁶ Este punto es muy polémico ya que Ankersmit aquí postula que un claro ejemplo de este estudio por las hojas del árbol, son los trabajos de Carlo Ginzburg y Natalie Zemon Davis en conjunto con la escuela micro histórica en Europa y en Estados Unidos. Argumentación que para el historiador italiano es inaceptable y propio de lo que él llama despectivamente “la escuela escéptica”. Ejemplo de esto, fue el debate organizado entre Carlo Ginzburg y Ankersmit en la Biblioteca Nacional de Chile en noviembre del año 2008 donde ambos autores mostraron cuáles sus eran sus diferencias en cuanto al peso del lenguaje y de la filosofía en la escritura de la historia. Si bien para la gran mayoría de los historiadores, la postura de Ginzburg es ampliamente reconocida, a partir de lo que fue

¹⁵ Frank Ankersmit, “Historiografía y Posmodernidad” en *Historia y Tropología. Ascenso y caída de la Metáfora*, México, FCE, 2005. pp. 315 - 319 El énfasis es nuestro.

¹⁶ Ver el artículo de Pablo Marín “A esta hora se debate”, en *La Tercera*, Cultura, 15 Nov., 2008, pp. 12 - 13. y también el blog: www.ankersmitenchile.blogspot.com

este diálogo, quedó la impresión de que el cambio de época era más fuerte que la potente luz de la microhistoria.

También llama la atención que este autor asocia historia de las mentalidades con historiografía postmoderna. Sin embargo, el problema es que durante la década de los noventa según Ankersmit habría llegado el “otoño a la historiografía occidental”, dejando sólo hojas viejas a punto de caer sobre hojas ya secas o a punto de deshacerse.

Me gustaría aclarar el *movimiento de la conciencia histórica* que mencionamos líneas atrás por medio de la imagen siguiente. *Comparemos la historia con un árbol*. La tradición esencialista dentro del escrito histórico occidental centró la atención de los historiadores en el tronco del árbol. Por supuesto, este fue el caso de los sistemas especulativos, definieron, por decirlo así, la naturaleza y la forma de su tronco. El historicismo y el escrito histórico y científico moderno, con su atención básicamente encomiable a lo que, de hecho, sucedió en el pasado y su falta de receptividad hacia los esquemas apriorísticos se situaron en las ramas del árbol... Sea que se haya formulado con una terminología ontológica o metodológica, el escrito histórico desde el historicismo siempre pugñó por la reconstrucción de la línea esencialista que corre a través del pasado o, por parte de él. Con el escrito histórico postmoderno- que se encuentra, en particular, en la historia de las mentalidades- se rompió por primera vez con esta tradición esencialista de siglos de vida- a lo que añadido de inmediato, para evitar cualquier patetismo o exageración, que me refiero aquí a las *tendencias* y *no* a rompimientos radicales-. La elección ya no recae en el tronco ni en las ramas, sino en las hojas del árbol. Según la visión postmoderna de la historia, el objetivo ya no es la integración, síntesis y totalidad, sino esos trozos históricos que son el centro de atención... Si deseamos adherirnos de todos modos al esencialismo, podemos decir que la esencia no está en las ramas, ni en el tronco, sino en las hojas del árbol histórico... Esto me lleva al punto principal de este capítulo. Es característico de las hojas que estén sujetas con relativa precariedad al árbol, y que cuando llega el otoño o el invierno se las lleve el viento. *Por diversas razones, podemos asumir que el otoño llegó a la historiografía occidental*. En primer lugar, está por supuesto la naturaleza postmoderna de nuestra propia época. Nuestro antiesencialismo- o, como popularmente se llama en estos días *antifundacionalismo*- redujo nuestro compromiso con la ciencia y la historiografía tradicional... El viento frío que- de acuerdo con Romein- sopló alrededor de 1900 al mismo tiempo tanto en Occidente como en Oriente, al final se llevó las hojas de nuestro árbol histórico también hasta la segunda mitad del siglo XX.¹⁷

En menos de doscientos años, el frío viento del fracasado y en algunos casos extremo racionalismo moderno, nos dejó con una historia que finalmente fue incapaz de conectar científicamente el presente de sus hojas recién caídas, ni tampoco con las ramas que las

¹⁷ Frank Ankersmit, *op.cit.*, p. 348 El énfasis en *antifundacionalismo* es del autor. El resto del énfasis es nuestro.

sujetaron en un principio o con el tronco que las debiera poder explicar y hacer suyas. Nuestro *zeitgeist*, por lo tanto, y en paralelo a la postura de Ankersmit se vuelve hacia el mito y lo sublima como puentes entre el pasado que ya no existe y el presente que se quiere entender a sí mismo. Entendimiento que estaría basado en la re-lectura (“rejuego”) de las huellas -hojas- sin mayor contemplación de su devenir, “Lo que sigue ahora para la historiografía occidental es reunir las hojas que se cayeron y estudiarlas, sin importar sus orígenes...Nos ha llegado la hora de *pensar* sobre el pasado más que *investigarlo*”.¹⁸

En cuanto al tercer nivel de análisis, este tiene que ver con qué tipo de recolección de hojas queremos –y podemos– llevar a cabo: una posibilidad es que sea científica, la otra, a-científica. Para lograr lo segundo, el autor señala que lo que se necesita es “pensar el pasado más que seguir investigándolo”. Las evidencias y pruebas empíricas abundan, y son más que suficientes. Ankersmit quiere asumir el desacople entre el presente y el pasado, en una postura más cercana al equilibrio estético-mítico pero sin negar los vínculos necesarios y pertinentes con un racionalismo acientífico, tolerante, honesto. Nueva y conocida fusión metodológica que no niega los atributos del pensamiento racional y empírico, pero también entiende que la auto-crítica es básica para la salud de cualquier empresa epistemológica. La integración de múltiples variables requiere de sistematización y jerarquías, pero también de saber que los errores son altamente productivos. Ya sabemos que este autor ha planteado que la teoría historiográfica posmoderna sería una radicalización del historicismo y una búsqueda de los elementos cercanos al mito.

El postmodernismo no rechaza el escrito histórico científico, sino solo llama nuestra atención al círculo vicioso de los modernos que nos haría creer que nada existe fuera de él. *Sin embargo, fuera de él se encuentra el reino entero del propósito y significado histórico.*¹⁹

¿Será entonces posible plantear que la matriz del historicismo (como un sistema de asignación de valor) y parte de la postmodernidad historiográfica (como otro sistema de asignación de valor), son algunos de los contornos o límites de este nuevo umbral-canon (o saco teórico historiográfico) desde el cual entender e intentar la práctica historiográfica

¹⁸ Frank Ankersmit, *op. cit.*, p. 344. En esta línea es muy útil no olvidar lo que señalaba Jacques Le Goff cuando postuló que “todo documento es monumento” y que “todo documento es mentira”. Ver J. Le Goff, *El orden de la Memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós, 1991. p. 238

¹⁹ Frank Ankersmit, *op. cit.*, p. 351 El énfasis es nuestro.

chilena? ¿Será la disputa por la historicidad –sea esta elitista, popular, subalterna– esencialmente la discusión por el canon? La respuesta es sí. Y para apoyar tal afirmación, nos parece muy útil usar el comentario de Hayden White cuando reconoce y asume la transitoriedad del concepto de historia como la intrínseca y periódica necesidad por renovación de las bases de nuestra relación con el significado del pasado en nuestro actuar cotidiano. Por todo lo anterior es que creemos posible pensar que el debate sobre el canon equivale a la discusión por la posmodernidad y por lo que ha quedado de los últimos 2500 años de historias de la historia. De ahí que la nueva pregunta quede planteada entonces como: ¿Qué hojas historiográficas debemos recoger?

1.3. ¿Citar a los grandes o prescindir de los nombres?

Sócrates: aparentemente, para usted importa quién es el que habla y de qué país procede; usted no se pregunta simplemente si lo que dice es verdadero o falso.

Platón

Establecida la urgencia por pensar qué hojas –o conjunto de ellas– constituyen las posibilidades de reflexionar y escribir nuestro pasado como historia, es importante también revisar cómo les asignamos valor a dichas huellas, y cómo entendemos, limitamos y asumimos la transferencia valórica (suerte de parábasis historiográfica) desde esas otras voces en nuestras propias limitaciones individuales hacia ese ayer que se nos devela y abre en los vestigios o preguntas que consideramos como permitentes. En esa línea, dos formas de entender cómo se puede usar y caracterizar el concepto de ajuste o selección valórica en la disciplina histórica, son las trabajadas por Frank Kermode y Martín Jay. En sus libros *Formas de atención* e *Historia y valor*, Kermode establece una pregunta sobre la asignación de valor en el campo de la historia del arte y de la literatura que se ajusta plenamente a lo que nosotros estamos intentando plantear:

“¿Por qué medios atribuimos valor a las obras de arte y de qué manera nuestras evaluaciones afectan nuestra forma de entenderlas?... El planteamiento es ampliamente histórico: buena parte de lo que digo está relacionado con los procesos por los cuales establecemos una buena opinión para un trabajo o un artista que por lo general precede los esfuerzos más enérgicos de crítica e

interpretación, es decir, *la naturaleza de las fuerzas históricas que certifican que algunos trabajos y no otros requieren o merecen estas formas de atención especiales...* La historia de estos objetos inusuales que desaparecen del canon, en realidad desaparecen de la vista, pero son restituidos después de largos períodos de negligencia, me parece una buena manera de entrar en discusión...".²⁰

Como se aprecia, la respuesta de Kermode propone una suerte de vitalidad y movimiento al interior de los cánones literario y estético donde la entrada y salida de esos "objetos inusuales" debe considerarse, más que como una celebración a priori, como punto inicial en la asignación de valor. Admite, además, que para entrar en el juego conceptual, es debido entender que hay dos límites fundamentales: uno que ve el canon como un conjunto o una selección rígida, establecida y sin posibilidad de cuestionamiento (canon duro) y otro que corresponde a la versión más flexible y resiliente (canon blando). Si bien Kermode no hace mención del término, entendemos el concepto resiliencia como la capacidad de recuperación y el resorte que permite la recuperación después de haber recibido algún tipo de golpe o complicación. Un ejemplo de una versión dura del canon, es el caso de Harold Bloom y su intransigente celebración de Shakespeare en *El Canon Occidental* como el centro de nuestro universo imaginativo y conceptual moderno. Por otra parte, Kermode reconoce que también se puede entregar valor a partir de procesos de relectura que distingan qué variables y qué manifestaciones, "qué trozos de memoria", (por cierto inusuales) pueden y deben quedar dentro del *orden del discurso* y por ende recibir "formas de atención especiales" por parte de la crítica y los historiadores. Para ello menciona dos estrategias: i) el establecimiento de cánones de obras particulares y ii) a partir de la invención de períodos históricos. A su vez, uno también podría pensar que otras formas de instaurar criterios de selectividad pueden ser la generación de hipótesis fuertes, las interpretaciones tendenciosas, la celebración de personajes carentes de significancia, la exclusión bibliográfica, las preferencias ideológicas extremas, etc; en síntesis, todas aquellas estrategias que permiten potenciar la falsedad a partir del manejo de la memoria.²¹

La segunda forma de entender el debate por el concepto de canon, y ya dentro de lo que es directamente un trabajo de historiografía intelectual, es constatar, como lo hace el

²⁰ Frank Kermode, *Formas de Atención*, Barcelona, Ed. Gedisa, 1988. p. 15. El énfasis es nuestro.

²¹ "Tal vez la mejor imagen para la manera en que infundimos valor a éste y no a aquel trozo de memoria sea la novela de Proust: surgiendo de los indeterminados, desmembrados hechos de la Historia, el núcleo del recuerdo convertido en canon; surgiendo de la Historia, el valor", Frank Kermode, *Historia y valor*, Barcelona, Ediciones Península, 1990. pp. 189-190.

historiador estadounidense Martin Jay, los peligros frente al conocido y repitente hábito humanista de legitimar el trabajo propio citando grandes nombres de la disciplina a la que se pertenece; es decir, haciendo (mal)uso de la selección de autores y problemáticas que son reconocidas como legítimas y con suficiente historicidad como para ser debatidas y posteriormente incorporadas o transferidas socialmente. Para ello, Jay señala que es clave tener siempre presente las pretensiones de validez y las argucias tropológicas que normalmente se unen con las ya conocidas voluntades de poder de todo enfoque metódico que se materializa exclusivamente en el nombrar –cánones de cualquier orden– y con eso se evita la verificación rigurosa de las posibilidades y argumentos señalados.

En cambio, es mejor concebir el modelo científico como un ideal regulador, contrafáctico, que opera como una forma de procedimiento, horizonte de expectativas, antes que como una práctica que pueda verificarse por completo en la realidad. Al hacerlo, evitamos cometer el error categórico de reducir lo que podríamos llamar la fuerza trascendental de las pretensiones de validez a meras relaciones empíricas de poder, una tendencia latente en la desacreditación nietzscheana o foucaultiana de *la voluntad de verdad entendida como epifenómeno de la voluntad de poder*. Y mantendremos también una tensión conveniente entre los impulsos tropológicos y no tropológicos que se dan en el lenguaje²²

Lo importante sería, entonces, asumir que la inspiración y la autoridad de cualquier texto u artefacto histórico –su legítima historicidad y canonicidad– estaría definida en una primera instancia por la capacidad referencial del problema (su intrínseca vigencia dialógica), y en un segundo momento por un control estricto pero lúdico –por parte del historiador– de la opacidad lingüística y de las voluntades de poder en cuestión: la suya y la de sus referentes. En síntesis, y por todo lo anterior, se podría establecer el argumento que en el cruce entre la urgencia o nueva realidad postmoderna del texto histórico según Ankersmit, con la asignación valórica presentada por Kermode y el cuidado referencial planteado por Jay, estaría posiblemente una opción para pensar a cerca de las certezas e incertidumbres de una historia-grafía chilena para el SXXI.

²² Martin Jay, *Campos de Fuerza. Entre la historia intelectual y la crítica cultural*, Buenos Aires, Paidós, 2003, p. 325-26

1.4 Teoría

Las teorías y las escuelas, como los microbios y los glóbulos, se devoran entre sí y con su lucha aseguran la continuidad de la vida.

Marcel Proust.

Una vez establecida la variabilidad en el uso del criterio canon, y cómo nos parece que pueden ser entendidas las implicancias de éste término en el contexto de la postmodernidad en cuanto gesto-provocación, es oportuno discutir algunas posiciones acerca de por qué la teoría historiográfica debe ser un área disciplinar donde la selección o discusión del respectivo –y siempre transitorio– canon no puede detenerse. Para ello nos gustaría establecer que estamos asumiendo la definición de teoría desarrollada por Dominick LaCapra en su libro *Representar el Holocausto*, como la reflexión auto-crítica permanente tanto de los modelos y paradigmas con los cuales se pretende sostener todo intento de análisis crítico-intelectual, como también de las posibilidades de una justificada emancipación epistemológica y cognitiva.

Puede resultar útil señalar desde el comienzo que *entiendo por teoría a la reflexión sostenida crítica y autocríticamente y dirigida a prácticas, textos o conjuntos de hechos. Idealmente, esta reflexión incrementa la autocomprensión y provee una distancia crítica respecto de ciertos problemas sin implicar una negación de nuestro compromiso con ellos. También pone a prueba (o refuta) formulaciones existentes y puede llegar a indicar la necesidad de modelos de articulación más deseables (aun cuando el teórico solo esté en condiciones de brindar componentes o indicaciones antes que paradigmas completamente desarrollados de esos modelos).*²³

Particularmente, cuando nos interesamos por la teoría, lo hacemos bajo la convicción de que el gran denominador de la escritura histórica moderna (y lo más probable que durante una primera postmodernidad también) hayan sido los sucesivos movimientos de la conciencia histórica desde una definición o matriz, y posterior crisis, a otra revisión, y finalmente otro ajuste de los supuestos y cuestionamientos como de las permanentes fricciones entre las experiencias históricas y las débiles respuestas epistemológicas. Dinámica que reafirma nuestra intuición sobre un posible gesto provocación o

²³ Dominick LaCapra, *Representar el Holocausto. Historia, teoría, trauma*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008, p. 17

romanticismo historiográfico que en el caso particular chileno, enfrente los defectos de nuestro excesivo positivismo y su necesidad –ya obligatoria– por volcarse hacia la formación más preocupada de los aspectos teóricos y filosóficos. De ahí que, siguiendo la proposición de Góngora con la cual abrimos esta tesis, sea tan urgente señalar las legítimas necesidades por una historia vinculada fuertemente con la reflexión aplicada; vinculación que no debe estar orientada en destacar esta última en sí misma, sino para que la permanente revisión de los supuestos y componentes epistemológicos de todo conocimiento histórico puedan hacer frente de forma honesta y sincera a las voluntades-necesidades de saber por el pasado que nos constituye. Acto cognitivo que, además, intuimos, debiera ser capaz de implementarse de forma práctica y autónoma a lo largo de los permanentes intentos por definir y aplicar –ya sea en la academia como en la vida cotidiana– un concepto de historia. En pocas palabras: reflexión sostenida sobre la capacidad de preguntarnos por lo que queremos y debemos saber acerca de nosotros y el mundo que nos rodea.

A su vez, hemos considerado útil recurrir al historiador alemán Reinhardt Koselleck, quien señala que la importancia de la teorización para la historia como disciplina no se debe al gusto del historiador, ni a la celebración de una moda o por un acomodo académico, sino que se debe a varias razones de peso y que son las que verdaderamente permiten pensar un futuro para el historiador académico. Entre ellas se mencionan las siguientes nueve razones para justificar la necesidad de la teoría:

- i) para establecer cualquier tipo de periodización,
- ii) para definir series temporales y las posibles cronologías específicas,
- iii) para el ajuste en los debates etimológicos,
- iv) para la historia estructural,
- v) para la diversidad de interpretaciones en torno a conflictos y experiencias extremas,
- vi) para establecer las discontinuidades o aporías que limitan el horizonte de expectativas epistemológicas,
- viii) para evitar la mono-causalidad y,

ix) para dimensionar la teleología²⁴,

Es decir, sin teoría no hay posibilidad de pensamiento ni, mucho menos, de una reflexión histórica. En todo caso, la razón más importante que plantea Kosseleck se debe a la búsqueda de una salida del aislamiento académico y social de la historia y su posible redefinición a partir del trabajo, desarrollo y confrontación de justamente esos temas o asuntos que necesitan de un ajuste teórico o en aquellos casos que prometen “proyecciones teóricas”.

We can escape from our isolation only via new relationship to other disciplines. This means that we must recognize our need for theory or, rather, face the necessity of doing theory if history still wants to conceive of itself as an academic discipline. This is not an attempt to borrow theorems from neighbouring disciplines to establish hyphenated alliances...*I would propose that we can push our way out of our own characteristic bottleneck only by concentrating on those points that are themselves in need for theory or that promise theoretical insights.*²⁵

Ahora bien, si ya sabemos por qué la teoría puede ser un primer espacio de interés, ¿cómo podemos pensar un canon historiográfico y teórico? En primer lugar, es muy útil considerar cómo LaCapra diferencia entre el proceso conservador de canonizar, y la imagen benjaminiana, que iguala la selección y asignación valórica de los referentes y las fuentes con el ejercicio de “cepillar la historia a contrapelo”, de ir en contra de la lógica y de las ideologías tradicionales; de derecha o izquierda. En nuestro caso, el ánimo es el mismo: buscar aquellos textos o artefactos que permitan re-pensar la historia como disciplina académica pero también, repensarla como un *habitus* humano tan esencial como la capacidad de aprehender las realidades que nos rodean. De saber autoeducarnos a revisar en forma constante e infinita nuestros supuestos como educadores de educadores de historia. Al decir de LaCapra,

Es importante distinguir entre *canonización* –una práctica básicamente conservadora en la recepción o apropiación de artefactos– y la posibilidad de explicitar esos artefactos por medio de lecturas críticas que, en palabras de Walter Benjamín, *cepillen la historia a contra pelo...* No existe una fórmula simple que nos permita decidir cuáles son estos textos, pero el proceso de educación –y de educarse a uno mismo como educador– exige que este sea el tópico que se

²⁴ Reinhardt Koselleck, *The Practice of Conceptual History*, Stanford, Stanford University Press, 2002. p. 2 -19

²⁵ Reinhardt Koselleck, *op.cit.*, p. 1-2.

debata recurrentemente. Aquí las relaciones dialógicas –tanto dentro como entre textos y personas– cumplen un papel continuamente renovado en la elaboración de diferentes posibilidades de los procesos textuales y culturales.²⁶

Para ello, y como ya lo señalaba Michel de Certeau en su notable ensayo “La operación historiográfica”, la labor del historiador, o lo que hace el historiador cuando hace historia, comienza en el momento en que todo sujeto que quiere inquirir el ayer, es capaz de separar y organizar los trozos de memoria o los restos residuales que le son significativos; es decir, cuando canoniza el tema, las fuentes y el problema. De lo anterior que sea tan interesante la distinción de LaCapra sobre aquellos textos *en* los cuales se puede pensar, pero por sobre todo, lo determinante sería la capacidad de reconocer aquellos textos *con* los cuales es pertinente reflexionar de forma más cuidadosa y atenta. Selección que permitiría formar cánones contestatarios de textos con los que se podría repensar -aunque sea momentánea y transitoriamente- en los puntos ciegos de la matriz epistemológica y en las consiguientes falencias a la hora de llevar a la práctica los supuestos de toda disciplina. Como señalará Bataille para la filosofía y Góngora para la formación histórica, la historiografía cuando se convierte en transgresión de las propias fronteras de la escritura de la historia, es cuando logra ser capaz de potenciar la formación de historiadores críticos y capaces de pensar la historia que practican y a saber cómo y por qué ponerla a disposición de la sociedad.

Sostengo que todos los textos merecen que se piense *en* ellos, pero algunos resultan particularmente valiosos para pensar *con* ellos y en ciertos casos han probado su valor a lo largo del tiempo de una forma renovada. Los que merecen que se piense con ellos permiten una discusión más acotada de los textos o de aspectos de esos textos –incluyendo aquellos que merece que se piense con ellos– que son menos dignos de emulación...algunos son particularmente efectivos en estimular procesos críticos que interfieran con la regeneración o refuerzo de ideologías y de contextos establecidos en general; brindan las bases para la crítica de sus propios puntos ciegos al ayudar a hincar un proceso de reflexión que pueda educarnos como lectores y tener implicancias de tipo práctico.²⁷

Y continúa:

Son éstos textos y artefactos que pueden exigir ser incluidos en los “*cánones*” *auto-contestatarios que siempre se abren al cuestionamiento y la renovación,*

²⁶ Dominick LaCapra, *op. cit.*, p. 33

²⁷ Dominick LaCapra, *op. cit.*, p. 39-41. El énfasis es nuestro.

particularmente cuando descubrimos los puntos ciegos y limitaciones en aquellos textos y o dimensiones de textos que antes considerábamos *ejemplares*.²⁸

En pocas palabras: activar el cuestionamiento como característica central del pensamiento crítico y que esta capacidad pueda ser aplicada tanto al objeto que se quiere comprender, a las fuentes y a los diversos textos que se analizan como también –y por sobre todo– al sujeto mismo que está intentando la comprensión a través de cualquier tecnología de lectura o nueva estrategia interpretativa. En síntesis, efectividad en la estimulación de procesos inquisitivos que erradiquen e “interfieran en la regeneración o refuerzo de ideologías y de contextos establecidos en general” como en el tratamiento y revisión de aquellos puntos ciegos que impiden el avance de las interrogantes que pueda levantar la historia. Dinámica para la cual es imperioso que se asuma también la dificultad de pensar un canon teórico estable, y se asuma tanto la limitación como la referencialidad transitoria –o el umbral ficticio– del “conjunto de puntos de referencia” que se reconocen como “compartidos”.

La fijación con los cánones en las disciplinas humanísticas tradicionales tendieron a oscurecer un rango completo de importantes problemas, incluyendo el de la emergencia, institucionalización y las a menudo sospechosas funciones de un canon... Pero una de las funciones del canon es difícil de negar. Un canon ofrece a la discusión un *conjunto de puntos de referencia compartidos*, aún cuando se insista en que esos puntos de referencia no se deben sólo críticamente sino también que se los debe seleccionar en parte dada su capacidad de estimular el pensamiento crítico que puede ser aplicado en cualquier sitio.²⁹

Por último, es determinante tener en cuenta que para responder las cinco preguntas con las cuales comenzamos este capítulo, resulta esencial la autocomprensión más amplia de la disciplina, que la veamos como un fenómeno de largo aliento, y que asumamos los fracasos epistemológico e históricos en ya casi 200 años de disciplina “profesional”. En otras palabras, hay que recuperar el hábito dentro de la historiografía –tanto en su desarrollo académico como en su consumo social– por entender cómo se ejecuta la operación y la agenda de todo conocimiento y escritura del pasado como Historia. Que los historiadores conozcan su propia fragilidad profesional. De esta forma, es muy probable

²⁸ *Ibid.* El énfasis es nuestro.

²⁹ Dominick LaCapra, *op. cit.*, (p. 41 - 44). El énfasis es nuestro.

que seamos capaces de incluir crítica y autocríticamente en nuestro canon, dichos elementos y debates que nos parecen dignos de atención en cuanto constituyentes de nuestra definición filosófica y escritural como historiadores. Así también, es deber partir de la base que la apropiación de esos “puntos de referencia compartidos”, sean incorporados después de un sólido proceso de discusión y diálogo. Más que sólo investigar, se debe saber porqué debemos investigar lo que nos parece pertinente.

Se puede señalar que todo intento de establecer vínculos con el pasado de una disciplina es parte de una comprensión cultural, filosófica y autocrítica más amplia de esa disciplina; requiere que se considere al “canon” de textos relevantes como un conjunto de puntos de referencia compartidos pero apropiados críticamente y esencialmente discutidos. *Pero se puede cuestionar hasta qué punto la historiografía profesional ha mantenido una relación teóricamente informada con su propio pasado, en el cual ciertos textos ofrezcan una base para la discusión y autorreflexión.*³⁰

Ese cuestionamiento y *autoreflexividad* a cerca del canon de textos relevantes para entender el pasado de la disciplina del que habla LaCapra, corresponde en cierto sentido a la misma recomendación que hizo Mario Góngora para superar el exagerado positivismo en la historiografía chilena. De ahí que sea tan sorprendente la solución planteada por este premio nacional (1976) en la primera entrevista que dio como tal. La necesidad de una formación histórica basada en los clásicos de la historiografía y la filosofía de la historia sigue siendo presente y se vuelva a levantar como una urgencia permanente en el oficio del historiador. El tema es que si bien hay cada vez más ejemplos de un cambio de actitud reflexiva, el verdadero ejercicio de modificación debe suceder al interior de la “maquinaria pedagógica”. Y eso está aún lejos de suceder. Es la institución historiadora la que debe permitir el contagio de saberes y por ende la redistribución del control de sus poderes a nivel de representación social y profundidad imaginativa; sea esta una biografía, una memoria, un ensayo, una monografía, una tesis, un documental, un artículo indexado, un video ensayo, etc.

Por otra parte, es clave evidenciar la pugna intergeneracional que complica aún más este nuevo modelo de formación y que es bastante evidente en el medio de la institución historiadora. Problemática que resulta muy notoria entre quienes se formaron como

³⁰ Dominick LaCapra, *op. cit.*, p. 45. El énfasis es nuestro.

historiadores post 1970 y las generaciones anteriores. En este aspecto, lo destacable es que más allá de si la postura es pro o contra la reflexión teórica y filosófica, la apertura del debate ha sido definitiva e imposible de desconocer, aunque sea a través de la indolencia académica fuertemente apegada al tradicionalismo del paradigma racional auto-suficiente.

Pero la mezcla de metodología con teoría y la clara separación entre historiadores recientes y los que escribieron hace más de una generación puede inducir a una reducida autocomprensión y a la relegación de los historiadores pasados a la historia de la historiografía, inhibiendo así una tensa interacción entre el trabajo contemporáneo y un diálogo con el pasado.³¹

En este contexto de batalla historiográfica, y cruzado por los pensamientos de Frank Ankersmit, Martin Jay, Frank Kermode y Dominique LaCapra, es donde ubicamos nuestro nuevo sentir de época post-ilustración y donde nos preguntamos: ¿podemos hablar de una primavera de la historiografía occidental o de un movimiento y a la vez de una nueva ubicación de la conciencia histórica a través de un sinceramiento epistemológico y social? En eso estamos. Y para cerrar, lo que caracteriza nuestro *zeitgeist* historiográfico es la necesidad de identificación y debate sobre los puntos de vista compartidos sobre lo humano, lo histórico y su desarrollo futuro a partir de un precario conocimiento del pasado y del presente. De ahí que no sea correcto plantear que esta búsqueda de un canon historiográfico-filosófico apunte hacia una simple estetización de la historia; por el contrario, lo que se busca es que el gesto de escribir el pasado como historia pueda ser considerado esencialmente por la historicidad o canonicidad en términos de estimulación de la conciencia a partir de la rigurosa creatividad. En corto, por su siempre incómoda perplejidad potencial. Los cánones auto-contestatarios se deben entender como “siempre abiertos” y esperando la renovación; su fin inminente, es su esperanza de vida y avance. De ahí que un canon teórico, filosófico o historiográfico implica una acción de orden revisionista, esencialmente revolucionaria y modernizadora. Ya vimos que pensar los textos *con* los cuales queremos pensar, y aquellos *en* los que queremos detenernos implica un avance que asume la transferencia como condición esencial para intentar salir de los puntos ciegos. Ejercicio de reflexión que se puede expresar en transformaciones prácticas y

³¹ Dominick LaCapra, *op. cit.*, p. 46. El énfasis es nuestro. Ver de este mismo autor: también *History and Reading*. Toqueville, Foucault, French Studies, Toronto, University of Toronto Press, 2000; y Luis G de Mussy, *Balance Historiográfico chileno. El orden del discurso y el giro crítico actual*, Santiago, Ediciones Universidad Finis Terrae, 2007.

concretas cómo son las variadas y voluntariosas formas de atención que asignamos a los registros del pasado. El escape del aislamiento en el que cayó la institución historiadora después del conocido aforismo “la historia en migajas” existe sólo en la mente de los historiadores.

2. Comentario bibliográfico

La teoría no sólo formula lo que conocemos sino también nos dice que necesitamos conocer, o sea, las preguntas necesitadas de respuesta.

Talcott Parsons

2.1 BIBLIOMETRÍA BÁSICA

La idea central de este capítulo, es intentar proponer un ejercicio de bibliometría básica y elemental. Puntualmente, queremos trazar una clasificación inicial de los autores, que pueden explicar parcialmente un comentario bibliográfico sobre historiografía, teoría y filosofía de la historia en Chile durante el SXX. Algunas advertencias: no hay que confundir una medición determinada, y cualquiera que sean su naturaleza y resultados, con el objeto mismo que se quiere medir; tampoco hay que confundir el identificar algunas posibles posiciones historiográficas, con estar adscribiendo con una postura particular; ni menos hay que equiparar el trabajo de una cartografía con el establecer territorios de competencia específicos y excluyentes de forma definitiva. Es así como otra forma de pensar la historia de los clásicos de la historiografía chilena, es verla como una constante en construcción, como una permanente angustia por las deudas que delimitan la formación de una

experiencia de trabajo, que en algunos casos, puede llegar a manifestarse como individualmente autónoma. Es decir, como una gran voz, un libro esencial, un clásico, una obra maestra, un imperdible, entre otras formas sublimes de creatividad, intelectualidad o reflexión.

Aquí, la propuesta tiene que ver con el hecho, entre otros, de que si somos realmente un “país de historiadores” como dice el relamido aforismo, resulta muy paradójal que sean extremadamente pocos los casos –no creo que hayan existido, incluyendo a los vivos, más de 5 historiadores– dedicados aunque sea parcialmente al estudio de la teoría y filosofía de la historia como objeto de trabajo. Es decir, y en paralelo con el supuesto inicial de Mario Góngora, uno podría proponer a modo de hipótesis al voleo, que en Chile no se ha pensado mayormente cómo se fundamenta y legitima el oficio del historiador y la veracidad de la escritura (en cualquier formato) que se entrega del pasado. Es más, si pensamos lo escasos que son los historiadores que se han decidido a reflexionar sobre la naturaleza misma de la disciplina que profesan cuando investigan sus propios intereses, el estado de la cuestión es alarmante: durante el SXX hay aproximadamente dos centenares de TITULOS que definen explícitamente sus objetivos de estudio dentro de lo que se entiende como discusión netamente historiográfica, teórico reflexiva o filosófica. Y esto, considerando artículos indexados, libros, notas periodísticas, inéditos, reseñas, discursos, homenajes, manuscritos, etc. Cifra que además se puede descomponer en la impactante proporción de aproximadamente 200 artículos, y poco más de una docena y media de libros dedicados exclusivamente a este tipo de historiografía.

Otros datos duros: gran cantidad de estas fuentes son marcadamente contemporáneas; más de un 50% se publicó durante la segunda mitad del siglo, y dentro de este periodo una notoria parte –casi un 75%– ha visto la luz desde 1973 hasta la fecha, lo que aumenta la dimensión de la carencia inicial, y posterior concentración teórica que estamos ilustrando y la importancia de que este debate recupere cierto espacio de discusión. De hecho, y modo de ejemplo, el muy respetado Fichero Bibliográfico de la Pontificia Universidad Católica de Chile, titulado *Historiografía chilena* y que cubre el periodo de 1956 hasta 1999, consigna 75 títulos dedicados a teoría y filosofía de la historia. Con una proporción de 60 libros y 15 artículos. Como es de esperar la gran mayoría, no califica con lo que hoy entendemos como un libro de historiografía, teoría o filosofía de la historia, lo que hace que la cifra disminuya considerablemente. Por su parte, Sergio

Villalobos R. y Julio retamal A., en su libro *Bibliografía Histórica Chilena. Revistas Chilenas, 1843 - 1978*, Santiago, DIBAM; 1993, consigna entre las cuatro secciones del capítulo "Historiografía", 336 obras de interés divididas en: a) Temas Generales (30 entradas), b) Crítica histórica e historiográfica (111 entradas), c) Historiadores y cronistas (167 entradas) y d) Archivos e instituciones que cultivan la historia (26 entradas). Ahora bien, si uno repasa las proyecciones interpretativas de estas fuentes, sobre todo en la sección sobre "Crítica histórica e historiográfica", las obras seleccionadas están indirectamente vinculados al tipo de trabajo que hemos estudiado: "Retratos hablado de...", "Dos cronistas: ...", "Homenaje a...", "Barros Arana...", "XXXX, una autobiografía", etc. En otras palabras: es cosa de comparar -en términos generales y amplios- los estados de la cuestión sobre teoría y escritura de la historia de todo el siglo veinte hasta 1973, versus lo que se viene publicando desde esa fecha hasta esta parte, para darse cuenta de la fluidez y perfeccionamiento técnico que ha demostrado el estudio de la misma naturaleza de la historia y de la práctica historiografía.³²

Desde los encuentros y boletines de historiadores durante los 80'y 90', pasando por los centros de estudios alternativos al régimen, incorporando los avances en metodologías y paradigmas de la historia social, de las mentalidades, de la antropología cultural, de la deconstrucción, los estudios culturales, asumiendo los desafíos de los diversos manifiestos de historiadores y, valga la pena repetir, no olvidando la incidencia y magnitud de la contundente auto-reflexividad y lingüística que ha venido desarrollando la teoría crítica-literaria, es que nos parece más que pertinente evaluar si es que la capacidad de la disciplina histórica y la práctica historiográfica chilena se han fortalecido, o no. Lo importante, aunque otros lo olviden, es mantener el *gesto*. Y en este caso, el gesto de que es necesario, más bien obligatorio historizar siempre cómo se está historiando. Entonces, la pregunta que queda por responder es si el giro crítico de la historiografía chilena se debe a la catástrofe post golpe, o, como esperamos proponer, a la suma de ésta con un impulso estructural en el campo a nivel mundial en torno a la auto reflexión disciplinar y a un cambio de época en términos amplios. Probablemente se deba a los tres factores en conjunto.

³² Tesis ampliamente discutida por Bryan Fay, Phillip Pomper y Richard Vann, *History and Theory. Contemporary Readings*, USA, Wesleyan University Press, 1999.

2.2 SEGMENTOS, PORCENTAJES Y VOLUNTADES

Para seguir acercándonos a esa eventual lista de clásicos de los que nos hablaba Mario Góngora, esta vez dentro de la historiografía nacional, proponemos tres casos de estudio: i) el conjunto de Premios Nacionales de Historia; ii) un conjunto aleatorio de historiadores ampliamente reconocidos del SXX, de todas las tendencias y orientaciones metodológicas como políticas y socio culturales; iii) se organizó un tercer y gran conjunto con los dos grupos anteriores.

Caso 1

El primer segmento, la obra de 17 premios nacionales de historia; se consideraron los artículos y libros sobre historiografía, teoría de la historia y filosofía de la historia publicados por Eugenio Pereira S., Mario Góngora D., Juan Luis Espejo, Néstor Meza, Ricardo Krebs W., Gabriel Guarda, Rolando Mellafe, Fernando Campos, Álvaro Jara, Sergio Villalobos R., Mario Orellana, Walter Hanish, Armando de Ramón, Mateo Martinic B., Lautaro Núñez, Jorge Hidalgo L., y Gabriel Salazar V.³³

Este primer caso de levantamiento de la información y análisis estadístico referente a la producción bibliográfica de los Premios Nacionales de Historia, pretende mostrar cuáles son los autores –dentro de este selecto grupo– que concentran la producción bibliográfica de temas referentes a filosofía y teoría de la historia. Se trata de procedimientos de medición básicamente descriptivos, es decir, formas de dar cuenta de concentración y dispersión de la producción intelectual, ya que para efectos del tema a tratar de nada serviría llevar a cabo procedimientos de carácter correlacional, ya que no es posible inferir el carácter de las relaciones dentro del campo de producción intelectual desde una disposición métrica. Eso pertenece a una etapa de lectura, es decir, a una fase “cualitativa” e imposible de abarcar en un doctorado.

De ahí que no se pretenda con este primer informe dar algún juicio acabado sobre cómo se distribuye la producción bibliográfica dentro de la totalidad de los premios nacionales de historia, sino sólo dar cuenta de ciertas posiciones objetivas para caracterizar la muestra y las categorías construidas para llevar a cabo los procedimientos de medición.

³³ Desde la fecha de este ejercicio –año 2007– se han sumado dos historiadores a esta distinción: Eduardo Cavieres (2008) y Bernardino Bravo (2010). Ambos no fueron considerados en la medición.

Los criterios de medición utilizados para la presente propuesta se hayan enmarcados dentro de niveles de medida básicamente descriptivos (frecuencias y porcentajes). En este sentido se consideraron como variables dentro del esquema las siguientes entradas:

FICHA

- Autor.
- Tipo de Publicación (Libros - Artículos)
- Año de publicación: en esta primera fase sólo se desagregó el tiempo en años, y no se procedió a la elaboración de una periodización.
- Relación de la publicación con el tema (donde "A" es una relación directa, y "B" Indirecta).³⁴

- Publicación periódica, desagregadas a su vez en:

- 1 - *Revista Chilena de Historia y Geografía* (RCHHYG).
- 2 - *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* (BACH)
- 3 - *Clío*
- 4 - *Historia*
- 5 - *Mapocho*
- 6 - *Krítica*
- 7 - *Nueva Historia*
- 8 - *Cuadernos de Historia* (CDH).
- 9 - *Proposiciones*
- 10 - *Dimensión Histórica de Chile.*
- 11 - *Revista de Historia*
- 12 - *Alamedas*
- 13 - *Estudios*
- 14 - *Atenea.*
- 15 - *Historia Universal*

³⁴ Muy importante resulta considerar nuevamente lo señalado en la introducción sobre cómo se definieron los criterios de A: Interés Directo y B: Interés Indirecto. Ver pp.22 -25.

16 - *Anales de la Universidad de Chile*

17 - Compilaciones (capítulos en libros, etc.)

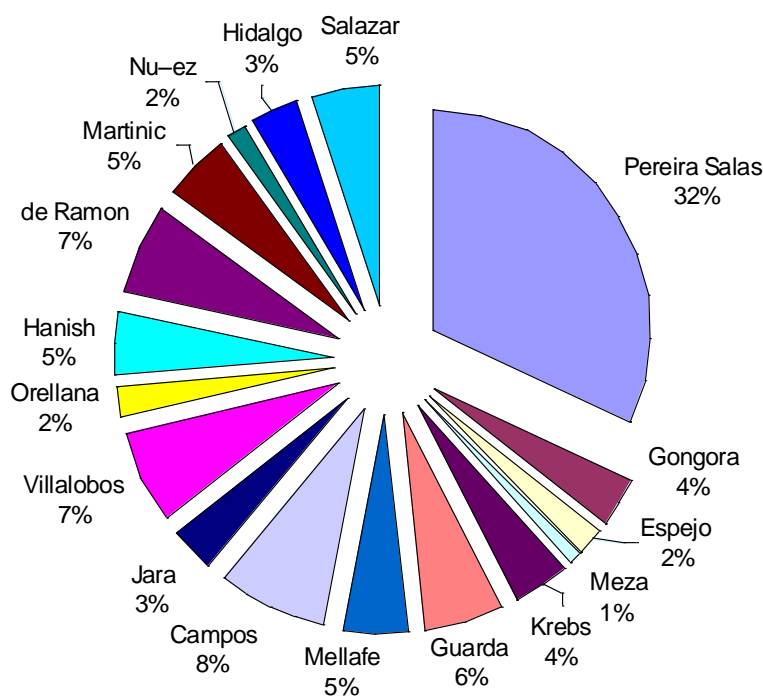
Mediciones relativas a Bibliografía General.

2.2.1 - Caracterización del Universo: total de la producción bibliográfica desagregada según tipo de publicación (libros o artículos en publicaciones periódicas) por cada uno de los premios nacionales de historia.

Tabla N° 1 - Universo Premios Nacionales de Historia según tipo de publicación.

	Artículos	Libros	Total
Eugenio Pereira Salas	681	13	694
Mario Góngora	71	8	79
Juan Luis Espejo	28	16	44
Néstor Meza	11	6	17
Ricardo Krebs	51	10	87
Gabriel Guarda	103	27	130
Rolando Mellafe	79	20	99
Fernando Campos	153	24	177
Alvaro Jara	52	23	75
Sergio Villalobos	126	26	152
Mario Orellana	30	16	46
Walter Hanish	82	22	104
Armando de Ramón	121	24	145
Mateo Martinic	90	15	104
Lautaro Núñez	26	8	34
Jorge Hidalgo	67	9	76
Gabriel Salazar	82	26	110
Total	1881	292	2173

Gráfico N° 1 - Distribución porcentual del total de la producción bibliográfica.



El universo muestra una clara tendencia a la concentración en la producción de Eugenio Pereira Salas (un 32%), mientras que los demás porcentajes se hallan dispersos entre los demás autores, sin que alguno concentre más el 10% por sí solo.

2.2.2 - Caracterización del segmento: total de artículos y libros seleccionados según su relación con temas afines a filosofía o teoría de la historia. A su vez esta muestra se haya desagregada según el grado de interés de la obra es decir, si es una obra de interés directo o indirecto en relación a temas de historiografía, filosofía y teoría de la Historia. El criterio de clasificación para el universo bibliográfico consta de cuatro categorías, que se corresponden con el grado de cercanía de la obra respecto de temas de filosofía y teoría de la historia.

A: Interés Directo

B: Interés Indirecto

Tabla N° 2 – Muestra Premios Nacionales de Historia según tipo de publicación.³⁵

	Artículos Interés Directo	Artículos Interés Indirecto	Libros Interés Directo	Libros Interés Indirecto	Agregado Artículos	Agregado Libros	Total
Eugenio Pereira Salas	7	7	0	0	14	0	14
Mario Góngora	3	3	1	1	6	2	8
Juan Luis Espejo	0	0	0	0	0	0	0
Néstor Meza	0	1	0	0	1	0	1
Ricardo Krebs	13	4	0	0	17	0	17
Gabriel Guarda	0	0	0	0	0	0	0
Rolando Mellafe	12	2	0	0	14	0	14
Fernando Campos	1	3	0	0	4	0	4
Álvaro Jara	0	0	2	0	0	2	2
Sergio Villalobos	1	4	3	0	5	3	8
Mario Orellana	3	2	1	3	5	4	9
Walter Hanish	5	4	0	2	9	2	11
Armando de Ramón	3	1	2	0	4	2	6
Mateo Martinic	0	0	0	0	0	0	0
Lautaro Núñez	0	0	0	0	0	0	0
Jorge Hidalgo	0	0	0	0	0	0	0
Gabriel Salazar	4	29	5	10	33	15	48
Total	52	60	14	16	112	30	142

2.2.3 – Peso relativo y absoluto de las publicaciones afines a filosofía y teoría de la historia.

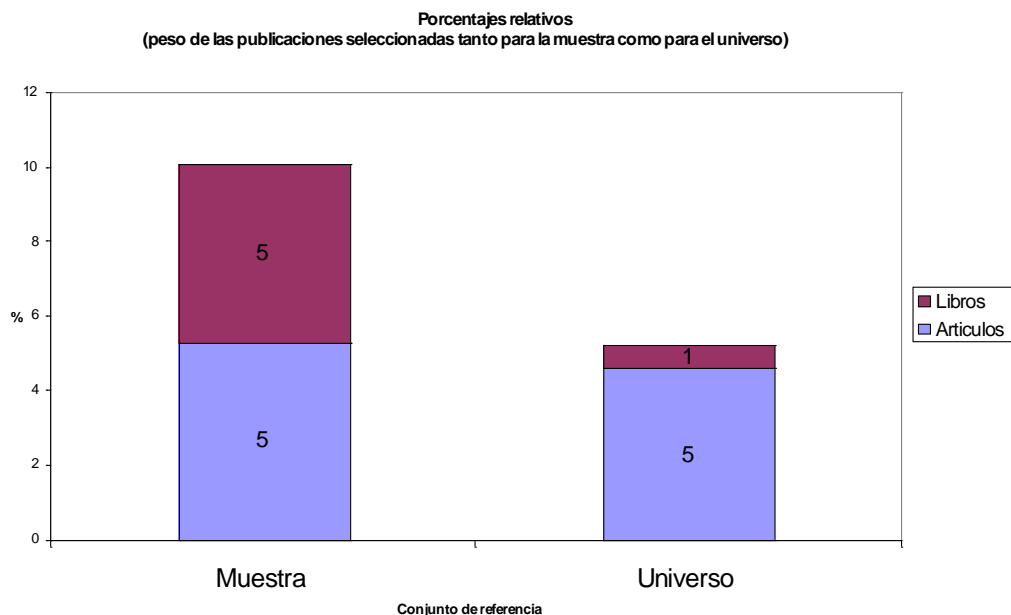
Tabla N° 3 – Porcentaje que ocupan las publicaciones afines a temas de filosofía y teoría de la historia tanto dentro del universo como del segmento.

	Segmento	Universo
Artículos	5%	5%
Libros	5%	1%

Procedemos a graficar esta tabla con el fin de hacer más legibles los datos:

³⁵ Cfr. Anexos N° 1 Ensayo bibliográfico y N°2 Cronología bibliográfica sobre historiografía, teoría y filosofía de la historia en Chile SXX. En ambos complementos, se puede apreciar el trabajo reflexivo (o la carencia de éste) por parte de los Premios Nacionales tanto a nivel individual, colectivo como su distribución a lo largo del siglo XX chileno. En la página web www.historicachilena.cl estas selecciones aparecen como lecturas sugeridas en cada una bio-bibliografías.

Gráfico N° 2 - Porcentaje que ocupan las publicaciones –desagregadas por tipo de publicación– afines a temas de filosofía y teoría de la historia tanto dentro del universo como del segmento.



La primera barra representa el porcentaje que ocupa el segmento de libros y artículos de manera desagregada en relación al universo de libros y artículos (también de manera desagregada), es decir, del total de libros que existen dentro del universo (libros totales sumados de cada autor), los que se refieren a temas relativos a teoría y filosofía de la historia sólo representan un 5%, mientras que del total de los artículos de todos los premios nacionales de historia, también sólo un 5% está dedicado a este tipo de temas.

La segunda barra nos muestra la misma relación, pero en referencia al universo total agregado (cantidad de libros y artículos totales de todos los premios nacionales de historia). La coincidencia porcentual de los artículos se explica en la medida en que el peso total del número de libros dentro del universo no llega a ser lo suficientemente significativo como para producir un desajuste porcentual entre el agregado total y las categorías desagregadas, o lo que es lo mismo, son tantos artículos en relación a los libros que el porcentaje de la selección no varía, debido a que la categoría “artículos” no genera una variación porcentual lo suficientemente “densa”. En este sentido, esto se puede explicar en el siguiente gráfico que nos muestra la distribución porcentual del tipo de producción bibliográfica para el total de la muestra.

Gráfico N° 3 – Peso absoluto del tipo de publicaciones dentro del segmento.

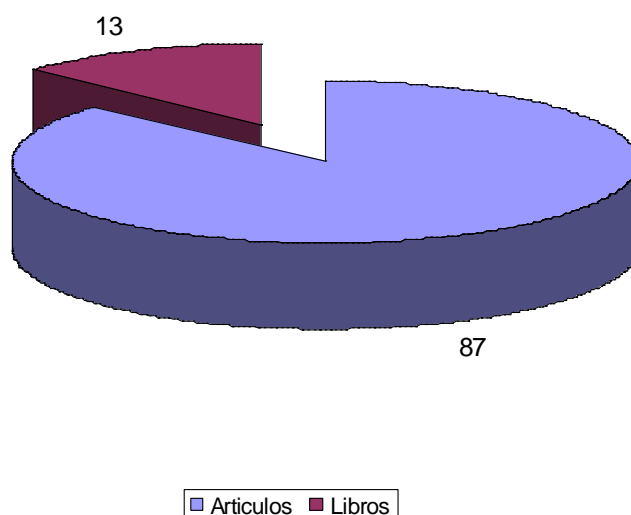


Tabla N° 4 – Porcentajes absolutos y relativos de las publicaciones seleccionadas. El porcentaje relativo da cuenta del peso de las publicaciones del autor en relación a la muestra (total de artículos de interés) la segunda para el total del volumen de producción de cada historiador.

	Absoluto	Relativo
Eugenio Pereira Salas	2,0%	9,9%
Mario Góngora	10,1%	5,6%
Juan Luis Espejo	0,0%	0,0%
Néstor Meza	5,9%	0,7%
Ricardo Krebs	19,5%	12,0%
Gabriel Guarda	0,0%	0,0%
Rolando Mellafe	14,1%	9,9%
Fernando Campos	2,3%	2,8%
Álvaro Jara	2,7%	1,4%
Sergio Villalobos	5,3%	5,6%
Mario Orellana	19,6%	6,3%
Walter Hanish	10,6%	7,7%
Armando de Ramón	4,1%	4,2%
Mateo Martinic	0,0%	0,0%
Lautaro Núñez	0,0%	0,0%
Jorge Hidalgo	0,0%	0,0%
Gabriel Salazar	43,6%	33,8%

La idea es observar cuál es el peso que tienen este tipo de publicaciones según cada autor tanto a un nivel absoluto (el porcentaje de estas obras dentro de la bibliografía general de cada autor) como relativas (el peso que ocupan dentro de la muestra).

Lo que nos muestra este gráfico es que dentro del total de la muestra, es Gabriel Salazar el que concentra claramente el mayor porcentaje de las obras consideradas de interés (43,6%). Ricardo Krebs (19,5%) Eugenio Pereira Salas (9,9%), Rolando Mellafe Rojas (9,9%) y Walter Hanish Espíndola (7,7%) se reparten gran parte del porcentaje restante de producción bibliográfica referente a temas de filosofía y teoría de la historia. No es extraño observar que Autores como Juan Luis Espejo, Lautaro Núñez, Mateo Martinic y Jorge Hidalgo prácticamente no tengan presencia, pues son autores dedicados más al desarrollo de un eje temático particular (inclusive, en el caso de Espejo y Núñez se trata de autores que no pertenecen estrictamente al gremio de los historiadores) que al desarrollo general (“el magisterio”) de la historia.

Lo que es de extrañar es el alto porcentaje que ocupa la obra de Mario Orellana, es decir, si bien no tiene un porcentaje mayor (sólo un 6,6%), si lo comparamos con otros autores que no desarrollan estrictamente el “oficio de historiador” (hemos de considerar que Mario Orellana dedicó su obra preferentemente al desarrollo de la arqueología) nos daremos cuenta de que posee un alto porcentaje de producción bibliográfica dedicada a temas relativos a la filosofía y teoría de la historia, incluso superando a consolidados historiadores de oficio y profesión tales como Sergio Villalobos o Mario Góngora.

Respecto del peso absoluto que este tipo de obras tiene dentro de la trayectoria relativa a la producción historiográfica, claramente podemos observar que el porcentaje que ocupan las obras consideradas de interés es bajo dentro de los Premios Nacionales de Historia (sólo un 7% del total de la bibliografía corresponde a obras dedicadas directa o indirectamente a temas de filosofía y teoría de la Historia). Los datos dan cuenta clara de la hegemonía que tiene Gabriel Salazar dentro de este campo, en la medida en que cumple con cierta consistencia porcentual ya que además de tener un porcentaje de participación porcentual alto a nivel relativo (33,8%), muestra que casi la mitad de su obra es considerada de interés respecto de temas de filosofía y teoría de la Historia.

Rolando Mellafe, Ricardo Krebs y Mario Orellana son los que le siguen, en la medida en que poseen porcentajes relativamente altos de producción dentro de este tipo de temáticas, siendo en –cierta medida– Ricardo Krebs también posee dicha consistencia porcentual, en la medida en que mantiene un lugar relativamente consolidado tanto en las mediciones en base a criterios relativos como absolutos (un cuarto de su obra está dedicada a temas de filosofía y teoría de la historia). Tanto Rolando Mellafe como Mario Orellana vieron inflados sus porcentajes, lo que quiere decir que si bien este tipo de obras representan una parte importante al interior de sus respectivas trayectorias intelectuales (criterio absoluto), no es suficiente en comparación con los otros historiadores (criterio relativo). El caso sorprendente es el de Eugenio Pereira Salas, quien teniendo un porcentaje de participación porcentual importante dentro de la muestra (un 9,9%), no da cuenta de que su trayectoria intelectual se halle marcada por dichas temáticas en la medida en que sólo representa un 2% del total de su bibliografía. Pero además, hay que considerar –y tener siempre en cuenta– que este posicionamiento de la selección bibliográfica por autor sólo desea mostrar ciertas tendencias, es decir, concentración y dispersión de la producción bibliográfica. En este sentido, es de consideración también el enorme diferencial de la masa bibliográfica entre autores (por ejemplo entre Eugenio Pereira y Mario Orellana hay una diferencia de más de quinientas publicaciones a favor del primero)

Por otra parte, la siguiente tabla nos mostrará la distribución porcentual de las obras consideradas como de interés directo a temas relativos a la filosofía y la teoría de la historia.

Tabla N° 5 - Distribución porcentual de las obras de interés directo a temas relacionados con teoría y filosofía de la historia dentro de la muestra.

	N(A)	N(B)	% A - Abs	%B - Abs	% A - Rel	% B - Rel
Eugenio Pereira Salas	7	7	1,0%	1,0%	4,9%	4,9%
Mario Góngora	4	4	5,1%	5,1%	2,8%	2,8%
Juan Luis Espejo	0	0	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%
Néstor Meza	0	1	0,0%	5,9%	0,0%	0,7%
Ricardo Krebs	13	4	14,9%	4,6%	9,2%	2,8%
Gabriel Guarda	0	0	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%
Rolando Mellafe	12	2	12,1%	2,0%	8,5%	1,4%
Fernando Campos	1	3	0,6%	1,7%	0,7%	2,1%
Álvaro Jara	2	0	2,7%	0,0%	1,4%	0,0%
Sergio Villalobos	4	4	2,6%	2,6%	2,8%	2,8%

Mario Orellana	4	5	8,7%	10,9%	2,8%	3,5%
Walter Hanish	5	6	4,8%	5,8%	3,5%	4,2%
Armando de Ramón	5	1	3,4%	0,7%	3,5%	0,7%
Mateo Martinic	0	0	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%
Lautaro Núñez	0	0	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%
Jorge Hidalgo	0	0	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%
Gabriel Salazar	9	39	8,2%	35,5%	6,3%	27,5%

Donde:

-N(A), (B) = Número de publicaciones para interés directo e indirecto

-%Absoluto = Porcentaje de las obras de interés directo o indirecto (A o B) respecto del total de la bibliografía del mismo autor

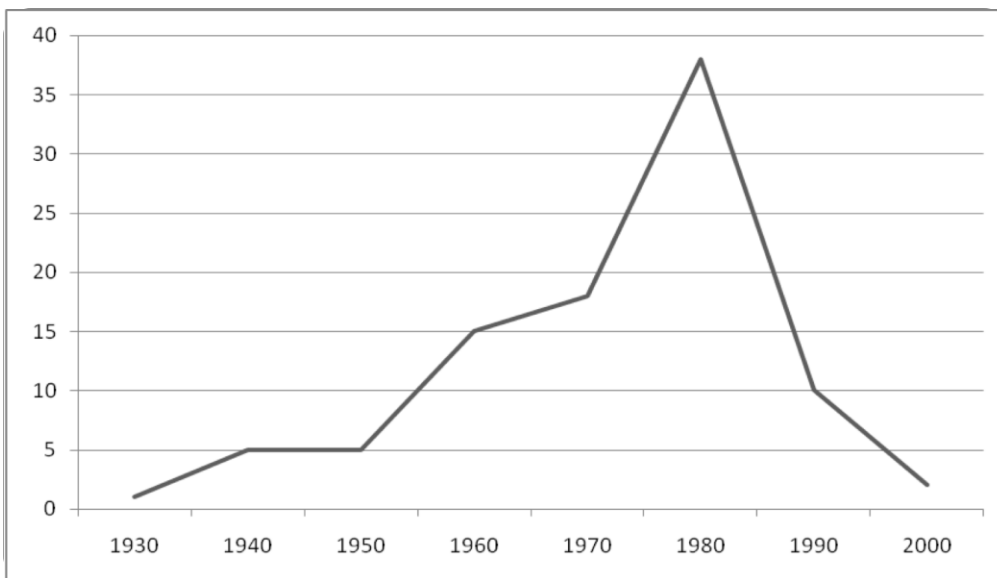
-%Relativo = Porcentaje de las obras de interés directo o indirecto respecto del total de obras consideradas de interés en general.

Lo interesante de esta tabla es que nos permitió depurar la distribución porcentual de las obras dedicadas exclusivamente a temas relacionados a filosofía y teoría de la historia. Es más, dicha depuración nos permite observar claramente que autores que mostraban porcentajes menores en la medición agregada (ver gráfico N° 3) ahora aparecen con un peso mayor (son los casos de Mario Góngora y Armando de Ramón –en especial este quien duplicó sus porcentajes– en relación a autores como Orellana). Además autores como Sergio Villalobos y Walter Hanish dan cuenta de una baja porcentual en lo que refiere directamente a los temas relativos a la filosofía y la teoría de la historia, mientras que autores como Krebs y Mellafe aparecen con porcentajes levemente más pesados.

Del mismo modo, Gabriel Salazar muestra una baja considerable, lo cual nos indica que sus selecciones se componen esencialmente de obras de interés indirecto, mientras que Armando de Ramón y Rolando Mellafe duplicaron sus porcentajes. En suma, podemos dar cuenta de que son Ricardo Krebs Wilkens, Rolando Mellafe y Gabriel Salazar los autores más significativos en términos de la distribución porcentual de la producción bibliográfica dedicada a temas relativos a filosofía y teoría de la historia, en la medida en que todos estos autores –independientemente de si hayan bajado o subido sus porcentajes después de la desagregación– mantienen posiciones hegemónicas dentro de este campo de selecciones de obras consideradas de interés, ya sea directo o indirecto.

2.2.3- Serie temporal. Distribución de las publicaciones dentro de una línea de tiempo segmentada por decenios. La importancia de esta primera división es que permitirá hacer más eficiente cualquier intento posterior de periodificación, pues es sólo cosa de sumar los valores correspondientes a cada año según los criterios que se utilicen para formar lapsos temporales.

Serie temporal por década



La información contenida en el gráfico nos muestra una clara tendencia al abultamiento en la producción sobre estos temas entre la década de los setenta y los ochenta, con una también clara tendencia a la baja desde la década de los noventa. Es de considerar que la renovación de los premios nacionales es muy reducida lo que dificulta aún más la continuidad de este tipo de pensamiento al interior del grupo.³⁶

Esta información requiere de ser enriquecida si asumimos como indicador la tasa de crecimiento entre decenios, es decir, cuál es el porcentaje que representa el volumen de publicaciones para un decenio t2 respecto del decenio t1, usando como período base el decenio t1. La fórmula mediante la cual se calcula esta tasa de crecimiento entre decenios es la que se presenta a continuación.

³⁶ Ver Anexo N° 2. Durante los últimos años que cubre esta medición, Gabriel Salazar es casi el único Premio Nacional que sigue produciendo temas de interés.

$$Yd = \frac{t_2 - t_1}{t_1}$$

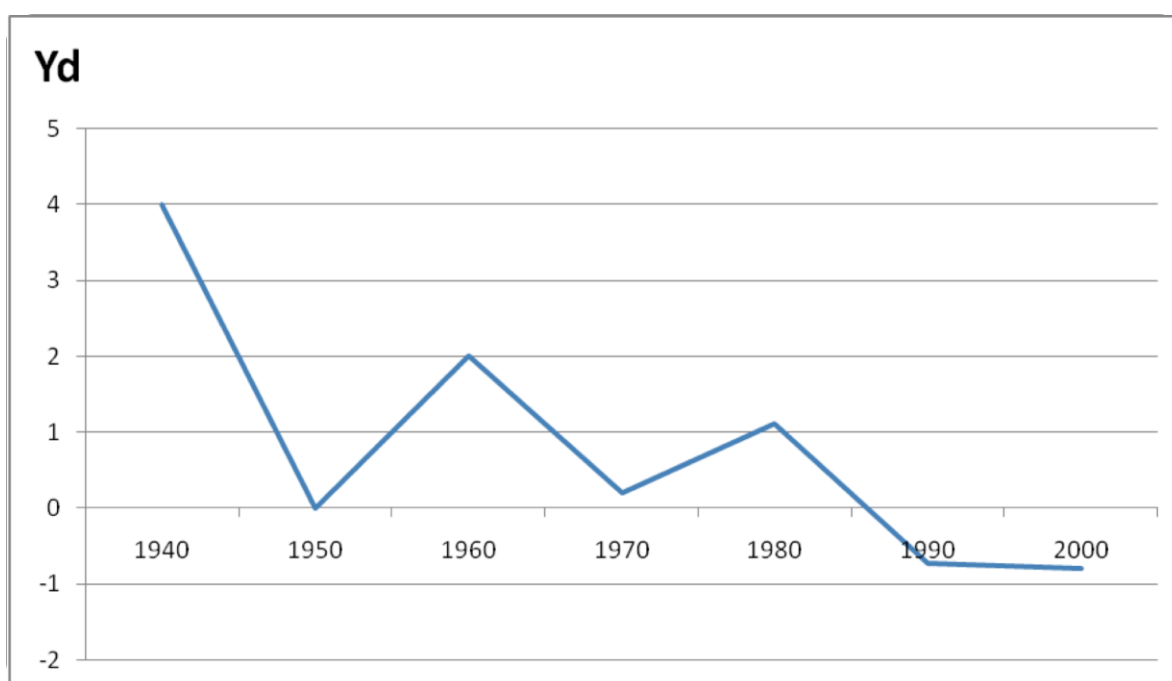
Donde:

-Yd=tasa de crecimiento de publicaciones entre decenios

-t1=Número de publicaciones del decenio base

-t2=Número de publicaciones del decenio siguiente

Con esto, el siguiente gráfico nos muestra de manera más profunda lo que implican estas primeras tendencias en el tiempo.

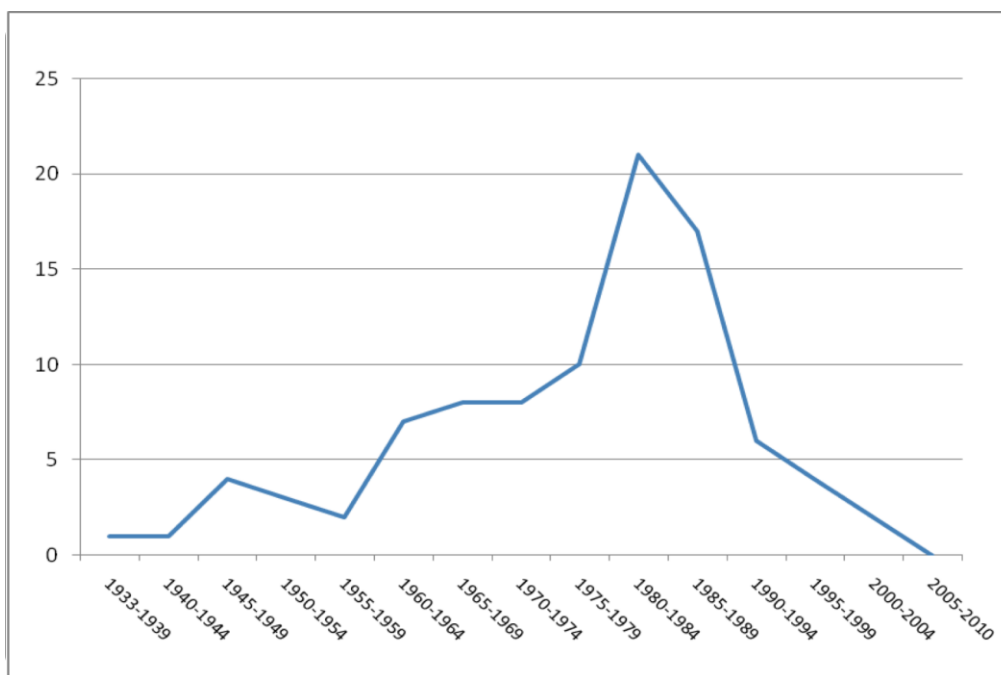


Las tendencias son claras en la medida en que muestran una progresiva reducción porcentual entre un decenio y otro. Es posible observar también el hecho de que existe una surte de estacionalidad en las tasas de crecimiento, ya que prácticamente década por medio existe un alza (1960 y 1980), de la misma manera en que una baja (1950, 1960 y 1990). Esta última tendencia tiende a permanecer en la década del 2000, pero no hay que concluir nada aún respecto de esto, ya que la base de datos contempla un mayor número de historiadores que desarrollan su trayectoria intelectual en períodos pasados, es decir, no hay aún suficiente información relativa a quienes están produciendo respecto al tiempo presente.

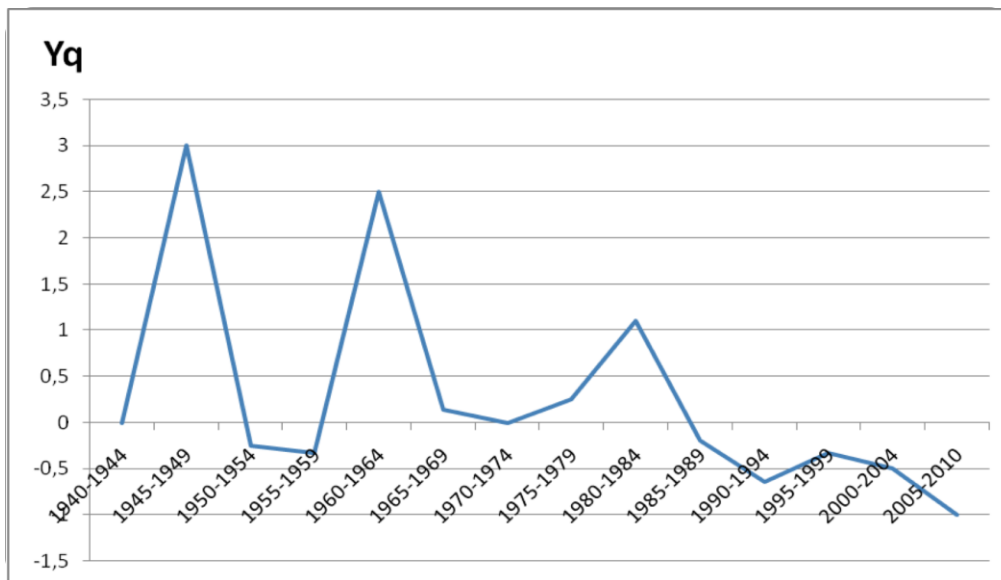
Por otra parte, es necesario abrir los períodos de referencia a quinquenios, ya que sólo de esta manera sería posible establecer unidades de medida temporal más acotadas para establecer criterios futuros que no respondan únicamente a la formalidad cronológica, sino que se establezcan en torno a los ritmos reales de producción.

El siguiente gráfico ilustra la nueva serie temporal desagregada por quinquenios.

Serie temporal por quinquenio



La información confirma lo expuesto respecto de los decenios, con la salvedad de que el aumento experimentado desde la década de los setenta, se ubica específicamente en su segundo quinquenio, es decir, desde 1975. Del mismo modo, se confirma la tendencia a la baja en la producción sobre estos temas desde 1980. Baja que como se demostrará en el próximo capítulo será totalmente opuesta a lo que sucederá en la disciplina es términos más generales y amplios. Valga recordar los planteamientos de Pinto y de los otros autores discutidos. Salazar la gran diferencia. Para cerrar esta sección, procedemos a exponer la evolución de la tasa de crecimiento entre quinquenios



Resalta de la serie el hecho de que las tendencias a la baja en la tasa de crecimiento se tornan sostenidas desde fines de la década del ochenta a pesar del trabajo de Gabriel Salazar; a primera vista, podríamos sostener que la década del noventa representa –a grosso modo– la incorporación de las preguntas sobre las condiciones del modo de observar típicamente historiográfico dentro del espacio oficial que implica el ser considerado como un Premio Nacional de Historia. Es sumamente necesario construir un criterio de periodificación, para efectos de calcular una distribución temporal del promedio de publicaciones según cada cohorte. De todos modos, si consideramos que es un lapso de 80 años, y son 156 publicaciones en total nos queda un promedio de 2,16 (aproximados a sólo dos publicaciones en promedio) publicaciones dedicadas a estos temas por año, lo cual tiene el sesgo de no dar cuenta del comportamiento interno de esta distribución de la producción bibliográfica.

Caso 2

Como segundo nivel de trabajo, se consideró la obra de otros 11 autores claves dentro de la escritura de la historia chilena (no todos ellos son historiadores profesionales). 1) Diego Barros Arana, 2) Alberto Edwards, 3) Francisco Antonio Encina, 4) Guillermo Feliz Cruz, 5) Jaime Eyzaguirre, 6) Julio César Jobet, 7) Hernán Ramírez Necochea, 8) Raúl Silva Castro, 9) Gonzalo Vial C., 10) Cristián Gazmuri y 11) Alfredo Jocelyn-Holt. Cuando hablamos de primer o segundo segmentos, no estamos haciendo un comentario evaluativo, sino más bien de ubicación dentro del modelo de estudio.

2.2.2.1- Caracterización del universo: total de la producción bibliográfica desagregada según el tipo de publicación, es decir, si es libro o artículo perteneciente a una publicación periódica, folleto y/o monografía.

Tabla N° 1 - Caracterización del segmento.

	Artículos	Libros	Total
Alberto Edwards	256	20	276
Jaime Eyzaguirre	326	22	348
Raúl Silva Castro	53	29	82
Hernán Ramírez Necochea	7	9	16
Julio César Jobet	162	12	174
Gonzalo Vial	92	20	112
Guillermo Feliú Cruz	480	58	538
Diego Barros Arana	256	46	302
Cristián Gazmuri	71	16	87
Alfredo Jocelyn-Holt	567	9	576
Francisco Antonio Encina	47	28	75
Total	2317	269	2586

Se observa una clara tendencia a la concentración del total de la producción en la figura de Guillermo Feliú Cruz (con un 25% del total), mientras que le siguen Jaime Eyzaguirre con 8 puntos porcentuales menos (17%), y luego don Diego Barros Arana con un 15%. Destaca el hecho de que dentro de los demás historiadores sea Julio César Jobet quien concentre un porcentaje –si bien no alto con respecto al total– considerable en relación a los demás (un 9%). Además, y al igual que en el caso de los Premios Nacionales, la producción bibliográfica tiende a concentrarse en las publicaciones del tipo artículo, folleto y/o monografía, siendo los porcentajes bastante similares, ya que para el primer caso se da una distribución de un 88% contra un 12% (artículos y libros respectivamente), y en este caso es de un 91% contra un 9%.

2.2.2.2. - Caracterización del segmento: total de la producción bibliográfica de la muestra referida a temas afines a teoría o filosofía de la historia, desagregada según el tipo de publicación (libros o artículos en publicaciones periódicas, folletos y/o monografías).

Tabla N° 3 - Distribución porcentual de las obras consideradas de interés.³⁷

	Artículos Interés Directo	Artículos Interés Indirecto	Libros Interés Directo	Libros Interés Indirecto	Agregado Artículos	Agregado Libros	Total
Diego Barros Arana	2	28	0	8	30	8	38
Alberto Edwards	0	4	0	1	4	1	5
Jaime Eyzaguirre	3	17	0	1	20	1	21
Raúl Silva Castro	1	9	0	5	10	5	15
Hernán Ramírez Necochea	0	0	0	0	0	0	0
Julio César Jobet	8	16	0	4	24	4	28
Gonzalo Vial	1	7	0	1	8	1	9
Guillermo Feliú Cruz	14	34	0	5	48	5	53
Francisco Antonio Encina	1	9	0	1	10	1	11
Cristián Gazmuri	4	6	2	3	10	5	15
Alfredo Jocelyn-Holt	9	9	1	2	18	3	21
Total	43	139	3	31	182	34	216

Un dato importante que se puede desprender de esta tabla es el hecho de que el volumen total de publicaciones consideradas de interés es mayor que en el caso de los Premios Nacionales, cosa que sorprende si consideramos que el número de autores es de casi la mitad (son 10 autores de segundo orden contra 17 Premios Nacionales). Del total de obras consideradas de interés (tanto directo como indirecto), las que son sólo de interés directo (tipo A) ocupan sólo un 21,3% de la muestra, mientras que las consideradas de interés indirecto (tipo B) un 78,7%.

³⁷ Para ver las selecciones contabilizadas cfr. Anexos N°3 y N°4

Por otro lado, procedemos a exponer la tala que da cuenta de la distribución porcentual de las obras consideradas por su tipo de interés a nivel absoluto y relativo para cada autor.

Tabla N° 4 - Desagregación porcentual de las obras consideradas de interés según el autor.

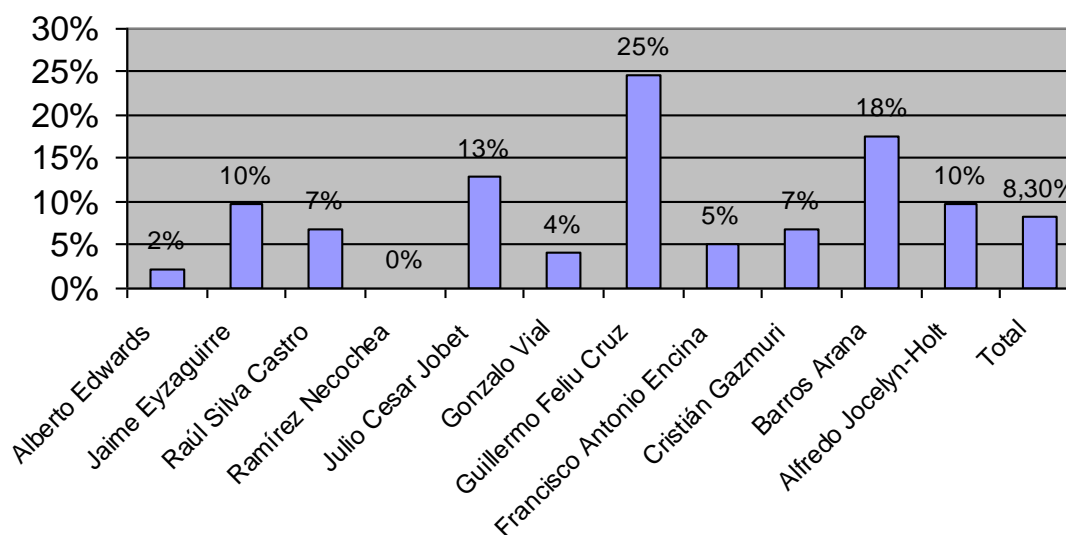
	N(A)	N(B)	% A - Abs	%B - Abs	% A - Rel	% B - Rel
Diego Barros Arana	2	36	0,7%	11,9%	0,8%	14,2%
Alberto Edwards	0	5	0,0%	1,8%	0,0%	2,0%
Jaime Eyzaguirre	3	18	0,9%	5,2%	1,2%	7,1%
Raúl Silva Castro	1	14	1,2%	17,1%	0,4%	5,5%
Hernán Ramírez Necochea	0	0	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%
Julio César Jobet	8	20	4,6%	11,5%	3,1%	7,9%
Gonzalo Vial	1	8	0,9%	7,1%	0,4%	3,1%
Guillermo Feliú Cruz	14	39	2,6%	7,2%	5,5%	15,4%
Francisco Antonio Encina	1	10	1,3%	13,3%	0,4%	3,9%
Cristián Gazmuri	6	9	6,9%	10,3%	2,4%	3,5%
Alfredo Jocelyn-Holt	10	11	1,7%	1,9%	3,9%	4,3%

La tabla nos muestra la composición porcentual de las obras consideradas de interés según el autor, donde podemos observar una clara concentración hacia la obra de Guillermo Feliú Cruz quien concentra un gran porcentaje de las obras consideradas de interés (con un 5,5% para el directo y un 15,4 para el indirecto%), mientras que Julio César Jobet, Diego Barros Arana y Alfredo Jocelyn-Holt muestran una distribución porcentual a nivel relativo -tanto para el interés directo como indirecto- destacables. Acá podemos sostener que existe cierta consistencia porcentual entre el peso que tiene cada autor a nivel de la producción bibliográfica en general, y la que corresponde a las obras seleccionadas según el interés (directo o indirecto) con temas de filosofía y teoría de la historia, en la medida en que los lugares que ocupa cada autor en ambas mediciones son prácticamente los mismos (siendo Guillermo Feliú Cruz quien ocupa el primer lugar, seguido de Julio César Jobet, Diego Barros Arana).

Lo que de hecho sorprende, es el nivel alcanzado por Alberto Edwards, quien de tener un 14% dentro de la producción general, alcanza sólo un 2% en lo que respecta a las

selecciones consideradas de interés, asimismo como Raúl Silva Castro, quien de tener sólo un 4% del total de la producción, obtiene un 5,5% en lo que respecta a obras consideradas de interés. Aunque debemos precaver al lector que en el caso de todos estos, son sólo porcentajes inflados debido a sus producciones consideradas de interés indirecto. Es decir, son Guillermo Feliú Cruz, y en cierta medida Julio César Jobet y Gazmuri, quienes poseen una clara consistencia porcentual entre el lugar que ocupan a nivel de la producción bibliográfica general, el nivel que ocupan dentro de las obras consideradas de interés y asimismo, dentro de las obras consideradas de interés directo.

Gráfico N° 5 - Peso absoluto del volumen de producción bibliográfica según autor.



Este gráfico nos permite observar cuál es el porcentaje que ocupan las obras consideradas de interés (sea directo o indirecto) dentro del total de la bibliografía de cada uno de los autores (se incluye el porcentaje respecto del total). Las cifras presentan ciertas novedades, las cuales es preciso aclarar. Muchos de los autores vieron ostensiblemente inflados los porcentajes de participación de las obras consideradas de interés al interior de su producción bibliográfica en general. Resultan emblemáticos los casos de Gonzalo Vial Correa (superando a Guillermo Feliú Cruz) y Francisco Antonio Encina (superando a Guillermo Feliú Cruz también) en desmedro de los porcentajes obtenidos por autores como Julio César Jobet y Jaime Eyzaguirre.

Lo que es innegable es el alto porcentaje de participación que tienen las obras consideradas de interés dentro del total de la bibliografía de Cristián Gazmuri y Alfredo Jocelyn-Holt. Casi la mitad de sus publicaciones guardan algún tipo de interés con temas de teoría y filosofía de la historia (de hecho, son casi los únicos que tiene libros considerados de interés directo con este tipo de temas). Se puede explicar la inconsistencia porcentual en este autor –Gazmuri– en la medida en que el volumen de sus publicaciones es menor en relación a otros autores (tales como Guillermo Feliú o Eugenio Pereira por ejemplo), lo que no resta méritos porcentuales si lo consideramos en comparación con Francisco Antonio Encina, el cual tiene solamente una obra considerada de interés directo (un artículo), mientras que Gazmuri tiene un total de 6 obras consideradas de interés directo (de hecho, es uno de los que posee un mayor volumen de obras de interés directo). El caso de Alfredo Jocelyn-Holt tiene cierta particularidad, ya que se trata de una ficha bibliográfica muy comparable con la de Gabriel Salazar ya que también manifiesta una definición permanente a niveles de teoría y filosofía de la historia. Como veremos en los capítulos siguientes, estos dos historiadores son las puntas tanto de estas mediciones experimentales, como de contexto historiográfico chileno actual.

La duda que cabe plantearse radica en si la diferencia porcentual entre estos autores representaría –estadísticamente hablando– una brecha significativa en cuanto a los porcentajes de participación porcentual de las obras consideradas de interés al interior de la producción total de cada autor. La pertinencia de esta duda la podemos plantear usando como casos tipo a Guillermo Feliú Cruz y Cristián Gazmuri, teniendo en cuenta los siguientes puntos (a modo de ejemplo):

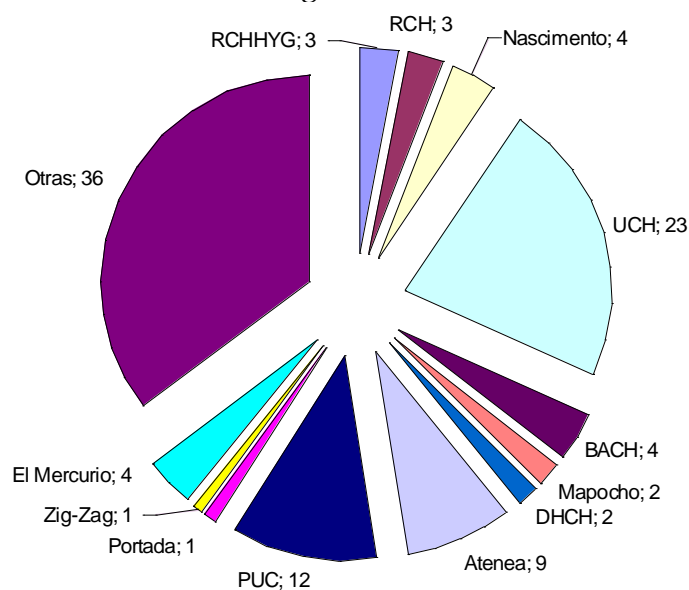
- La bibliografía total de Feliú supera a la de Gazmuri en más de seis veces (525 contra 87 respectivamente)
- Y siendo además el hecho de que la bibliografía seleccionada de Gazmuri si bien no se compone casi en su totalidad de obras de interés indirecto, la cantidad de este tipo de obras publicadas por Feliú Cruz triplica a las publicadas por Gazmuri (son 18 contra 6 respectivamente)

Por ende, podemos sostener que el procedimiento de medición del porcentaje de participación de las obras consideradas de interés dentro de la producción bibliográfica de cada autor, se haya limitado fundamentalmente por el hecho de trabajar con unidades estadísticamente demasiado robustas. Esto quiere decir que al no poder hilar más fino dentro del segmento de las obras consideradas de interés, sólo obtenemos porcentajes que dan cuenta de esta “participación” de una forma poco exhaustiva (a diferencia del caso de los Premios Nacionales, donde sí se pudo llevar este procedimiento con mayor pertinencia analítica). Esto se debe a que el segmento posee pocas obras consideradas de interés directo que permite depurar el procedimiento y ajustarlo para con los anteriores, de manera tal que podemos llegar a una síntesis más consistente acerca de qué autores tienen un posicionamiento más contundente dentro de esta muestra.

2.2.2.3- Institucionalidad.

El proceso de descripción del posicionamiento de estos autores se ve complementado de manera sustancial, cuando incluimos dentro del análisis del volumen de su producción bibliográfica a las instituciones donde publicaron, pues el agregado mostrará qué instituciones “monopolizan” la producción historiográfica referida a temas de filosofía y teoría de la historia para este segmento particular. Dentro de este ámbito, se procedió a agregar a cada institución según su órgano de dependencia, es decir, según al espacio al que corresponden en última instancia.

Gráfico N° 6 – Distribución porcentual de la producción bibliográfica considerada de interés según la institución.



El gráfico expuesto nos permite observar varios puntos importantes. En primer lugar, existe una clara concentración de la publicación de este tipo de temas dentro de espacios dirigidos por Universidades, pues si observamos bien, la suma de los porcentajes de las instituciones que pertenecen a alguna universidad obtendremos junto la mitad del volumen producción total. De hecho, es exactamente un 46% que se compone del 23% de la Universidad de Chile, el 12% de la Universidad Católica, el 9% de la *Revista Atenea* -perteneciente a la Universidad de Concepción- y el 2% de la revista *Dimensión Histórica de Chile*- perteneciente en un primer momento a la Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago, actual Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.

En este sentido, podemos sostener que la producción bibliográfica se haya totalmente concentrada dentro de este segmento en lo que respecta a las instituciones que se hacen cargo de dicha producción, en especial en lo que respecta a instituciones dependientes de Universidades. Podemos avizorar también, el hecho de que este circuito institucional puede actuar como campo protector de las generaciones anteriores a la fundación del Premio Nacional de Historia, lo cual contrasta de manera radical cuando observamos que los Premios Nacionales de Historia publicaron preferentemente en medios tales como la *Revista de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía*, el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia y Mapocho* que destacan por ser medios dependientes directamente del Estado³⁸, tanto mediante la Dirección de Archivos, Bibliotecas y Museos (DIBAM), como por el Instituto de Chile (y cuyo tentáculo que es la Academia Chilena de la Historia).

Es preciso dar cuenta de que si bien la Universidad de Chile poseía una mayor dependencia con respecto al Estado hasta antes de 1981 (fecha en que se promulga la reforma del sistema universitario durante la Dictadura Militar), lo cual podría hacernos pensar que el párrafo anterior se haya entrampado en una distinción más formal que material (al pensar a las Universidades y organismos dependientes del Estado de manera separada), es importante destacar también el hecho de que las Universidades chilenas (incluyendo a las Universidades de Chile y de Concepción) siempre han tenido mayor autonomía corporativa en comparación con este otro tipo de instituciones pertenecientes al Instituto de Chile.

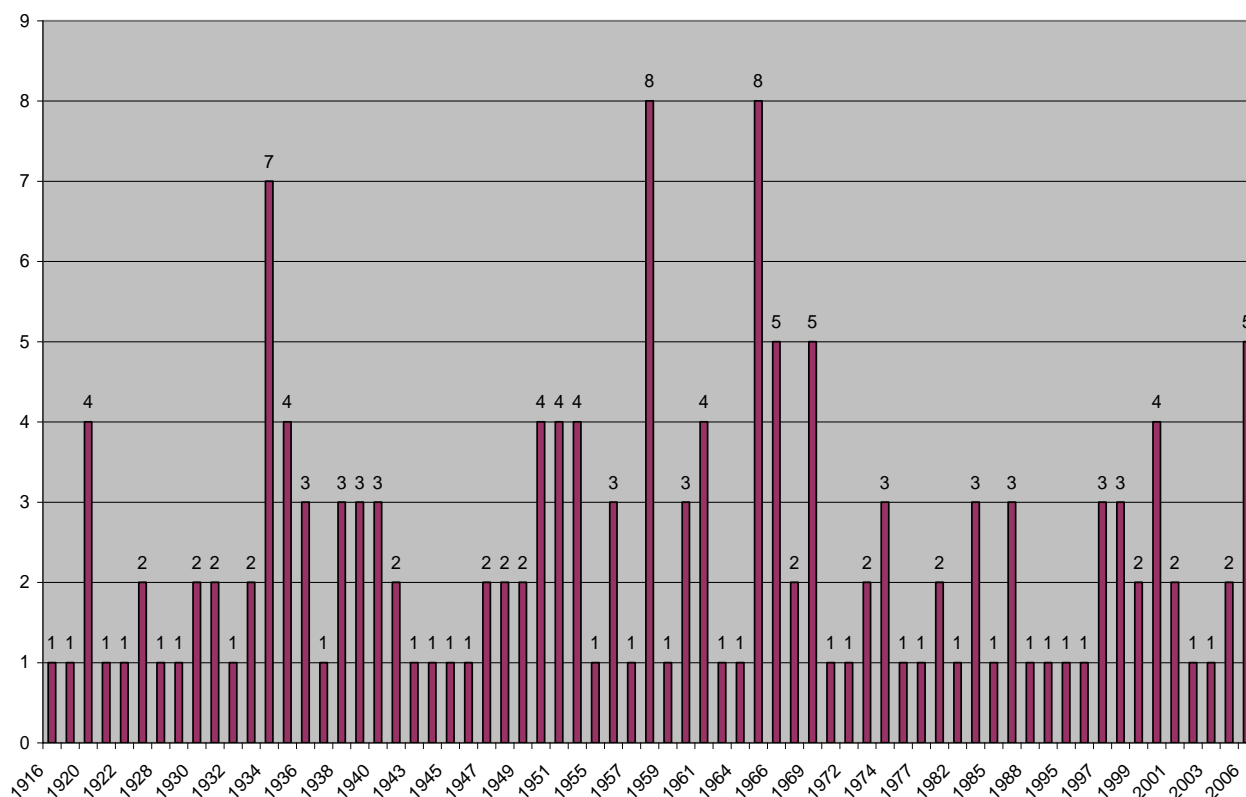
³⁸ Sólo la Sociedad Chilena de Historia y Geografía posee una vida institucional más independiente en relación a un organismo universitario o estatal, es decir, posee mayor grado de autonomía corporativa.

2.2.2.4- Serie Temporal³⁹

El siguiente gráfico es la exposición de la distribución del volumen de producción bibliográfica de la muestra a través del tiempo, considerando como punto de inicio de la serie el año 1911 (fecha de la publicación del primer número de la *Revista de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía*), y que tomará hasta el año 2006 sólo para efectos formales, en la medida en que sólo uno de estos autores ha podido publicar después de la década del setenta, y en atención a que esta es sólo la primera fase de selección de autores considerados de segundo orden, y que en cierta medida es la más antigua. Además, la obra de Barros Arana no fue incluida en esta serie, ya que pertenece en su totalidad al siglo XIX, y para el estudio de dicho lapso, claramente no sacamos nada con considerar la obra de un individuo aislado, es decir, sin atender a una mínima consideración comparativa para con su generación.

³⁹ Hubo dos artículos de Jaime Eyzaguirre (pertenecientes a la Revista *Estudios*) que fueron imposibles de fechar debido a errores en las fuentes.

Gráfico N° 7 – Serie Temporal Segmento Historiadores Chilenos.



De los datos que nos arroja este gráfico, podemos observar que existen tres suertes de períodos en los cuales se concentra el volumen de producción bibliográfica relacionada con temas de filosofía y teoría de la historia. Por un lado el que se haya comprendido entre 1930 y 1944 caracterizado por una alta producción, otro de superproducción discontinua (alta producción poco sostenida dentro del lapso) que se sitúa entre 1947 hasta 1953, y digamos que la década de los sesenta representa un período bastante discontinuo, pero donde podemos observar los momentos más altos de la serie.

Desde 1974 hasta la fecha nos encontramos con un período marcado fuertemente por la caída en la producción, lo cual es totalmente normal si pensamos que gran parte de los autores considerados para esta muestra ya se habían fallecido (Francisco Antonio Encina en 1965, Jaime Eyzaguirre en el año 1968, Guillermo Feliú Cruz en el año 1974, Julio César Jobet en 1980). De hecho, de todos estos autores, los únicos vivos son Cristián Gazmuri y Alfredo Jocelyn-Holt. De todos modos, si quisiéramos comparar este resultado con el relativo a los Premios Nacionales, estos concentran sus publicaciones en los períodos en los cuales los autores de segundo segmento no presentan mayor volumen de producción

(entre 1968 y 1979 y luego en los años noventa, pero este período no lo consideraremos en esta comparación por el argumento esgrimido más arriba)⁴⁰. De todos modos, desde el año 1998 se nota un claro repunte en la producción de este tipo de obras, y eso que sólo podemos considerar las obras de Cristián Gazmuri y Alfredo Jocelyn-Holt, pues son los únicos autores que han producido un volumen considerable dentro de dicho lapso. El promedio de obras publicadas por año es de 2,17, cifra prácticamente idéntica a la de los Premios Nacionales (2,16).

Es preciso hacer un alcance al respecto en la medida en que son menos los autores considerados en este segmento, lo que en cierta forma va mucho más en desmedro de los Premios Nacionales (de hecho, los autores de segundo segmento en esta fase son casi la mitad que los Premios Nacionales), es decir, podríamos decir que este segmento posee mayor densidad bibliográfica que el de los Premios Nacionales.

2.3 El gesto, la medición y el ladrillo

El fundamento de un pensamiento es el pensamiento de otro, el pensamiento es el ladrillo cimentado en la pared. Es un simulacro de pensamiento sí, en el retorno que hace sobre sí mismo, el ser que piensa ve un ladrillo libre y no el precio que le cuesta esa apariencia de libertad: no ve los terrenos baldíos y los amontonamientos de detritus a los que una vanidad celosa le abandona con su ladrillo.

George Bataille

En relación a la idea de extraer una selección de obras que represente la muestra ya discutida -un posible canon de clásicos en historiografía, teoría y filosofía de la historia en Chile durante el SXX- la respuesta es que sí es posible. Ahora bien, ¿cómo hacerlo? La respuesta: reconociendo autores que al menos titularon sus obras dentro de las tres esferas trabajadas. En adelante, y como complemento analítico-crítico de la muestra estudiada, la referencia a Harold Bloom y su noción de *voces fuertes* tendrá un doble propósito. Primero,

⁴⁰ Acá se necesita refinar estas afirmaciones con los datos relativos a las generaciones de historiadores, en especial si consideramos que autores como Guillermo Feliú Cruz y Jaime Eyzaguirre ya estaban en una posición relativamente consolidada cuando muchos de los premios nacionales (en especial los que llegan hasta principios de los años 80) aún eran estudiantes o recién desarrollaban su trayectoria intelectual.

advertir que el ejercicio que aquí se demanda es el de una "confrontación" con la obras de los historiadores seleccionados. Nuestra intensión es simple y puede resumirse en la siguiente proposición: el principio que debe organizar la historiografía teórica chilena es la lucha continua entre historiadores por darse una voz propia. Voz que debe ser escritural, teórica y filosóficamente autónoma. Se podría decir que la historia de la historiográfica chilena del periodo puede caracterizarse como una lucha continua entre *voces fuertes*. Estas voces modelan métodos de trabajo, estilos de escritura, formas narrativas, sintaxis de enunciación. Representan, en otras palabras, "maneras de hacer mundos" y de evidenciar cómo la práctica -cultural- de los historiadores no es para nada inocente. De ahí que todo historiador deba construir su obra dialogando con sus precursores, con el objeto de despejar un espacio imaginativo para sí mismo.⁴¹

La segunda referencia tiene por propósito indicar un peligro: la tentación de la hagiografía. La selección no tiene por objetivo presentar una semblanza de la vida y obra de los historiadores analizados. En este sentido, la referencia a Bloom es estratégica. Más allá de que se comparta o no la perspectiva de análisis, siempre se podría observar en esta "provocación" un llamado a discutir la obra de los historiadores a partir de intereses propios. Si se quiere, se trata de invitar a un "diálogo historiográfico", a una "conversación abierta" que permita esclarecer los propios puntos de vista a partir de un esclarecimiento de los puntos del otro.

Ahora bien, si partimos de la base que un canon es un "conjunto de textos a los que se les atribuye inspiración o autoridad", podemos seguir y añadir que quizás uno de los atributos de trabajar con el criterio base canon, es considerarlo como una suerte de síntesis, o condensación de distintos tipos de corpus y hacerlos accesibles, cuestionables, medibles y de abierto uso público. No estamos pensando en un retorno de la heurística de los siglos XVII y XVIII, sino una versión mucho menos ingenua de lo que fue la fe ciega del historicismo en el poder de las fuentes y el dictum de tener que historizar siempre. El canon no tiene utilidad como inventario cerrado y selecto, debe evitar convertirse en un *monumentum*, más bien hay que pensarlo como plataforma para el riesgo interpretativo y de ahí precisamente su gran potencialidad como núcleo de una potencial revisión disciplinar. Sólo en el cruce permanente de cánones se puede aspirar a su trazo y potencialidad reflexiva.

⁴¹ Cfr. Epígrafe de este subcapítulo. George Bataille, *Teoría de la Religión*, España, Taurus, 1973.

Caso 3

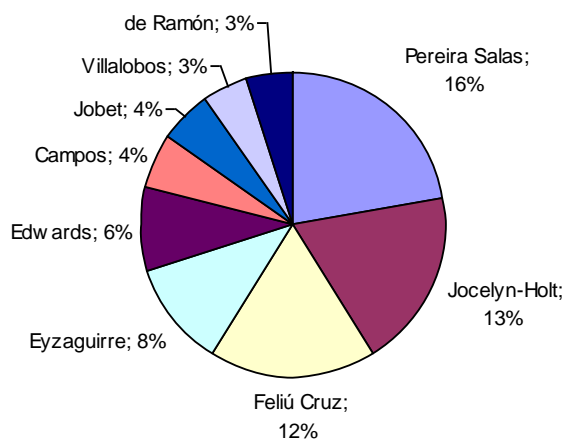
Por último, veremos qué pasa si juntamos los dos segmentos anteriormente presentados: los Premios Nacionales de Historia y la lista aleatoria de historiadores.

2.3.1- Composición general del segmento

Tabla Nº 1 - Distribución del volumen de producción según autor y tipo de publicación.

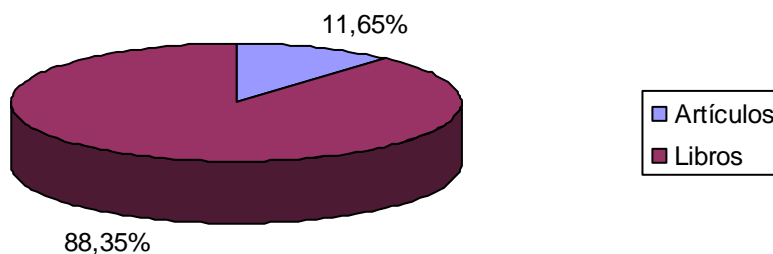
	Artículos	Libros	Total
Eugenio Pereira Salas	681	13	694
Mario Góngora	71	8	79
Juan Luis Espejo	28	16	44
Néstor Meza	11	6	17
Ricardo Krebs	51	10	61
Gabriel Guarda	103	27	130
Rolando Mellafe	79	20	99
Fernando Campos	153	24	177
Álvaro Jara	52	23	75
Sergio Villalobos	126	26	152
Mario Orellana	30	16	46
Walter Hanish	82	22	104
Armando de Ramón	121	24	145
Mateo Martinic	90	15	105
Lautaro Núñez	26	8	34
Jorge Hidalgo	67	9	76
Gabriel Salazar	82	26	108
Alberto Edwards	256	20	276
Jaime Eyzaguirre	326	22	348
Raúl Silva Castro	53	29	82
Hernán Ramírez Necochea	7	9	16
Julio César Jobet	162	12	174
Gonzalo Vial	92	20	112
Guillermo Feliú Cruz	480	58	538
Cristián Gazmuri	71	16	87
Francisco Antonio Encina	47	28	75
Alfredo Jocelyn-Holt	567	9	576
	3914	516	4430

Gráfico N° 1 - Distribución porcentual del total de publicaciones según autor.



A simple vista, la producción bibliográfica en general se haya relativamente centralizada, pues si bien entre los tres historiadores con mayor volumen de producción no se alcanza a concentrar el 50% del total, de todos modos concentran porcentajes cercanos a la mitad (entre Eugenio Pereira, Guillermo Feliú y Jaime Eyzaguirre se concentra un 41% del total). La mayoría de los demás historiadores no posee porcentajes mayores al 5% (con excepción de Alberto Edwards con un 7%), lo que nos da cuenta de una alta dispersión porcentual dentro de esta muestra. Además, la distribución porcentual según el tipo de publicación muestra variaciones en relación a la que mostraron Premios Nacionales y autores de segundo orden por separado, según nos muestra el siguiente gráfico.

Gráfico N° 2 - Distribución porcentual según tipo de publicación.



2.3.2 Caracterización del segmento.

La siguiente tabla nos muestra la distribución de la cantidad de obras publicadas según el tipo de interés (directo e indirecto) en relación a temas de filosofía y teoría de la historia, y según el autor.

Tabla N° 2 – Distribución de las obras según el tipo de interés y según el autor.

Autor	Interés Directo	Interés Indirecto	Total
1. Eugenio Pereira Salas	7	8	15
2. Mario Góngora	4	3	7
3. Juan Luis Espejo	0	0	0
4. Néstor Meza	0	1	1
5. Ricardo Krebs	13	4	17
6. Gabriel Guarda	0	0	0
7. Rolando Mellafe	12	2	15
8. Fernando Campos	1	3	4
9. Álvaro Jara	2	0	2
10. Sergio Villalobos	4	4	8
11. Mario Orellana	4	5	9
12. Walter Hanish	4	6	11
13. Armando de Ramón	5	1	6
14. Mateo Martinic	0	0	0
15. Lautaro Núñez	0	0	0
16. Jorge Hidalgo	0	0	0
17. Gabriel Salazar	9	39	48
18. Alberto Edwards	0	5	5
19. Jaime Eyzaguirre	3	18	21
20. Raúl Silva Castro	1	14	15
21. Hernán Ramírez Necochea	0	0	0
22. Julio César Jobet	8	20	28
23. Gonzalo Vial	1	8	9
24. Guillermo Feliú Cruz	14	39	53
25. Francisco Antonio Encina	1	10	11
26. Cristián Gazmuri	6	9	15
27. Alfredo Jocelyn-Holt	10	11	21

TOTAL

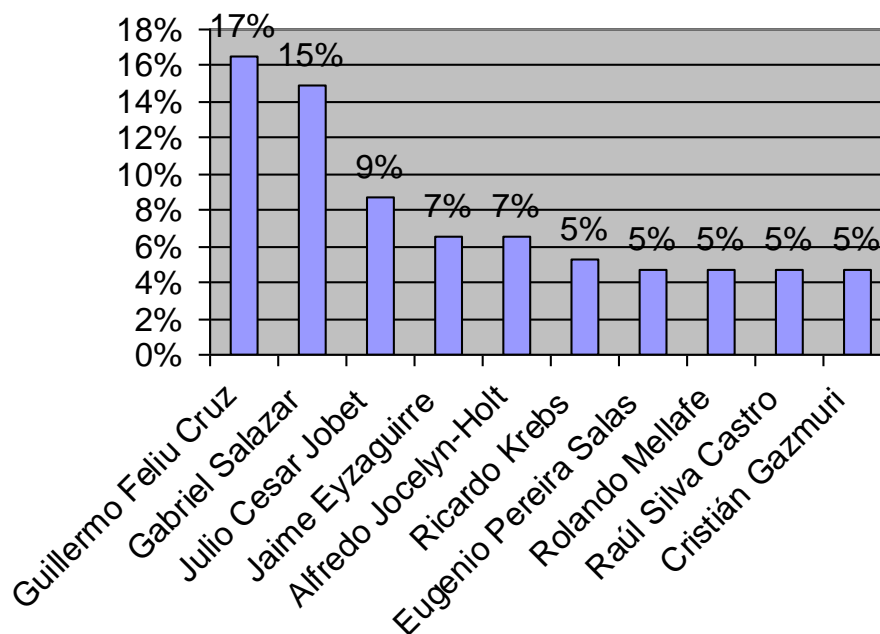
111

210

321

El siguiente gráfico nos mostrará el peso de los principales autores dentro de este segmento de obras consideradas de interés, independientemente de su tipo (directo o indirecto).

Gráfico N° 3 - Porcentajes relativos al segmento según autor.



Lo que se puede desprender desde este gráfico es que ningún autor da cuenta de porcentajes muy altos, aunque la hegemonía porcentual que ejerce Guillermo Feliú Cruz es clara participando de un 17% del total de obras consideradas de interés, seguido muy desde cerca por Gabriel Salazar con un 14%. Los demás autores no alcanzan a superar el 10%, es decir, si a nivel general la muestra mostraba cierta concentración, acá nos encontramos con un fenómeno relativamente parecido, ya que alrededor si bien ningún autor llega a concentrar un porcentaje muy alto de producción, todos los demás autores tienen porcentajes muy bajos.

El problema que presenta esta medición en particular es que se podrían estar sobre representando los porcentajes de ciertos autores que podrían registrar una mayoría de

obras consideradas de interés indirecto, en desmedro de quienes a lo mejor no poseen tantas obras en el total, pero que estas están dedicadas de manera directa al tema.

Dentro de lo anterior se procederán a exponer dos gráficos. El primero nos mostrará el porcentaje que ocupan las obras de interés directo en relación al total de este tipo de obras, y del mismo modo procederá el segundo gráfico con las de interés indirecto.

Gráfico N° 4 - Porcentajes relativos de las obras consideradas de interés directo.

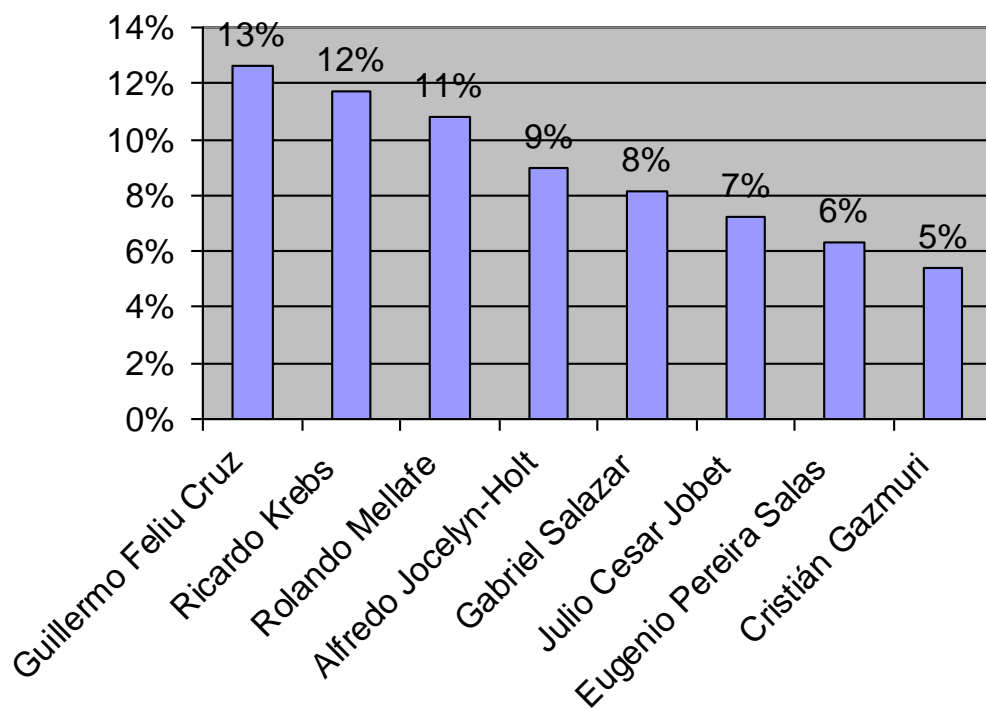
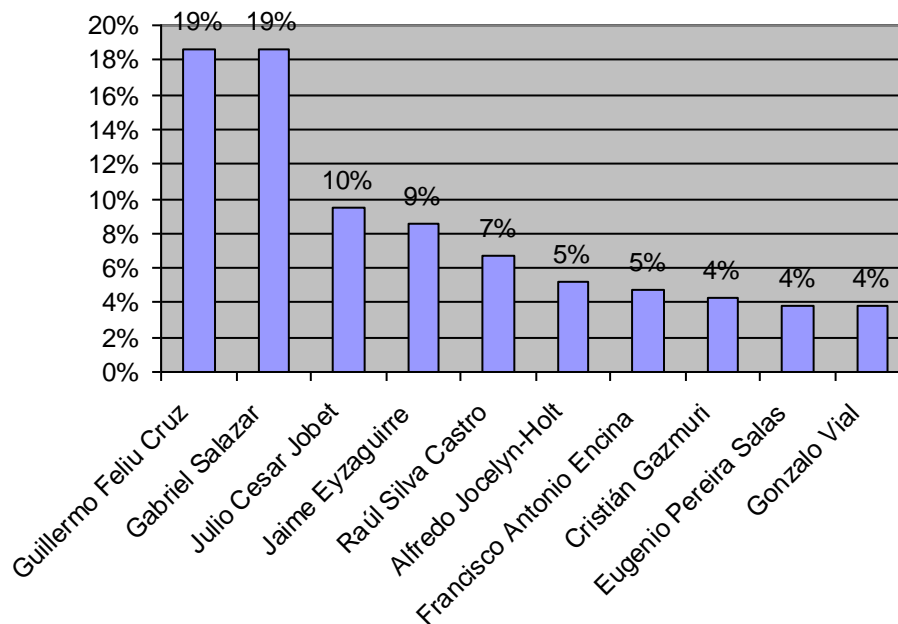
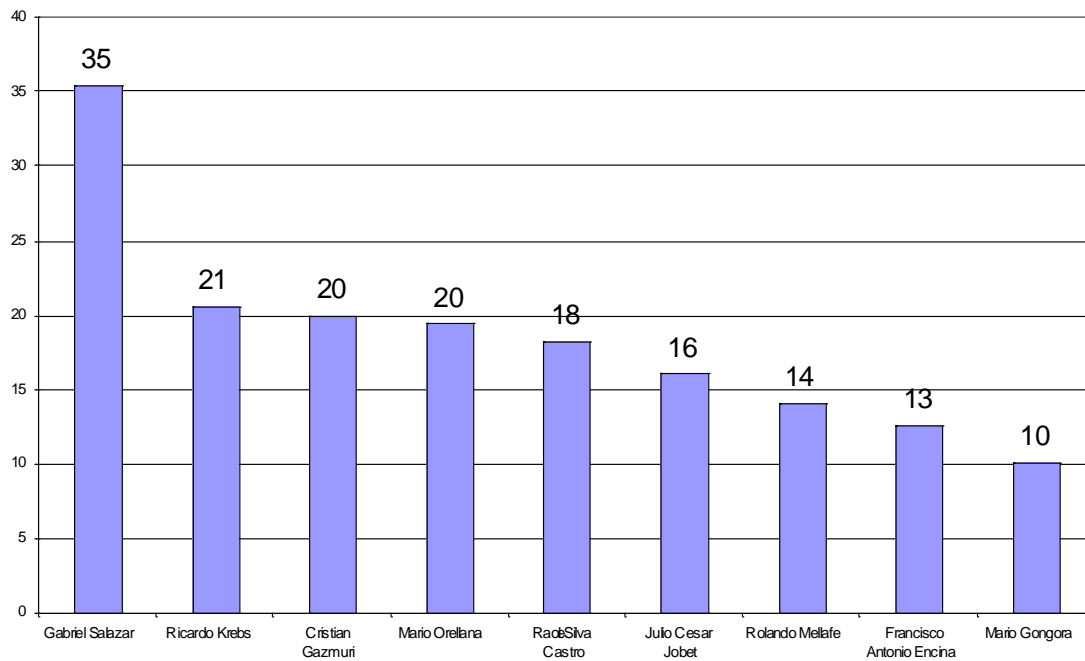


Gráfico N° 5 - Porcentajes relativos de las obras consideradas de interés indirecto.



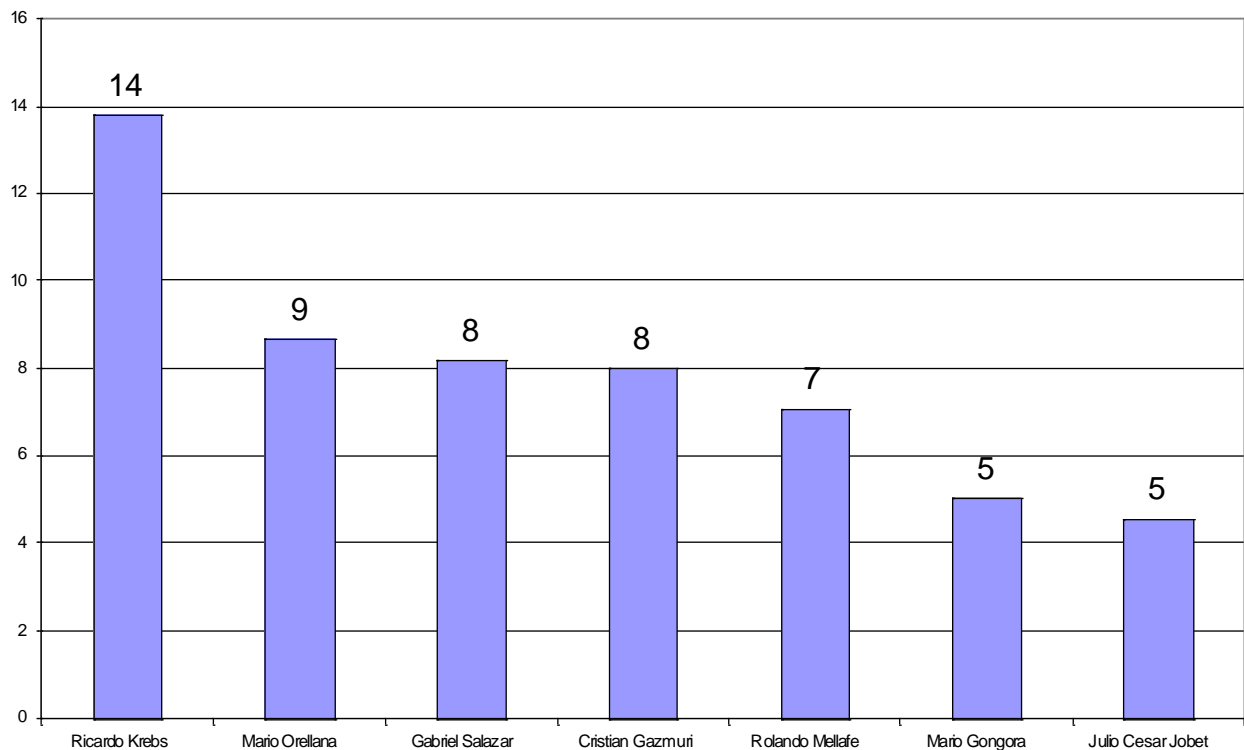
Comparando las cifras es posible sostener que –en cuanto comentario general sobre la historiografía y filosofía de la historia– no existen mayores variaciones entre los autores. Las variaciones claramente identificables son las que experimentan autores como Jaime Eyzaguirre, quien teniendo un 9% a nivel agregado, ni siquiera aparece dentro de los porcentajes significativos en la sobras consideradas de interés directo, pero sí obteniendo un porcentaje importante dentro de las de interés indirecto. Por otra parte, es interesante observar que aparecen autores que no tenían mayor relevancia porcentual en el nivel agregado, tales como Cristián Gazmuri, Rolando Mellafe y Eugenio Pereira Salas, y de cómo la obra de Ricardo Krebs está sustantivamente compuesta por las consideradas de interés directo. De todos modos, estas cifras nos dicen sólo el cómo se reparten los porcentajes de producción intelectual relativas a estos temas en función de cada autor, pero no nos dicen nada acerca cuánto le ha dedicado cada autor a estos temas en el desarrollo de su trayectoria intelectual. Es por eso que estos datos deben ser controlados con el porcentaje que ocupa dentro de la bibliografía de cada autor este tipo de temas. En otras palabras, poder mostrar que si un autor tiene un porcentaje alto de obras consideradas de interés dentro del conjunto de este tipo de obras, a lo mejor dicho porcentaje podría ser igual, menor o mayor si consideramos el “lugar” que ocupan dichas obras dentro de su propio volumen total de producción intelectual.

Gráfico N° 6 - Porcentajes absolutos del total de obras consideradas de interés.



Acá las cosas cambian radicalmente, pues aparecen autores que apenas si podían ser considerados anteriormente, asimismo como desaparecen otros que sí lo habían sido. Resaltan Gabriel Salazar, Ricardo Krebs, Cristián Gazmuri y Mario Orellana. Todos estos autores han dedicado una quinta parte o más del total de sus obras a temas relacionados directa o indirectamente con la teoría y la filosofía de la historia, y aparecen Mario Orellana, Mario Góngora, Raúl Silva Castro y Francisco Antonio Encina. En este momento nos enfrentamos al mismo problema del procedimiento anterior, es decir, puede que estemos considerando a autores con una alta dedicación a temas de filosofía y teoría de la historia que a lo mejor sólo se estructuran mediante referencias indirectas. Para corroborar esto, procederemos a exponer dos gráficos, donde el primero mostrará el porcentaje de participación de las obras consideradas de interés directo dentro de la bibliografía total de cada autor, y de la misma manera con las consideradas de interés indirecto.

Gráfico N° 7 - Porcentaje absoluto de las obras consideradas de interés directo.



Estas cifras son ampliamente reveladoras, pues acá dejan de aparecer autores que sí habían figurado en los resultados anteriores. Es el caso paradigmático de Guillermo Feliú Cruz, quien sólo ha dedicado un 4% de su obra directamente a este tipo de temas, asimismo como Eugenio Pereira Salas quien sólo ha destinado un 1% de sus obras de manera directa a este tipo de temas. Por su parte, Ricardo Krebs un 14% lo cual da cuenta de que se perfila como uno de los autores estadísticamente más relevantes dentro de este tipo de temas y, dentro de lo mismo, es destacable la consistencia porcentual que ha tenido Gabriel Salazar en todas las mediciones, asimismo como la aparición de Mario Góngora y la desaparición de Raúl Silva Castro. En este sentido nos enfrentamos a una gran disyuntiva referente a los criterios mediante los cuales vamos a jerarquizar a los autores en base a la presencia estadística de sus obras relacionadas con temas de filosofía y teoría de la historia. Si pensamos que debemos decidir usando como referencia al conjunto de este tipo de obras (donde de todos, el autor con mayor presencia es Guillermo Feliú), es prácticamente el 60% de las consideradas de interés directo las que se concentran dentro de los premios nacionales, mientras que un 40% dentro de los autores considerados de

segundo orden. Además, dicha proporción se invierte de manera exacta en relación a las obras conspiradas de interés indirecto.

Si consideramos el grado en el que cada autor ha dedicado su obra a este tipo de temas, la mayoría de los autores que han dedicado un porcentaje mayor al 4% son premios nacionales también y, es más, los autores de segundo orden prácticamente muestran porcentajes de dedicación mínimos (con excepción de Julio César Jobet, Cristián Gazmuri y Alfredo Jocelyn-Holt). Ambos criterios tienen su espacio de validez en la medida en que se basan en supuestos distintos. El problema radica entonces en encontrar una forma de estandarizarlos con el fin de integrar dichos criterios. La dificultad en encontrar un referente estadístico que permita comparar dos resultados basados en puntos de partida totalmente distintos radica justamente en que los modos de aproximación que permiten la posterior operacionalización remiten a dos preguntas distintas.

Por un lado, queremos trazar un mapa basándonos en la totalidad de las obras relacionadas con la filosofía y teoría de la historia, es decir, nuestro campo se configura a partir de la trayectoria de este objeto particular al interior de la disciplina. Por otro, se intenta trazar dicho mapa en base al lugar que ocupa este objeto particular (la filosofía y la teoría de la historia) al interior de la trayectoria particular de los agentes que han sido considerados como Proxy para el proceso de medición, es decir, intentamos observar el comportamiento del objeto (o su grado de presencia) al interior de la trayectoria intelectual.

Por ende, pesamos que el criterio que mejor nos permitirá en esta instancia el dar a conocer un mapeo general acerca de la cuestión es sobre el grado en el que dicho tipo de obras ha ejercido una presencia porcentual más o menos significativa dentro de la trayectoria intelectual de estos autores. De todos modos se procederá a la exposición de las tablas que resumen a los autores que figuran de manera más significativa.

Autor	% Absoluto Directo
Ricardo Krebs	14
Mario Orellana	9
Gabriel Salazar	8
Cristián Gazmuri	8

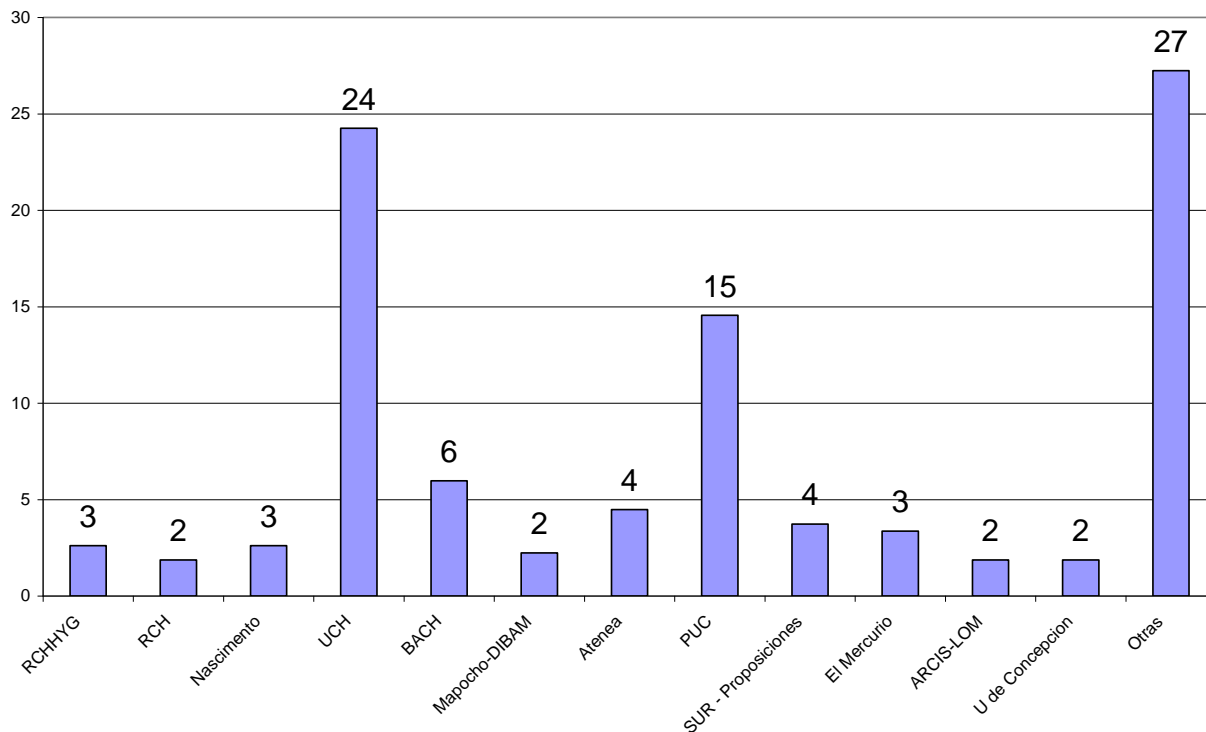
Autor	% Relativo Directo
Guillermo Feliú Cruz	19
Ricardo Krebs	12
Gabriel Salazar	9
Eugenio Pereira Salas	9
Julio César Jobet	8
Rolando Mellafe	7
Cristián Gazmuri	6

Rolando Mellafe	7
Mario Góngora	5
Julio César Jobet	5

3.3.3 - Institucionalidad:

Como ya fue explicado en el Marco Metodológico, acá se procedió a estandarizar el cúmulo de categorías referidas a instituciones para el caso de los Premios Nacionales según la forma en que se realizó con los autores de segundo segmento, con el fin de evitar llenar el informe de datos pequeños sin mayor relevancia por un lado, y por otra, el de dar cuenta formas de agrupar estas instituciones según sus instancias superiores de coordinación.

Gráfico N° 5 - Instituciones de publicación.

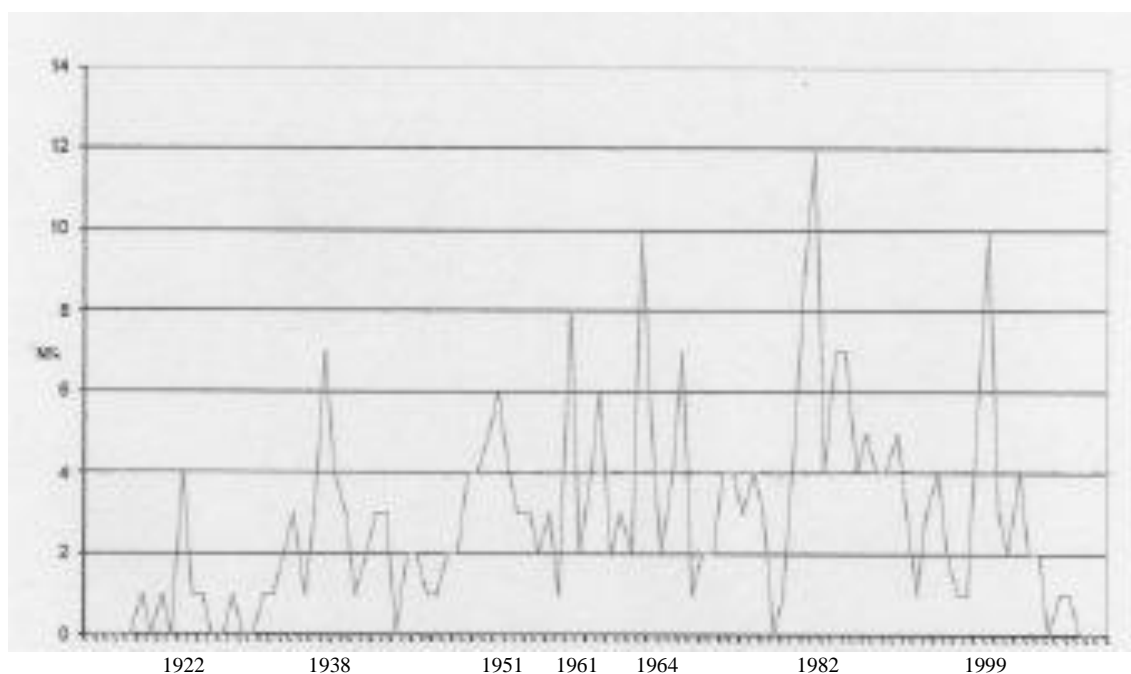


Desde acá podemos observar que si sumamos los porcentajes de las instituciones independientes, es decir, si sumamos el porcentaje que ocupa SUR (4%), Nascimento (3%), *Revista Chilena de Historia y Geografía* (2%), la Sociedad Chilena de Historia y Geografía (3%), ARCIS-LOM (2%) y *El Mercurio* (3%) no tendremos más que un 17% respecto del

total, mientras que si sumamos los porcentajes relativos a instancias institucionales dependientes de un organismo mayor -universidades o el Estado-, obtenemos un 55% respecto del total, cifra mayor que la concentrada en la categoría "Otras" (27%). En este sentido, la producción de obras relacionadas a temas de filosofía y teoría de la historia presenta altos grados de dependencia institucional, es decir, baja autonomía respecto de instancias mayores, ya sea el Estado o las Universidades. Dentro de lo mismo, el porcentaje de instancias reguladas directamente por el Estado el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* (dependiente del Instituto de Chile, con un 6%), y la Revista *Mapocho* (dependiente de la Dirección de Archivos, Bibliotecas y Museos de Chile, con un 2%) alcanza sólo un 8%, mientras que el porcentaje de instancias reguladas por las universidades, alcanza un 45% al sumar el porcentaje que aporta la Universidad de Chile (24%), con el de la Pontificia Universidad Católica de Chile (15%), con el *Atenea* (4%) y Universidad de Concepción (2%). En suma, la concentración de la producción bibliográfica se sitúa preferentemente a nivel de las universidades y, además, la suma de las instancias reguladas directamente por el Estado no alcanza a superar a las instancias independientes.

3.3.4- Serie temporal:

Distribución del volumen de la producción bibliográfica en el tiempo para el total de los autores.



El gráfico muestra que las tendencias al alza de la producción bibliográfica casi coinciden con los cambios de década, ya que el primer período de alza comienza en 1930 y culmina en 1942, mientras que el segundo período comienza en 1944 y termina en 1953, el tercero comienza alrededor de 1960 terminando en 1974 y el cuarto comienza en 1980 y termina en 1992. Luego tenemos un período al alza desde más o menos 1997, pero es un alza poco sostenida, lo cual puede deberse a que gran parte la producción de este período sólo se concentra en los Premios Nacionales, sin considerar otras generaciones de historiadores más jóvenes.

Se observa también que las décadas más infértiles respecto a la reflexión sobre la teoría y la filosofía de la historia se sitúan entre 1911 y 1929, y entre 1974 y 1980. Es importante señalar además, el hecho que entre 1997 y el 2007 si bien son pocos los autores considerados en la medida en que muchos de los premios nacionales comienzan a morir o a dejar de publicar, asimismo como en

la mayoría de los autores de segundo orden, el volumen de producción supera a otros períodos donde la mayoría de los autores considerados en la medición desarrollan sistemáticamente su actividad de producción intelectual.

La suma agregada de obras producidas en el período 1997-2008 es igual a 31 títulos, lo cual supera en a lo volumen producido entre 1911 y 1920. Los demás períodos dan cuenta de volúmenes agregados similares (con excepción del período 1960-1974 que registra 58 obras y al período 1980-1992 que es el más alto con 70 obras). Lo importante sigue siendo el hecho de que los períodos más fértiles en cuanto producción de obras dedicadas a teoría y filosofía de la historia se acercan más a tiempos considerados como “contemporáneos” que a tiempos clásicos (como por ejemplo el desarrollo de la “generación del pedagógico” o el surgimiento de la historiografía marxista), caracterizados por el surgimiento de las grandes figuras de la historiografía.

A lo anterior se suma el hecho de que en los últimos 30 años ha surgido una variedad de instituciones que ha permitido tornar más disperso el mapa institucional de producción intelectual. No resulta casual que el período más fértil coincida con el surgimiento de instituciones privadas (SUR, el CERC, la Academia de Humanismo Cristiano, el CEP, etc.), independientemente del posterior proceso de surgimiento de universidades privadas.

El promedio agregado de obras publicadas por año es de 2,87 (aproximable a 3). Esto no representa novedad, pues sólo se agregó el volumen de un sector de historiadores a otro en una misma distribución temporal, lo cual hace que a nivel general sea matemáticamente obvia esta alza. Lo importante es resaltar que se hace necesario establecer un criterio de periodización teórico y no técnico, para poder calcular promedios diferenciados de producción bibliográfica, y la correspondiente ponderación porcentual de cada uno de estos períodos dentro del total de la escala temporal.

Bajo todas las consideraciones anteriormente señaladas, proponemos que un canon historiográfico teórico chileno puede ser el que conforman los escritos de Guillermo Feliz Cruz (5/52), Gabriel Salazar (4/34), Eugenio Pereira Salas (16),

Ricardo Krebs (21), Rolando Mellafe (15) y Alfredo Jocelyn-Holt (3/5). Corpus 9 libros y 138 artículos que reflejan dos cosas: cantidad y concentración voluntaria a reflexionar dentro de un marco temático específico.⁴² Si bien la suma da un conjunto extremadamente reducido, hay que señalar que este número debe ser, pensado en su versión ideal y sin mayor factor de error, en el doble de libros (es decir 20 aprox.). A su vez, también es oportuno señalar que estos cinco historiadores son ampliamente considerados como “grandes voces” dentro de la escritura de la historia chilena; por de pronto, baste señalar que algunos de ellos fueron quienes fundaron escuelas de pensamiento, estuvieron en modernizaciones institucionales, formaron parte de los primeros académicos de los distintos departamentos y fundaron más de una revista de especialidad. Por otro lado, notorio y paradójico resulta el caso de Mario Góngora, quien en bases a estas mediciones no figura en cuanto autor reflexivo y teórico, sin embargo, es considerado como el gran pensador chileno del SXX.⁴³

Solo desde esa particular topología historiográfica de asperezas técnicas, cicatrices (catástrofes) sociales, quemaduras auto-inferidas para no olvidar las mutilaciones, es que podemos asumir la tautología de plantear cualquier tipo de historia de la historia. Ya se sabe quien publicó qué, cuándo y dónde, ahora falta entender porqué y cómo se hizo. Asimismo falta ver, entender cómo, dónde y cuándo se intersectan los distintos vectores (autores mencionados dentro del canon) de esta suerte de elevación arqueológica sin horizonte que nivele la pauta de uso, manejo o exposición de los residuos en debate. De ahí que no sea sólo un prurito academicista este de la historia intelectual de los historiadores chilenos, sino un requerimiento previo a cualquier asalto al pasado, y sobre todo, si se piensa de corte cultural. El punto está, espero haberlo discutido lo suficiente, en que hasta que no superemos los desafíos del giro lingüístico, cultural, ético, crítico, pictórico, o como se le quiera decir, es muy poco probable que implementemos las, sin duda, impactantes posibilidades de aplicar y practicar

⁴² De los autores seleccionados, sólo Gabriel Salazar y Alfredo Jocelyn-Holt siguen vigentes y en plena productividad.

⁴³ Sin embargo, aun falta trabajar temas como, por ejemplo: feminismo, cine, deconstrucción, subalternidad, estudios culturales, u otras variables más contemporáneas de pensar el oficio. Todos ellos, asuntos que tomaron vigencia en los últimos años.

una nueva, pero sobre todo, buena historiografía.

3. Otra historiografía intelectual Chilena para el SXXI⁴⁴

Desde una perspectiva historiográfica, podríamos decir que desde hace algún tiempo se ha desencadenado en Chile lo que podríamos llamar *la batalla de la memoria*. Batalla cultural que sigue a la omnipotencia de la represión; **una batalla necesaria**, cuya dialéctica confrontacional tiene el poder de romper la parálisis traumática provocada por la acción de las armas, posibilitando la restitución del habla de los ciudadanos, reescribiendo su texto oprimido, especialmente cuando estas armas han violado brutalmente su cuerpo. Vivimos este interesante momento histórico cuando las *distintas lenguas* buscan ser restituidas a las corrientes del texto cultural histórico de la sociedad, condición y mediación de la libertad recobrada... Porque la *batalla por la memoria* consiste en esto: en reconstruir –a través de la re-escritura crítica de la memoria– nuestra pertenencia a algún proyecto histórico capaz de reunir las piezas de nuestra fracturada tribu, reagrupando nuestras fuerzas para tantas otras batallas que habrán de seguir. Solo de este modo, los jóvenes que cayeron –soñadores de un mundo mejor– cobrarán vida, **al paso que retomaremos la hebra de nuestra perdida historicidad...** En suma, la batalla de la memoria es, hoy día, la “batalla de Chile”.

María Angélica Illanes⁴⁵

3.1 Lenguas de acero y debates de memoria

Otra forma de buscar esos clásicos de los que hablaba Mario Góngora para potenciar la docencia y calidad de los historiadores, es aplicando esta discusión

⁴⁴ En este capítulo, por asuntos de eficiencia en el análisis se mantuvieron las *cursivas* para denotar los puntos de tensión enfatizados por los autores citados, y **negritas** para demarcar las intenciones interpretativas del autor de esta tesis. De no decir lo contrario, en los capítulos sucesivos también hay que tener presente esta indicación.

⁴⁵ María Angélica Illanes, *La Batalla de la memoria. Ensayos históricos de nuestro siglo: Chile, 1900 - 2000*, Santiago, Planeta, 2002. p. 12 -16

acerca de la posmodernidad historiográfica, el uso del concepto canon y la necesidad de un “nuevo saco teórico”, al caso de la escritura de la historia chilena de comienzos del SXXI. La razón de porqué hacer tal intento, ya que resulta muy oportuno visualizar cómo estas *categorías claves*: canon, teoría y postmodernidad historiografía chilena, tensionan cualquier visión que se quiera asumir y practicar en el medio histórico-gráfico nacional. Dinámica que, de paso, ayuda a seguir debatiendo sobre esta particular aunque todavía dispersa auto-reflexividad o giro crítico de la historiografía chilena. Decimos esto, porque cuando la historiografía intelectual se vuelve sobre sí misma, más que generar la clásica tautología -historia de la historia-, lo que se produce y se enfatiza es la revisión y el ajuste de la pertinencia e historicidad de los temas, problemas de corta-mediana y larga data, de los errores (asumidos como verdad), de las hipótesis (que se transfieren una y otra vez), de lo escaso que son los debates filosóficos, de las profundas discontinuidades entre la academia y lo social y, sobre todo, de la legitimidad de los personajes con los cuales se sostiene y cohesionan cualquier aplicación posterior de los métodos históricos para representar o reconstruir ese ayer. Es así como el presente de batalla al que alude María Angélica Illanes implica, entonces, una maduración que es y debe seguir siendo capaz de analizar y seleccionar los distintos componentes del discurso social e historiográfico, por muy inoportunos o sublimes que estos sean. Es decir, ya debemos ser capaces de presentar cómo operan nuestras formas de atención al entrar y salir de las distintas lenguas historiográficas en conflicto. No basta con estar dentro o fuera de la nueva historia social, cultural o dentro de cualquier variable historiográfica, lo determinante hoy es, ante todo, ser capaz de seguir iluminando y profundizando en una comprensión del pasado reciente y lejano que sea más compleja a nivel individual, institucional o nacional.

3.2 Cronologías, héroes y vacíos

En esta línea, si visualizamos como un posible subconjunto los libros de Julio Pinto, *Cien años de propuestas y combates. La historiografía chilena del siglo XX* (2006), el de Sergio Villalobos *La Historia por la historia* (2007) y los dos tomos de Cristián Gazmuri titulados *La Historiografía Chilena 1842 - 1970* recientemente publicados entre los años 2007 - 2009, nos daremos cuenta que este ejercicio comparativo nos puede servir, siguiendo a Frank Kermode, como un excelente punto de partida y apoyo -uno muy práctico- a la hora de vislumbrar algunas de las actuales posibilidades o formas de re-pensar comparativa y críticamente la historiografía académica chilena actual.⁴⁶ Por de pronto los tres textos, cada uno a su manera, plantean selecciones autorales, cronologías interpretativas, criterios de contenidos y varias problemáticas específicas para entender y escribir sus propias versiones de lo que podrían ser tres historias de la historiografía chilena a lo largo del SXX.

En el caso de Sergio Villalobos Rivera, este libro no cubre todo el SXX pero el autor sí lo conecta explícita y reiteradamente con sus otros trabajos sobre historiografía chilena del siglo pasado; con respecto de Pinto, este autor sí desarrolla una historia de la escritura de la historia chilena del siglo en cuestión; por su parte, Gazmuri si bien es el único que cubre desde los inicios de la historiografía profesional, no define muy bien sus espacios de tiempo y de análisis. En síntesis, y cerrando este particular espacio de debate, cada uno de estos libros puede ser considerado como una preselección de hojas (como diría Ankersmit) que al ser analizadas en paralelo ayudan a entender qué queremos, podemos y debemos mantener de la práctica de los historiadores del siglo pasado, en nuestro particular presente de reflexión, escritura y acción. Si se quiere, una articulación tripartita o marco de análisis a tres puntas. En esta línea y para conectarnos con lo que señalamos al comienzo del capítulo anterior, esta

⁴⁶ Sergio Villalobos R., *La Historia por la Historia. Crítica de la historiografía actual*, Chile, Universidad de los Lagos, 2007. Cristián Gazmuri, *La Historiografía Chilena 1842 - 1970*, (Dos Volúmenes), Santiago, Taurus, 2007 y 2009, *Cien años de propuestas y combates. La Historiografía Chilena del siglo XX*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2006.

selección bibliográfica permite ajustar un poco más la idea de que el intento por visualizar un canon se entienda hoy a comienzos del SXXI, como un *gesto provocación* -un umbral ficticio- que se materializa y sólo puede ser, a través de la soberanía del instante y la aporía. Por todo lo anterior que nuestra idea fuerza sea que una de estas obras representa lo que hay evitar, la otra simboliza el modelo tradicional (aunque no es su mejor versión) y la tercera es un claro ejemplo de las virtudes que se pueden desprender del ejercicio de entender y diferenciar las prácticas al interior de la propia disciplina que se enseña, escribe y practica.

El libro de Sergio Villalobos Rivera, *La Historia por la historia. Crítica de la historiografía actual*⁴⁷, es un ejemplo claro y elocuente de lo negativo que puede llegar a ser el trabajo de un historiador. Inspirado por un afán tan confuso como violento por ubicar y evaluar de forma taxativamente absolutista las diferencias ideológicas, filosóficas y metodológicas que no entiende o no comparte, Villalobos evaluó a cada uno de los autores que analiza en su libro como si él fuera el único y todopoderoso juez de los infiernos; sobre todo con respecto de la escuela marxista o con los “izquierdistas” como él los prefiere llamar.⁴⁸ Más allá de las diferencias o complicidades que se puedan tener con los textos analizados, el trabajo de este premio nacional de historia, parece ser un último intento por escribir una historia de la historiografía chilena usando exclusivamente la soberbia como la unidad de medida.⁴⁹

⁴⁷ La referencia a *historiografía* es de Villalobos.

⁴⁸ “Casi ninguno acepta su identificación con el comunismo y menos pertenecer al partido respectivo; prefieren ser reconocidos como izquierdistas, una expresión hartamente amplia y, al parecer, adecuada. Por esa razón, **les daremos en el gusto** y los denominaremos **izquierdistas**, dejando constancia de que el trasfondo se encuentra el materialismo histórico...El sujeto revolucionario está en coma...”, Sergio Villalobos, *op. cit.*, pp. 26 - 27. El destacado es nuestro.

⁴⁹ “**Ha llamado la atención de muchas personas** que la introducción a la *Historia del pueblo chileno* al tratar de la historiografía nacional no me refiriese a la tendencia marxista. No lo hice por que el año de su publicación. 1980, sus figuras más representativas eran perseguidas o se encontraban en el extranjero en una situación inhumana. Me pareció, entonces, que hacer una crítica descarnada habría sido **cruel** y desconsiderada para **quienes estaban en el suelo**. Ahora, en cambio, puedo hacerlo con libertad de conciencia y prosiguiendo hasta el día de hoy... **Personalmente he criticado** las antiguas tergiversaciones de la historiografía liberal y la conservadora y **ahora lo hago con la marxista**”, Sergio Villalobos, *op. cit.*, p. 9 y 26

En cuanto al nivel de los juicios desplegados, hay varios y constantes ejemplos de lo despectivo que se puede tornar el discurso historiográfico cuando se apropia de él un ímpetu resentido y agrio: Hernán Ramírez Necochea es un “dominado” por el Partido Comunista, Leonardo León es un creador de “sub hipótesis”⁵⁰, Gabriel Salazar es un incitador, “profeta” y revolucionario que recolectó “algunos datos” en *Labradores, peones y proletarios*⁵¹ y que da explicaciones pobres y desordenadas, José Bengoa no consideraría avances técnicos ni bibliográficos (no se menciona cuáles), el sujeto popular estaría en coma, se hace alusión a “nuestros populistas”⁵², los historiadores más jóvenes no son más que “tecnócratas del pasado”, la historia de género⁵³ tiene –apenas y por suerte del destino (no por historicidad propia)– tan sólo un par de párrafos en el gran libro de la historia universal, la historia de las mentalidades no es para tanto, la historia del cuerpo es sólo una posibilidad más; en pocas palabras, según el autor no mucho más que curiosidades y pérdida de energías⁵⁴. Así mismo, titula partes de su ensayo con referencias como: “El fracaso del pensamiento marxista”, “El pecado estructuralista”, “Fascinación y utilidad de las modas”, “La obsesión populista” lo que acentúa la

⁵⁰ “Entre los cultores de esa tendencia se encuentra el profesor Leonardo León, habilidoso constructor de **subhipótesis**, que en su pensamiento podrían confluir en interpretaciones mayores”, Sergio Villalobos, *op. cit.*, p. 87. El destacado es nuestro.

⁵¹ “Gabriel Salazar en *Labradores, peones y proletarios* (1985), **reunió algunos datos** sobre la situación del bajo pueblo a fines de la Colonia y comienzos de la República, que manifestaban “*ciertos grados de prosperidad*”... Pensar en el fatalismo económico y social es una **explicación muy pobre** ... Cabe preguntarse, una vez más, si éstas no **son respuestas desordenadas** causadas por la ausencia de la lucha de clases y la pérdida del sujeto revolucionario... En un artículo reciente, publicado en *Cuadernos de Historia* (número 25, marzo de 2006) Salazar ha abandonado el estudio del pasado, tomando la **voz** vehemente del **revolucionario** y del **profeta**, para incitar a un movimiento que establezca un Tribunal de la Historia, Sergio Villalobos, *op. cit.*, pp. 97, 100-101. Las cursivas son del autor (Villalobos). El destacado es nuestro.

⁵² “**A nuestros populistas** su refugio intelectual les da un ambiente para condenar y protestar, valiéndose de temas del pasado, porque hoy día sus ideas resbalan por la superficie. Suelen tener algún éxito en las salas de clases de ciertas universidades y en conferencias y congresos donde grupos de jóvenes desean ser convencidos de sus propias convicciones. En privado son más discretos y más dúctiles...”, Sergio Villalobos, *op. cit.*, pp. 85-86.

⁵³ “Queremos plantear un problema: ¿Qué cabida tienen en la historia general los temas de la mujer? ¿**Un par de párrafos?** ¿**Unas cuantas líneas?**...”, Sergio Villalobos, *op. cit.*, p. 50. El destacado es nuestro.

⁵⁴ “En medio de estas **curiosidades** (haciendo referencia a una importante cantidad de avances realizados en los últimos 35 - 50 años) hay que preguntarse si no hay temas de mayor trascendencia y si no hay **desperdicio de esfuerzo?**...”, Sergio Villalobos, *op. cit.*, p. 55. El destacado es nuestro.

disonancia final del análisis. Incluso llega al punto de pretender ajustar cuentas con Fernand Braudel y *Annales* sobre el concepto de estructura.⁵⁵

Con un pésimo diseño y muy poca prolijidad editorial, el libro no tiene ningún tipo de índice, hay varias faltas de ortografías, la disposición del contenido es difícil y fragmentada por la excesiva subdivisión de los párrafos, asuntos que finalmente acentúan la poca coherencia de la crítica que se pretende. Autorreferente al extremo, con más de veinte autocitas además de comentarios a casi cada una de sus obras, este ensayo largo termina por transformarse en el relato amargo y confuso de un historiador que no se acomoda a su presente. *La Historia por la historia* es un trabajo que se aleja considerablemente de lo que alguna vez fue el ya mítico prólogo de la *Historia del Pueblo Chileno*, “La historia que proponemos” de 1980, constituyendo un claro ejemplo de lo que se debe evitar a la hora de pensar una reflexión amplia, decida, honesta y constructiva sobre la naturaleza de la propia disciplina. En corto, este trabajo confunde lo que es la discusión y análisis de ideas con la historia de las diatribas y conflictos personales que son tan habituales en el día a día de los pasillos de las escuelas de historia. No hay que olvidar el argumento de Hervé Martin y Guy Bourdè en su libro *Las Escuelas Históricas* de que el prototipo del académico-burócrata del SXIX fue la figura del historiador. Por lo tanto, ninguna hoja que recoger.

Respecto del libro de Gazmuri *La Historiografía Chilena 1842 - 1970*⁵⁶ si bien enciclopédico, ambicioso y muy útil en cuanto a la cantidad de referencias, ordenamientos y fichaje se refiere, en términos del análisis y de los contenidos interpretativos, de posibilidades reflexivas, esta publicación no logra hacer la

⁵⁵ “Este planteamiento lo desarrollé en el primer tomo de la *Historia del pueblo chileno*, supongo que con suficiente claridad; pero suele leerse sin comprender o bajo imprecisiones deformadas. En aquel tomo señalé, además, algunas distancias con el estructuralismo originario. La **propensión** de los *Annales* y de los investigadores cercanos hacia la historia económica y social, era subsanada concediendo un rango importante a la cultura, la política y la actuación de los personajes. Equilibraba de ese modo todos los aspectos de una historia “global”. Esa visión histórica, tan cercana al estructuralismo, marcaba, sin embargo, algunas diferencias y por esa razón estimé necesario darle un nombre específico, “*historia de los grandes procesos*”, que es algo **pretencioso**”, Sergio Villalobos, *op. cit.*, p. 40-41 El destacado es nuestro.

⁵⁶ Cristián Gazmuri, *op.cit.* Para el caso de esta tesis, analizaremos especialmente el Vol. II

diferencia. Genealógicamente es notable y puede considerarse lo mejor que hay en relación a la historiografía chilena académica desde su fundación a mediados del SXIX hasta el año 1970 (el libro también cubre otras posibilidades del cultivo de la historia). A su vez, hay muy buena cantidad de información sobre la vida y la dimensión humana de muchos personajes claves de nuestra disciplina.

A lo largo de toda la segunda parte del volumen II, y especialmente en el capítulo XXIV, titulado “Conclusiones sobre la historiografía chilena y los historiadores que produjeron entre 1920 y 1970 su primera obra historiográfica y que en algunos casos escriben hasta el presente”, Gazmuri plantea una comparación o punto de partida que es muy oportuno pero que lamentablemente queda incompleto por propia voluntad del autor. Dicho ejercicio lo desarrolla a través de la caracterización –temática y cuantitativa– entre los años 1920 y 1970 de la profesión histórica; para ello se mencionan tendencias como el Hispanismo, el social-cristianismo, el Nacionalismo Conservador, el Socialismo, el Marxismo y el materialismo histórico, la influencia de *Annales*, el estudio del concepto de frontera, los nuevos géneros, la influencia de la ciencias sociales, el desarrollo de escritura histórica asociada a ciertas universidades y la Academia Chilena de la Historia. Así mismo, se nombran la diversificación temática, el cambio en la hegemonía política y la abundancia historiográfica.

El primer factor a hacer notar es la **diversificación de la temática** abordada por esta historiografía...Pero es preciso enfatizar que el abanico de los temas abordados era, hacia 1970, mucho más amplio que a comienzos del siglo XX. Tendencia que ha persistido hasta el presente y que continúan ampliándose... **Además** entre el siglo XIX y el XX **vemos géneros historiográficos que suben y bajan** en su importancia y productividad...**En tercer término**, entre 1920 y 1970, **hubo una mucho más abundante producción historiográfica**, en números de libros publicados por año, que entre 1842 y 1920.⁵⁷

En cuanto a la análisis que hace este historiador sobre lo que fue la historiografía chilena después de 1920 llama la atención que Gazmuri destaque

⁵⁷ Cristián Gazmuri, *op.cit.*, Vol. II, p. 101

entre otras variables la profesionalización (que se da en varios momentos) como un rasgo propio de esta cronología en conjunto con el resentimiento, el arribismo social y la manipulación ideológica en cuanto factores importantes a la hora de perfilar la supuesta matriz de clase media que tendría hoy la historiografía chilena. En esta línea, sin duda que lo más destacable sea el hecho de fijar periodos de modernización y cambio en torno a las escuelas conservadoras y marxistas. No obstante, queda muy a la vista, la carencia crítica con la cual se desarrollan y usan varios conceptos.

El revisionismo conservador de Edwards y Encina era aún más deficiente en este aspecto. Su <<intuición creadora>> transformó la historiografía chilena en una fórmula... **Pero metodológicamente su historiografía-ensayística era pobrísima...** Después de 1920, todo eso cambió. Como se vio, llegaron hasta Chile las metodologías historiográficas de las escuelas europeas y norteamericanas, para bien o para mal... **En suma, la historiografía del periodo de 1920-1970 refleja, más que la del siglo XIX, las vertientes doctrinarias e intelectuales donde se nutrieron muchos autores y que la distorsionaron.** La historiografía de Jaime Eyzaguirre, dada su <<visión de mundo>>, no podía llegar sino a las conclusiones que postula. Lo mismo vale para Ramírez Necochea, Vitale, Segall, Sergio Fernández Larraín, Osvaldo Lira, Gabriel Salazar, y tantos otros... Este aspecto tuvo que ver con el cambio de origen social de los historiadores. **Ahora jugaron el orgullo y el arribismo social, así como el resentimiento...** Colaboró también el fenómeno de una mayor y a veces mejor producción historiográfica, el que ya hacia la década de 1970 la mayoría de los profesores universitarios jóvenes hacían y hacen posgrados en el extranjero, particularmente en Europa y EEUU., lo que les ha abierto un enorme campo a sus perspectivas culturales y su erudición... **Otro factor** que ciertamente ha influido en el aumento de la producción historiográfica y su diversificación, **es el mejoramiento del acceso a las fuentes**, tanto nacionales como internacionales... Un último aspecto que quiero mencionar en relación a la historiografía del periodo de 1920-1970 es el de la decadencia de las historias generales.⁵⁸

Por otra parte, existen varios problemas prácticos que afectan el resultado

⁵⁸ Cristián Gazmuri, *op.cit.*, Vol. II, pp. 101-103.

y la recepción final de los dos volúmenes. Por ejemplo, ambos tomos tienen más de 25 a 30 páginas de índices donde no siempre se evita la confusión en el criterio selectivo: ¿qué tienen que ver, por sólo nombrar algunos ejemplos, Augusto Pinochet, Vicente Huidobro y Volodia Teitelboim en un libro sobre historia de la historia (no como objetos de estudio historiográfico?); y en cuanto al contenido: ¿cómo es posible tener capítulos que sean de cinco líneas?⁵⁹; ¿porqué se posterga permanentemente el análisis (la muletilla “ya veremos” es recurrente en el desarrollo crítico de los contenidos; y por sobre todo, ¿qué hay de las necesidades actuales de entender el pasado inmediato de la propia disciplina? ¿Cómo se articula el libro con las nueva generaciones de historiadores por venir? Muy poco. En esta línea, el mayor problema es que deliberadamente el autor prefiere evitar el análisis más contemporáneo y así solucionarse algunos posible inconvenientes. ¿Dónde queda la verdadera historicidad de los sujetos y problemas que nos interesan si cuando debemos elegir el marco temporal de estudio, lo hacemos pensando que hay que evitar los posible conflictos personales?⁶⁰. ¿Qué hay de la autonomía del que escribe? En este caso, si bien las hojas pueden ser muchas, el problema es que seguramente la gran mayoría no será lo suficiente provocativa como para perdurar.

Ahora bien, dentro de este inventado conjunto de grupos de hojas, la obra de Julio Pinto *Cien años combates y propuestas. La historiografía chilena del siglo XX* (2006) es sin duda la más inteligente, provocativa y estimulante de las tres. Curiosamente presentada por Ana María Argudín en el texto que abre el libro -“Advertencia”- como una “*antología* (que) recupera fragmentos de las obras consideradas como *clásicos* de la historiografía chilena”, la obra de Pinto funciona en dos niveles: i) cronológico: el ensayo del compilador donde se organiza su recuento de los cuatro momentos fundamentales y de algunos

⁵⁹ Cristián Gazmuri, *op.cit.*, Vol. II, Capítulo XLIV “Historiografía de la historiografía”.

⁶⁰ “El segundo tomo abarcará los años 1920 - 1970. No más adelante porque entraríamos a tratar la obra de muchos autores que aún están vivos y más de uno produciendo. Esto impediría un enfoque a toda su obra y me traería, seguramente, más de un problema personal...”, Cristián Gazmuri, *op. cit.*, p. 13

autores y obras que explicarían los combates y las propuestas claves de la escritura histórica chilena del siglo pasado. A su vez, este libro ii) selectivo: reedita una selección de diez escritos representativos de las distintas tendencias discutidas (la nacionalista conservadora, la marxista clásica, la estructuralista (en sus versiones académica e ideológica), la “nueva historia social”, la “nueva historia cultural”, la “nueva historia política”, entre otras. Para ello se seleccionaron obras de corte, metodología, inspiración y pluma diversa: Alberto Edwards, Jaime Eyzaguirre, Julio César Jobet, Mario Góngora, Gabriel Salazar, Alfredo Jocelyn-Holt, Heidi Tinsman, María Angélica Illanes, Gonzalo Vial y el trabajo colectivo titulado *Manifiesto de Historiadores* que reúne a varios autores en conjunto de una gran lista de firmantes. Muy importante resulta la mención de los términos usados por la presentadora ya que apuntan justamente en la línea argumentativa de esta tesis: la búsqueda de una suerte de *antología* y/o selección de *clásicos* de la historiografía chilena. Sin embargo, queda suspendida la justificación de cómo fue realizada la selección de textos que se antologaron. No hay mayor mención de los criterios que tensan las obras de los diez autores. Solo están.

En la primera mitad del prólogo, Pinto discute lo que sería *su/otra* historia de la historiografía entre fines del siglo XIX hasta la aparición de la escuela nacionalista-conservadora (1900 - 1940), para de ahí entrar en el extenso subcapítulo “La historiografía como instrumento de cambio” donde distingue dos posibilidades: los Marxistas clásicos (Jobet, Ramírez, Barría, Vitale, Ortiz) y los estructuralistas de la academia: Villalobos, Jara, de Ramón, Carmagani, Mellafe y Góngora. De tal manera, el trabajo de Pinto se va levantando como una narración lúcida y muy ordenada de lo que han sido algunos de “los combates y las propuestas” de la historiografía chilena del siglo pasado. En la otra mitad del prólogo, especialmente en sus subcapítulos titulados “Historiar en dictadura” y la “Batalla por la memoria”, el autor enuncia -aunque no desarrolla- el planteamiento de que el giro crítico en la historiografía chilena actual demuestra cómo la paradoja histórico-epistemológica de la dictadura, las influencias historiográficas extranjeras, el perfeccionamiento de las nuevas

generaciones, la re-definición de los sujetos (incluido el popular), los avances de la historia cultural, política y social, los estudios culturales y muchos otros aportes, permiten imaginar una historiografía que sea capaz de levantar otras alternativas en términos (no tradicionales) de historicidad. Si bien el caso más conocido en Chile durante las últimas décadas es el de la llamada Nueva Historia Social, esto no restringió el espacio de renovación para otros tipos de enfoques más progresistas como el narrativismo, la deconstrucción, los estudios culturales, la teoría-práctica como las versiones más híbridas -y sin nomenclatura conocida- de intentar conocer a marginalidad de los márgenes.

Así redefinido su sujeto, la **Nueva historia social** procuraba rescatar al conjunto de los sectores populares más que otorgar un privilegio epistemológico al segmento más organizado, politizado o “consciente” que tradicionalmente se identificaba con el proletariado. Esto implicó el reconocimiento de una serie de actores antes soslayados, como las mujeres, los campesinos, los indígenas, los artesanos o los bandoleros. Implicó también un énfasis en las luchas y vivencias cotidianas más que la pura epopeya popular, así como un desplazamiento cronológico de los estudios a etapas anteriores al siglo XX, que por ser el momento de la aparición del proletariado había sido el privilegio por las primeras historias obreras. Se trató igualmente de hacer una historiografía “desde abajo”, donde comparecieran no sólo los líderes o los ideólogos sino el conjunto del espectro popular. Y se reemplazó, finalmente, el interés por las grandes estructuras a favor de una mayor atención hacia la **historicidad** de los sujetos, o como lo diría María Angélica Illanes en un balance retrospectivo de este nuevo enfoque disciplinario, se antepuso el estudio de las personas al estudio de las cosas...⁶¹

Es claro que Pinto intencionalmente desarrolla, restringe en varias oportunidades y privilegia un ajuste descriptivo de cómo se fue definiendo el encuadre de la nueva historia social, de su sujeto popular y de las distintas posibilidades epistemológicas que permiten identificar y construir el concepto de pueblo. No por nada, es muy importante visualizar cómo se desplazan los intereses de las luchas de clases hacia las vivencias cotidianas y las variadas formas de resistencia social, se amplían los espacios temporales de estudio y se

⁶¹ Julio Pinto, *op. cit.*, pp. 85-86.

problematiza la perspectiva *desde abajo*. Por otra parte, este autor es muy lúcido al mencionar el rasgo contradictorio que caracteriza actualmente el legado que dejó la dictadura en cuanto ajuste histórico y como desafío epistemológico. No todo fue violencia y represión, también hubo profesionalización y avance. De ahí que sea tan importante volver sobre esa ambivalencia que habría dejado la dictadura a niveles historiográficos.

En suma, el periodo dictatorial terminó siendo para la historiografía chilena una experiencia de signo ambivalente. Si bien el quehacer disciplinario se vio fuertemente impactado por la arremetida represiva y refundacional, de allí mismo **surgieron respuestas complejas y dinamizadoras...** Este efecto se vio reforzado por la creciente profesionalización de la investigación histórica, consecuencia de la organización definitiva de los programas de posgrado y de los fondos estatales de apoyo a las investigaciones que tuvo lugar durante la década de 1980. **De este modo, la dictadura, o más bien las resistencias que ella despertó, dejaron a la postre un legado que por más de algún concepto resultaba digno de rescatar.**⁶²

Finalmente, en el subcapítulo titulado con el mismo nombre del libro de María Angélica Illanes “La Batalla de la memoria”, Pinto hace referencia a cómo hoy en día lo que caracteriza nuestra realidad post histórica, sería la disputa por la nueva y legítima historicidad de los sujetos historiables. En esta línea, otro aspecto muy importante del prólogo-ensayo, y que de paso permite caracterizar aún mejor este supuesto giro crítico, es la referencia a la recuperación de espacios y a la “maduración historiográfica”, como también la alusión al surgimiento de la “nueva historia social”, “la nueva historia política” y la “nueva historia cultural” en conjunto con varios grupos y/o generaciones de historiadores que se van encadenando en una posta invisible hasta lo que Pinto llama la “explosión historiográfica de los noventa” y el “florecimiento” y proyección de la Nueva historia social.

Por otra parte, y reforzando este proceso de recuperación de espacios y maduración historiográfica, los años noventa también fueron

⁶² Julio Pinto, *op. cit.*, pp. 87 - 88.

testigos de un florecimiento y proyección de la Nueva historia social. Los autores ya consagrados siguieron publicando, al tiempo que comenzaban a adherir a sus propuestas investigadores más jóvenes que en algunos casos desarrollaron extrapolaciones novedosas a partir del tronco original. Como ejemplos del primer grupo pueden enumerarse nuevos trabajos de Gabriel Salazar... María Angélica Illanes ... Julio Pinto ... Sergio Grez... Mario Garcés... Entre el relevo generacional puede nombrarse a Jaime Valenzuela e Igor Goicovic ... Fruto de una polémica política de privatización de la enseñanza superior emprendida por las autoridades militares a partir de 1981, hasta en esos ámbitos, **paradójicamente, comenzaban a escucharse y cultivarse las “nuevas lenguas” historiográficas...**⁶³

En breve, y si asumimos los perfilamientos o cortes en el orden del discurso historiográfico que ilustra Pinto, las actuales posibilidades de escucharse y cultivar las nuevas lenguas incluiría al menos a 24 historiadores, tres “nuevas historias” (social, cultural y política), más una serie de variantes híbridas y otros cuantos grupos. Evidencia que es contundente a la hora de pensar un nuevo presente de batalla y diálogo sobre y con nuestro pasado.

En este grupo inscribe la “Nueva historia política”, identificada con autores como Alfredo Jocelyn-Holt, Joaquín Fernandois, Verónica Valdivia, Sofía Correa, Ana María Stiven, Luis Corvalán Márquez, a quienes habría que agregar el aporte de extranjeros como el brasileño Alberto Aggio y los estadounidenses Brian Loveman y Paul Drake, los dos últimos ya nombrados en el contexto de la primera generación de “chilenistas” extranjeros... Como reconfiguración de antiguas líneas temáticas también habría que considerar la “Nueva historia cultural”, representada por el ya nombrado Alfredo Jocelyn- Holt, así como por Maximiliano Salinas, Isabel Cruz, Bernardo Subercaseaux y Carlos Ossandón, pudiendo agregarse cultores más jóvenes como Fernando Purcell, Marco Antonio León, Manuel Vicuña y la producción más reciente de Jaime Valenzuela... Tanto en la “Nueva historia política” como esta “Nueva historia cultural” los antiguos enfoques positivistas estrictamente “intelectualista” cedieron lugar a nuevas miradas sobre los procesos estudiados, con un grueso aporte de otras ciencias sociales como las ciencias políticas, la antropología o la semiótica... Así tenemos el caso de Maximiliano Salinas, quien transita simultáneamente por la historia, la antropología, el folclor y la

⁶³ *Ibid.*

teología; o el de Carlos Ossandón, tensionado entre la historia, la filosofía, la semiótica y la teoría comunicacional; o finalmente de Isabel Cruz, quien se nutre de la historia, la historia del arte y la estética. Esta somera revisión de lo que podría denominarse la **“explosión historiográfica de los noventa”** –en la cual ciertamente, y por evidentes razones de espacio, no se ha podido nombrar a *todos* y *todas* las participantes- podría llevar a concluir que la transición chilena si se prestó para que eclosionaran los gérmenes incubados en la etapa anterior, y para que tuvieran acogida llamados como los de Jocelyn-Holt a restaurar la centralidad de la disciplina en el debate público.⁶⁴

En esta misma línea de análisis discursivo, no se entiende porqué Pinto restringe –dentro de este “florecimiento” explicitado en la larga cita de hace unas páginas- la poca importancia y el reducido alcance de lo que él denomina la “derivación francamente posmoderna”. Ya sabemos, que hoy es imposible hacer la afirmación yo/tu/nosotros - soy/eres/somos un sujeto subalterno, por lo que limitar la historicidad a un solo tipo de agente histórico, sea este cuál sea, resulta tan anacrónico como tendencioso. En síntesis, y más allá de las críticas posibles, este libro es un gran trabajo –el mejor de los tres recuentos- y queda mucho que rescatar en cuanto a sus posibilidades interpretativas y generadoras de debate.

En un primer momento, sin embargo, las cosas no se dieron precisamente así... Más allá de las fronteras estrictamente profesionales, en cuyo interior se estaba produciendo esta **proliferación** (pero también, en una **derivación francamente “postmoderna”**, esta fragmentación y dispersión) de estudios, la sociedad chilena no se mostró muy receptiva a los discursos, y muchos menos a los **combates**, por la recuperación de la memoria”.⁶⁵

3.3 De cánones, batallas y combates

⁶⁴ *Ibid.*

⁶⁵ Pinto, *op. cit.*, p. 96 - 99.

En lo sustancial, lo primero que debe quedar de esta suerte de reseña o comparación a tres partes, es la potencialidad crítica y reflexiva que entrega la historiografía intelectual a través del tensionamiento de la selección y uso de las piezas claves de todo tramado histórico. Beneficio que acentúa la importancia de un espacio que permanentemente ajuste e interceda por la honesta, disputada y legítima distribución de la historicidad al interior de toda comunidad que se piense capacitada para tal ejercicio soberano. De ahí que al revisar cada uno de estos tres libros, quede la percepción que buscar una historiografía intelectual chilena para el SXXI, implica asumir el contexto de batalla en el que las diversas voces en disputa deben intentar resolver la dialéctica confrontacional en la que se encuentran.

Por de pronto los tres textos, cada uno a su manera, plantearon selecciones de historiadores, secuencias cronológicas e interpretativas, criterios de contenidos y problemáticas además de variadas formas de tramar sus propias versiones de lo que podría ser de los primeros intentos por historiar la historiografía del SXX. El libro de Villalobos muestra un camino que debe ser evitado aunque siga siendo un recurso común entre muchos historiadores; lo destacable está en los otros dos ángulos de esta (tri) comparación. En el caso de Gazmuri, el trabajo demuestra lo avanzado que está el debate en términos de reconstrucción de bio-bibliografías autorales y de lo diverso que ha sido el cultivo de la historia en Chile, sobretodo en las últimas décadas. No obstante lo anterior, a este trabajo le pena el no poseer mayor sofisticación analítica a la hora de exponer el material utilizado y el dejar el análisis historiográfico más contingente. Por otro lado, el manejo de hipótesis que articulen nuevas cronologías, interpretaciones, personajes claves o visiones de conjunto, brillan por su ausencia. No obstante la falta de carácter, estos dos volúmenes constituyen un gran puerto desde el cual salir a historiar a los historiadores chilenos.

Ahora bien, ¿Qué sucede si conectamos interpretativamente los epígrafes de la introducción (el de Mario Góngora) con el de este capítulo (María Angélica Illanes)? ¿dónde quedan los “clásicos” de cada una de esas “distintas

lenguas" involucradas en la actual batalla discursiva y socio cultural de la que habla esta historiadora? Clásicos, o canónicos que, como sabemos, son claves, más bien esenciales, para la particular formación de la que hablaba Góngora y para la identificación de la historicidad recobrada aludida por Illanes. Por lo tanto, antes que cualquier nomenclatura de conflicto asociada a la memoria, la presente situación de las lenguas historiográficas, ponen en pleno escenario cultural la posibilidad de un registro amplio y autónomo –tanto de cánones, combates o batallas– sobre los pasados que nos convierten en una sociedad que ha enfrentado la legitimidad de su imaginación y de sus traumas históricos. Queda claro que la cantidad de historiadores y la envergadura de la producción historiográfica es única, el asunto entonces es la búsqueda de una definición filosófica y nos permita avanzar.

Es así como dentro de esta conciencia disciplinar en desarrollo, urge solucionar la carencia actual por saber cuáles son las "líneas de fuerza" dignas de atención y que a su vez constituyen las posibilidades de una revisión de la institución historiadora. Por ello, creemos que el campo intelectual de la historiografía chilena del Bicentenario (2010), presenta un orden del discurso en el cual el magnetismo de las variadas lecturas estructuran un momento muy particular del tiempo: quizás más que un campo de batalla, ya podríamos hablar de un campo de fuerza intelectual 100% constituido. Momento donde, y siguiendo a Pierre Bordieu podríamos percibir que no hay una "simple yuxtaposición" de voces y publicaciones, sino un sistema de fuerzas como también de agentes que han organizado sus formas de acción y pensamiento a partir de la reflexividad y/o de la acción política. A su vez, es evidente que la actual autocrítica de la historiografía chilena, debe seguir existiendo en cuanto hábito inmunitario donde la autonomía relativa permite la verdadera autonomía filosófica, metodológica y escritural. ¿Podríamos entonces igualar los conceptos de campo y canon? Lo más probable es que esa sea la pregunta a seguir. Sin embargo, y dado que el peso funcional, el poder y la autoridad implican la posibilidad de levantarse como canonicidad o legitimidad, es deseable que lo que hoy es una marea de historiografías y de narradores de

historias de todo orden, pase a ser un alineamiento soberano y directo con la observación, la experiencia y la escritura.

Debemos señalar que el Campo Intelectual, desde un punto de vista conceptual, integra los conceptos de intelectual (que para este caso serán los historiadores), obra y proyecto creador, que son claves para entenderlo. Si seguimos al sociólogo francés, podemos decir que el campo intelectual “constituye un sistema de líneas de fuerza: esto es, los agentes o sistemas de agentes que forman parte de él pueden describirse como fuerzas que, al surgir, se oponen y se agregan, confiriéndole su estructura específica en un momento dado del tiempo”⁶⁶. Otro elemento clave, es que éste posee una relativa autonomía que le permite una autonomización metodológica en su actuar⁶⁷. Esta relativa autonomía se daría dentro de los espacios académicos por ejemplo, donde el campo puede situarse sin tener que someterse del todo a la organización. Debemos agregar también, que todo campo intelectual posee relaciones jerárquicas donde podemos encontrar al medio de este a una o varias autoridades. De esta forma, en su interior se dan una serie de posiciones de los diversos agentes que mediante sus choques conforman y sostienen la estructura del campo. Estos choques se dan en busca de mayor legitimación por parte de los agentes, lo que les permitiría la movilidad al interior de las posiciones del campo⁶⁸.

En lo que respecta al intelectual dentro del campo, Bourdieu señala que estos se encuentran “condicionados a orientar su actividad hacia tal o cual región del campo cultural que forma parte del legado de las generaciones pasadas, parte creada, reinterpretada y transformada por los contemporáneos”.⁶⁹ Al mismo tiempo, se plantea que las relaciones que mantienen los miembros entre ellos, y la relación que establecen con un público también están relacionadas con la posición que poseen en el campo. Como

⁶⁶ Bourdieu, Pierre, “Campo intelectual y proyecto creador”, en Marc Barbut, *Problemas del Estructuralismo*, México, Siglo XXI, 1978, p.135

⁶⁷ *Ibid.*, p.136

⁶⁸ *Ibid.*, p.160

⁶⁹ *Ibid.*, p.166

último aspecto, el campo intelectual mantiene una estrecha relación con el ámbito de la crítica y la academia que le dan la legitimación que ambos necesitan recurriendo a lo que Bourdieu señala como los “bombos mutuos”.⁷⁰

El último elemento clave que debemos tener presente para concebir el campo intelectual es la existencia indispensable de un Proyecto creador. El Proyecto creador es aquello que identifica un campo intelectual de otro entregándole un elemento distintivo. Bourdieu señala: “el proyecto creador es el sitio donde se entremezclan y a veces entran en contradicción las *necesidades intrínsecas de la obra* que necesita proseguirse, mejorarse, terminarse, y las *restricciones sociales* que orientan la obra desde afuera”⁷¹. En definitiva, habremos de entender, que el proyecto creador será la manifestación tangible del campo intelectual, el que se dejará entrever a través de las obras de los intelectuales que lo componen. Para el caso particular de esta investigación podemos señalar que las escuelas y propuestas trabajadas poseen un proyecto creador lo que nos permitiría entenderlas como campos separados. Sin embargo, estas a su vez se encuentran inmersos dentro de un campo mayor que es la Historiografía chilena del siglo XX.

... el *campo intelectual*, a la manera de un campo magnético, constituye un sistema de líneas de fuerza, esto es, los agentes o sistemas de agentes que forman parte de él pueden describirse como fuerzas que al surgir, se oponen y se agregan, confiriéndole su estructura en un momento dado del tiempo... Recordar que el campo intelectual como sistema autónomo o que pretende la autonomía es el producto de un proceso histórico de autonomización y de diferenciación interna, es legitimar la autonomización metodológica que permite la investigación de la lógica específica de las relaciones que se establecen en el seno de este sistema y lo integran como tal; equivale también a disipar las ilusiones nacidas de la familiaridad, al poner al descubierto que, como producto de una historia, este sistema no puede dissociarse de las condiciones históricas y sociales de su integración y condenar por ello toda tentativa de considerar las proposiciones que se desprenden del estudio sincrónico de un estado del campo como verdades esenciales, transhistóricas y transculturales. Una vez conocidas las condiciones históricas y sociales que hacen posible la

⁷⁰ *Ibid.*, p.143

⁷¹ *Ibid.*, p.146

existencia de un campo intelectual –una vez definidos, al mismo tiempo, los límites de validez de un estudio de un estado de este campo–, este estudio adquiere entonces todo su sentido, porque puede captar “en acto” la totalidad concreta de las relaciones que integran el campo intelectual como sistema.⁷²

Hoy más que nunca, la batalla de la memoria depende de que quienes realicen la re-escritura de los pasados como historiografía, sepan y puedan legitimar su recuento más allá del espacio académico o político de donde provengan. Específicamente, para que la reflexividad y maduración disciplinar logre llegar a la realidad social, es clave que el conocer las condiciones de producción del discurso de la institución historiadora, no sea el paso final, sino el trampolín hacia una sólida inquietud por la transferencia y los espacios compartidos donde Historia, historiografía y memoria se ensamblan en una sincronización momentánea.

⁷² Pierre, Bordieu, *Campo de poder, campo intelectual*, Argentina, Montessor, 2002, pp. 9 - 17.

4. Historiografías comparadas: el *total cero* de la historiografía chilena actual.

El revisionismo en historia no es la consecuencia de los prejuicios políticos o del gusto intelectual por la paradoja. Es el término de esta *política de la sospecha* mediante el cual las ciencias sociales deben exhibir su pertenencia a la ciencia con tanta más fuerza cuanto más discutida resulta. Y la particular fragilidad de la historia la expone en el límite de esta sospecha: la declaración de inexistencia de su objeto. El núcleo de una formulación revisionista en general se resume en una simple fórmula: *no sucedió nada tal como lo que ha sido dicho*.

Jacques Rancière

4.1 Del hoy

Entendido ya por qué creemos que la pregunta por el canon es una de las interrogantes claves para dialogar la actualidad postmoderna, establecida la historiografía intelectual chilena del SXI como el campo de fuerza dentro del que nos ubicamos, y desarrollados los análisis cuali-cuantitativos, resulta útil comenzar señalando que dentro de lo que se entiende por revisionismo historiográfico chileno, se deben distinguir ritmos críticos, énfasis divergentes, enfoques y panorámicas teórico-conceptuales diversas que no obstante, vistas en su conjunto, privilegian interpretaciones político holísticas de la historia nacional. Habría que añadir que este ímpetu crítico ha caracterizado una parte importante de lo que ha sido el debate público de los historiadores en encuentros, seminarios, manifiestos, reflexiones y otros formatos como el ajuste teórico que se ha hecho patente durante los últimos 25 años. Así también, otra característica de esta maduración historiográfica en el decir de Pinto, es que ha estado contextualizada por un gran incremento en la calidad y en la cantidad de

producción crítica; no obstante, las respuestas catalizadoras y epistemológicamente soberanas, no han sido tan frecuentes.

Es así como entre los autores consagrados que destacan en este amplio canon reivindicador aparecen, ya lo vimos en el capítulo dos, Gabriel Salazar, Luis Ortega, Sergio Grez, Pedro Milos, Tomás Moulián, María Angélica Illanes, Julio Pinto y todas las nuevas generaciones de exponentes de la “nueva historia social”. A su vez, resulta obligatorio nombrar como figuras contiguas a este núcleo de historiadores: José Bengoa (historiador y antropólogo), Sergio Rojas y Willy Thayer (Filósofos), Jorge Larraín (sociólogo), Diamela Eltit y Pedro Lemebel (escritores), Nelly Richard (crítica cultural), entre varios otros. Su argumentación, a modo de denominador común, y desde la cual reorganizan la mirada hacia los objetos de estudio, desestructura la habitual interpretación de los discursos establecidos sobre el pasado, y les permite articular una nueva lectura de la realidad histórica chilena contemporánea, del periodo decimonónico e, incluso, colonial y prehispánico en algunos casos. No por nada sus trabajos se abocan al bajo pueblo, al mundo marginal, a las minorías, a los silencios académicos, a las relaciones entre estética y política, a los estudios culturales, a la teoría crítica, a las discontinuidades históricas, a los poco revisados fundamentos filosóficos que rigen la reconstrucción profesional del pasado, a la formalización de los conocimientos por parte de los discursos dominantes y las instituciones que los difunden, al proletariado y sus nuevas versiones, a la variedad de grupos subalternos dentro de los denominados marginales, a la historia “desde abajo y desde dentro”, a la dialéctica entre identidad e identidades, y muchas otras alternativas. Con tal aproximación a la idea de un revisionismo historiográfico chileno actual, nos gustaría establecer un ejercicio comparativo que ilustre algunas de las tensiones -contradicciones para la mayoría- que encuadran esta nueva escena o contexto historiográfico actual. ¿Qué implicaría postular un revisionismo histórico y gráfico en que se incluyan -no antagónicamente- sino de forma complementaria las propuestas teóricas y las obras de los historiadores: Gabriel Salazar (Marxista) y Alfredo

Jocelyn-Holt (Liberal conservador)? ¿Qué lecturas podemos ensayar de estos –supuestamente opuestos– pensamientos críticos sobre nuestro pasado? Si se quiere, ¿dónde y cómo se topan, enfrentan, o fusionan la postura independiente, liberal, subjetiva y apasionada del pasado chileno de Jocelyn-Holt con la propuesta marxista, teórica, popular, “desde abajo y desde dentro” del premio nacional de historia Gabriel Salazar?⁷³

Por de pronto, y más allá de los encasillamientos políticos, nuestra argumentación es que al comparar al Premio Nacional de Historia 2006 Gabriel Salazar, como el liberal moderado Alfredo Jocelyn-Holt comparten –a pesar de la lógica– los siguientes puntos: i) rescatan líneas de pensamiento marginal o contestatario de forma explícita y constante; ii) desarrollan hipótesis que implican un replanteamiento radical de las habituales nociones de nuestra historia nacional como también de lo que implica la historiografía en términos epistemológicos y como herramienta de poder; iii) cuestionan la supuesta fortaleza histórica de nuestro país en cuanto soporte de la profundidad imaginativa como nación. Además, otro detalle que hace comparables las propuestas, es que ambos autores han desarrollado proyectos de largo aliento en los cuales cubren amplios periodos de la historia de Chile.⁷⁴ Aclaremos que la idea no es comparar los dos proyectos de *Historias generales* de estos historiadores, sino sus propuestas teórico filosóficas a niveles de estructuración de sus obras y de definición del oficio del historiador. Y por último, creemos que es muy útil el paralelo, ya que permite visualizar en la práctica cómo el signo ambivalente de nuestra época pre-define la posibilidad de una adecuada comprensión de cómo el pasado afecta nuestro acontecer actual y por venir.

⁷³ Gabriel Salazar Vergara (1936) es Ph. D. en Historia Social por la Universidad de Hull, Inglaterra. Estudió Historia, Filosofía y Sociología en la Universidad de Chile. Además, es el reciente Premio Nacional de Historia, Chile, 2006. Alfredo Jocelyn Holt Letelier (1955) es Ph. D. en Historia por la Universidad John Hopkins. Estudió además derecho en la Universidad de Chile e Historia en la PUC.

⁷⁴ Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile*, Santiago, Lom, 1999- 2005 (5 volúmenes) y Alfredo Jocelyn-Holt, *Historia General de Chile*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2000 – 2015. (5 Volúmenes).

Como señala Julio Pinto estos autores representan las dos grandes fuerzas de re-escritura actual.⁷⁵

En este sentido, lo primero que se debe responder es: ¿cómo hablar de objetos comparables? La respuesta es simple pero arriesgada: comparar a través de similitudes que no deberían ser. Si bien la propuesta parece inicialmente confusa, esta implica la discusión de una serie de supuestos que esperamos la liberen del asedio. En cuanto a lo que define un ejercicio de historia comparada, trabajamos a partir de los textos de Chris Lorenz, “Historiografía comparada: problemas y perspectivas”, *Memoria y Sociedad*, Vol. 9 No. 19, Julio Diciembre, 2005; Marc Bloch, “Comparación”, *Historia e Historiadores*, Madrid, Akal, 1999 y Marcel Detiene, *Comparar lo incomparable, Alegato a favor de una ciencia histórica comparada*, Barcelona, Península, 2001.

Por una parte, y según el clásico texto de Marc Bloch, la historia comparada tiene la virtud de potenciar muchas áreas del trabajo historiográfico. Por de pronto, menciona la capacidad para sugerir nuevas investigaciones, explicar supervivencias, interpolar curvas de evolución, investigar las influencias, establecer filiaciones, develar similitudes y diferencias evolutivas, como también para buscar las causas de todas las anteriores. En cuanto a Lorenz, quien sigue muy de cerca tanto el debate actual sobre el narrativismo, como la ya clásica propuesta de Bloch, lo importante es que el análisis de “historiografía comparada” –en distinción de historia comparada– retome su lugar en el debate de la institución historiadora; de hecho, gran parte de sus argumentos van desde la aplicación de este enfoque al espacio de la comparación nacional al de las obras de autores particulares. Además, es

⁷⁵ “De todos los que protagonizaron este proceso, y que por cierto incluyen tanto a los exiliados como a “los de adentro”, quien mejor simboliza (y según muchos encabeza) el nacimiento de la nueva escuela es Gabriel Salazar Vergara, cuya obra *Labradores, peones y proletarios*, publicada en 1985 luego de su regreso a Chile, emerge como una suerte de paradigma de la nueva propuesta. ... Un historiador que hasta cierto punto resume en su obra algunos de los aspectos más visibles de la renovación experimentada por la historia política y la historia cultural, y que además se constituyó en uno de los exponentes más reconocidos de la disciplina durante la primera década de transición democrática, fue Alfredo Jocelyn-Holt.” Julio Pinto, *Cien años de Combates y Propuestas. La historiografía Chilena del Siglo XX*, México, UAM, pp. 82 -83 y 94.

rescatable la idea de que la historiografía comparada pueda ser un género particular dentro de la discusión actual sobre tipologías, o como una suerte de aplicación de la teoría y la filosofía a lo práctico y medible. En palabras del historiador holandés,

Ubico a la *historiografía comparada* como un género en relación a una tipología que clasifica teorías de historiografía sobre una secuencia extendida de lo general y filosófico a o particular y empírico.⁷⁶

Por otra parte, y quizás lo más importante, es que este tipo de análisis logra reducir gran parte de las variables a pocos puntos de tensión, lo que finalmente se puede traducir en un movimiento crítico de bastante legitimidad,

Cuando la comparación es adecuadamente trabajada, se obtiene algo muy importante: corta las preocupaciones y los problemas a *lo justificado*, dimensionada al tamaño correcto por medios empíricos y racionales. Lo hace a través de su ubicación en una perspectiva general y por medio del establecimiento “relativo” de sus terrenos factuales. Así, la comparación coloca al relativismo en un contexto y con ello provee una perspectiva crítica y reflexiva. Al revelar los fundamentos sociohistóricos del escepticismo, al mismo tiempo crea su antídoto.⁷⁷

En síntesis, creemos que al hablar de revisionismo historiográfico en el Chile actual, se debe ampliar la noción *esencialista* (chilena) del término, los componentes y los resultados que se esperan de una postura de este tipo; a riesgo de caer en los mismos problemas que hoy se critican: el autoritarismo político-historiográfico permanente, la manipulación de la memoria oficial, la fosilización de los departamentos de Historia universitarios, la limitación de las imágenes país y la usurpación de los proyectos nación, entre otros. Lo justificado de la comparación, siguiendo a Lorenz, no está en la diferencia política evidente de estas dos puntas del ejercicio, sino en los invisibles y poco

⁷⁶ Chris Lorenz, “Historiografía comparada: problemas y perspectivas”, *Memoria y Sociedad*, Vol. 9, No. 19, Julio Diciembre, 2005, p. 36 Si notamos entre el texto de Marc Bloch, “Comparación” publicado originalmente en *Revue de Synthèse*, junio, 1930, pp. 31 - 39 y el de Lorenz hay ya casi ocho décadas de diferencia, no obstante la relevancia del primero sigue intacta.

⁷⁷ Chris Lorenz, *op. cit.*, p. 44 El énfasis es nuestro.

esperados espacios comunitarios de ambos. Tanto los prototipos analíticos como los paradigmas metodológicos rígidos, si bien útiles por muchas décadas para abrir las visiones del pasado y las posibilidades de cualquier presente, deben ser reestructuradas para que renueven su vigencia analítica y humana. Postulamos estar frente a un revisionismo historiográfico ecléctico, constituido por varias formas o tipos de pensamientos contestatarios, pero no totalmente antagónicos, de implementar este análisis no oficial –pero lúcidamente desprendido– del estudio y toma de conciencia sobre el tiempo que ya fue y, del hoy.

4.2 ¿Oficialismo o revisionismo crítico?

En primer lugar queremos dejar en claro que nuestro uso del concepto revisionismo, corresponde a un uso literal y no sujeto a lo que ha sido el caso de algunos sectores de la historiografía alemana o inglesa en las cuales este término se vincula a una revisión reaccionaria y que cuestiona el genocidio, las muertes masivas y al nazismo. Es decir, estamos pensando en un espíritu crítico sobre el pasado que ajusta constante y críticamente –en el presente– sus formas de recuperación de este ayer, asumiendo plena conciencia de su proceso de escritura y que finalmente asume una responsabilidad (política en lo fundamental) sobre la fijación de las imágenes propuestas. En palabras de Jacques Rancière, se trata de una “política de la sospecha” que interroga la frágil inconsistencia del sujeto histórico (e historiográfico) a través de la violenta fórmula de “no sucedió nada tal como lo que ha sido dicho”. Bajo esta última precisión técnica, y como ya adelantamos, es que hemos articulado un análisis comparado que permita, valga la redundancia, revisar comparativamente este revisionismo historiográfico chileno actual,

Es el término de esta política de la sospecha mediante el cual las ciencias sociales deben exhibir su pertenencia a la ciencia con tanta más fuerza cuanto más discutida resulta...El núcleo de una formulación

revisionista en general se resume en una simple fórmula: *no sucedió nada tal como lo que ha sido dicho*.⁷⁸

Más que no haber ocurrido, el pasado se explica hoy en la interrogación que apunta hacia el ajuste epistemológico y a la pérdida de la inocencia o virginidad historiográfica; el pecado y la violencia ya fueron perpetrados, reconocidos y están en evidencia; ahora, resta que la política de la sospecha devenga en una recuperación de la palabra y la historicidad quebrantada tanto en la escritura del pasado como en la imaginación de cualquier ser posible.

La trayectoria de Gabriel Salazar se remonta como referente historiográfico a poco después del golpe de Estado de 1973 hasta nuestros días y se engarza hacia atrás con la corriente marxista clásica de Hernán Ramírez, Julio César Jobet, M. Segall, Luis Vitale, y hacia delante con toda la tumultuosa escuela de historia social vigente. Su obra –de inspiración co-marxista como él mismo sostiene⁷⁹– es uno de los puntos de referencia históricos y escriturales claves a la hora de intentar cualquier acercamiento a nuestro pasado reciente y lejano. No a modo de plantilla o paradigma de conciencia fija como habla este historiador, como un *solo* sujeto histórico, sino en cuanto eje estructural de una argumentación tan amplia como necesaria y que se encuentra “preñada” de una historicidad que no ha sido totalmente descubierta o asignada. En lo inmediato, las conexiones entre la definición de revisionismo propuesta con las ideas de Salazar son bastante evidentes: de la “política de la sospecha” del filósofo francés a la enfermedad de la memoria constatada por el chileno, del no sujeto del primero, a los sujetos subalternos del segundo, y del no lugar a la pertenencia, etc. A nuestro juicio, lo más significativo de la proposición de este autor es la permanente discusión sobre la asignación de valor histórico como también la evaluación de los diferentes marcos teóricos posibles. El mayor problema, la excesiva valoración del sujeto popular como único referente a la hora de definir la historicidad.

⁷⁸ Jacques Rancière, *Los nombres de la historia. Una poética del saber*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1993. p. 49 El énfasis es nuestro.

⁷⁹ Luis Moulián, *Gabriel Salazar. 6 Asedios a la Historia desde abajo*, Santiago, Factum, 1999. p. 172

Con respecto al análisis discursivo de este historiador, es interesante notar cómo Salazar ha privilegiado durante toda su obra una constante teórico-reflexiva; desde su *Memoria para optar al título de profesor de Estado en la asignatura de Historia, Geografía y Educación Cívica*, titulada “El Historiador y la Historiología Filosófica” (1963) y después de su tesis doctoral, *Labradores, peones y proletarios* (publicada por Sur en 1985), y pasando por *Violencia popular en las grandes Alamedas* (1995), *Historia contemporánea de Chile* (1999), *La Historia desde abajo y desde dentro* (2003) como en *Construcción de Estado en Chile* (2006). En esta línea, las obras que consolidaron la disidencia socio epistemológica de Salazar y sacudieron la escena teórica fueron *Labradores, peones y proletarios* y *Violencia popular en las Grandes Alamedas*. Quizás de los libros más discutidos dentro de la izquierda intelectual y académica de la época, estas obras diagnostican las falencias por parte de la historiografía tradicional y además proponen una alternativa historicidad dentro de la figura del pueblo chileno y de los distintos subgrupos e identificaciones que lo conforman. Estos registros permitieron sentar las bases de lo que es una buena parte de la armazón teórica actual de Salazar como de todas las generaciones de la “nueva escuela de historia social” donde es el mayor referente. En cuanto al primer libro, es clave detenerse en el hecho de que el mismo autor explicita que la necesidad de desarrollar una ciencia del pueblo –suerte de sustituto de la historia y de la historiografía– es un logro mucho más difícil de lo aparente y que además es un objetivo de por sí *mutante*.

Pero desarrollar la ciencia del pueblo, puede ser un objetivo más complejo y *mutante* de lo que parece a primera vista. Así, por ejemplo, si se adopta mecánicamente el materialismo histórico, puede ocurrir –como ha ocurrido–, que por dar curso forzoso a determinados procedimientos metodológicos, se conduzca la investigación por un camino lateral al planteado originalmente.⁸⁰

A su vez, en referencia a la segunda obra, el ejercicio de reasignación valórica ya se asume clave para entender las sucesivas ampliaciones y ajustes de esta misma discusión teórica sobre la historicidad de los sujetos y de los que

⁸⁰ Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, SUR, Santiago, 1985. P. 8 El énfasis es nuestro.

llevan a cabo los estudios. No menor es el dato que este autor desde hace más de dos décadas viene señalando que Chile es “un país mal estudiado”. Situación que claramente tiene implicancias profundas tanto para la hegemonía cultural e identitaria, como para las posibilidades de configurar una comunidad que, se podría decir, ha superado una fuerte dictadura, una transición y ahora se encuentra en, otra vez, un nuevo punto de partida. Inicio que la obliga a asumirse como problema y como solución del mismo; doble militancia que hace aun más complicado el comprender las distintas perspectivas o paradigmas sobre el pasado. Es decir, si no comprendemos como operan las distintas epistemologías conservadoras, liberales o marxistas no podremos ser capaces de enfrentarnos ni a sus cálculos científicos ni a sus metáforas interpretativas. Una vez solucionado ese problema, podremos enfrentarnos en la enunciación de la verdadera historicidad.

En rigor, el dilema señalado se refiere a la necesidad de optar entre dos perspectivas teóricas: la histórica y la ahistórica. Ambas perspectivas (o actitudes, o paradigmas) han trazado líneas diversas de tradición política en Chile... La tradición ‘ahistórica’ ha enlazado movimientos tales como el de los “pelucones”, el de los “conservadores”, el de los “oreros”, la “coalicción conservadora”, el “desarrollismo”, el “monetarismo”, el “nacionalismo”, el “liberalismo” y ahora el “neoliberalismo”. La tradición social-historicista, por el contrario, se ha entretelado sobre movimientos como el de los “pipiolos”, los “liberales rojos de 1850”, los “demócratas” de 1900, los “mutualistas” y todas las variedades del frente de trabajadores (...) Pero, en los hechos –otra vez–, no ha sido así. De modo que la hegemonía del paradigma ahistórico ha creado condiciones concretas para que el movimiento popular chileno –identificado fuertemente con el paradigma subordinado y desplazado– no pueda formalizar adecuadamente su proyecto social, estancándose así como un actor masivo, territorialmente inundante, pero premoderno y sin estatura nacional por sus actuaciones... El problema de cómo una equivalencia epistemológica de dos paradigmas complementarios se transforma en los hechos en una desigualdad de comportamiento social medida históricamente, no es, como puede apreciarse, un problema nimio ni puramente académico. Fácilmente tiene que ver con un

problema trascendente y estratégico de la sociedad chilena, como es la historicidad de su considerable movimiento popular.⁸¹

En cuanto a la propuesta que hizo Salazar en su *Historia Contemporánea de Chile* (5 volúmenes publicados entre 1999 - 2002)⁸², este autor no plantea saberes objetivos y menos un conocimiento definitivo sobre los temas de estudio o los análisis desarrollados, sino más bien una reinterpretación temática y esencialmente crítica que sea capaz de reasignar o reconocer la legitimidad histórica de amplios sectores de la población que habían sido marginados del recuento tradicional del pasado⁸³. Así mismo, es claro en señalar que asumen una perspectiva “desde abajo” aunque no marginal a partir de la que discute la carga histórica, la legitimidad y la historicidad de los personajes habituales de la historia –elites hegemónicas, sectores tradicionales– como de los nuevos exponentes que ellos plantean como ejes de sus trabajos: el “ciudadano común”, “la mayoría inferior”, “los más modestos” y “el bajo pueblo”. En fin, en palabras del autor, todos aquellos sectores que evidencian la “urgencia” masiva de la humanidad. Por esto que dice pensar el devenir humano como una serie de problemas no resueltos y no como una simple narración de fechas, personajes y documentos oficiales; recolección y análisis a partir del cual cada generación puede, y debe, reinterpretar su síntesis particular: “su época”.

En última instancia, Salazar promueve nuevamente la reinterpretación habitual de los acontecimientos que construyen la base de nuestra historia oficial. Esquema con el cual se oponen a la simple narración de los hechos. También –y esto es clave– reconoce que es imposible una historia que cubra todo lo relacionado con el caso de estudio. Eso sí, sin sacrificar la idea de que se puede intentar responder soberanamente los problemas históricos y así asumirnos como sujetos de ella. Razones de sobra para ver cuán cercana es la

⁸¹ G. Salazar, *Violencia Popular en las “Grandes Alamedas”*, Santiago, Sur, 1990, pp. 23 - 25. Para entender lo que significó la publicación de este libro dentro del debate historiográfico en general y político, dentro de la izquierda en particular, ver Luis Moulián, *op. cit.*

⁸² Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia Contemporánea de Chile*, Lom Santiago, 1999 Para el caso de este ensayo, y con objeto de homogenizar la escritura, se asumió como singular la figura del autor.

⁸³ Gabriel Salazar y Julio Pinto, *op. cit.*, p. 7

postura de este autor en comparación con, como veremos, lo planteado por Jocelyn-Holt. Dejemos que Salazar hable por él mismo:

Esta historia quiere asumir los problemas históricos de Chile desde la **urgencia reflexiva del ciudadano corriente**... En cierto modo, es una historia mirada “desde abajo”; pero no desde la marginalidad, porque el ciudadano, en una sociedad, no es ni puede ser periférico a nada que ocurra en ella... Este trabajo quiere, por lo dicho, ser una ayuda para **pensarnos históricamente**. Para **pensarnos como problema**, no para pensar nuestras glorias ni para inventar detalles meticulosos de cada suceso digno de memoria. Quiere ser en suma, nuestra historia como historicidad viva, abierta, latente; no como un pasado que, por la razón que sea, no debemos olvidar. Pues hoy necesitamos, con urgencia creciente, asumir la historia como sujetos de ella. Pero no como ciudadano-masa, ni fatigado ciudadano-lector, sino como ciudadanos protagónicos, integrales, de máxima dignidad y creciente poder, impulsados por la responsabilidad de responder “soberanamente” los problemas de su propia historia...⁸⁴.

Otro hito importante en el desarrollo productivo de este revisionismo Salazariano lo constituyó la aparición, recién iniciado el año 1999, del primer *Manifiesto de Historiadores*; hasta la fecha van cuatro. El documento –publicado como artículo junto a una compilación de ensayos– alude al problema que se produce cuando se hace evidente la manipulación de la historiografía por parte de cualquier sector de la sociedad chilena al difundir e instaurar autoimágenes de país que responden sólo a una parte del todo al que se hace referencia. En este caso puntual, desde la derecha política y a través de la figura conservadora –pero antioligarca– del historiador Gonzalo Vial Correa.⁸⁵ También se critica

⁸⁴ Gabriel Salazar y Julio Pinto, *op.cit.*, pp. 10-11. El destacado es nuestro. Para apreciar la importancia e irradiación que logró este debate en torno a esta interpretación de la historia chilena, ver *Cuadernos de Historia* No. 12, Universidad de Chile, Santiago, 1999; Germán Alburquerque, “Los debates de la historiografía chilena en el umbral del siglo XXI”, *Mapocho*, No. 55, Santiago, 2004.

⁸⁵ Gabriel Salazar y Sergio Grez, compiladores, *Manifiesto de Historiadores*, Santiago, Lom, 2000, p. 7 Los otros manifiestos son:

- VV.AA, “Manifiesto de Historiadores II: Contra los que torturan en nombre de la Patria”, Santiago, 2004. Documento electrónico.

- VV.AA, “Tercer Manifiesto de Historiadores. La dictadura militar y el juicio de la Historia”, Santiago, 2007. Documento electrónico.

fuertemente la “Carta Abierta a los Chilenos” de Augusto Pinochet por su tergiversación flagrante de la verdad al usar malintencionadamente palabras y conceptos como “gesta heroica”, “alma nacional”, “cáncer marxista”, “guerra civil”, etc.

Por su parte, una de las últimas publicaciones de Salazar, *Construcción de Estado en Chile 1800 - 1837*, constituye el más grande desafío teórico práctico a la tradición historiográfica nacional. Casi a modo de una historia de la historiografía chilena alternativa, el primer capítulo de este libro hace tabla raza tanto con todos los referentes de lo que ha sido el trabajo de los historiadores chilenos desde mediados del SXIX hasta la fecha, como de las instituciones en las que se ha albergado. A partir de un constante y repetitivo cuestionamiento de la legitimidad de la memoria oficial, y del trabajo de la gran mayoría de la plana más alta de la jerarquía historiográfica chilena (Barros Arana, los hermanos Amunátegui, Medina, Espejo, Pereira, Jara, Heisse, Mellafe, Góngora, Villalobos y de Ramón entre otros) casi se podría decir que hay una anulación total de la labor de los historiadores chilenos de los siglos XIX y XX.

De hecho, se descuera a la gran mayoría de las figuras claves de la historiografía chilena, partiendo por el “padre” Diego Barros Arana a quien se cataloga de “oligarca”, “sepulturero” y “creyente pelucón”, pasando por la historiografía liberal decimonónica que no sobrepasa la categorización de “anecdótico lateral”, “el trío conservador”, “la historia universitaria”, hasta llegar al presente. Estructurada sobre el análisis del periodo o “Tiempo madre” (1810 - 1837) y de la posterior utilización e interpretación de esta unidad temático-conceptual, Salazar desarrolla una desvirtuación de la que debería ser la verdadera memoria nacional, desacreditando la versión hegemónica tradicional del pasado chileno. Valga la pena señalar que desde la perspectiva de este historiador incluso la propuesta de la Concertación de partidos por la

- VV.AA, “Manifiesto de historiadores por la causa mapuche”, Santiago, 2009. Documento electrónico.

- Luis G. De Mussy y Miguel Valderrama, “Historiografía Postmoderna, un manifiesto” en *Historiografía Postmoderna. Conceptos, figuras, manifiestos*, Santiago, Ediciones Universidad Finis Terrae-RIL, 2010.

democracia y el gobierno de la socialista Michelle Bachelet es visto como oficialista y heredero del esquema mental de la postdictadura.

...la memoria política de la nación está enferma... **la memoria política de los chilenos debe ser, por tanto revisada e intervenida** ...¿Cómo mostrar y dejar en plena evidencia el lado oscuro de los héroes y los estadistas 'oficiales' del país? ¿Cómo rescatar del olvido y el oprobio los valores y los héroes que expresaron y expresan la soberanía de los pueblos?... De momento, parece ser una tarea de historiadores. ¿Y qué hemos hecho los historiadores al respecto?.⁸⁶

En esta línea, la propuesta de este historiador desde abajo, es dividir en cinco *nudos de debate*, lo que podría ser una interpretación paralela de la evolución y de los logros, en este caso inexistentes, del gremio chileno de historiadores. El primer nudo en la crítica,

¿Qué hemos hecho los historiadores? Preciso es decirlo: no mucho. Y esto se debe, en parte, a que **el "padre" de la historiografía chilena Diego Barros Arana**, escribió una monumental *crónica* en 16 tomos del tiempo madre y de sus antecedentes coloniales, relato que, apoyado sobre un amplio material documental y dividido en rigurosos periodos y secciones, abarca, casi toda la anchura de los procesos que estudió... Su credibilidad es mayor que la consistencia teórica de su hermenéutica... sus afirmaciones 'caracterizadoras' de una persona o situación -que son muchas, tantas como sus proposiciones empíricas- tienden a ser reiterativas y, a menudo, de gran simplismo, sobre todo porque, una con otra, engarzan tesis políticas subliminales que desnudan su afiliación oligárquica, mercantil y pelucona, que se trasluce notoriamente en su interpretación del periodo 1823 - 1837... **Es como si su calidad de historiador científico no hubiera podido sobreponerse a su condición de oligarca liberal y, en última instancia, de creyente pelucón...** Por más erudito y concienzudo que haya sido su trabajo historiográfico **Barros Arana fue**, sin lugar a dudas, en relación a la fase constituyente del tiempo-madre que aquí se comenta, **un intelectual antidemocrático, el primer mitificador de la imagen pública de Diego Portales y Joaquín Prieto y el sepulturero de los próceres e ideales del movimiento liberal democrático del periodo**

⁸⁶ G. Salazar, *Construcción de Estado en Chile 1800 - 1837*, Santiago, Sudamericana, 2006, p. 21 El destacado es nuestro.

1823 - 1830. Sin duda alguna, este historiador ha sido uno de los principales artífices de la (perversa) memoria política de Chile.⁸⁷

El segundo nudo en la crítica Salazariana,

Reducida la historiografía crítica liberal a un **anecdotario lateral...** De nada sirvió que el profesor Alejandro Venegas, el médico Nicolás Palacios el ingeniero Tancredo Pinochet Le Brun, el industrial Luis Aldunate y el latifundista Francisco Antonio Encina denunciaran que la crisis tenía más profundidad histórica que la que denunciaba Ross...⁸⁸

El tercer nudo en la crítica,

¿Qué hicieron los historiadores durante esta nueva coyuntura constituyente? Unos, siguiendo la huella de Barros Arana (Toribio Medina, Juan Luis Espejo, etc.) se concentraron en la recopilación archivística, la monografía erudita y la genealogía oligarca. Loable trabajo, sin duda, pero, en esa situación, políticamente marginal. Otros, como el conocido trío formado por Francisco Antonio Encina, Alberto Edwards y Jaime Eyzaguirre, impresionados por la intervención energética de los nuevos "hombres fuertes", miraron hacia atrás en perspectiva y escribieron de retorno varios importantes "ensayos históricos", en los que no dudaron en estampar la huella de su intencionalidad política. ¿Cual es la plantilla madre de esas huellas? No hay que preguntarse demasiado al respecto: fue la idea de que el argumento central de la historia de Chile era el 'orden en sí' fundado por el gran estadista Portales... De este modo, bajo tal pedestal se podría decir cualquier cosa⁸⁹.

El cuarto nudo en la crítica, y quizás el que requiera de mayor profundización y estudio en el futuro cercano,

Por lo dicho, entre 1932 y 1973 prácticamente nadie se preocupó en serio de criticar, desnudar y combatir la patología interna de la memoria política chilena, ni las ambigüedades y confusiones que ella generaba entre los que intentaban hacer política de desarrollo económico y social en la compleja coyuntura histórica del periodo

⁸⁷ G. Salazar, *op. cit.*, pp. 28 - 30 El destacado es nuestro.

⁸⁸ G. Salazar, *op. cit.*, pp. 30 - 31 El destacado es nuestro.

⁸⁹ G. Salazar, *op. cit.*, pp. 31 - 32

1964 - 1973. ¿Qué hicieron los historiadores en ese periodo? ...la Historia de Chile tendió a convertirse de modo creciente en una disciplina académica cobijada en y subordinada a la institucionalidad universitaria...La tendencia general de la historiografía universitaria fue, por todo eso, eludir el estudio del tiempo presente, concentrarse en los tiempos lejanos (coloniales o postcoloniales), despegarse de las peligrosas ciencias sociales y convertir a Barros Arana o Toribio Medina en el paradigma historiográfico a imitar y reproducir... Se produjo así, una suerte de mitologización y fetichización de los datos, los archivos, las fuentes y los métodos... En ese contexto, cada "escuela historiográfica" exigió a sus seguidores el cumplimiento riguroso de sus normas, métodos y teorías (la de los *Anales* de Fernando Braudel, la "filológica" de Leopold Von Ranke, la cuantitativista de Pierre Vilar, Ruggiero Romano o Ernesto Labrousse, la marxista de José Stalin o Louis Althusser, etc.) y se abandonó el riesgoso tiempo presente para las 'generalizaciones' de las ciencias sociales y las "presunciones ideológicas" de aquellos que pensaban políticamente fuera o en los bordes de la universidad. Los principales historiadores chilenos del periodo (Mario Góngora, Néstor Meza, Eugenio Pereira, Álvaro Jara, Rolando Mellafe, Julio Hesse, Hernán Ramírez, Sergio Villalobos, Marcelo Carmagnani, Armando de Ramón, etc.) se volvieron, cuál más, cual menos, colonialistas, cuantitativistas, indigenistas, estructuralistas o institucionalistas, lo que los condujo a utilizar con todo esmero metodologías auxiliares derivadas del derecho, la estadística, la demografía, la economía, el materialismo histórico, etc. Es cierto que se avanzó en el conocimiento 'estructural' de la sociedad chilena del periodo colonial y en parte del siglo XIX y se profundizó monográficamente el estudio de ciertos procesos específicos (...) pero no se alteró la mitología de los grandes héroes y estadistas, ni se descontaminó la memoria política de las adulteraciones que la aquejaban⁹⁰.

Y finalmente el quinto nudo en la crítica,

¿Y qué han hecho o hacen los historiadores frente a la "**jaula de hierro**" que, según el sociólogo Tomás Moulián, dejó el general Pinochet como herencia a la gran masa ciudadana? En las últimas décadas, los historiadores no se han preocupado mucho, ni del tiempo-madre de nuestra historia ni del panteón tradicional de los héroes, sino de los *sujetos sociales* que han padecido, desde el fondo marginal de su ciudadanía, los rigores del cuadrifásico orden portaliano... Sin embargo, algunos historiadores se han preocupado

⁹⁰ G. Salazar, *op. cit.*, p. 35

por retomar esos viejos temas: uno (Alfredo Jocelyn-Holt) para asociar el patriciado mercantil de esos años (y de todos los tiempos) a la imagen amable y progresista de la 'modernización'... De modo que la soberanía ciudadana, golpeada y marginada por el golpe militar de 1830, olvidada o sepultada por las restauraciones de 1925 y 1973, a diferencia de la momia de Portales, no ha sido exhumada de su tumba.⁹¹

En resumen, ¿oficialismo o revisionismo crítico? No cabe duda que la respuesta es revisionismo crítico. Sin embargo, quizás habría que cuestionar cierta estrechez de criterio cuando este revisionismo se automargina y extrapola la historicidad del bajo pueblo a la única historicidad real. La subalternidad no es privilegio de ningún grupo o sector social, sino más bien, una condición humana potenciadora de la toma de conciencia y la búsqueda de soberanía. Lástima que al ubicarse fuera del espectro historiográfico, aunque sea para recuperar la voz, voluntad, o poder popular, Salazar se esté auto excluyendo de algunos que seguramente estarían más que dispuestos al diálogo histórico en una mayor cantidad de dimensiones posibles.

4.3 Historicidad y reflexión

En esto de postular por qué Alfredo Jocelyn-Holt es una figura clave del revisionismo, es debido consignar dos argumentos en su favor (i) el reconocimiento y respeto que manifiesta pública y explícitamente este "liberal moderado" para con el trabajo que han realizado autores -no todos historiadores- como Gabriel Salazar, Julio Pinto, Tomás Moulián, Gonzalo Contreras, Diamela Eltit, Nelly Richard, Patricia Verdugo, Hernán Valdés, Germán Marín y muchos otros "no oficiales" y, (ii) este autor usa y estimula el uso de marcos analíticos sugerentes y con una fuerte carga filosófica, lo que se materializa en un siempre inquieta visión del pasado.

El primer argumento, es una postura interpretativa poco frecuente entre pensadores que están habituados a prolongar los conocimientos tradicionales o

⁹¹ G. Salazar, *op. cit.*, pp. 35 - 37 El destacado es nuestro.

un tipo de saber establecido, como muchos de sus críticos argumentan en su contra. Idea, también, muy poco recurrente entre historiadores tradicionalistas o conservadores de cualquier tipo dentro del orden intelectual. Prueba de ello, son los numerosos artículos publicados en varios semanarios nacionales y revistas internacionales a partir de los cuales Jocelyn-Holt celebró, calibró y proyectó el valor de la obra de estos fantasmas dentro del *otro canon*, o suerte de selección de no-reconocidos. En este sentido, ilustrativa es la Carta Abierta al político de derecha Andrés Allamand en la cual este historiador enfatiza la necesidad –para cualquier político de gravitación– de conocer la diversidad de autores contestatarios al discurso oficial de los últimos años:

Tus editores tuvieron el buen criterio de no incluir un índice onomástico. Pinochet brilla por su ausencia, como si hubiera estado en Virginia Waters años y años atrás. De los militares, ¿qué se puede colegir de tu libro?, ¿Qué se puede colegir del país en general? Más allá de que grandes cantidades de personas suelen votar de vez en cuando, ¿te enteraste alguna vez de lo que pensaban, sus sueños, sus pesadillas, cómo se las arreglaban cuando estaban cesantes. Más allá de las palabras de buena crianza que a veces incluyes sobre el tema de los “desaparecidos”, ¿conversaste alguna vez con los abogados de la Vicaría, leíste alguna vez los libros de la Patricia Verdugo, el de Hernán Valdés? ¿Has oído hablar de la obra de Ariel Dorfman, Carlos Cerda, Gonzalo Contreras, Diamela Eltit, Germán Marín? ¿Qué te parecen sus metáforas? No te haces cargo de las reflexiones de Tomás Moulián ni del informe sobre el *Desarrollo Humano en Chile, 1998* del PNUD. ¿Te dan lo mismo? ¿Sientes que un político de tu gravitación puede prescindir olímpicamente de lo que dicen?⁹².

Ahora bien, en términos netamente historiográficos, Jocelyn-Holt rescata y valora la obra que han desarrollado –valga la redundancia– los historiadores Salazar, Pinto, Moulián (Tomás y Luis), Illanes y Bengoa entre otros varios colegas. Argumentación con la cual se establece y reconoce la historicidad del mundo marginal o alterno, y se ilumina esa cara oculta del “orden en forma”

⁹² Carta Abierta a Andrés Allamand en A. Jocelyn-Holt, *Espejo Retrovisor*, Santiago, Planeta, 2000, p.149

del cual se vale gran parte de la historiografía tradicional para encuadrar sus interpretaciones metahistóricas del acontecer. De hecho, resulta muy sutil el argumento de que habrían dos historias de la libertad, o al menos dos historicidades paralelas en el acontecer histórico nacional, no obstante, sólo uno, ha sido el que ha manejado las representaciones a nivel de país, sociedad e individuo. Postura que viene –también– a encuadrar a este pensador dentro de lo que entendemos como revisionismo.

Una reciente línea de investigación ha destacado además cómo este mundo *marginal* en buena medida se ve reforzado, alimentado, por las deficiencias del que podríamos llamar *orden en forma*. La hacienda chilena desde luego... Si entiendo bien esta línea de argumentación (pienso en Gabriel Salazar, José Bengoa, María Angélica Illanes, Julio Pinto), hay una suerte de *historia de la libertad* que dice relación con todo este mundo plenamente integrado y paralelo al *orden en forma* y a sus concepciones de libertad formuladas en sentido institucional. Dicho de otra forma, hay dos espacios de libertad que corren por cauces distintos y no logran amalgamarse... Insisto, el desorden es la otra cara, la cara oculta, del *orden en forma* que supuestamente ha prevalecido⁹³.

De lo anterior se desprende que este intelectual plantee marcos analíticos sugerentes y con una fuerte carga filosófica. Como veremos, uno de los logros mayores de la obra de Jocelyn-Holt es el haber renovado el debate tanto en términos de filosofía de la historia, de las responsabilidades políticas, de la libertad individual, y de la reflexión en el sentido netamente pluralista. De ahí también, que gran parte de sus posturas sobre la Independencia de Chile, sobre figuras como Diego Portales, José Victorino Lastarria, Diego Barros Arana, Francisco Antonio Encina, Alberto Edwards V., Mario Góngora D., Eduardo Frei M., Salvador Allende G., Augusto Pinochet U., Patricio Aylwin A., Eduardo Frei R., Ricardo Lagos E. y muchos otros personajes chilenos, como también sobre las crisis oligárquicas, los gobiernos de la Democracia Cristiana, de la Unidad Popular, de la dictadura militar y de los gobiernos de la transición democrática, saquen chispas y cuestionen gran parte de los supuestos bases

⁹³ A. Jocelyn-Holt, *El Peso de la Noche, Nuestra frágil fortaleza histórica*, Santiago, Planeta, 1997, pp. 192-193. El énfasis es del autor.

dentro del *establishment* académico, político e intelectual. Reafirmando lo anterior, es importante contextualizar la formulación y discusión de los postulados de este autor ya que si no se toma en cuenta el espíritu intenso, crítico y de cambio de fines de los ochenta y de comienzos de los noventa, es imposible encuadrar la mirada de este pensador. Tanto Jocelyn- Holt como Salazar fueron parte en 1994 y 1996 del grupo que revivió los *Encuentros de Historiadores* de la década de los ochenta, dando vida a la nueva época de los boletines que enmarcaban la discusión y actividad de estos coloquios. Encuentros que Salazar venía promoviendo desde su retorno a Chile. Esta participación reafirma la postura de que Jocelyn-Holt ya era parte –paralela y marginal si se quiere, pero gravitante– de ese espíritu contestatario que evidenciaba una necesidad de enfocar la historia hacia el presente y hacia las bases teóricas de la disciplina; y de ahí, a una materialización historiográfica que fuera capaz de dar sentido a las grandes problemáticas del país. Es una perspectiva que para la época ya buscaba el respeto por la historia, y que era capaz de enfrentar la “fobia al pasado”, el “espanto”, y la vergüenza de nuestro devenir reciente en virtud de una convivencia y una reconciliación inicial.

Si algo caracteriza la cultura chilena tradicional, es su profundo respeto por la historia... Por lo mismo, resulta extraño lo que viene dándose de un tiempo a esta parte: un deseo de enterrar y patologizar el pasado, un especie de fobia a todo lo que huela a pretérito... En efecto en Chile impera cada vez más un deseo de escaparse del pasado. El pasado nos produce vergüenza y hasta espanto...⁹⁴.

Su mirada busca la soberanía de conciencia y no le hace asco al “cadáver cataléptico” que representa nuestras tres últimas décadas, para qué decir cómo desprecia ese “rito necrófilo” de “sepultureros” en que los historiadores cuidan las tumbas de la verdad y el conocimiento. Para Jocelyn-Holt, la revisión pasa por tomar y asumir las responsabilidades que corresponden y vislumbrar explicaciones más que pretender justificar lo que ya no tiene cambio.

⁹⁴ A. Jocelyn-Holt, “Entierro Prematuro”, *Boletín de Historiadores*, Nueva Época, No. 1, 1994-1995

Otro ejemplo de lo inquietamente revisionista que es la escritura de la historia de Jocelyn-Holt, es la crítica visión con respecto a la supuesta fortaleza histórica nacional, planteada en el libro *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*. Aspecto que según este intelectual es esencial y determinante del devenir histórico chileno como nación republicana. En este ámbito, es muy importante mencionar cómo Jocelyn-Holt incorpora conceptos como la “historia oculta” de Chile, “lo brutal”, “el alto grado” de autoritarismo y violencia de Estado que demuestra nuestra sociedad a lo largo de los dos siglos desde el quiebre como colonia hispanoamericana hasta el presente. Así mismo, en este punto es importante volver a mencionar que este historiador está consciente de que en nuestro país existen grandes vacíos y manipulaciones historiográficas; por de pronto, todas aquellas que han desconocido las verdaderas causas de la independencia, el desorden inherente al supuesto “orden en forma”, las variadas facetas de Diego Portales y el uso que han hecho los historiadores conservadores de esta figura supuestamente “heroica”, entre otras.

En palabras del propio autor, lo necesario es repensar las distintas versiones que existen sobre esa misma historia chilena que nos abraza a todos. Alfabetizarnos historiográficamente. Entender las diversas narraciones que existen de los hechos pasados –no para elegir una– sino para intentar recrear esas extrañas estructuras y azares que nos determinan el hoy y pueden llegar a definir el mañana. Argumento que, por lo demás, nos lleva a pensar en la influencia –también sugerente y reflexiva– de otro gran ensayista, Mario Góngora, y su tesis sobre que la formación del Estado en Chile se anticipó a la creación de la nacionalidad, o en su propuesta sobre las planificaciones globales que se ve reflejada en el *Chile Perplejo*⁹⁵. Si se quiere, Jocelyn-Holt busca sintetizar las miradas “desde abajo” y “desde arriba” para recrear una nueva panorámica sobre nuestro pasado tanto reciente como lejano y remoto. Plataforma que, a su vez, involucra eclécticamente las diferentes historiografías existentes en una opción no excluyente sino complementaria y en que la

⁹⁵ Mario Góngora, *Ensayo Histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Editorial Universitaria, Octava Edición, Santiago de Chile, 2003.

interrelación de las diferencias ilumina aquellas estructuras hegemónicas que no podemos distinguir a partir de los relatos sectarios del pasado. En pocas palabras, este autor pretende unir enfoques con el fin de aprehender mejor -repensar y re-escribir en sus palabras- ese “todo envolvente” que sería nuestra historia.

Me parece fundamental pues **repensar la historia** de éste, nuestro país. **Repensarla** en el sentido de **entender las dos versiones** que he reseñado, la que pone énfasis en el orden y la que lo niega. **No** con el fin de **elegir una de otra**, sino más bien en el sentido de pensarlas como constitutivas de una explicación que incluso las trasciende, una explicación en que **orden y desorden forman parte de un todo más envolvente y complejo y que habría que desentrañar...** Por consiguiente, intuyo que lo que **las distintas historiografías** han llamado orden y desorden proporciona un material de extraordinaria riqueza, que, **visto desde una perspectiva que atiende a su dinámica interrelación, podría ayudar a descubrir estructuras más profundas** que las que hasta ahora hemos manejado, configurativas de un orden infinitamente más intrincado, pero no por ello menos accesible⁹⁶.

En este sentido, es clave reafirmar este punto citando la obra *Historia General de Chile* ya que este trabajo implicó posicionarse dentro de las ligas mayores de la historiografía nacional asumiendo un desafío enorme: darle una nueva lectura a los hechos que ya todos conocen.

A lo que verdaderamente aspiro es a desentrañar el *sentido*, el filosófico, cultural y metahistórico, que pueda explicar nuestro devenir histórico a partir de un silencio histórico, mítico y poético inicial. Lo que propongo, en definitiva, es una *historia del sentido de la historia* de este país⁹⁷.

Como señala Rolf Foerster, lo que hace este autor es plantear una nueva pauta conceptual con la cual entender y buscar explicaciones sobre nuestro pasado. Paradigma que escapa de las ultra conocidas explicaciones sobre lo que

⁹⁶ A. Jocelyn-Holt, *El Peso de la Noche, Nuestra frágil fortaleza histórica*, p. 202-203. El énfasis es nuestro.

⁹⁷ A. Jocelyn-Holt, *Historia General de Chile*, Tomo I, Santiago, Planeta, 2000, p. 23

han sido nuestros siglos de vida prehispánica, colonial y republicana⁹⁸. Por último, también podemos confiar en el mismo Jocelyn-Holt y reconocerle que su espíritu sí quiere ser parte de una revisión de lo que nos constituye y determina como chilenos del SXXI. Dejemos al autor:

¿Qué es la historia si no un conjunto de propuestas interpretativas que corresponde revisar, una y otra vez, porque de lo contrario la esclerotizamos, y eso, ¿a quién le sirve? La historia que aspira a una mayor calidad, en cambio, nos emplaza o nos lleva a repensarlo todo de nuevo; a menudo, incluso porque se atreve a incurrir en errores...Invoco a Amunátegui porque su aporte es reflexivo, sea no verificable lo que plantea. Propuestas interpretativas como las suyas suelen ser válidas porque las anima una inquietud ética política, filosófica moral, todavía elocuente; porque por muy erradas o sobrepasadas, dan con lo medular, con ciertos temas reiterativos; en fin, porque apuntan a sentidos históricos suficientemente condicionales como para no descartarlos, no aún. Equivocado o no, Amunátegui se resiste porque se hizo a sí mismo preguntas duras. No se fue por las ramas; no se adentró en el bosque papelerero documentalista sin que supiera más de él; tampoco se lo tragó ese hoyo pantanoso de la minucia microhistórica anecdótica (lo que antiguamente llamábamos *petit histoire*). Amunátegui simplemente *ensayó* hipótesis; estuvo dispuesto a equivocarse, o bien, a dar justo en el clavo⁹⁹.

Si todo lo anterior no es revisionismo, si el pensar la historia como una serie de propuestas interpretativas que hay que “revisar”, si las inquietudes filosóficas, y las resistencias narrativas, si el evitar el “bosque papelerero

⁹⁸ “Esta Historia de Alfredo Jocelyn-Holt es un intento por escapar a esta jaula de hierro, por subvertirla. Para ello, el único camino es construir una trama inédita que permita nuevos recorridos, algunos insospechados, y como veremos, inaceptables para la escuela tradicional de nuestra historiografía... ¿Estamos preparados para una “nueva historia” donde el mito y la religión no sean puro opio o excelsa ideología? ¿Se han dado las condiciones sociales y culturales para una nueva historia donde la voz de la razón vaya de la mano de la voz mítica y poética? ¿Es posible una nueva historia donde las “dimensiones étnicas” de Chile puedan estructurar una trama dialógica... Esta “nueva historia” no escapa, como tampoco la del “viejo tipo”, de los ámbitos ético y político y por una razón poderosa: la narrativa histórica es el modo como se controlan las categorías básicas de la comprensión: el tiempo y el espacio. Introducir en esa narrativa el criterio de que los hombres son dueños de la historia, es sin duda “desmitificador”. Rolf Foerster, “Alfredo Jocelyn-Holt: *Historia General de Chile, El retorno de los dioses*, Tomo I”, CEP, No. 85 verano 2000, pp. 293-295.

⁹⁹ A. Jocelyn-Holt, *La Independencia de Chile, Tradición Modernización y Mito*, Santiago, Random House Mondadori, 2009. Prólogo a la nueva edición, pp. 15 y 17. En énfasis es del autor.

documentalista”, o la luminiscencia de la micro historias, o si el cambio de prioridades no es una vocación explícita y real por re-escribir la historia, habrá que volver a pensar qué implica realmente el término revisionismo.

4.4 Total cero

Las conclusiones preliminares que desprendemos de este análisis comparativo de fuentes primarias, y que pueden ser vistas también como proyecciones a continuar son dos. En primer lugar, confirmamos la hipótesis que el revisionismo historiográfico chileno vigente está compuesto por más de un énfasis teórico y por una gran diversidad de facetas o representantes. Además, se demostró cómo los dos historiadores analizados Gabriel Salazar y Alfredo Jocelyn-Holt comparten, a pesar de la supuestamente alteridad radical de sus propuestas, al menos tres similitudes que no deberían ser:

- i) rescatan líneas de pensamiento contestatario;
- ii) replantean nociones básicas de la historia y a historiografía nacional y,
- iii) cuestionan la fortaleza histórico- imaginativa del país. En segundo lugar reafirmamos la utilidad del ejercicio de historiografía comparada para aproximarse a la realidad chilena actual.

Habiendo eliminado al Diego Barros Arana, el “padre” (como lo hacen ambos, tanto Salazar como Jocelyn-Holt) y a casi gran parte de las tradiciones dentro de la historiografía chilena, no queda otra posibilidad que comenzar el peregrinaje desde el total cero o esencia crítica neutra pero reflexiva, hacia una búsqueda constante de las migajas que conduzcan a los debates que hoy en día le dan movimiento a la historiografía chilena. Contexto revisionista o de una “política de la sospecha” que duda –más allá de quienes sean sus exponentes– de gran parte de los esquemas, técnicas y escrituras que han fijado numerosos

relatos sobre el pasado nacional, como así también de la división forzada entre Historia e historias o a cerca de las “dinámicas de repetición y divergencia” que han caracterizado el estudio y caracterización de Chile y lo chileno. En este sentido, si proyectamos el análisis que hace Herman Herlinghaus de la escena historiográfica vigente, podemos proponer una interpretación de la obra de Gabriel Salazar y Alfredo Jocelyn-Holt como la de dos “historiadores punta”. Es decir, como autores que sobrepasan la determinación de sus orígenes personales y de sus opciones filosófico metodológicas, en una entrega o “re-narración crítica” de las “políticas de la memoria” que los determina, y que les permite incorporar propuestas inicialmente opuestas. No gratis, sus escrituras facilitan el imaginar un “Chile alternativo”¹⁰⁰, en el cual la memoria va trenzando soportes teóricos con la flexibilidad y la solidez de un buen encuadre fotográfico.

En vista de las dificultades de poder imaginar un ‘Chile alternativo’, la re-narración permite preguntar por espacios intermedios, zonas inseguras, detectando moldes, dispositivos, recurrencias y relatos reprimidos los que se ubican debajo de las dinámicas constituidas. Re-narrar significa reimaginar lo histórico como escenario abierto y anticiparse a las lógicas de naturalización o normalización... ¿Cómo visualizar un diálogo, epistemológico y ético, entre unas políticas alternativas de la memoria cuando éstas se articulan en diversos lugares de la modernización desigual? ¿Cómo se asumen las paradojas de los escenarios en donde la dominación del discurso de la crisis se ha vuelto particularmente inestable? ¿Cómo es posible hablar desde y al mismo tiempo más allá de los traumas vividos desde los ajustes a la modernidad neoliberal... Reflexionar sobre políticas alternativas de la memoria, exige ver que las relaciones entre ‘tiempo real’ y ‘tiempo imaginado’, entre lazos existentes y pertenencias soñadas, entre ‘Historia’ e ‘historias’ no admiten una imagen de confluencia sino de permanente... Acceder a la historicidad requiere asumir las dinámicas de ‘repetición’ y divergencia conjuntamente”.¹⁰¹

¹⁰⁰ Hermann Herlinghaus, *Renarración y descentramiento*, Iberoamericana, Alemania, 2004, p. 164.

¹⁰¹ Hermann Herlinghaus, *Ibid.*

Resulta notable la propuesta sobre la disputada historicidad de la comprensión histórica en postdictadura planteada por Herman Herlinghaus, ya que nos alerta de cómo operan gran parte de los desafíos actuales en cuanto modernidad revisada y disciplina moribunda. No obstante, tanto Jocelyn-Holt como Salazar plantean que uno de los objetivos principales de la ciencia histórica es solucionar preguntas, problemas si se quiere, y de ahí derivar algunas respuestas transitorias y tomas de conciencia sobre el pasado que sean aplicables en el presente. Argumentación que, es debido puntualizar, fue discutida al demostrar cómo estas similitudes que no deberían ser permitían delimitar algunas fronteras internas de la disciplina no caracterizadas previamente: esas similitudes que no debería ser entre la nueva historia social (de izquierda) y su vertiente cultural política (más liberal conservadora). De lo anterior que se pueda hablar de una suerte de *total cero* o aporía revisionista desde el cual se está saliendo hacia una nueva (otra), y al parecer más fuerte, posibilidad de conocer y utilizar correctamente la información sobre cualquier pasado chileno.

Así también, reafirmamos la utilidad de este ejercicio de análisis comparado como medio de acercamiento a la realidad historiográfica chilena actual. Decimos esto, ya que este mecanismo nos permitió entender y visualizar –a la luz de dos focos– una buena parte de las versiones interpretativas que hoy en día debaten los historiadores sobre acontecimientos recientes y lejanos.

Cuanto más imposible nos parezca hacer abstracción de nuestro régimen historiográfico, más urgente nos parecerá analizar sus componentes, discutir su unicidad aparente e interrogar las suposiciones, a fin de observar con la constante lucidez las modalidades de conciencia de sí misma que adopta una sociedad, sea cual sea, a través de la construcción del tiempo o de la percepción del pasado.¹⁰²

En pocas palabras, y nuevamente pensando en la idea de un total cero o espacio de la catástrofe constante, justificamos la historia comparada como el

¹⁰² Marcel Detienne, *Comparar lo incomparable. Alegato a favor de una ciencia histórica comparada*, Barcelona, Península, 2001.

juego de espejos o de “alteridad radical”, ya que obliga al observador-lector a salirse de las lógicas de análisis y a buscar la posibilidad de superar el trauma de una reconstrucción limitada y limitante, donde los borbotones de figuras y autoimágenes mutiladas se reconocen y se ensamblan en la trenza donde las “políticas alternativas de la memoria” asumen su vertiginosa posibilidad de conciencia:

La pregunta, sin embargo, que surge de esto, es: **¿Qué tipo de orden debe desentrañar el historiador hoy?**, toda vez que se han desacreditado las viejas ideas providencialistas y/o positivistas de orden. **Una alternativa posible** -no descarto otras- **es pensar la historia como un medio para tomar conciencia de una complejidad mayor, aquella que las autoimágenes generalmente míticas nos ocultaban.** Lo cual quiere decir que es esencial tratar de entender los fenómenos del modo más intrincado posible, si que ello signifique un impedimento cognoscitivo, sino una manera que haga más posible el conocimiento¹⁰³

La historicidad de la comprensión, una vez cerrada la postdictadura (también entendida como transición en términos políticos), hace aún más urgente la re-fundación a partir de nuevas estrategias narrativas donde “la opción es libre y simple: admitir francamente la propia historicidad o bien guardar silencio”¹⁰⁴.

¹⁰³ A. Jocelyn-Holt, *El Peso de la noche, Nuestra frágil fortaleza histórica*, p 202-203. El destacado es nuestro.

¹⁰⁴ Marcel Detienne, *op. cit.*, p. 64

5. Literatura y política

Dejamos que nuestras simpatías y antipatías formen parte de ellos. Construimos sistemas de acontecimientos y arbitrariamente les conferimos una especie de existencia y sustancia a las personas, instituciones o acontecimientos de los que la única prueba que ofrecen las fuentes, a veces sumarísimas, cuando no extremadamente fragmentarias, son palabras. Tal vez sólo conocemos de la historia hechos perfectamente irrelevantes y no sabemos nada de otros infinitamente más importantes.

Paul Valéry

5.1 ¿Historiografía?

Un primer paso más allá del *total cero* que recién propusimos, es visualizar cómo cada uno de estos autores expresa la re-narración de la disciplina en cuanto conciencia de sí misma. O si se prefiere, en cuanto saber de lo que se ha hecho y de lo que se necesita estudiar. Ahora bien, ¿es historiografía lo que hacen Jocelyn-Holt y Salazar? Sin duda que no, al menos en el sentido tradicional. Está claro que estos historiadores sobrepasan las fronteras habituales del paradigma autosuficiente, sin embargo es muy útil ver cuán restringida puede ser esta superación. Por otra parte, también es necesario precisar que estamos frente a dos versiones que en últimos términos deben ser superadas, es decir incorporadas conjuntamente, en virtud de reconocerles su verdadero sitio y por ende despejando el espacio para la aparición de nuevas figuras y tramas de conciencia. No por el hecho del cambio en sí, sino con la intención de quitar esas diferencias que no deberían ser de las que hablamos el capítulo anterior: el cuestionar la fortaleza histórica, el plantear relatos alternativos e incorporar nociones de análisis revisionistas y el rescatar líneas

de pensamiento contestatario. Superación que implicaría, creemos, haber recuperado las condiciones para un debate amplio –tan académico como social– sobre la legitimidad histórica y las múltiples hebras de historicidad en debate.

Así también, otra forma de continuar el comparativismo entre Gabriel Salazar en cuanto un autor donde la retórica y la *acción* política contingente son esenciales y primarias, y por otra parte, Alfredo Jocelyn-Holt con su reflexión en torno al *sentido* de la historia del país, es sumarle otro punto de referencia: la postura deconstructiva de Miguel Valderrama. Incorporamos a este autor ya que permite tensionar aun más el bloqueo existente entre estos dos ya clásicos de la historiografía nacional. Además, este autor ha planteado una de las barreras más significativas para el desarrollo y la coherencia de la institución historiadora: interrogante que de inmediato nos remite con ímpetu al conocido postulado de Fredric Jameson de “Historiar siempre”. Ahora bien, para poder asumir el mandato Jamesoniano, hemos considerado clave incorporar la noción de alfabetización histórica como una capacidad necesaria tanto para historiadores profesionales como para individuos comunes. Cuando señalamos que nos interesa proponer el concepto de alfabetización histórica, es debido a que éste permite ir más allá de los cánones históricos tradicionales y por ende potenciar la profundidad imaginativa de la historia y de su aplicabilidad social como contingente.

En la introducción de su libro *Escribir las prácticas*, Roger Chartier se hacía la siguiente pregunta: “¿cómo pensar las relaciones que mantienen las producciones discursivas y las prácticas sociales?”.¹⁰⁵ Nuestra respuesta: transitando –con los ojos vendados– por el acantilado de propuestas que limitan la posibilidad de hacer inteligibles las numerosas operaciones historiográficas desarrolladas por las distintas lenguas históricas de las que hablaba María Angélica Illanes en su conocido enunciado: *La batalla de la memoria*. Una aclaración: cuando hablamos de *prácticas historiográficas*, no pretendemos cubrir todo el espectro disciplinar sino, exclusivamente, algunas

¹⁰⁵ Roger Chartier, *Escribir las practicas. Foucault, de Certeau, Marin*, Argentina, Manantial, 2001. p. 7

propuestas que se enmarcan en lo que podría ser una suerte de revisión de campo a niveles de teoría, método, aplicación o a recuentos metahistóricos. Es así como, develar esas relaciones que “mantienen y permiten las *producciones discursivas* y las *prácticas sociales*” haría posible seguir en la identificación parcial de los contornos del “orden del discurso” de la historiografía chilena actual. Y por ende en la identificación de los puntos de referencia esenciales en cuanto clásicos. Es decir, al querer realizar un balance, estamos intentando construir la primera plataforma intergeneracional desde donde sitiar y visualizar algunos ejemplos de sistemas de representación, categorías intelectuales, formas retóricas y aparatos teóricos que permiten sujetar el andamiaje de cualquier intento de reconstitución del pasado. En el fondo, estamos hablando de cómo diferenciar los límites que le ponemos al vacío exterior, y no a la *experiencia* que posteriormente es posible de ser archivada, trabajada, interpretada y, más aún, en no pocos casos, manipulada. Así también, es imposible negar que esta iniciativa constituye una vía estratégica para sobrepasar la “violencia simbólica” del ordenamiento discursivo y así poder reconocer las lógicas que permiten diferenciar cómo opera la distancia entre la “construcción discursiva del mundo social” y la “construcción social de los discursos”. Por otra parte, también es oportuno sugerir que esta identificación de las fronteras estructurales –tanto interiores como exteriores– de la disciplina, permiten evaluar una arista clave de la “potencia discursiva de cada comunidad” que ha vivido una *experiencia histórica* (varias según Salazar) que la amarran antinómicamente al pasado.

En síntesis, hoy, a comienzos del SXXI, el historiador debe dar cuenta de la construcción misma de su discurso dentro del orden dominante, de cómo ejerce su práctica (académica, individual o colectivamente) y de cómo entiende las limitantes de representación que asedian su ejercicio de acercamiento al pasado. Acercamiento que siguiendo la metáfora con que Roger Chartier describe el trabajo de Michel de Certeau, se sitúa al borde del acantilado que circunda toda ilusión comunitaria. De ahí que hoy en día resulte casi imposible pensar un historiador, al menos en Chile, que no incorpore una fuerte carga de

reflexión y conciencia sobre la naturaleza de su oficio y de las particulares condiciones que enmarcan el precipicio desde donde se sujeta el pensamiento que permite cualquier escritura –operación– historiográfica. Y esto, creo, se está irradiando a las nuevas generaciones a pesar de las permanentes amenazas de los conservadurismos e intolerancias de siempre y de todo orden: sociales, económicos, religiosos, de derecha, de izquierda, del mundo académico, de los profesores matones (intelectual, política e institucionalmente), de las editoriales, etc. ¿Cómo haremos, entonces, para poder historiar nuestra historiografía reciente y, a la vez, ser capaces de controlar ese imperativo ideológico y metodológico que siempre limita el trabajo del historiador? Ya sabemos que los historiadores realizan operaciones historiográficas que a su vez predeterminan la capacidad individual y ciudadana de usar e insertarse en las diversas metanarraciones. Lo que aún no sabemos es cuánta política y cuánta literatura somos capaces de incorporar en cuanto pasado escrito como historia. En resumen, y considerando la interesante pregunta que se hace Valery, ¿no será que sólo conocemos de las historia hechos perfectamente irrelevantes y no sabemos nada de otros infinitamente más importantes?

5.2 Retórica y acción.

Volviendo una vez más sobre la idea de que Chile es un país mal estudiado, en su ensayo “Historiografía Chilena siglo XXI: Transformación, Responsabilidad, Proyección”, Gabriel Salazar plantea, como siempre, certeros desafíos a quien quiera entender el estado de la cuestión a niveles generales como específicamente disciplinares. Con una reflexión que cada día se hace más fuerte, válida y vigente, su análisis engarza en una posta permanente pasado-presente-futuro, donde la posibilidad de hacer de la historia una herramienta cognoscitiva y esencialmente político-asociativa, sigue siendo una realidad. No por nada, su concepción de la historia implica el entendimiento y especialmente la “producción” de hechos históricos como una cualidad individual propia e inherente a todo quién logre demandarla para sí. Además, y

parapetado en lo que sin duda ha sido una de las grandes aportaciones a la disciplina: la revolución epistemológica de los años 80, es desde donde se entiende –y extiende– el trabajo de la historia social como una nueva forma de perfilar complementariamente la realidad nacional. Conceptualmente, el texto de Salazar es tan ideológicamente cargado como abrumador y sólido. Certero y con un marco teórico que se apoya en la evolución y en las falencias estructurales de las ciencias sociales (y sobre todo de la historia) durante la segunda mitad del siglo XX para estudiar el país (Chile), este autor va desgarrando cómo el desarrollo de la vida política contingente fue siempre más radical que las respuestas que las ciencias sociales y humanas podían intentar sobre el acontecer nacional. Presentado en un formato que incluye cuatro partes con desarrollos analíticos independientes y a la vez conectados en torno a la repetida hipótesis de que Chile es un país muy mal estudiado y con problemas de largo arrastre, este autor recupera varias discusiones trabajadas desde los años 80's: las carencias teóricas, la poca capacidad de vincular praxis y reflexión, el rol de los intelectuales, las nuevas propuestas epistemológicas desde fines de dicha década hasta el día de hoy, por nombrar algunas.

En la primera parte, titulada “Responsabilidad social e histórica de las ciencias Humanas y Sociales”, Salazar argumenta cómo la *coyuntura presente* exige de los profesionales del pasado el cumplimiento no sólo de un recuento de lo que fue, sino también, de una ‘función social’ de la historia y de la labor de los historiadores, tanto en la academia como en la vida pública. Desde el punto de vista comunitario, sería la sociedad la que le cursa cuatro “encargos” a los historiadores: a) *memoria de sí misma*; b) *explicaciones adecuadas*; c) *decisiones históricas* y d) *ejecución y producción* de hechos históricos. Preocupación que los especialistas en el pasado deben periódicamente ser capaces de sustentar en un análisis contemporáneo y crítico de las variables que suponen la continuidad de la sociedad y de la disciplina que la estudia. Entonces, el énfasis por el tiempo presente y por el rol que los historiadores deben tener en el debate académico y, por sobre todo, en la esfera público-ciudadana, es que se levanta la mayor crítica y apuesta de Salazar. Por consiguiente, este autor no se cansa de resaltar

la saturación de historicidad que contiene todo presente que logra cierto grado de autoconciencia histórica y autonomía sobre su particular temporalidad. Situación que implicaría una modificación radical en los códigos historiográficos tradicionales y un fuerte cuestionamiento a la supuesta autonomía, autarquía y autosuficiencia investigativa sobre el pasado. De hecho, si seguimos esta argumentación, podríamos proponer que al estudiar el presente como espacio de una acción histórica potencial esto no implicaría una relativización disciplinar sino una preferencia por lo intersubjetivo o dialógico. Poder intelectual real de los individuos que se expresa en la capacidad de cualquier conglomerado de sujetos cognoscentes –o de sujetos soberanos– de producir hechos y procesos históricos que den curso a una verdadera representación social amplia e históricamente ajustada.

En el segundo apartado de su ensayo, “Conflicto Social y debate teórico. El caso de la doble demanda. Balance en retrospectiva”, Salazar, guiándose en el excelente libro de Julio Pinto y María Luna Argudín (comp.) *Cien años de propuestas y combates. La historiografía chilena del siglo XX*, establece como cinco los problemas históricos de arrastre de la sociedad chilena y –a su vez– en cinco los recuentos fallidos que se han intentado de éstos. Los cinco recuentos o momentos fallidos de comprensión social e histórica serían: 1842-1891; 1873-1932; 1932-1973; 1973-1989; 1989-2010. En cuanto a los problemas de largo arrastre estos serían: a) sociedad estratificada de forma vertical y extrema; b) sociedad no integrada; c) Estado administrativo equivalente a la oligarquía tradicional; d) desarrollo de la soberanía ciudadana de forma paulatina por no decir lenta; y en términos generales y sumando los anteriores: e) débil industrialización, poco desarrollo económico, escasa participación social, mínima democratización de los aparatos del Estado y sobre todo “baja integración como comunidad”. Es importante señalar que tanto los problemas de largo arrastre como la incapacidad de tener una reacción analítica acorde, sigue siendo uno de los argumentos centrales del aparataje crítico de este Premio Nacional de Historia.

Así también, clarificador resulta el tercer eje de análisis, “El contexto sociológico de la Ciencia Histórica Universitaria”, donde se ilustra cómo el espacio académico de la historia, fue tomado por una institucionalidad que no ha sido capaz de incorporar a las nuevas generaciones en sus departamentos y menos permitir la reflexión autónoma y experimental que toda formación histórica requiere. Y esto es determinante en la medida que no hay renovación de las plantas académicas a no ser de que exista un fuerte “equilibrio” entre los intereses del departamento y las propuestas de renovación.

Es evidente que, mientras mayor y más urgente ha sido la demanda social por conocimientos históricos pertinentes, más notorio (o grave) ha sido el descompromiso de la Historia Académica Tradicional con respecto a la coyuntura presente... A la Historia académica le pesa, algo en exceso, su institucionalización, y esto va en desmedro de su metabolismo social e histórico efectivo con la sociedad chilena actual... Se trata de un sobrepeso que está recayendo, sobre todo, encima de los historiadores jóvenes que están entrando al ‘mercado universitario’ con más expectativas que siempre (una gran número de ellos ya llegó a la cima de la jerarquía de los grados y postgrados, pero están comprimidos en los niveles bajos de la carrera académica y del prestigio público), pero con menos espacio disponible en lo inmediato para ellos. De esta compresión competitiva pueden derivarse diversos sentimientos (o resentimientos), divergentes escapes laterales, complejas situaciones síquicas y sociológicas y, tal vez, no pocas pseudo-polémicas ‘intelectuales’. Lo cual, sin duda, afecta el desarrollo armónico de una ciencia histórica con responsabilidad social.¹⁰⁶

Muy útil el análisis que hace Salazar de la actual realidad académica en, “La revolución epistemológica de los 80’: el caso de la historia social”, donde reconoce dos paradigmas cognitivos vigentes: “el consultorial y el de la cultura social”. En una escena historiográfica constituida originalmente por la ‘Generación de refundadores’, y ampliada por las nuevas camadas de historiadores que han entrado al ruedo –la de los 80’, 90’, 2000– son éstas últimas las que ahora deben cumplir y saber llevar la renovación disciplinar al

¹⁰⁶ Gabriel Salazar, “Historiografía Chilena siglo XXI: Transformación, Responsabilidad, Proyección”, en Luis G. de Mussy, *Balance Historiográfico Chileno. El orden del discurso y el giro crítico actual*, Santiago, Ediciones Universidad Finis Terrae, 2008. p. 154. El destacado es nuestro. En el tercer capítulo analizamos en detalle el libro de Pinto.

siguiente paso (o segunda etapa de renovación epistemológica). En otras palabras, lo que hemos sugerido como *giro crítico*. A todas luces, este notable balance de área se levanta como una suerte de gesto mesiánico mezclado con un estado de la cuestión sobre la historia académica actual. Gesto que no cabe duda, hace frente a la carencia de difusión y de reflexión sobre las verdaderas fronteras del quehacer de los profesionales de la historia. No por casualidad, y a tal grado llega la sistematización de los argumentos en la retórica salazariana, que esta voz fuerte de la disciplina se da el espacio de proponer un “decálogo” de estrategias que permitirían implementar el “paradigma cognitivo de la ‘cultura social’”.¹⁰⁷ Clave resulta notar que este autor sigue buscando y promoviendo el uso de la historia como uno de sus argumentos más fuertes a la hora de criticar cómo han funcionado las variantes de la historiografía en Chile desde sus fundación a mediados del siglo XIX hasta el presente. Enfatizando el presente de los sujetos sociales y su proyección de futuro, todas las posibilidades de crítica deben ser incluidas, redefiniendo la disciplina y privilegiando la actualidad, como tiempo de acción e intercambio de saberes o competencias autoeducativas.

Cabe ahora, para terminar, exponer (a modo de decálogo) las prácticas cognitivas que caracterizan esta disciplina: **a)** *Centraliza el presente* de los sujetos sociales y su proyección a futuro como eje central de su epistemología y hermenéutica históricas, sin perjuicio de estudiar el pasado en términos de su continuidad con el presente; **b)** Dada la complejidad de las coyunturas del presente, debe examinar todas las variables en juego y, por tanto, *utilizar todos los métodos a su alcance* para dar cuenta de la globalidad del fenómeno que se estudia (y sobre el cual se actúa), razón por la cual necesita trabajar asociadamente con otras ciencias, en una relación de colaboración interdisciplinaria; **c)** Constituye sus datos básicos no sólo a partir de la documentación escrita conservada en archivos públicos, sino también a partir de la memoria viva latente en los sujetos vivos de carne y hueso, y de sus *flujos orales*; **d)** Tiende a situarse —como expresión de su responsabilidad social e histórica— en el lugar y la *perspectiva de los perdedores*, dado que éstos necesitan construir futuro con mucha más legitimidad y urgencia que los vencedores, a efectos de desenvolver

¹⁰⁷ Gabriel Salazar, *op. cit.*, pp. 165-167.

plenamente su condición de seres humanos viviendo en una sociedad moderna; **e)** Entiende el conocimiento válido no sólo como las conclusiones de una investigación académica, sino también como una *cultura socialmente construida* para modelar la identidad y la acción histórica, la que normalmente desarrollan los perdedores en función de su ineludible tarea de humanización; **f)** Se realiza no sólo en la producción de una historiografía escrita, sino también como un *flujo de intercambios orales* entre los actores con los que se compromete y también con los que no se compromete, pues es a partir de ese flujo que la mayor parte de los actores produce socialmente los hechos históricos relevantes; **g)** Su objetivo no es tanto publicar verdades narrativas o explicativas, sino, más bien, colaborar en la *construcción de un poder social y cultural* (popular o ciudadano) con la capacidad necesaria no sólo para deshacerse del modelo de sociedad que domina, sino también para proponer otro modelo, y además para instalarlo (o sea: para construir su propia verdad histórica); **h)** Sus métodos no apuntan sólo a producir certezas científicas o teóricas de tipo general, sino más bien *capacidades (o poderes) específicas* para construir, de hecho la realidad que se quiere; en este sentido, todos sus métodos tienden a ser, respecto a los actores de referencia, auto-educativos; **i)** No es la ética de la competencia o del objetivismo puro la que preside su responsabilidad social e histórica, sino la ética de la inter-subjetivación solidaria, porque dialoga con los actores que 'estudia', comparte con ellos el proceso de investigación y de acción, y apunta a la construcción de una comunidad humana plenamente integrada; **j)** Se asume, como tal, formando parte estratégica del paradigma cognitivo de la 'cultura social', aunque puede habitar institucionalmente el paradigma universitario, y entrar en debate ocasional con el paradigma consultorial; lo que implica participar desde diversos planos en los procesos abiertos de la historicidad popular.¹⁰⁸

No obstante todo lo anterior, queda preguntarse ¿porqué seguir excluyendo a otros sectores –no populares o estereotipadamente subordinados– en el proyecto comunitario de un ciudadano soberano amplio y, a la vez, dueño de sus posibilidades de futuro en comunidad? En evidencia queda el autor cuando excluye y opta por determinados sectores de la sociedad, incluso a costo de debilitar su potencia crítica. Ya establecimos cómo los problemas de largo arrastre han pesado en la desarticulación nacional y en las precarias respuestas cognitivas que han desarrollado historiadores y otros, ahora el asunto es pensar un régimen de inscripción que pueda hacer frente al SXXI.

¹⁰⁸ *Ibid.* El destacado es nuestro

Asunto que no se logra cuando se es tan tajante como para optar por una y exclusiva perspectiva (“perspectiva de los perdedores”), perdiendo voluntariamente todo lo que de verdad es interesante de la nueva historia social como lo son el “utilizar todos los métodos a su alcance”, o la posibilidad de “centralizar el presente”, o el uso de “flujos orales”, o pretender el desarrollo de una “cultura socialmente construida”, donde los “flujos de intercambio orales”, y la “construcción de un poder social y cultural”, permite que existan “capacidades o poderes específicos”, de “integración comunitaria”, y donde el “habitar diferentes planos” sea una realidad de todo individuo. Nuevamente se confirma que Salazar es uno de los mejores historiadores en términos de los diagnósticos que hace, no obstante las propuestas o soluciones que entrega siguen siendo demasiado tradicionales.

5.3 Literatura y mito.

Por su parte, Alfredo Jocelyn-Holt, y su texto “Balance historiográfico y una primera aproximación al canon”, constituye sin lugar a dudas un trabajo tan lúdico como incisivo sobre algunos de los autores, las obras y discusiones que pueden dar la pauta a la hora de examinar una posible identidad disciplinaria. Logrando una síntesis reflexiva de largo aliento desde la colonia hasta nuestros días, este autor desarrolla temas tan variados como el asombro humano frente a las vertiginosas –y más de una vez no gratas– posibilidades del conocer histórico, las relaciones entre mito y poesía, las expresiones coloniales del recuento del tiempo, las primeras síntesis generales y los desafíos permanentes del oficio de historiador. Con una hipótesis en que la poesía –y no tanto la historia– aparece como el verdadero hilo conductor del canon histórico imaginativo nacional, y donde la valorización de la “historiografía liberal decimonónica” y la de corte profesional sólo tendrían un rol secundario en una posible selección ideal o sustrato irreductible de la memoria nacional. Depósito de recuerdos que debe exigir al oficio historiográfico –y asediar, si es necesario– la eficiente superación de la mayor cantidad de barreras

epistemológicas y sociales. Solo a costa de perdernos en nosotros mismos, habremos de encontrar alguna salida a nuestra imbunchada nacionalidad.

Como es habitual en su obra, Jocelyn-Holt enfatiza la capacidad de ver más allá de lo evidente donde el juego de contradicciones y develamientos comienza desde los epígrafes de Leopold V. Ranke y Aguste Comte hablando como si fueran dos críticos del historicismo que por el contrario caracterizó su trabajo. Dividido en dos partes, este trabajo cubre, en primer lugar, una síntesis de la historia de la historiografía chilena desde la colonia hasta hoy para después cruzar el análisis, con el criterio canon y así proponer cuáles serían las voces, las obras y los debates claves de la historia chilena. En esta línea, otro de los aciertos de este ensayo es el trabajo que se le da a la cita del libro de Eduardo Solar Correa, *Semblanzas literarias de la colonia*, y que le permite establecer al autor un dispositivo crítico eficiente a la hora de aplicar el ejercicio de descarte:

Cuando uno recorre ese largo trayecto que va desde mediados del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX, por supuesto que llaman la atención los historiadores. Son efectivamente muchos; quizá, demasiados. Coincido con Eduardo Solar Correa: “En Chile lo que ha sobrado siempre ha sido historiadores y eruditos, y lo que nunca ha sobrado ha sido poetas y artistas”.¹⁰⁹

Auto-declarado (enfáticamente) como un conservador-liberal que pretende revisar la escuela historiográfica conservadora, Jocelyn-Holt se vuelca también sobre la superación que habría logrado el trío conservador: Edwards, Encina y Eyzaguirre, sobre el trabajo de los historiadores liberales del siglo XIX.¹¹⁰ Argumentación que se sostiene al señalar que una de las debilidades liberales es que no fueron historiadores profesionales sino más bien figuras políticas o intelectuales. A diferencia de las “tres E”, que habrían logrado autonomizar la historiografía de las prácticas políticas y de ahí erigir a la

¹⁰⁹ Eduardo Solar Correa, *Semblanzas literarias de la colonia*, Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1970, p. 114

¹¹⁰ A. Jocelyn-Holt L., “Balance historiográfico y una primera aproximación al canon”, en Luis G. de Mussy, *op. cit.*, p. 47 - 53

historia (y su estudio) a la dimensión de una “filosofía moral” capaz de retomar el esquema en que son los historiadores quienes pautean a los políticos y no a la inversa como sucedía en el periodo decimonónico. En cuanto a Mario Góngora, a quien también lo ubica dentro de escuela conservadora, la caracterización es contundente y precisa: desarrolló un “giro notable” en la disciplina. Analiza también, eso sí de forma breve y sin mayor profundidad, las escuelas marxista y estructuralista, a las cuales no reconoce mayores méritos. Tema, este último, que sin duda da para mucho más.

La segunda parte del ensayo cubre la reflexión sobre el uso del concepto canon como el eje de una operación de descarte cualitativo. Apoyado en la idea de que los historiadores son pésimos para diferenciar y menos a la hora de realizar una selección estricta de discriminación valorativa, la propuesta de Jocelyn-Holt mezcla tanto obras como figuras y temáticas: *La Araucana*, *La Fronda...*, *La Historia de Chile desde la prehistoria...*, *Fisonomía histórica de Chile*, las monografías y ensayos de Mario Góngora, el *Poema de Chile* de la Mistral, *Altazor* y el *Balance Patriótico* de Huidobro, *Nuestra loca geografía* de Benjamín Subercaseaux, las crónicas de Edwards Bello y González Vera, la poesía de Pablo de Rokha, Gonzalo Rojas, Nicanor Parra, Enrique Lihn, Jorge Tellier y Gonzalo Millán.¹¹¹ En esta línea, quizás lo más importante de la posición discutida por este autor sea que el canon iría mucho más allá de la historiografía entrando de lleno en la literatura, la poesía y, más ampliamente, en la cultura. Canon amplio y diverso donde se plasma la vehemencia de la postura y de la selección de las referencias:

Pensando esta ponencia, se me ocurrió –después de bastante reflexión– que había que hacer una distinción especial. No me es evidente que el canon, sobre el cual estamos hablando y tratando de definir, tenga que necesariamente ser historiográfico, sin perjuicio que obras historiográficas singulares puedan, igual, alimentar dicho canon. En cuyo caso, **entre nosotros, intuyo, el canon sería preferentemente literario o cultural, así de general, y no estrictamente historiográfico.** Si se acepta esta propuesta, el asunto es más fácil de dilucidar, y se explica por qué insisto tanto en la poesía, en Ovalle, y luego me termine

¹¹¹ A. Jocelyn-Holt, *op. cit.*, pp. 56 - 60.

saltando, en parte, el siglo XIX para culminar subrayando y valorando la obra de los historiadores conservadores. Al proceder así, **más que en autores, estoy pensando en libros específicos**. El de Ovalle, ciertamente, no así en cambio la obra prolífica aunque un tanto indiferenciada de los liberales, y, por cierto, la ensayística conservadora... De eso es lo que estamos hablando: de aquellos historiadores u obras que no sobreviven una selección estricta, y por qué otros, sin embargo, no pueden faltar. Por cierto, podríamos diseñar distintos tipos de canon y de esa manera no dejarlos fuera: un canon de obras insufribles, un canon de estudios que no sirven de nada, un canon de publicaciones ISI, un canon de Fondecyts no publicados, un canon de lo que pasa por historia hoy en nuestros departamentos universitarios. De hecho, los hay cuantas maneras diferentes de discriminación se puede llegar a observar. Pero esta generosidad **canónica** sería probablemente excesiva. Si todo es o puede ser canon, ¿de qué nos sirve la categoría?.¹¹²

Es así como Jocelyn-Holt piensa que el historiador logra trascender la escritura de la historia y volverse poeta asumiendo y siendo parte –a la vez– del mito que permite la conjunción intuitiva que da cualquier acuerdo previo a toda “comunidad de sentido”. A su vez, es clave asumir que según este autor sólo es posible acceder a los distintos contornos, permanentemente variables, del canon; canon que de por sí no sería exclusivamente historiográfico sino cultural o, simplemente, literario. Quizás una forma de poder entender cómo cuidarse del acantilado del que hablaba Chartier en un comienzo, sea el ir encontrando algunas piezas claves del canon que permitan apuntalar una suerte de almacén de elementos que acerquen al mito y la potencia del poeta.

113

Claro que al proceder de esta forma –se me podrá decir–, uno se va demasiado a la segura. Es cierto. No cuesta mucho ubicar en los más destacados lugares a la *Histórica Relación*, a *La Araucana*, a *La fronda aristocrática*, a la *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891* de Encina, a la *Fisonomía histórica de Chile*, a las monografías y ensayos de Góngora. Todas, obras indiscutidas, canónicamente aceptadas, al igual que la obra poética de la Mistral (el Poema de Chile desde luego), Huidobro (*Altazor* e incluso su línea contestataria como en el “Balance

¹¹² A. Jocelyn-Holt, *op. cit.*, pp. 60-61. El destacado es nuestro.

¹¹³ *Ídem*.

patriótico”) y Neruda (las Residencias y el Canto General), aunque también, *Nuestra loca geografía* de Benjamín Subercaseaux, la obra cronística de Joaquín Edwards Bello, González Vera y la producción de Pablo de Rokha, Nicanor Parra, Gonzalo Rojas, Teillier, Lihn y Millán. Repito, todas obras indiscutidas, nunca ausentes de los listados de las producciones más sobresalientes e influyentes de este país. Por supuesto, he omitido muchos otros textos. Estas referencias hay que asumirlas como meramente ilustrativas. No pretendo, en esta ocasión, confeccionar y singularizar el canon mismo, obra por obra, si no su sentido, su validez en cuanto referente crítico. Pero vamos al grano: ¿qué es lo canónico más allá de lo estrictamente académico a la luz de una cierta valoración filosófica-histórica que es el lado por el que me inclino? Mi impresión es que, de existir un canon, éste opera parecido al mito.¹¹⁴

Sentido y referencialidad crítica, tal como lo planteamos al presentar la discusión sobre canon y teoría; lo que implica este debate es cómo definir con qué textos queremos y somos capaces de dialogar como individuos y miembros de una comunidad de sentido nacional.

5.4 ¿Qué debemos hacer?

Después de haber avanzado un poco más allá en la definición del contexto de batallas, aporías, literatura y política en el cual estamos dialogando, viene la reiterativa cadena de preguntas que no podemos evitar: ¿qué debemos hacer? ¿de qué sirve historiar la historiografía chilena del SXX? En este sentido, una línea de cuestionamientos que desde hace un tiempo a esta parte viene estableciendo una serie de fuertes demandas y asedios ante la posibilidad de intentar un gesto historiográfico al interior de la misma disciplina histórica, es la planteada por el historiador Miguel Valderrama. Desde sus libros *Posthistoria. Historiografía y comunidad* (2005), *Modernismos historiográficos* (2008) y en sus artículos “¿Existe un texto en la historiografía?” y “Bartleby o la Historia” que

¹¹⁴ *Ídem.*

este autor ha montado un asedio permanente ante cualquier intento que busque desarrollar una comprensión histórica del pasado reciente o del siglo pasado.

Siguiendo a Patricio Marchant en su malestar por la parálisis de la historia nacional, es interesante notar que en ensayo "Bartleby o la Historia", Valderrama rechaza y cuestiona la pertinencia actual del mandato de Fredric Jameson de "historizar siempre", ya que según él la ética historiadora, la ética de los cartógrafos borgeanos habría dado paso a un ética historiadora bartlebiana, donde ya es mejor contestar, *preferiría no hacerlo* a querer mapear como lo hacen los protagonistas del ya clásico relato de Borges. Así mismo, este autor cuestiona la utilidad de historiar la misma disciplina especialmente en un contexto de saturación o "total cero", y rechaza la utilidad actual del mandato en base de que éste no funciona en disciplinas donde la historización radical es un precepto.

Si la ética historiadora es una ética de escribientes, cabría observar que hoy, al menos, la figura central que esta ética reclama no es ya la de aquellos cartógrafos que Jorge Luis Borges retrató en el cuento *Del rigor en la ciencia*, sino la de *Bartleby, el escribiente*, el extraño amanuense imaginado por Herman Melville que ante el llamado de la ley simplemente responde: "preferiría no hacerlo" (*I would prefer not to*). El gesto de Bartleby más que una negativa a un contenido determinado es en realidad el gesto de una sustracción incondicional, la señal de un distanciamiento que expresa un rechazo en su forma más pura. Esta otra respuesta al mandato de historizar, debe leerse como una negativa incondicionada al mandato de historiar. En su forma más elemental, esta respuesta busca interrogar la lógica que organiza la representación historiadora, el régimen de visibilidad y de enunciabilidad que da crédito y autoridad a su decir... Ahora bien, si se ha de leer esta negativa a *historizar* como una negativa a *historiar*, es porque ella expresa un cierto malestar en la historiografía, un desasosiego que da cuenta a la vez de una incomodidad y de un destiempo en la escritura de la historia... Ahora bien, qué sucede cuando toda inscripción *no es ya posible*, qué sucede cuando las cuentas en la disciplina suman "un total cero"... Responder a estas preguntas obliga a percibir en el giro crítico de la historiografía nacional un momento no exclusivamente reflexivo. Responder a estas preguntas obliga a *no* reconocer únicamente en este "giro metahistórico" el momento de una alta producción de escritos sobre el oficio de historiar. Si me he atrevido a ensayar una *caracterización del giro crítico de la historiografía nacional* opuesta al

mandato jamesoniano de historizar siempre, es, precisamente, porque estoy convencido de que la consigna que Fredric Jameson popularizó a comienzos de los años ochenta del siglo pasado, como imperativo de una moral de la lectura de signo dialéctico, se revela inútil cuando de lo que se trata es de examinar los presupuestos que subyacen al trabajo de disciplinas construidas bajo el imperativo de la historización radical.¹¹⁵

No obstante compartir con Valderrama la necesidad de caracterizar el actual “giro crítico de la historiografía nacional”, como en la inquietud sobre el cómo historizar e historiar el pasado presente chileno, nuestra posición difiera en varios puntos. En primer lugar, a nuestro parecer, si bien la ética de la escritura historiadora es un tema clave y central, este no completa la discusión, tampoco se trata de un total cero en cuanto proposición numérica sino por el contrario, en un ánimo revisionista que más allá del reconocimiento, se hace evidente de forma innegable. Lo definitivo es que desde la ambivalencia que dejó el “historiar en dictadura” y las dificultades de la batalla historiográfica actual, el total cero de la escritura de la historia ya ha sido liberado y no presenta mayores problemas para ser transgredido y vuelto a ubicar en equilibrio –si bien nuevamente transitorio– con la “enunciabilidad que da crédito y autoridad a su decir...”. Y lo anterior se debe a que es justamente la historicidad de los relatos y la soberanía de la escritura historiográfica lo que hoy está en plena disputa y no pertenece a ninguna escuela o paradigma. Y esto no es un tema de cantidad de estudios dedicados a un tema específico como lo discutimos en el capítulo tres, sino más bien un tema de honestidad y de pensar un poco más nuestra relación con el pasado. El sujeto histórico chileno, está mucho más allá de la ética que la institución historiadora pueda demostrar.

Contradiendo el conocido aforismo de *Bartelbly* –“preferiría no hacerlo” – en este caso, yo sí prefiero hacerlo y re-señalar el gesto, e intentar historiar la historiografía chilena del SXX desde dentro; específicamente desde sus bases

¹¹⁵ Ver Miguel Valderrama, “Bartleby o la Historia”, Ponencia leída en el seminario internacional: *Historiografía(s) Contemporánea(s): Diálogos sobre historia cultural*. Seminario organizado por la Escuela de Historia de la Universidad Diego Portales, entre el 21 y 22 de agosto del año 2007. Mesa inaugural compartida con la historiadora Lynn Hunt. Publicado como “Bartleby o la Historia” en *Revista de Historia y Ciencias Sociales*, N° 4/5, Santiago, Editorial Arcis, 2007-2008. El énfasis es nuestro.

filosófico-metodológicas para de ahí intentar algunas consideraciones críticas que se sumen a las ya sabidas vinculaciones esencialmente políticas que tuvo la historiografía chilena del siglo pasado. Es así que considero necesario “historiar siempre” y sobre todo necesario historiar la profesión histórica desde dentro. Y esto, a pesar de la tautología evidente de querer aplicar la crítica sobre la crítica histórica. El propósito de continuar el debate-diálogo sobre las bases epistemológicas y societales de la historiografía chilena es clave a la hora de proyectar cualquier discurso histórico individual, de clase o de identidad nacional. Ejercicio que se si seguimos a Tomás Moulián, no se entiende como un “historicismo justificatorio” sino como una “pasión historiográfica” por transformar el pasado en una herramienta de conciencia individual, colectiva y, en algunos casos, nacional.¹¹⁶

A pesar de todo, y considerando el peligro y la casi permanente imposibilidad del gesto autónomo, sí prefiero arriesgar algunos juicios y balances sobre la historiografía chilena del SXX. Específicamente porque ya resulta obligatoria historiar la historia de la escritura histórica en el Chile del siglo pasado. Nos lo debemos como historiadores y como ciudadanos de un Chile que se precia de tener 200 años de vida republicana y consciente. El malestar es parte de la ética historiadora; es la zona cero, su origen provocador: la parálisis. ¿no es acaso la narración-ética-historiadora de la parálisis la función esencial de la historiografía? Definido entonces, y de ante mano como un gesto de encuadre radical (igual que el de Bartleby), hemos decidido abrir una genealogía –siempre mejorable– de lo que nos parece una historia de la historiografía chilena del siglo.

Por otra parte, el encuadre desde los desafíos que plantea la catástrofe histórico epistemológica, se levanta como el objetivo central en la propuesta de Miguel Valderrama, “¿Hay un texto en la historiografía?”. En este ensayo, el autor pasa revista a las posibilidades (tensiones mediante) del acto crítico-historiográfico aplicando una serie de variables conceptuales y técnicas que hacen posible pensar en una nueva posibilidad de historia intelectual

¹¹⁶ Tomás Moulián, *Chile, Anatomía de un mito*, Santiago, Santiago, Lom, 1997.

chilena. A partir de una discusión a cerca de lo que es un marco (o *parerga*) en historiografía, este historiador traza un asedio permanente sobre las exigencias básicas de encuadre y continuidad en cualquier ejercicio de separación y entendimiento del pasado.¹¹⁷ Continuando la línea de análisis de *Posthistoria* y *Heródoto y lo insepulto*, Valderrama quiere hacer aparecer las aporías que delimitan el actual contexto de época y las variadas epistemologías que se disputan el poder dar cuenta de esta contingencia y de los pasados que la hacen posible.

El problema principal que se presenta así a cualquier epistemología de la investigación histórica, no es tanto el de afirmar o rechazar la posibilidad o imposibilidad de una aproximación científica al estudio del pasado, como el de explicar el creciente interés que el texto histórico tiene en los análisis metahistoriográficos de la disciplina.¹¹⁸

Planteadas como “salidas de marco” o “saltos fuera del jarrón”, las crisis histórico-epistemológicas responderían en Valderrama, a lo que Salazar denominó en su momento –hace dos décadas– como “nuevo piso histórico”. Variable que este historiador de la generación del cambio de siglo y milenio, retoma y vuelve a revisar desde una perspectiva que re-considera y expande las nociones de equivalencia entre texto y contexto planteadas inicialmente durante el Encuentro de Historiadores de 1985 y que, hoy, año 2010, evidencian ese creciente interés por el debate en torno a al escrito histórico como objeto de un análisis teórico.

Las transformaciones en la disciplina podrían ser vistas, de este modo, como "salidas de marco", como "saltos fuera del jarrón", si hemos de tomar prestada una imagen borgeana-foucaultiana. Estas salidas de marco, estos saltos fuera del jarrón implicarían quiebres y fracturas en los sistemas de referencia con que los historiadores y las historiadoras se representan el mundo.¹¹⁹

¹¹⁷ Miguel Valderrama, “¿Hay un texto en la historiografía?”, en Luis G. de Mussy, *op. cit.*, p. 178. Ver también Frank Ankersmit, "Statements, Texts and Pictures", Frank Ankersmit y Hans Kellner (eds.), *A New Philosophy of History*, Chicago, The University of Chicago Press, 1995, pp. 212-240.

¹¹⁸ Miguel Valderrama, *Ibid.*

¹¹⁹ *Ibid.*

A su vez, esta propuesta analítica reflexiona sobre lo que implica la “ruptura instauradora” de la Nueva historia –en sus variables Pontificia Universidad Católica y Universidad de Chile– dando varias claves a la hora de entender estos *primeros nuevos comienzos* de la historiografía chilena actual.¹²⁰ Inicios que son vistos también como el resultado último de una serie de sucesivos procesos de modernizaciones que se perciben en la disciplina a lo largo de gran parte del SXX y que son correlacionados con las discusiones en las artes visuales del periodo. En síntesis, estamos frente a un ensayo clave para comprender tanto las posibilidades epistémicas de la escena historiográfica vigente y de cómo su carácter revisionista se define por un énfasis crítico tan disperso como permanente y expansivo. Casi como una suerte de conciencia o política de la sospecha inmunitaria sobre lo que podría implicar un verdadero proyecto –o encuadre– de comunidad nacional con básicos acuerdos sobre un pasado en común, una identidad compartida y ciertas posibilidades de futuro.¹²¹

5.5 Allá afuera. De lo nacional a lo literario.

Si bien desde la década de los ochenta que se viene hablando de un nuevo piso histórico, poco se ha discutido sobre cómo ese nuevo denominador de época a transformado o redefinido al menos, la matriz de la disciplina y a la institución historiadora. Datos y referencias sobre el pasado reciente y lejano sobreabundan, lo que verdaderamente hace falta es una “alfabetización histórica” que sea capaz

¹²⁰ Ver Luis G. de Mussy, “Heródoto y lo insepulto”, *Mapocho*, Santiago, No. 61, Primer semestre, 2007, pp. 399-402.

¹²¹ Miguel Valderrama, *op. cit.*, p. 199 Ver también Alejandra Castillo, “Comentario a Balance Historiográfico Chileno. El orden del discurso y el giro crítico actual” en *Revista de Historia y Ciencias Sociales*, N° 6/7, Santiago, Editorial Arcis, 2009; Pablo Aravena, “Balance Historiográfico Chileno. El orden del discurso y el giro crítico actual”, en *Analecta*, CEHI, Viña del Mar, 2009; Julio Pinto, “Balance Historiográfico chileno. El orden del discurso y el giro crítico actual” en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, N° XII, Vol. 2, 2008 y Gonzalo Arqueros, “La historia del Arte como la experimentación de los límites”, en *Coloquios. Trienal de Chile 2009*, Universidad Arcis, Universidad de Playa Ancha y Universidad Austral de Chile, Fundación Trienal de Chile, Nelly Richard Editora, Santiago, 2009.

de dar sentido y conciencia de ese otro tiempo. Tenemos historias particulares y notables historias generales, no obstante, aún no hemos logrado una definir un concepto de historia que se haga cargo de las características de lo que será la historiografía del siglo XXI; y mucho menos hemos sido capaces de aunar en un relato más de un punto de vista y evidenciar las opciones ideológicas de todas las partes en juego.

De lo anterior que el definir las políticas interpretativas y metodológicas sin olvidar la lingüística de la construcción histórica, sea tan importante en el equilibrio de las partes; en dos palabras: literatura política. Lo que importa hoy es cultivar la capacidad de *alfabetizarse históricamente*: habilidad que se orienta en entender y evaluar interpretaciones históricas diversas que compiten por la legitimidad de sus relatos a través de diversos conocimientos y/o exposiciones de data histórica. Y para que estas diversas interpretaciones puedan ser comparadas, es básico que veamos enfocamos la atención en el proceso de selección de cuáles son los elementos, piezas o autores canónicos y el porqué de sus valoración. Sólo así lograremos enseñar a quienes enseñarán historia, a pensar activamente y a ser dueños de las propias asignaciones de sentido y valor.¹²² Como señalan Maria Grever y Siep Stuurman, el canon es mejor entendido, como algo negativo y que puede ser utilizado como una poderosa herramienta en el proceso de generar una educación activa como individuos que entienden sus historias: sean estas personales, institucionales, nacionales o de cualquier tipo. Otra forma de entender el cómo nos relacionamos con el criterio canon es visualizándolo como una táctica de guerrillas donde el desmantelamiento y rearticulación de las narrativas

¹²² "The idea of a canon, then, needs careful handling. Perhaps it is best understood negatively, as offering a broad characterization of what *may* be in danger of being closed down or marginalized by specific history education systems. But instead of arguing for the substitution of a new canon, still less a return to the old one, we should recognize how the complexity of history education weakens the concept of a canon as a useful tool, and try to move beyond taking it for granted that the issue for history education is mainly the question of which passages of the past should be studied. We need instead a workable notion of historical literacy appropriate for the specific problems of history education." Maria Grever y Siep Stuurman, *Beyond the Canon. History for the Twenty First Century*, Great Britain, Palgrave Macmillan, 2007, p. 50

maestras, es una definición que debe ser siempre ajustada.¹²³ En el fondo, el concepto canon debe ser dimensionado como una suerte de aporía permanente, un juego de canonizaciones y exclusiones, que en todo cambio de *zeitgeist* permite avanzar hacia lo que verdaderamente nos interesa, a saber, la capacidad de usar y entender la forma en que registramos la experiencia humana históricamente. Chile desde hace mucho tiempo que posee un otro piso histórico, y de ahí que la contingencia obligue a proponer salidas, o fugas, desde lo que se ha llamado muy acertadamente la actual “batalla de la memoria” de Chile. Lo que importa hoy es que las generaciones venideras, de historiadores y de todo tipo, incorporen la asignación valor como una necesidad activa del que se considere alfabetizado históricamente; donde, contestar y entender el sentido de preguntas cómo: ¿Cuántas historias de Chile hay? ¿qué implica escribir el pasado como historia?, y a un nivel más individual, ¿cuántas versiones de nosotros mismos somos capaces de manejar?, se haga urgente, y propio de un comportamiento ciudadano y nacional.

We must try to avoid being trapped in arguments about a canon that takes history education and its goals for granted and restricts discussion to which topics or studies it includes. Instead, we need a concept of historical literacy, not as passive reading, but as providing the means of making sense of the past.¹²⁴

Entonces, alfabetización histórica significa una doble dimensión del pasado: como un objeto inteligible y, a la vez, capaz de ser organizado –o escrito– lógicamente y críticamente. Hoy en día la orientación histórica postnacional

¹²³ Estoy convencido de que, a la larga, esta “táctica de guerrilla” en el acercamiento al canon puede producir efectos más duraderos que cualquier postulación acerca de cuál debería ser el nuevo valor literario universal. Hay algo de anticlimático en esta afirmación, por cierto. Este ensayo no está lejos de argumentar que el más absoluto valor estético debe ser aquél que nos permita, *a cada momento*, desarmar completamente los absolutos y volver a rearmarlos, permitiéndonos vislumbrar obnubilado en los arreglos anteriores. Lo que quizás no sea, al fin y al cabo, un programa tan modesto para la literatura, en una época en que la doxa política y periodística reinstala la creencia en universales cuyos compromisos y complicidades particulares quedan, tan a menudo, más que visibles”. Idelver Avelar, “La construcción del canon y la cuestión del valor literario” en *Aisthesis*, N.º. 46, PUC, 2009, pp. 213 - 221

¹²⁴ Maria Grever y Siep Stuurman, *op. cit.*, 60

no requiere de resúmenes o meros *outlines*, hoy se necesitan marcos de referencia usables e intercambiables (pero no por ello menos verídicos o comprobables y sobre todo útiles). Recuperando lo ya discutido, nuestro objetivo al comparar el accionar político de Salazar, el mito y la poesía de Jocelyn-Holt y la deconstrucción de Valderrama, fue re-escribir subversivamente las posibilidades de la historia de la historiografía chilena del siglo XX, a partir de una inquietud filosófico-metodológica y esencialmente, de una carencia auto-pedagógica. Es decir, lo que nos interesó fue ver qué nos pueden decir los historiadores chilenos del periodo en cuestión, en términos técnicos y teóricos que nos permitan hacer frente al desafío postmoderno. La posibilidad de un Chile historiográficamente alternativo y legítimo, de múltiples historicidades en paralelo, reposa en la fragilidad del pensamiento histórico y la urgencia de que seamos capaces de renovar la profundidad conceptual con la que pretendamos acercarnos al pasado. De ahí que las preguntas apuntan desde los estudios culturales a la necesidad y demanda de que la cultura histórica chilena, en la academia como a nivel de sociedad, suba el nivel de conceptualización y deje de lado el paradigma autosuficiente donde el detalle ha sido el rey durante más de 200 años.

Historical literacy demands that students have access to knowledge of the past that enables them to make sense world in time...Historical literacy thus means having a conceptual, disciplinary toolkit powerful enough to make the activity of history intelligible, so that the substance of the past is recognized as both knowable and capable of being organized in meaningful and justifiable ways.¹²⁵

La superación por ende deberá incluir el contexto de contradicción crítica o “total cero”, y avanzar desde la ideología y cualquiera que sea la agenda, desde un movimiento de desarme y rearme, a una “táctica de guerrilla para acercarse al canon” y así asumir un desmantelamiento productivo aunque transitorio e inconcluso. Como lo señala Hayden White, un gran clásico de la historia, uno de

¹²⁵ Maria Grever y Siep Stuurman, *ibid.*

esos punto de referencia compartidos, no puede ser desacreditado ni suprimido del canon en base a un revisionismo simple o minimalista, sino por el contrario, debe ser a partir de la identificación de sus opciones ideológicas y literarias como los puntos de partida de todo proceso de escritura y de diálogo.

Después de todo, un gran clásico de la historia no puede ser desautorizado o anulado, ya sea por el descubrimiento de algún nuevo dato que ponga en cuestión una explicación específica de algún elemento del relato en general, ya sea por la generación de nuevos métodos de análisis que nos permitan tratar con cuestiones que los historiadores anteriores pueden no haber sometido a consideración. Y es precisamente porque los grandes clásicos de la historia, como las obras de Gibbon, Michelet, Tucídides, Mommsen, Ranke, Burkhardt, Bancroft, entre otros, no pueden ser definitivamente desautorizados por lo que debemos observar los aspectos específicamente literarios de sus trabajos como cruciales, y no solo subsidiarios, en su técnica historiográfica.¹²⁶

En síntesis, y como esperamos haber demostrado, al interrogar simbólicamente a la comunidad de los historiadores sobre la historia de su propia disciplina, ésta se evidencia hoy como una actividad que ha sobrepasado totalmente las fronteras tradicionales del concepto de Historiografía, y ha devenido en una profesión donde la acción política explícita y cotidiana, la búsqueda de la transformación a través de la literatura y mito en conjunto con la acechanza del asumir la pregunta sobre ¿Qué debemos hacer?, nos promueve a pensar explícitamente en que la superación de lo nacional por lo literario, ya que así puede ser que recuperemos las hebras de esa nacionalidad extraviada. Comunidad que aún se evidencia de forma inconfesable, donde el pecado original de la propia obra siempre queda fuera de la ceremonia de la crítica; y a no ser de que se sincere radicalmente las relaciones de deseo y poder, al interior de sus prácticas, la institución historiadora nunca será capaz de sobrepasar los límites del jarrón que la contiene. La desautorización histórica no es un tema de

¹²⁶ Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós, 2003. p. 146

detalles o referencias, sino un asunto de saber transgredir la profundidad del epísteme imaginario que la sostiene.

6. Escribir en la voz media

Querría que fuese también, como la *precipitación* sin rodeos hacia el fin, una gozosa contradicción de sí, un deseo desarmado, es decir, una cosa muy vieja y muy astuta pero que también acaba de nacer, y que goza estando *indefensa*.

Jacques Derrida

6.1 *Justemilieu*

Por todo lo anterior, que queramos proponer un segundo y último movimiento desde ese *total cero* del que hablamos anteriormente. Para ello, además de la confrontación de nuestros cánones y el reconocimiento de que la historicidad chilena está en plena disputa, otra alternativa que nos permite superar el peso lastre de los falsos cánones tradicionales –y que de paso implica expandir la alfabetización histórica– es la discusión teórica en torno a la voz media. Concepto que ha sido clave para ilustrar la conciencia de los escritores de su rol dentro del proceso de escribir. Parafraseando, y alterando a la vez la cita de Michel de Certeau, podríamos hacernos la pregunta de ¿qué es lo que *hace* el historiador cuando *escribe* o hace historiografía?, ¿literatura?, ¿política?.

Asumido que las conjugaciones denotan un posicionamiento y un grado de conciencia sobre las distintas dimensiones del trabajo del historiador, como también un nivel de compromiso y control sobre los argumentos y las metáforas empleadas, la transitividad de la que trata la *voz media* alude, en un primer lugar, a si es que hay o no una distancia entre el sujeto cognoscente y el objeto que está siendo conocido o interpretado; y en un segundo término, al nivel de conciencia que tiene el historiador sobre cuán agente y sujeto es de su propia acción de escribir el pasado como historia. En pocas palabras, podríamos referirnos a si el historiador es capaz de reconocer su grado de compromiso o

pasividad en su escritura de ese pasado que se presenta como histórico o digno de reconocimiento:

Las diferencias indicadas entre la conjugación activa y media del verbo dependen de la conciencia del sujeto que realiza la acción y la fuerza del involucramiento que este sujeto posee con la acción que realiza...De ahí que, la diferencia entre ambas voces (activa y media) depende en poder distinguir entre dos tipos de transitividad, una en la que o el objeto o el sujeto se encuentran fuera de la acción y una en la que la distinción entre sujeto y objeto es inexistente...Para Barthes, escribir en la voz media es creativo y liberador, ya que sitúa al escritor-agente *dentro* del principio latente del proceso de escritura, fin, y propósito de todo escrito. En efecto, para Barthes escribir en voz media es un claro ejemplo del tipo de "actos de habla" que J. L. Austin llama "performativos". Porque actos como "prometer" o "hacer un juramento" o "juzgar" tienen la fuerza de la voz activa y media, tanto como para convertirlos no solo en actos sobre el mundo sino como propulsores de cambio en la relación de uno con lo que lo rodea...Lo mismo se puede decir del sujeto que "promete", "jura", o "juzga". El que promete solo existe en el acto de prometer, el que jura solo en el acto de jurar y el juez solo en el acto de juzgar.¹²⁷

De lo anterior que White plantea siguiendo a Roland Barthes, la importancia de la creatividad en la realización y conciencia del historiador agente; el *histor* deviene en un verdadero conocedor del pasado, sólo en a través del acto historiográfico. Sus actos de escritura y habla son manejados en cuanto instrumentos de una voz reflexiva, que si bien se sabe distante y asediada, sabe reconocer cuáles son las hebras invisibles desde donde emanan las distintas historicidades. Por lo tanto, toda forma de entender, dialogar o interactuar con cualquier tipo de canon, debe surgir de un autogobierno historiográfico donde las limitantes del *historiador agente* son explicitadas y la urgencias puestas en evidencia toda vez que una revisión es acometida. En otras palabras, como una

¹²⁷ Hayden White, *The Fiction of Narrative. Essays on History, Literature and Theory 1957 - 2007*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2010. p. 260 - 262. Este texto fue publicado originalmente en *Stanford Literary Review*, Volumen 9.2, Otoño, 1992. Ver también Dominick LaCapra, *Writing History, Writing Trauma*, Baltimore, Johns Hopkins University, 2001. En este caso, es interesante notar cómo LaCapra profundiza el debate sobre las implicancias y posibilidades de la usar la voz media en la historiografía; especialmente en casos de experiencias extremas y traumáticas.

conciencia disciplinar base y mínima a la hora de ejecutar una transgresión de campo que a su vez le entregue renovación; de lo anterior, quizás, que la conciencia del espacio de acción del historiador que se sabe un agente sea –al fin y cabo– agujerear en el epísteme para que este desborde su propio contenido. Quizás, y como planteamos al comienzo de esta tesis, lo siempre definitivo sea, primero, estar consciente del triple pacto que rige la operación historiográfica: tabú del objeto, tabú de la circunstancia ritual y tabú sobre la preponderancia del que escribe; y en segundo término, que el escribir en la voz media, es saber que la ejecución de todo recuento histórico, reposa en la capacidad de superar la contradictoria asignación de valor que se sabe precipitada pero por eso mismo goza sabiéndose deseada e indefensa. En pocas palabras, en cuanto “propulsores de cambio en la relación de uno con lo que lo rodea” y como un punto de apoyo para el desmontaje de los procesos de canonización indebidos.

Y es aquí, donde quisiera retomar la conflictiva relación entre historia y teoría, ya que me parece clave enfatizar en la importancia del trabajo de Dominique LaCapra, quien en *Representando el Holocausto* (2002) estableció que la relación entre historia y teoría no es meramente aditiva o opcional, sino obligatoria y crucial. También es pertinente su argumento en cuanto discute la utilidad y los peligros de este tipo de síntesis textuales: los cánones, los contextos y las cargas hegemónicas de las “grandes obras”. Es decir, sin teoría no hay avance. Y no estamos hablando de una relación meramente aditiva, ya que la teoría puede funcionar como corsé y como espejo, como sustento y como evaluador. El énfasis sin duda debe estar en la aplicación de la metódica disciplinar, sin embargo, creemos que sólo se puede dar ese paso, una vez que se supere lo que tanto los neoconservadores de derecha como de izquierda denominan: la “glosa” o moda teórica de los últimos 30 años. Definir las fronteras de la teoría –o los efectos del corsé– permite que visibilicemos en detalle los contornos de nuestra propia conciencia histórica (o cuerpo disciplinar), y por lo tanto podamos asumir nuestra soberbia de querer historiar el “historizar siempre”. La voz media implica constatar y explicitar la “carga moral que inspira la forma”; tal como los actos de palabra, al historiografía es un

acto de escritura donde el historiador es un agente clave en el resultado narrativo de la investigación sobre el pasado. La conjugación, la escritura, la incorporación de grandes obras son parte de la reflexividad del hacer historiográfico y de las nuevas condiciones de enunciación y recuperación del pasado.

Finalmente, este segundo movimiento hacia una voz media explícita cómo se conectan el concepto de *total cero* –o esencia crítica– con la intención de escribir y practicar la disciplina histórica en la voz media, en esa punta del triángulo que se apoya en la pasividad y en la conciencia de ésta para de ahí asumir el salto al vacío, al pasado. Para ello, oportuno es orientar el ejercicio de la historia desde un punto de partida que se sabe provisorio e inestable, pero por sobre todo capaz de levantarse seguro de sí mismo y de las razones de su existencia. Como un centro que se sabe precipitado e imposible, pero por lo mismo interesante y deseable, donde la producción social de los discursos deja de ser controlada y distribuida por quienes dominan el acontecimiento aleatorio, y pasa a ser una potencialidad de todo quien sea capaz de administrar y desarrollar una relación autopedagógica con el pasado: propio, institucional, nacional o de cualquier tipo. Es decir, de alfabetizarse históricamente.

Por otra parte, y en términos específicos, nos parece sugerente plantear que el canon historiográfico chileno del SXX se abrió con Diego Barros Arana y se cierra al contexto del Bicentenario con Gabriel Salazar y Alfredo Jocelyn-Holt, dejando un gran espacio entre estas tres puntas de triángulo para la ubicación de las distintas posibilidades de campo. Si bien ya nadie lee a Barros Arana en serio, todavía parece extremadamente difícil y complicado defender que alguien lo haya superado. En cuanto a estas dos nuevas voces fuertes sin duda que representan el horizonte a incorporar superando las polaridades de un *justo medio*. Así también, hemos identificado que una de las características del campo historiográfico chileno actual, es su opción como un tiempo de manifiestos. Como un tiempo de urgencias y compromisos. Qué más habría que reconocer fuera del número y de la variedad con que se está desarrollando la

disciplina histórica en el país. ¿Qué más hay de lo reflexivo en el giro crítico? Por ahora esa es juntamente la pregunta, cómo superar el total cero y avanzar, pero para ello se debe reconocer ese espacio de inicio. Y de ahí continuar reconociendo el lugar de historiador como y en cuanto agente de un relato que siempre será ideológicamente cargado.

Más allá de las variantes –sea historia social, cultural, económica, intelectual, política, oral, de los conceptos, de la mujer, de la vida privada, del medioambiente o de la misma historiografía– todas ellas han ido refinando en forma exponencial desde 1980s sus aparatos teóricos en pos de un recuento que esté consiente de la mayor cantidad de variables que se puedan traducir en un control eficiente, una exposición estimulante y un manejo adecuado de la operación de escritura historiográfica. Y esto, en cualquiera sea su formato: libro, ensayo, artículo (ISI, SCOPUS, Scielo) prensa, crónica, documental, internet, etc. Valga la pena precisar que este *giro crítico* de la disciplina no significa que genéricamente los historiadores chilenos estén perfeccionando sus técnicas de trabajo, sino que hay un interés –aún no mayoritario y disperso, pero constante y expansivo– por reflexionar filosófica y teóricamente el oficio antes de ejercitar la práctica de este.

En base a lo anterior que los comentarios al cierre que podemos hacer sean dos. Lo primero tiene que ver la necesidad de que la historiografía intelectual ajuste, digiera y redistribuya la historicidad de cada una de las numerosas e incesantes obras que año a año desarrollan o reinterpretan los puntos de vista compartidos, tanto al interior de la institución historiadora como a nivel de sociedad nacional. Necesidades que apuntan, en el fondo, al desarrollo permanente de una historiografía crítica y autoconsciente donde la literatura y la política sean elementos en permanente equilibrio y disputa, suerte de aporía sin solución donde cada historiador –o individuo– debe controlar sus deseos de poder y legitimidad. Balance, o alfabetización, donde el elemento reflexivo –la voz media– se justifica y subordina a la potencialidad crítica de la investigación y al acto de lectura. Lo segundo, valga la pena mencionar que

posiblemente esta es la primera tesis de Doctorado dedicada a temas de historiografía, teoría y filosofía de la historia en Chile durante el SXX.

Al volver a preguntamos sobre ¿qué debemos hacer? frente a las propuestas de seguir buscando la idealización de la historiografía o intentar ir más allá del canon, la respuesta es clara y contundente: ir más allá. En esta línea que se entienda como obligatorio, asumir que todo conocimiento como también las formas de adquirirlo, varían con el tiempo. Lo que hace que cada cierto tiempo sea necesario hacer los intentos por resolver “el conjunto de problemas” que podrían estar afectando una cierta comprensión del pasado y/o del presente. Donde la historiografía, como ya hemos señalado, al volverse transgresión de sí misma encuentra momentáneamente el camino hacia el pasado.

Si bien, normalmente el criterio canon ha operado de forma excluyente y con un aura tradicional, como esperamos haber demostrado, la utilidad actual del uso del concepto apunta a que este criterio sea visto en términos críticos y en cuanto herramienta para una toma de conciencia mayor: en cuanto alfabetización histórica revisionista y doblemente consciente del sujeto-historiador-agente. En pocas palabras, como una selección que debe ser considerada no sólo por su valor en sí, sino, por su potencialidad dialógica y de provocación. De ahí, quizás, que la mejor forma de imaginarnos un canon historiográfico chileno, sea pensarlo en los términos del epígrafe que abre estas conclusiones: como una cosa o selección valórica que se precipita en la convicción de que al transgredir y desbordar las suposiciones establecidas, se convierte en algo tan viejo y joven –a la vez– como para ser capaz de legitimar el goce de saberse totalmente indefenso y perplejo frente al pasado...

“...siempre subsiste una medida común a todos, aunque a cada cual le toca su propia parte. Que cada uno vaya y alcance hasta donde pueda...”

Hölderlin

7. Conclusiones

“¿Qué sería de nosotros sin el lenguaje? Nos hizo ser lo que somos. Sólo él revela, en el límite, el momento soberano en que ya no rige. Pero al final el que habla confiesa su impotencia. El lenguaje no se da independientemente del juego de la prohibición y la transgresión. Por eso la filosofía, para poder resolver, en la medida de lo posible, el conjunto de los problemas, tiene que retomarlos a partir del análisis histórico de la prohibición y la transgresión. A través de la contestación, basada en la crítica de los orígenes, es como la filosofía, volviéndose transgresión de la filosofía, accede a la cima del ser.”

George Bataille, *El Erotismo*

Como se planteó desde un principio, esta tesis titulada *Acerca del canon historiográfico chileno del Bicentenario. Teoría, escritura y algunas voces fuertes* discutió y propuso seis capítulos y una sección con conclusiones frente al comentario inicial de Mario Góngora en el que nos señalaba como medida y remedio para superar el problemático y excesivo positivismo documental de la historiografía chilena, el buscar una formación basada en los clásicos de la historiografía y de la filosofía de la historia. Para ello, hemos puntualizado qué es lo que distingue nuestro uso del concepto canon a la luz de la historiografía chilena actual, es decir, porqué la búsqueda de cualquier subconjunto se entiende hoy a comienzos del SXXI, como un gesto de provocación –un umbral ficticio, una precipitación– que se materializa y sólo puede ser a través de la soberanía del instante y la aporía. Puntualmente, creemos oportuno señalar que hay dos grandes conclusiones:

1 - Es clave avanzar en el debate sobre cómo los Ambientes Virtuales de Investigación, irán definiendo la práctica historiográfica: para ello nos parece prioritario establecer cuáles pueden ser algunas características generales de lo que sería los *cyborg* historiográficos.

2 - En segundo lugar, concluimos que la habilidad definida como “Alfabetización histórica”: logra la superación crítico-práctica del paradigma histórico tradicional autosuficiente e integra de mucho mejor manera al ciudadano o a quien esté interesado en

7.1 Cyborg historiográfico

La pregunta que nos interesa dejar planteada es ¿Cuál es el cielo análogo de la práctica historiográfica actual?. Ante ello, podemos sugerir algunos comentarios sobre la situación vigente y de los desafíos que hoy nos plantea la revolución teletecnológica.

Es por ello que la expansión de los límites de la tradicional tesis, ayuda en la evaluación de cuáles son los medios y formatos a través de los cuales se pueden entregar el conocimiento histórico.

Realizando un paralelo entre los pro y los contra de los AVI,

Beneficios:

- Eficiencia
- Exactitud y flexibilidad -para las correcciones- de las cronologías bibliográficas
- Visualidad
- Búsquedas bibliográficas aceleradas y más precisas
- Democratización radical de acceso
- Experiencia aumentada
- Sonoridad
- Integración de funcionalidades
- Vinculación con estudiantes

Problemas:

- Prejuicios y aprehensiones de pares
- Financiamientos

- Integración de saberes disciplinares y formatos de trabajo
- Costo de oportunidad en las búsquedas
- Manipulación informática
- Pérdida de contenidos

Buscando una imagen que diera cuerpo a la fusión de la escritura del pasado como historia con las actuales tecnologías de la información, esta podría ser una articulación sutil y suave como la que permite el abrazo del párpado al ojo.

7.2 Alfabetización histórica

Finalmente, más allá de la subjetividad de los nombres propios que se puedan escoger a la hora de buscar un canon o al hablar de cualquier conjunto de “clásicos” de la historiografía chilena, -ya sea en cuanto obras, autores, hipótesis, fuentes, etc.- lo que sí se debe establecer es que la respuesta considere especialmente las variables del último cuarto del SXX y de comienzos del XXI. Esto ya que sólo después de ese periodo es que nos parece pertinente hablar de un contexto o situación historiográfica lo suficientemente crítica-madura han señalado algunos- como para pensar en una disciplina histórica medianamente consciente de sus límites y posibilidades epistemológicas. Incluso, aunque sea sin un reconocimiento explícito.

Por de pronto, se debe tener en cuenta, que en una época postfundacional como la nuestra, la transferencia valórica del discurso histórico y de la escritura del pasado como historia, aun determina de sobremanera la configuración individual, nacional, institucional y/o colectiva. De ahí que las sociedades, los individuos y los historiadores requieran entender, para tomar verdadera conciencia de sí mismos, de cómo incorporan y seleccionan los inputs históricos con los cuales establecer puntos de referencia y límites sobre lo que todo presente debe y puede experimentar como legítimo o significativo: esos puntos de vista compartidos de los que hablamos en el primer capítulo. Para lo cual dicha necesidad social por una selectividad se torna imperiosa y urgente. Y es en

ese punto donde el evidenciar qué saben los historiadores de su propia disciplina en cuanto herramienta de poder y censura, debe ser advertida; en cualquiera de sus tres niveles: personal, nacional o como historiador profesional. Como decía Góngora, la solución está en la capacidad de enseñar y formar historiadores y personas enfatizando la reflexión por sobre la erudición. En saber entender y no en simplemente memorizar, o lo que es más interesante, en convertirse en un alfabeto que lee, interpreta y sabe usar los distintos pasados que le son presentes e históricos. Vaya novedad, no obstante, aún sigue siendo la gran urgencia.

Así también, centrar la atención en la importancia y en las justificaciones de historiar el pensamiento sobre la escritura y la práctica historiográfica chilena durante el SXX, implica el reconocimiento de la existencia de un otro nuevo *zeitgeist* historiográfico y de una carencia. Argumento que nos compele a que seamos capaces de justificar *qué* hojas históricas hemos seleccionado como parte de nuestra batería de recursos que nos permiten sostener las representaciones de ese pasado que nos interpela a través de un presente que es capaz de generar las certezas mínimas a la hora de asumir las siempre nuevas condiciones de época. El saco teórico del paradigma tradicional autosuficiente y autolegitimador requiere que se le ajuste y que se le incorpore –honestamente y desinteresadamente– una actitud de crítica permanente frente a las exigencias del siempre variable contexto. Cuando Ankersmit habla de los movimientos en la conciencia histórica no está señalando que todo lo que configuró la modernidad historiográfica deba ser eliminado; por el contrario, este historiador holandés ha manifestado varias veces que su postura implica una radicalización del historicismo decimonónico a través de las nuevas variables y posibilidades cognitivas y políticas actuales. Incluso al punto de postular que la teoría y el texto histórico, una vez superado el “otoño historiográfico”, deben ser entendidos como a-científicos y por lo tanto circunscribirse en una suerte de superación de la epistemología dura y asumirse como una celebración de la capacidad de experimentar o vivir la historia a través de la diversidad de fuentes. De exponerse al pasado en el conocimiento de la transitoriedad del

concepto de historia y, sobre todo, en el entendimiento de cómo el uso del lenguaje y el uso de las fuentes son objetos de estudio en sí, y en cuanto un agente de cambio al interior del discurso histórico.

Esa formación académica y gremial que enunciaba Mario Góngora, fuerte en los clásicos de la historiografía y filosofía de la historia, se puede lograr toda vez que se hace el doble ejercicio de asignación de valor o historicidad tanto al objeto estudiado como al sujeto cognoscente; transformando así la escritura de la historia en un acto soberano donde el control y las transgresiones, logran que la historiografía devenga en *pasado* escrito. Para ello discutimos en qué manera se puede imaginar una historiografía intelectual chilena para el SXXI.

Un último comentario sobre las mediciones realizadas, debe reconocer que lo que se hizo fue un intento por llevar a cabo una prospección que permitiera el primer comentario general acerca del posicionamiento y ubicación de las referencias esenciales del campo historiográfico chileno del SXX.

Sin duda que la próxima posibilidad sería correlacionar las líneas de posición y los énfasis de reflexión, con las distintas cronologías que están apareciendo, como lo demuestran los libros de Pinto, Villalobos y Gazmuri entre otros. La topografía teórica y filosófica de la historiografía chilena del periodo está identificada; ahora que venga el diálogo individual y biográfico.

En cuanto al tema del comparativismo historiográfico que desarrollamos en los capítulos 4 y 5, sin duda que el aforismo “comparar lo incomparable” sigue siendo el mejor modo de caracterizar las dificultades como las verdaderas aportaciones de este milenar ejercicio analítico. Por de pronto evidenciamos que la comparación es un excelente camino y método para lograr la alfabetización histórica ya que ilustra y visualiza los elementos esenciales a tomar en consideración y a evidenciar puntos de fuga que normalmente se pueden transformar en similitudes que no deberían ser, en perplejidad. Además, y muy en la línea de Marc Bloch, quedó claro cómo este método sigue siendo una gran instrumento para sugerir investigaciones y nuevos puntos de partida; sobre todo, en este tiempo donde las aporías nos desafían permanentemente.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

1. Historiografía chilena

A

Ahumada, Rodrigo, "La historia en busca de su significado en un tiempo de dudas", *Cuadernos de Historia*, N° 31, Universidad de Chile, Santiago, Septiembre, 2009

Alburquerque, Germán, "Los debates de la historiografía chilena en el umbral del siglo XXI", *Revista Mapocho*, No. 55, Santiago de Chile, 2004.

Aravena, Pablo, *Los recursos del relato. Conversaciones sobre Filosofía de la Historia y Teoría Historiográfica*, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 2008, p. 222.

Arqueros, Gonzalo, "La historia del Arte como la experimentación de los límites", en *Coloquios. Trienal de Chile 2009*, Editorial Nelly Richard, Universidad Arcis, Universidad de Playa Ancha y Universidad Austral de Chile, Fundación Trienal de Chile, Santiago de Chile, 2009.

Avelar, Idelver, "La construcción del canon y la cuestión del valor literario", *Revista Aisthesis*, N° 46, PUC, 2009.

B

Bastías, Manuel, "Historiografía chilena y positivismo. 1840-1980", *Nuestra Historia*, Universidad de Chile, N° 1, 2006.

Brito, Eugenia, *Campos minados*, Editorial Cuarto Propio, Santiago de Chile, 1990, p. 192.

C

Couyoumdjian, Ricardo Juan (Coord.), *Historiografía Chilena. Fichero Bibliográfico 1959 - 1996*, Santiago de Chile, Instituto de Historia, PUC, 2000.

Correa, Sofía, "Historiografía chilena de fin de siglo", *Revista chilena de humanidades*, N° 21, Santiago de Chile, 2001, pp. 47-62.

Cot, José María y Rolle, Claudio, *Letras de Humanidad. Escritos en Honor a Francesco Borghesi Sgoluppi*, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2008.

E

Edwards, Alberto, *Páginas Históricas*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1972.

G

Gazmuri, Cristián, *La Historiografía Chilena 1842 - 1970*, (Dos Volúmenes), Santiago de Chile, Editorial Taurus, 2007 y 2009.

Gazmuri, Cristián, "Influencias sobre la historiografía chilena: 1842-1970", en G. de Mussy, Luis (ed), *Balance historiográfico chileno. El orden del discurso y el giro crítico actual*. Ediciones UFT, Santiago, 2007, pp. 31-74.

Gazmuri, Cristián, *Tres hombres, tres obras. Vicuña Mackenna, Barros Arana y Edwards Vives*", Santiago de Chile, Editorial Sudamericana, 2004.

Gazmuri, Cristián, "Las ideas historiográficas de don Gonzalo Vial", *Revista Opciones*, N 6, Santiago de Chile, Centro de estudios de la realidad contemporánea, 1985.

Góngora, Mario, *Entrevista en El Mercurio*, Santiago de Chile, jueves 26 de agosto, 1976, p.20.

Góngora, Mario, *Ensayo Histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Editorial Universitaria, Octava Edición, Santiago de Chile, 2003, p. 149.

Grez, Sergio y Salazar, Gabriel, *Manifiesto de Historiadores*, Editorial LOM, Santiago de Chile, 1999, p. 117.

Grez, Sergio, "Escribir la historia de los sectores populares", *Política*, volumen 44, Santiago de Chile, Otoño de 2005.

Gueneau de Mussy R., Luis, "Historiografías comparadas. El total cero de la historiografía chilena actual", *Arbor, Ciencia, Pensamiento y Cultura*, Vol. CLXXXIII, No. 724, España, 2007.

Gueneau de Mussy R., Luis, "Heródoto y lo insepulto", *Revista Mapocho*, No. 61, Santiago de Chile, Primer semestre, 2007, pp. 399-402.

Gueneau de Mussy R., Luis,, "Entrevista a Frank Ankersmit", inédita, The Hague, Febrero 2007.

Gueneau de Mussy R., Luis, *Balance Historiográfico chileno. El orden del discurso y el giro crítico actual*, Ediciones Universidad Finis Terrae, Santiago de Chile, 2008, p.214.

Gueneau de Mussy R., Luis y Valderrama, Miguel, "Historiografía Postmoderna, un manifiesto", *Historiografía Postmoderna. Conceptos, figuras, manifiestos*, Ediciones Universidad Finis Terrae-RIL, Santiago de Chile, 2010, pp. 19-36.

I

Illanes Angélica María, *La Batalla de la memoria. Ensayos históricos de nuestro siglo: Chile, 1900 - 2000*, Editorial Planeta, Santiago de Chile, 2002, p. 252.

J

Jobet, César Julio, *Tres Ensayos Históricos*, Ediciones del Boletín del Instituto Nacional, Santiago de Chile, 1950, p. 154.

Jocelyn-Holt, Alfredo, *El Peso de la Noche, Nuestra frágil fortaleza histórica*, Santiago de Chile, Editorial Planeta, 1997.

Jocelyn-Holt, Alfredo, *Espejo Retrovisor*, Santiago de Chile, Editorial Planeta, 2000.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Balance historiográfico y una primera aproximación al Canon", en G. de Mussy, Luis (ed), *Balance historiográfico chileno. El orden del discurso y el giro crítico actual*, Santiago de Chile, Ediciones UFT, 2007, pp. 31-74.

Jocelyn-Holt, Alfredo, *Historia General de Chile*, Santiago de Chile, Editorial Sudamericana, 2000 - 2015.

Jocelyn-Holt, Alfredo, *La Independencia de Chile, Tradición Modernización y Mito*, Santiago de Chile, Editorial Random House Mondadori, 2009.

Jocelyn-Holt, Alfredo, *El Chile Perplejo, Del Avanzar sin Transar al Transar sin Parar*, Santiago de Chile, Editorial Planeta-Ariel, 1998.

Jocelyn-Holt, Alfredo, *Documentos del siglo XX Chileno*, en coautoría con Sofía Correa, Consuelo Figueroa, Claudio Rolle y Manuel Vicuña, Santiago de Chile, Editorial Sudamericana, 2003.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Balance historiográfico y una primera aproximación al canon", en libro de Luis G. de Mussy Roa (editor), *Balance Historiográfico Chileno*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Finis Terrae, 2007, pp. 31-74.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Más allá de los porfiados hechos (o cómo la mirada histórica no puede advertir sobre el futurismo)", en Carlos Orellana (ed.), *¿Apocalipsis ahora? Chile y el mundo tras el derrumbe de las Torres Gemelas*, Santiago de Chile, Editorial Planeta, 2001, pp. 83-105.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Los laberintos de la memoria: Las estrategias históricas", en Sonia Saenz y Rodrigo Alvayay, *La mala fama de la democracia*, Santiago de Chile, Editorial LOM, 2000, pp. 65-72.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "El desierto de la Historia", prólogo del libro de Manuel Vicuña Urrutia, *La Imagen del Desierto de Atacama (XV-XIX): Del Espacio de la Disuasión al Territorio de los Desafíos*, Santiago de Chile, Editorial Universidad de Santiago, 1995, p. 145.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Menos es más, o la historia que falta", *Revista Critica Cultural*, N° 18, Santiago de Chile, junio 1999, pp. 31-32.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Historia y ficción", *Diario La Tercera*, Santiago de Chile, 26 de noviembre 2006, p. 94.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "El Sin Fin de la Historia", *Diario El Mercurio*, Santiago de Chile, 27 de septiembre 2001.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Historias e Historietas", *Diario El Mercurio*, Santiago de Chile, 12 de diciembre 1996.

Jocelyn-Holt Alfredo, "Los intelectuales-políticos chilenos: Un caso de protagonismo equívoco continuo", Wilhem Hofmeister y H.C.F. Mansilla (editores), *Intelectuales y Política en América Latina*, Santa Fe, Argentina, Ediciones Adenauer Stiftung y Homo Sapiens, 2003, págs. 171-197.

Jocelyn-Holt, Alfredo, Prólogo y edición: "Encina, ¿Cíclope o Titán?". En Francisco A. Encina, y *La literatura histórica chilena y el concepto actual de historia*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, Colección Premios Nacionales, 1997, pp.13-35.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Isaiah Berlin. Homenaje a Isaiah Berlin", *Revista Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social*, NE 15, Santiago de Chile, 1997, pp. 335-337.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Tres aproximaciones a la Generación de 1842: Lastarria, Bello y Monvoisin", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 151, Santiago de Chile, 1983, pp. 65-127.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "En tres tiempos. (Alberto Edwards Vives)", *Diario La Tercera*, Cultura, Santiago de Chile, 12 de octubre 2007, p. 5.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Usos y abusos de la Historia", *Diario La Tercera*, Cultura, Santiago de Chile, 24 de diciembre 2006, p. 3.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "El pasado chatarra que consumimos", *Diario La Tercera*, 7 Santiago de Chile, de enero 2007, p. 3.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Salazar y el fenómeno de la violencia", *Diario La Tercera*, Cultura, Santiago de Chile, 2 de diciembre 2006, p. 13.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Salazar y su historia combatiente", *Revista Qué Pasa*, Santiago de Chile, 1 de septiembre 2006, p. 5.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Liberalismo y Modernidad. Ideología y Simbolismo en el Chile Decimonónico: Un Marco Teórico", R. Krebs y C. Gazmuri (editores), *La Revolución Francesa y Chile*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1990, pp. 303-333

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Una gran mansión, una ruina, una utopía", *Boletín Académico de la Universidad de Chile*, N° 1, Santiago de Chile, Verano 2007, pp. 49-53

Jocelyn-Holt, Alfredo, "La educación en Chile: una tradición pública amenazada", *Anales de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile*, N° 2, Santiago de Chile, Año 2005, pp. 111-120.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Una masificación de la Universidad con sectores medios bajos es coquetear con el descalabro más absoluto", *Revista de Humanidades*, Universidad de Viña del Mar, transcripción en ponencia de la Primera Jornada de Encuentro y Debates-Nuevos escenarios de la Educación Superior en Chile, Departamento de Humanidades de la UVM, Viña del Mar, 2002, pp. 65-72.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "El drama como 'germen' de una nueva sensibilidad: A propósito de La Huida de Andrés Pérez", *Revista Teatrae de la Escuela de Teatro de la Universidad Finis Terrae*, Santiago de Chile, invierno-primavera, 2001, pp. 14-18.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "La Bomba Atómica o la Mala Conciencia", *Revista Derecho y Humanidades*, Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, NE 7, Santiago de Chile, 1999, pp.141-152.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "La Universidad: Realidad Actual y Escenarios Futuros", *Reflexiones Universitarias*, Chile- 1999: Cumbre Iberoamericana de Rectores de Universidades Estatales, Universidad de Santiago de Chile, agosto de 1999.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Novísima anatomía chilensis", *Anuario de Filosofía Jurídica y Social*, Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social, NE 15, Santiago de Chile, 1997, pp. 499-503.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "El invierno de la memoria: Desmemoriados y Confundidos", *Revista Mapocho*, N° 39, Santiago de Chile, 1996, pp. 303-309.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Entierro Prematuro", *Boletín de Historiadores*, N° 1, Santiago de Chile, 1994-1995, pp. 6-9.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Institucionalidad Liberal y Universidad en el Chile Decimonónico", *Revista Universum*, Universidad de Talca, 1991, pp. 65-84.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Los Girondinos Chilenos: Una Reinterpretación", *Revista Mapocho*, Biblioteca Nacional de Chile, N° 29, Santiago de Chile, Primer Semestre 1991, pp. 45-55.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Jakob Burckhardt y la Transformación Metodológica de la Historia del Arte", *Revista Universitaria*, Universidad Católica de Chile, N° 7, Santiago de Chile, 1982, pp. 26-38.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "Chile Today: Two Viewpoints", *Harvard Review of Latin America*, Spring, 2004, pp. 10-13.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "El liberalismo moderado chileno (siglo XIX)", *Estudios Públicos*, N° 69, Santiago de Chile, Verano, 1998, pp. 439-485.

Jocelyn-Holt, Alfredo, "El Desarrollo de Una Conciencia Pública en Lastarria y Sarmiento", *Estudios Públicos*, N° 17, Santiago de Chile, 1985, pp. 213-235.

M

Marín, Pablo, "A esta hora se debate", *Diario La Tercera*, Cultura, 15 Noviembre 2008, pp. 12 - 13.

Milos, Pedro, *Historia y memoria en Chile: 2 de Abril de 1957*, Editorial LOM, Santiago de Chile, 2005, p. 588.

Moulián, Luis, *Gabriel Salazar. 6 Asedios a la Historia desde abajo*, Editorial Factum, Santiago de Chile, 1999, p. 187

Moulián, Luis, "Balance historiográfico sobre los últimos 30 años de la historia de Chile", en Luis Vitale (ed), *Para recuperar la memoria histórica. Frei, Allende y Pinochet*, Editorial CESOC, Santiago de Chile, 1999.

Moulián, Tomás, *Chile, Anatomía de un mito*, Santiago de Chile, Editorial Lom, 1997, p.385.

Montecinos, Sonia, *Revisitando Chile. Identidades, Mitos e Historias*, Santiago de Chile, Editorial Cuadernos del Bicentenario- Presidencia de la República, 2003, p. 607.

P

Pérez, Diego, *Gabriel Salazar: Una "experiencia histórica". Una reflexión post-histórica a la representación historiográfica del "bajo pueblo"*, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Profesor Guía: Francisco Vergara, Santiago de Chile, 2011.

Pinto, Julio, *Cien años de propuestas y combates. La Historiografía Chilena del siglo XX*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, México, 2007, pp. 329-358.

Purcel, Fernando y Riquelme, Alfredo, *Ampliando miradas: Chile y su historia en un tiempo global*, Santiago de Chile, Editorial Ril, 2009, p. 330.

R

Retamal A., Julio y Villalobos R. Sergio, *Bibliografía histórica chilena*, Ediciones Centro de Investigación Barros Arana, Santiago de Chile, 1993, p. 363.

Retamal F., Julio, "Aspectos del revisionismo histórico", *Intus Legere*, No. 6, Vol. I, Santiago de Chile, Universidad Adolfo Ibáñez, (s.a).

Rojas, Jorge, "Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones", *Revista de economía y trabajo*, N° 10, Santiago de Chile, 2000.

Richard, Nelly y Moreiras, Alberto (Eds.), *Pensar en/la postdictadura*, Editorial Cuarto Propio, Santiago de Chile, 2001, p. 332.

Richard, Nelly (Ed.), *Políticas y estéticas de la memoria*, Editorial Cuarto Propio, Santiago de Chile, 2000, p. 252.

Richard, Nelly, *La insubordinación de los signos*, Editorial Cuarto Propio, Santiago de Chile, 1994, p. 126.

Richard, Nelly, *Residuos y Metáforas*, Editorial Cuarto Propio, Santiago de Chile, 1990, p. 272.

S

Salazar, Gabriel, *Historia contemporánea de Chile*, Santiago de Chile, Centro de Perfeccionamiento de Magisterio, 1971.

Salazar, Gabriel, *Formas económicas de transición en Chile: 1844 - 1954*, Santiago de Chile, Fundación Friedrich Ebert & Flacso, 1975, p. 320

Salazar, Gabriel, *Algunos aspectos fundamentales del desarrollo del capitalismo en Chile*, Santiago de Chile, Editorial LOM, 2003, p. 137

Salazar, Gabriel, *Diferenciación y conflicto en la clase dominante chilena* (Texto de discusión) UK, Inglaterra, Universidad de Hull, 1978, p. 84.

Salazar, Gabriel, *Notas para el nuevo proyecto histórico del pueblo chileno* (Texto de discusión), UK, Inglaterra, Universidad de Hull, 1982, p. 120.

Salazar, Gabriel, "El movimiento teórico sobre desarrollo y dependencia en Chile. 1950 - 1975". *Revista Nueva Historia*, 1:4, Londres, Asociación de Historiadores Chilenos en el Reino Unido, University of London, 1982, p. 180.

Salazar, Gabriel, *Entrepreneurs & Peons in the Transition to Industrial Capitalism. Chile, 1820 - 1878*, Tesis para optar al grado de Doctor en Historia, University of Hull, U.K., 1984, p. 680

Salazar, Gabriel, *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, Santiago de Chile, Ediciones SUR, 1985, p. 340

Salazar, Gabriel, *Para una historia de la clase media en Chile*, Documentos de Trabajo N° 59, Santiago de Chile, Ediciones SUR, 1986, p. 220

Salazar, Gabriel, *Problemas históricos de la sociedad chilena contemporánea*, Texto de Discusión, Santiago de Chile, Centro de Perfeccionamiento del Magisterio, 1986, p. 280.

Salazar, Gabriel, *Violencia política popular en las grandes alamedas. Santiago de Chile, 1947 - 1987*, Santiago de Chile, Ediciones SUR, 1990, p.433.

Salazar, Gabriel, "Historia y Bajo Pueblo" (Compilador y Editor) en *Proposiciones*, N° 19, Santiago de Chile, SUR Profesionales, 1990, p. 340.

Salazar, Gabriel, "Problemas históricos de la modernidad en Chile contemporáneo" (Compilador y Editor), en *Proposiciones* N° 24, Santiago de Chile, SUR Profesionales, 1994, p. 366.

Salazar, Gabriel, *Los pobres, los intelectuales y el poder (una relación difícil)*, Santiago de Chile, PAS Editores, 1995, p. 84.

Salazar, Gabriel, *Capacitación, competitividad e innovación tecnológica en Chile (1976 - 1997)*, Santiago de Chile, Documento de Trabajo CEPAL LC/R 1749 1998, p. 43

Salazar, Gabriel, *Autonomía, espacio, gestión. El municipio cercenado en Chile.* (Compilador y Editor en conjunto con Jorge Benítez), Santiago de Chile, Editores Universidad ARCIS y LOM, 1998, pp. 5-60

Salazar, Gabriel, "Sociedad civil, participación y ciudadanía emergente", (Compilador y Editor), En *Proposiciones*, N° 28, Santiago de Chile, SUR Profesionales, 1999, p.320.

Salazar, Gabriel, *Seis asedios a la historia desde abajo. Entrevistas a Gabriel Salazar* (Entrevistador y Editor: Luis Moulian), Santiago de Chile, Instituto FACTUM, 1999, p. 187.

Salazar, Vergara Gabriel, *Manifiesto de Historiadores* (Compilador y Editor, junto con Sergio Grez), Santiago de Chile, LOM Editores, 1999, p. 122.

Salazar, Gabriel, *La sociedad civil popular del sur y poniente de Rancagua (1930 - 1998)*, Santiago de Chile, Editorial Corporación de Estudios SUR - LOM, 2000, p. 204.

Salazar, Gabriel, "Estrategia globalizadota versus desarrollo regional y local en Chile contemporáneo", Universidad de Tarapacá, Arica. Conferencia publicada como folleto, 2001, p.21.

Salazar, Vergara, Gabriel, *Historia de la acumulación capitalista en Chile*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2003, p.140.

Salazar, Gabriel, *La historia desde abajo y desde dentro*, Facultad de Artes. Departamento de Teoría de las Artes - Universidad de Chile, Santiago de Chile, 2003, p. 475.

Salazar, Gabriel, *Ferías libres: espacio residual de soberanía ciudadana*, Santiago de Chile, Ediciones SUR, 2003, p.118.

Salazar Gabriel y Pinto Julio, *Historia contemporánea de Chile*, Santiago de Chile, Editorial Lom, 1999- 2005, p.180 (5 volúmenes).

Salazar, Gabriel, *Construcción de Estado en Chile (1760-1860): Democracia de los "los pueblos" militarismo ciudadano golpismo oligárquico"*, Santiago de Chile, Editorial Sudamericana, 2007, p. 550.

Salazar, Gabriel, *Conversaciones con Carlos Altamirano*, Santiago de Chile, Editorial Sudamericana, 2010, p. 577.

Salazar, Gabriel, "Historia popular del siglo XIX: una experiencia teórica y metodológica", *Boletín del Encuentro de Historiadores*, N° 2, Santiago de Chile, FLACSO, N° 2, 1985, pp. 3-5

Salazar, Gabriel, "Del proyecto histórico de los pobres: autonomía relativa y autoeducación", *Apuntes de Trabajo Social*, 5:12, Santiago de Chile, Colectivo de Trabajadores Sociales, 1986, pp. 28-35

Salazar, Gabriel, "La generación chilena del '68: ¿omnipotencia, anomia, movimiento social?", *Revista Propositiones*, N° 12, Santiago de Chile, 1986, pp. 96-118.

Salazar, Vergara, Gabriel, "Integración formal y segregación real: matriz histórica de la educación popular", *Profesionales en acción*, Santiago de Chile, CIDE, 1987, pp. 103-118.

Salazar, Gabriel, "Los dilemas históricos de la autoeducación popular en Chile: ¿integración o autonomía relativa?" *Revista Propositiones*, N° 15 , Santiago de Chile, Sur Profesionales, 1987, pp. 84 - 129.

Salazar, Gabriel, "Lo social (popular) y lo político (nacional) en Chile: ¿crisis del modo clientelista de articulación?", *Movimientos sociales y política: el desafío de la democracia en América Latina*, Santiago de Chile, Editorial CLACSO, 1988, pp. 183 - 208.

Salazar, Gabriel, "Grandes coyunturas políticas en la historia de Chile: ganadores (previsibles) y perdedores (habituales)", *Revista Propositiones*, N° 16, Santiago de Chile, 1988, pp. 74-98.

Salazar, Gabriel, "History of the Popular Culture in Chile: Different Paths", *The Popular Culture in Chile. Resistance and Survival*, Revista Westview Press, San Francisco, 1989, pp. 13-40.

Salazar, Gabriel, "Coyunturas políticas importantes en la historia de Chile. Una mirada desde abajo" *Documentos de Trabajo JUNDEP*, N° 1, Santiago, 1989, p. 28

Salazar, Gabriel, "Historiografía y dictadura en Chile: búsqueda, identidad y dispersión", *Revista Cuadernos Iberoamericanos*, N° 482 - 483, Madrid España, 1990, pp. 81-94.

Salazar, Gabriel, "La educación popular y los movimientos sociales en Chile. Primera parte", *El mensajero de la Educación*, N° 7, CIDE, Santiago de Chile, 1990, p. 14

Salazar Gabriel, "Identidad nacional y desmestizaje: una mirada desde la historia social de Chile" *Revista Tópicos ' 90*, N° 1, Centro Ecuménico Diego de Medellín, Santiago de Chile, 1990, pp. 14-23

Salazar, Gabriel, "Crisis en la altura, transición en la profundidad: el movimiento popular y la época de Balmaceda", *La guerra civil de 1891: cien años hoy*, Santiago de Chile, Editorial Universidad de Santiago, 1991, pp. 162-184.

Salazar, Gabriel, "Raíces históricas de la deuda externa", *Revista Tópicos ' 90*, N° 2, Centro Ecuménico Diego de Medellín, Santiago de Chile, 1991, pp. 8-14

Salazar, Gabriel, "La educación popular y los movimientos sociales en Chile. Segunda Parte". *El mensajero de la Educación*, N° 8, Santiago de Chile, CIDE, 1991, p. 15

Salazar, Gabriel, "Empresariado popular e industrialización en Chile: la guerrilla de los mercaderes. 1820 - 1885", *Revista Proposiciones*, N° 20, Santiago de Chile, Sur Profesionales, 1991, pp. 180-231.

Salazar, Gabriel, "La perspectiva popular: ¿hipóstasis metafísica, callejón sin salida, o '¿no será tiempo de hacer algo?', *Revista Proposiciones*, N° 20, Santiago de Chile, Sur Profesionales, 1991, pp. 295-299.

Salazar, Gabriel, "Movimiento social, municipio y construcción de Estado: el pensamiento de Luis Emilio Recabarren", *Documentos de Trabajo*, N° 131, Santiago de Chile, Sur Profesionales, 1992, p. 28

Salazar, Gabriel, "La mujer popular en Chile: un bosquejo histórico", *Revista Proposiciones*, N° 21, Santiago de Chile, Sur Profesionales, 1993, pp. 84-92.

Salazar, Gabriel, "Los límites históricos de la modernidad neoliberal en Chile" *Revista Cuadernos de Historia*, N° 12, Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1993, pp. 97-118

Salazar, Gabriel, "Construcción de Estado en Chile. La historia reversa de la legitimidad", *Revista Proposiciones*, N° 24, Santiago de Chile, Sur Profesionales, 1994, pp. 92-110.

Salazar, Gabriel, "Modernización ¿definitiva? Y debate histórico - social en Chile actual", *Revista Propositiones*, N° 24, Santiago de Chile, Sur Profesionales, 1994, pp.9-16.

Salazar, Gabriel, "Movimiento Social y municipio popular: el pensamiento de Recabarren". *Revista de Sociología*, N° 9, Santiago de Chile, Departamento de Sociología, Universidad de Chile, 1994, pp. 61-82.

Salazar, Gabriel, "Luis Emilio Recabarren", *América Latina: Uomini e Idee*, Volumen II, Roma, Edizione Lavoro, 1995, pp. 462-493.

Salazar, Gabriel, "Del coral de las fonderas al Palacio de Gobierno: el entierro 'social' del oro mercantil", *Revista de Historia*, N° 4, Departamento de Historia de la Universidad de Concepción, Concepción, 1995, pp. 45-96.

Salazar, Gabriel, "Descentralización y sinergia histórica local. Fracasos y perspectivas", *Bases históricas del desarrollo regional*, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1996, pp. 13-26.

Salazar, Gabriel, "Villa Grimaldi: del Cuartel Terranova al Parque del Recuerdo (testimonios)", *Encuentro XXI*, Santiago, Colectivo Siglo XXI, 2:4, 1996, pp. 139-145.

Salazar, Gabriel, "Las avenidas del espacio público y el avance de la educación ciudadana en Chile", *Revista Última Década*, N° 4, Viña del Mar, CIDPA, 1996, pp. 31-66.

Salazar, Gabriel, "Dialéctica de la modernización mercantil: intercambio desigual, coacción, claudicación. Chile como West COSAT, 1817 - 1843", *Revista Cuadernos de Historia*, N° 14, Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1996, pp. 30-86.

Salazar, Gabriel, "De la justicia estatal al Tribunal de la Historia. Dictadura en Chile, 1973 - 1990", *Encuentro XXI*, 2:6, Santiago de Chile, Colectivo Siglo XXI, 1996, pp. 140-149.

Salazar, Gabriel, "Investigadores jóvenes de los '60 e investigadores jóvenes de los '90: ¿a dónde va la diferencia?", *Revista Propositiones*, N° 27, Santiago de Chile, Sur Profesionales, 1996, pp. 266-271.

Salazar, Gabriel, "De gatito a jaguar. Construyendo poder popular" *Revista Alamedas*, N° 1, Santiago de Chile, Instituto Factum, 1997, pp. 86-91

Salazar, Gabriel, "Tendencias transliberales del movimiento ciudadano en Chile. 1973 - 1996. Apuntes para una teoría del cambio histórico", *Las organizaciones civiles en la transición, Red de Centros y Organismos Ecuménicos de Latinoamérica y el Caribe*, 1:1 México, 1998, pp. 9-28

Salazar, Gabriel, "El municipio cercenado. La lucha por la autonomía de la asociación municipal en Chile. 1914 - 1973", *Autonomía, espacio, gestión. El municipio cercenado en Chile*, Santiago de Chile, Universidad ARCIS, 1998, pp. 5-60.

Salazar, Gabriel, "Voluntad política de matar, voluntad social de recordar. A propósito de Santa María de Iquique". *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María*, Santiago de Chile, Universidad Arturo Prat y DIBAM, 1998, pp.291-302.

Salazar, Gabriel, "Globalización, capitalismo atípico y sindicalismo en Chile" *Revista Tópicos' 90*, N° 8, Centro Ecuménico Diego de Medellín, Santiago de Chile, 1998, pp. 11 - 23.

Salazar, Gabriel, "De la enseñanza de la Historia en la época del postfordismo", *Revista Alamedas*, N° 3, Instituto Factum, Santiago de Chile, 1998, pp. 11- 19.

Salazar, Gabriel, "Tendencias transliberales del movimiento ciudadano en Chile, 1973 - 1996. Apuntes para una teoría del cambio histórico". *Revista Sociedad Hoy*, 1:1, Departamento de Sociología de la Universidad de Concepción, Concepción, 1998, pp. 9-28.

Salazar, Gabriel, "¿Crepúsculo de la sociología o capitulación de sociólogos?" *Revista Sociedad Hoy*, 1:1, Departamento de Sociología de la Universidad de Concepción, Concepción, 1998, pp. 225-230.

Salazar, Gabriel, "De la participación ciudadana: capital social constante y capital social variable", *Revista Proposiciones*, N° 28, Sur Profesionales, Santiago de Chile, 1998, pp. 156-183.

Salazar, Gabriel, "Las concertaciones de partidos de centro- izquierda en Chile: ¿cuánta ha sido su utilidad real?" *Revista Alamedas*, N° 5, Instituto Factum, Santiago de Chile, 1998, pp. 9 - 13.

Salazar, Gabriel, "Memoria, hermenéutica y movimiento de la baja sociedad civil" *Memoria para un nuevo siglo. Chile: miradas a la segunda mitad del siglo XX*, Editorial ECO, Universidad de Santiago, Santiago de Chile, 1999, pp. 257-270.

Salazar, Gabriel, "Los actores educativos y la ciudadanía emergente en el desarrollo local", *Bases para la comprensión histórica del entorno social y local*, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1999, pp. 21-32.

Salazar, Gabriel, "Juventud y construcción de identidad", *Jóvenes de los '90*, Santiago, Arzobispado de Santiago, 1999, pp. 22-32.

Salazar, Gabriel, "¿Ilusión objetiva o realidad subjetiva? Las paradojas del enfoque 'filopolita', *¿Vivimos inseguros los chilenos?*, Centro de Estudios para el Desarrollo, Santiago de Chile, 1999, pp. 22-32.

Salazar, Gabriel, "Evolución desde una organización rígida a una comunidad" *Experiencia de Liberación en Chile. Desafíos para la Cultura y la Religión en el contexto neoliberal*, Centro Ecuaménico Diego de Medellín, Santiago de Chile, 1999, pp. 68-73.

Salazar, Gabriel, "Ciudadanía e historia oral: vida, muerte y resurrección" *Proposiciones*, N° 29, Santiago de Chile, Sur Profesionales, 1999, pp. 198-213

Salazar, Gabriel, "Crisis, malestar privado y la solidaridad de los cabros chicos" *Revista In Fraganti*, N° 2, Santiago de Chile, Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad ARCIS, 1999, pp. 86-105.

Vergara, Salazar Gabriel, "La educación de la juventud como educación para el cambio", *Revista Última Década*, 7:11, Viña del Mar, CIDPA, 1999, pp. 113-123.

Salazar, Gabriel, "Raíces históricas de la violencia en Chile", *Revista de Psicología*, 1:4, Santiago de Chile, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, 1999, pp. 19-26.

Salazar, Gabriel, "Los chilenos, Pinochet y la justicia internacional". *Revista Sekai*, N° 658, Tokio, 1999, pp. 161-176.

Salazar, Gabriel, "Memoria social, ensayo historiográfico y teoría crítica", *Revista Internacional de Filosofía Política*, N° 13, Madrid, 1999, pp. 211-217.

Salazar, Gabriel, "¿Ilusión objetiva o realidad subjetiva? Las paradojas del enfoque filopolita", *Cuadernos del Segundo Centenario*, N° 10, Santiago de Chile, CED, 2000, pp. 31 - 38.

Salazar, Gabriel, "Rol histórico de las ONGs en Chile. 1976 - 2000", *Congreso Nacional de las ONGs de Desarrollo*, Volumen 1, ACCION, Santiago de Chile, 2001, pp. 39-47.

Salazar, Gabriel, "Proyecto y exclusión: dialéctica histórica de la desconfianza en Chile", *Confianza social en Chile: desafíos y proyecciones*, Secretaría General de Gobierno, Santiago de Chile, 2001, pp. 20-30.

Salazar, Gabriel, "Origen y motivos de la violencia urbana en Santiago y Rancagua. Chile, 1980 - 1999", *Violencia y regulación de conflictos en América Latina*, Caracas, ADLAF de Alemania y Nueva Sociedad, 2001, pp. 91-110.

Salazar, Gabriel, "Memoria histórica y capital social", *Capital social y políticas públicas en Chile*, volumen 1, Santiago de Chile, CEPAL, 2001, pp. 11- 22.

Salazar, Gabriel, "Memoria social y movimiento popular: pasado y proyección", *Volver a la memoria*, Ediciones La Morada - LOM, Santiago de Chile, 2001, pp. 61-68.

Salazar, Gabriel, "Dialéctica inconclusa del espacio público en Chile. 1830 - 1997", *Revista Derecho y Humanidades*, N° 8, Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, 2001, pp. 245-258.

Salazar, Gabriel, "Representatividad y legitimidad del sistema político: ilusiones históricas y presentes", *Anuario de Chile. 2001 - 2002*, Editorial Universidad de Chile - La Nación, Santiago de Chile, 2002, pp. 11-16.

Salazar, Gabriel, "Proyecto histórico social y discurso político nacional. Chile, siglo I", *Los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX*, Editorial LOM, Santiago de Chile, 2002, pp. 155-164.

Salazar, Gabriel, "Chile współczesne: transformacja polityczna i globalizacja", *Relacje Polska - Chile. Historia i współczesność*, Warszawa, Universidad de Varsovia, 2002, pp. 27-52.

Salazar, Gabriel, "Proyectando país globalizado tras 200 años de vida independiente (o la revolución del hijo pródigo)" *Construir el futuro. Aproximaciones a proyectos de país*, Volumen 1, Editorial LOM, Santiago de Chile, 2002, pp.177-208.

Salazar, Gabriel, "La Nueva Historia y los nuevos movimientos sociales", *Revista Chilena de Temas Sociológicos*, N° 8, Universidad Cardenal Silva Henríquez, Santiago de Chile, 2002, pp. 253-266.

Salazar, Gabriel, "La gesta profética de Fernando Vives S. J. y Alberto Hurtado S. J.: entre la espada teológica y la justicia social", *Patriotas y Ciudadanos*, Editorial CED, Santiago de Chile, 2003, pp. 125-199.

Salazar, Gabriel, "Luis Emilio Recabarren: pensador político, educador social y tejedor de soberanía popular", *Patriotas y Ciudadanos*, Editorial CED, Santiago de Chile, 2003, pp. 201-234.

Salazar, Gabriel, "Sobre la situación estratégica del sujeto popular en Chile", *Unidad Popular: 30 años después*, Editorial Fundación Ford - Universidad de Chile, Santiago de Chile, 2003, pp. 209-226.

Salazar, Gabriel, "Estados Unidos en guerra contra la sociedad", *Imperio y Globalización*, Facultad de Economía de la Universidad de Viña del Mar, Viña del Mar, 2003, pp. 99-106.

Salazar, Gabriel, "Estratificación y desigualdad en los respetos ciudadanos", *Revista Política y Utopía*, N° 1, Santiago de Chile, Representa, 2003, pg. 37-46.

Salazar, Gabriel, "Los grupos revolucionarios chilenos: ayer y hoy" *Revista Sekai*, N° 720, Tokio, 2003, pp. 250-256.

Salazar, Gabriel, "Transformación del sujeto social revolucionario: desbandes y emergencias", *Actual Marx*, Editorial Lom - Universidad Arcis, Santiago de Chile, 2003, pp. 81-108.

Salazar, Gabriel, "Historiografía chilena siglo XXI: Transformación, responsabilidad, proyección", en G. de Mussy, Luis (ed), *Balance historiográfico chileno. El orden del discurso y el giro crítico actual*. Ediciones UFT, Santiago de Chile, 2007, pp. 95-167.

V

Valderrama, Miguel, "¿Hay un texto en la historiografía?", en G. de Mussy, Luis (ed), *Balance historiográfico chileno. El orden del discurso y el giro crítico actual*. Ediciones UFT, Santiago de Chile, 2007, pp. 169-200.

Valderrama, Miguel, "Bartleby o la Historia", Ponencia leída en el seminario internacional: *Historiografía(s) Contemporánea(s): Diálogos sobre historia cultural*. Seminario organizado por la Escuela de Historia de la Universidad Diego Portales, entre el 21 y 22 de agosto del año 2007.

Valderrama, Miguel, *Modernismos historiográficos: artes visuales, posdictadura, vanguardias*, Editorial Palinodia, Santiago de Chile, 2008, p.169.

Villalobos R., Sergio, *Historia del Pueblo Chileno*, Tomo I, Editorial Zig- Zag, Santiago de Chile, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1980.

Villalobos R., Sergio, *Portales. Una falsificación histórica*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1997, p. 233.

Villalobos R., Sergio, *La Historia por la Historia. Crítica de la historiografía actual*, Ediciones Universidad de los Lagos, 2007, p. 114.

Revistas

Cuadernos de Historia, N° 19, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1999.

Dimensión Histórica de Chile, N° 4/5, Santiago de Chile, Universidad Metropolitana de Ciencias de las Educación, 1987/88.

Revista Atenea, "Historiografía chilena", N° 291-292, Santiago de Chile, Universidad de Concepción, Sept-Oct 1949.

Revista de Historia y Ciencias Sociales, N° 4/5, Santiago de Chile, Editorial Arcis, 2007-2008.

Solar. Estudios Latinoamericanos, Santiago de Chile, Sociedad Latinoamericana de Estudios sobre América Latina y el Caribe. Sección Chile, 1994.

Boletín de Historiadores, N° 2, Santiago de Chile, Segunda Época, 1996.

Boletín de Historiadores, N° 1, Santiago de Chile, Segunda Época, 1994-95.

Boletín de Historiadores, N° 5, Santiago de Chile, Encuentro de Historiadores, FLACSO, CERC, IEC., 1992.

Boletín de Historiadores, N° 3 - 4, Santiago de Chile, Encuentro de Historiadores, FLACSO, CERC, IEC. 1986.

Boletín de Historiadores, N° 2, Santiago de Chile, Encuentro de Historiadores, FLACSO, CERC, IEC. 1985.

Boletín de Historiadores, N° 0 - 1, Santiago de Chile, Encuentro de Historiadores, FLACSO, CERC, IEC. 1984.

2. Historiografía Occidental

A

Ankersmit, Frank, *Narrative logic. A Semantic Analysis of the Historian's Language*, Den Haag, Nijhoff, 1983.

Ankersmit, Frank, *The Reality Effect in the Writing of History: the Dynamics of Historiographical Topology*, Amsterdam, Noordhollandsche, 1990.

Ankersmit, Frank & Kellner, Hans (eds), *A New Philosophy of History*, UK, The University of Chicago Press, 1995.

Ankersmit, Frank, *Historical Representation*, Stanford, Stanford University Press, 2001.

Ankersmit, Frank, *Political Representation*, Stanford, Stanford University Press, 2001.

Ankersmit, Frank, en *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*, México, Editorial FCE, 2005.

Ankersmit, Frank, *Sublime Historical Experience*, California, Standford University Press, 2005.

Ankersmit, Frank, *Experiencia Histórica Sublime*, Santiago de Chile, Editorial Palinodia, 2008.

Attride, Derek, Geoff Bennington & Robert Young (eds), *Post-structuralism and the Question of History*, UK, Cambridge University Press, 1999.

B

Badiou, Alain, *Pequeño panteón portátil*, Buenos Aires, Argentina, Ediciones FCE, 2009.

Baldick, Chris, *Oxford Concise Dictionary of Literary Terms*, New York, Oxford University Press, 2004.

Bataille, George, *Teoría de la Religión*, España, Editorial Taurus, 1973.

Barthes, Roland, *El grado cero de la escritura. Seguido de Nuevos ensayos críticos*, Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2003.

Barthes, Roland, *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, España, Editorial Paidós, 1987.

Barthes, Roland, *Lo neutro*, Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2004.

Bentley, Michael, *Companion to Historiography*, UK, Blackwell, 1997.

Bermejo, José, *¿Qué es la Historia teórica?*, Madrid, España, Editorial Akal, 2004.

Bevir, Mark, *The Logic of the History of Ideas*, UK, Cambridge University Press, 2002.

Blanchot, Maurice, *La comunidad inconfesable*, Madrid, España, Editorial Arena Libros, 2002.

Blakemore, Harold, "The Chilean revolution of 1891: A Study in the Domestic and International History of Chile", *Bulletin of the Institute of Historical Research*, XXXI, Mayo, 1958.

Bloom, Harold, *El canon occidental*, Barcelona, Editorial Anagrama 1995.

Bloom, Harold, *The Anxiety of Influence. A Theory of Poetry*, New York, Oxford University Press, 1997.

Bonnell, Victoria & Hunt, Lynn (eds), *Beyond the Cultural Turn*, USA, University of California Press, 1999.

Bourdieu, Pierre, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1995.

Bourdieu, Pierre, *Campo de poder, campo intelectual*, Argentina, Montessor, 2002.

Breisach, Ernst, *Sobre el futuro de la historia. El desafío posmodernista y sus consecuencias*, Valencia, PUV. 2009.

Brown, Callum, *Postmodernism for historians*, UK, Pearson, 2005.

Brown, Joan, *Confronting our Canons. Spanish and latin American Studies in the 21st Century*, USA, Lewisburg Bucknell University Press, 2010.

Budd, Adam, *The Modern Historiography Reader*, UK, Rotledge, 2009.

Burke, Peter (ed), *New Perspectives on Historical Writing*, USA, Pennsylvania State University Press, 2004.

C

Callinicos, Alex, *Theory and Narratives. Reflections on the Philosophy of History*, Durham, Duke University Press, 1995.

Cannon, John (ed), *The Blackwell Dictionary of Historians*, UK, Blackwell Reference, 1988.

Carrard, Philippe, *Poetics of New History. French Historical Discourse from Braudel to Chartier*, USA, The John Hopkins University Press, 1992.

Certeau de Michel, *The Writing of History*, New York Columbia University Press, 1988.

Chartier, Roger, *Escribir las prácticas*, Buenos Aires, Editorial Manantial, 2005.

Chartier, Roger, *On the Edge of the Cliff*, USA, The John Hopkins University Press, 1997.

Clark A. Elizabeth, *History, Theory, Text. Historians and the Linguistic Turn*, USA. Harvard University Press, 2004.

Cohen, Sande, *Historical Culture. On the Recording of an Academic Discipline*, USA, University of California Press, 1988.

Cohen, Sande, *History out of Joint. Essays on the Use and Abuse of History*, USA, John Hopkins University Press, 2006.

Culler, Jonathan, *Sobre la deconstrucción. Teoría y crítica después del estructuralismo*, Madrid, España, Editorial Cátedra, 1998

D

Davies, Martin, *Historics. Why History Dominates Contemporary Society*, USA, Editions Routledge, 2006.

Detienne, Marcel, *Comparar lo incomparable. Alegato a favor de una ciencia histórica comparada*, Barcelona, España, Editorial Península, 2000.

Derrida, Jacques, *Archive Fever. A Freudian Impression*, USA, The university Chicago Press, 1996.

Derrida, Jacques, *Márgenes de la filosofía*, Madrid, España, Editorial Cátedra, 1989.

Domámska Ewa, *Encounters. Philosophy of History after Postmodernism*, USA, University Press of Virginia, 1998.

Dosse, Francois, *La historia en migajas*, Valencia, Edicions alfons el magnánim, 1988.

Dosse, Francois, *La historia. Conceptos y escrituras*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2000.

Dosse, Francois, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, PUV, 2007.

Duby, Georges, *Diálogo sobre la Historia. Conversaciones con Guy Lardreau*, Madrid, Alianza, 1988.

During, Simon (ed), *The Cultural Studies Reader*, London, Routledge, 1999.

E

Epple, Angelika & Schaser, Angelika (eds), *Gendering Historiography. Beyond National*

Canons, USA, Campus, 2009.

Ermarth Deeds, Elizabeth (ed), *Rewriting Democracy. Cultural Politics in Postmodernity*, UK, Ashgate, 2007.

F

Fish, Stanley, *Is there a Text in this Class?*, USA, Harvard University Press, 1980.

Foucault, Michel, *El orden del discurso*, Buenos Aires, Editorial Tusquets, 1999.

Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas*, México, Editorial Siglo XXI, 2010.

Friedlander, Saul (comp), *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2007.

Frye, Northrop, *Anatomy of Criticism*, USA, Princeton University Press, 1990.

Freud, Sigmund, *Obras completas*, (Tomo XIV) Buenos Aires, Editorial Amorrortu, 2008.

Fulbrook, Mary, *Historical Theory*, London, Routledge, 2002.

G

Gaddis Lewis, John, *The Landscape of History. How Historians Map the Past*, New York, Oxford University Press, 2004.

Gay, Peter, *Style in History*, USA, W. W. Norton & Company, 1988.

Gay, Peter, *Modernism. The Lure of Heresy. From Baudelaire to Beckett and Beyond*, UK, Random House, 2007.

Gossman, Lionel, *Basel in the age of Burckhardt. A Study of Unseasonable Ideas*, USA, University of Chicago Press, 2000.

Gossman, Lionel, *Between History and Literature*, USA, Harvard University Press, 2001

Green, Anna & Troup, Kathleen, *The Houses of History. A Critical Reader in Twentieth-century History and Theory*, New York, New York University Press, 1999.

Greever, Maria & Stuurman, Siep (ed), *Beyond the Canon. History for the Twenty-first Century*, New York, Palgrave Macmillan, 2007.

Guillory, John, *Cultural Capital. The Problem of Literary Canon Formation*, Chicago, University of Chicago Press, 1994.

H

Herlinghaus, Hermann, *Renarración y descentramiento*, Alemania, Ediciones Iberoamericana, 2004.

Hollinger, David, *American Province. Studies in the History and Historiography of Ideas*, USA, John Hopkins University Press, 1989.

Hunt Lynn, Appleby Joyce & Jacob Margaret, *Telling the Truth about History*, USA, W. W. Norton & Company, 1995.

J

Jameson, Frederic, *Documentos de cultura documentos de barbarie*, Madrid, Editorial Visor distribuciones, 1989.

Jay, Martin, *Campos de Fuerza. Entre la historia intelectual y la crítica cultural*, Buenos Aires, Argentina, Editorial Paidós, 2003.

Jay, Martin, *Songs of Experience. Modern American and European Variations on a Universal Theme*, USA, Berkeley University Press, 2005.

Jenkins, Keith, *¿Por qué la historia?*, México, Editorial FCE, 2006.

Jenkins, Keith, *Re-Thinking History*, New York, Routledge, 2003.

Jenkins, Keith, Sue Morgan & Alun Munslow (ed), *Manifestos for History*, USA, Routledge, 2007.

Jordanova, Ludmilla, *History in Practice*, London, Arnold, 2000.

K

Kelley R. Donald, *Faces of History. From Herodotus to Herder*, USA, Yale University Press, 1998.

Kermode, Frank, *Pleasure and Change. The Aesthetics of Canon*. USA, Oxford University Press, 2004.

Kermode, Frank, *Formas de Atención. Los procesos y la naturaleza de las fuerzas históricas que contribuyen a establecer los cánones por los que algunas obras de arte merecen formas de atención especiales*, Barcelona, Gedisa, 1988.

Kermode, Frank, *Historia y Valor. Ensayos sobre literatura y sociedad*, Barcelona, Ediciones Península, 1990.

Korhonen, Kuisma *Tropes of the Past. Hayden White and the History / Literature Debate*, Amsterdam, Rodopi, 1996.

Kramer, Lloyd and Maza Sarah, *A companion to Western Historical Thought*, UK, Blackwell, 2002.

Kójeve, Alexandre, *La noción de autoridad*, Buenos Aires, Argentina, Ediciones Nueva Visión, 2005.

Koselleck, Reinhart, *The Practice of Conceptual History. Timing History, Spacing Concepts*, California, Stanford University Press, 2002.

L

LaCapra, Dominick, *History and its Limits. Human, Animal, Violence*, USA, Cornell University Press, 2009.

LaCapra, Dominick, *History and Reading. Tocqueville, Foucault, French Studies*, Canda, University of Toronto Press, 2000.

LaCapra, Dominick, *Writing History, Writing Trauma*, USA, The John Hopkins University Press, 2001.

LaCapra, Dominick, *History & Criticism*, USA, Cornell University Press, 1996.

LaCapra, Dominick, *History in Transit. Experience, Identity, Critical Theory*, USA, Cornell University Press, 2004.

LaCapra, Dominick, *Representar el holocausto. Historia, teoría y trauma*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.

LaCapra, Dominick, *Rethinking Intellectual History: Texts, Contexts, Language*, USA, Cornell University Press, 1983.

Lal, Vinay, *The History of History. Politics and Scholarship in Modern India*, India, Oxford University Press, 2005.

Le Goff, Jacques & Nora, Pierre, *Hacer la historia*, Barcelona, España, Editorial Laia, 1978, 3v.

Le Goff Le Jacques, *El orden de la Memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, España, Editorial Paidós, 1991.

Lorenz, Chris, "Historiografía comparada: problemas y perspectivas", *Revista Memoria y Sociedad*, Vol. 9 No. 19, Universidad Javeriana, Bogotá, Julio Diciembre, 2005, pp. 35-45

Löwith, Karl, *Paul Valery. Rasgos centrales de su pensamiento filosófico*, Buenos Aires, Argentina, Editorial Katz, 2009.

M

Macksey, Richard & Donato, Eugenio (ed), *The Structuralist Controversy. The Language of Criticism & the Sciences of Man*, Baltimore, The John Hopkins University, 2007.

Man de Paul, *The Resistance of History*, en *Theory and History of Literature*, Vol. 33, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2002.

Megill, Allan, *Historical Knowledge, Historical Error*, USA, The university of Chicago Press, 2007.

Mink O. Louis, *Mind, History, and Dialectic. The Philosophy of R.G. Collingwood*, USA; Wesleyan University Press, 1987.

Mink O. Louis, *Historical Understanding*, USA, Cornell University Press, 1987.

Munslow, Alun, *Deconstructing History*, New York, Routledge, 2006.

Munslow, Alun, *Historical Studies*, USA, Routledge, 2006.

Munslow, Alun, *Narrative and History*, UK, Palgrave Macmillan, 2007.

N

Novick, Peter, *That Noble Dream. The "Objectivity Question" and the American Historical Profession*, UK, Cambridge University Press, 1999.

P

Palti Elías, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

Payne, Michael (Comp.) *Diccionario de Teoría Crítica y Estudios Culturales*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 2002.

Perus, Françoise (comp.), *Historia y Literatura*, México, Instituto Mora, 1994.

Pomper Philip, Fay Brian, & T. Vann, Richard (ed), *History and Theory. Contemporary Readers*, UK, Blackwell Publishers, 1998

Prost, Anotnie, *Doce lecciones sobre la Historia*, España Madrid, Ediciones Cátedra, 2001.

R

Ranciére, Jacques, *Los nombres de la Historia. Una poética del saber*, Buenos Aires, Argentina, Editorial Nueva Visión, 1993.

Rivkin, Julie and Ryan, Michael (Ed.), *Literary Theory: An Anthology*, UK, Blackwell, 1998.

S

Scott, Joan, *Gender and the Politics of History*, New York, Columbia University Press, 1999.

Spiegel, Gabrielle (ed), *Practicing History. New Directions in Historical Writing after the Lingüistic Turn*, Ney York, Routledge, 2005.

Skinner, Quentin, *Lenguaje, política e Historia*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2007.

Skinner, Quentin, *Visions of Politics*, Vol. I, UK, Cambridge University Press, 2003.

Steedman, Carolyn, *Dust*, UK, Manchester University Press, 2001.

Szurmuk, Mónica y Irwin, Mckee, Robert (Coord.), *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*, México, Editorial Paidós, 2009.

T

Tucker, Aviezer, *Our Knowledge of the Past. A Philosophy of Historiography*, UK, Cambridge University Press, 2006.

Tucker, Aviezer, *A Companion to the Philosophy of History and Historiography*, UK, Blackwell, 2011

V

Valery, Paul, *Foucault. Pensamiento y vida*, Barcelona, Editorial Paidós, 2009.

Veyne, Paul, *Cómo se escribe la Historia. Ensayo de epistemología*, Madrid, Editorial Fragua, 1972.

W

Wang Edwards & Iggers Georg (eds), *Turning Points in Historiography. A Cross Cultural Perspective*, USA, The University of Rochester Press, 2002.

Weber, Samuel, *Institution and Interpretation*, California, Standford University Press, 2001.

White, Hayden, *The Fiction of Narrative*, USA, The John Hopkins University, 2010.

White, Hayden, *El texto histórico como artefacto literario*, Argentina, Editorial Paidós, 2003.

White, Hayden, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, España, Editorial Paidós, 1992.

White, Hayden, *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, USA, Johns Hopkins University Press, 1985.

White, Hayden, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, USA, Johns Hopkins University Press, 1975.

White, Hayden, *Figural Realism, Studies in the Mimesis Effect*, USA, Johns Hopkins University Press, 1999.

White, Hayden, *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*, Argentina, Editorial Prometeo Libros, 2010.